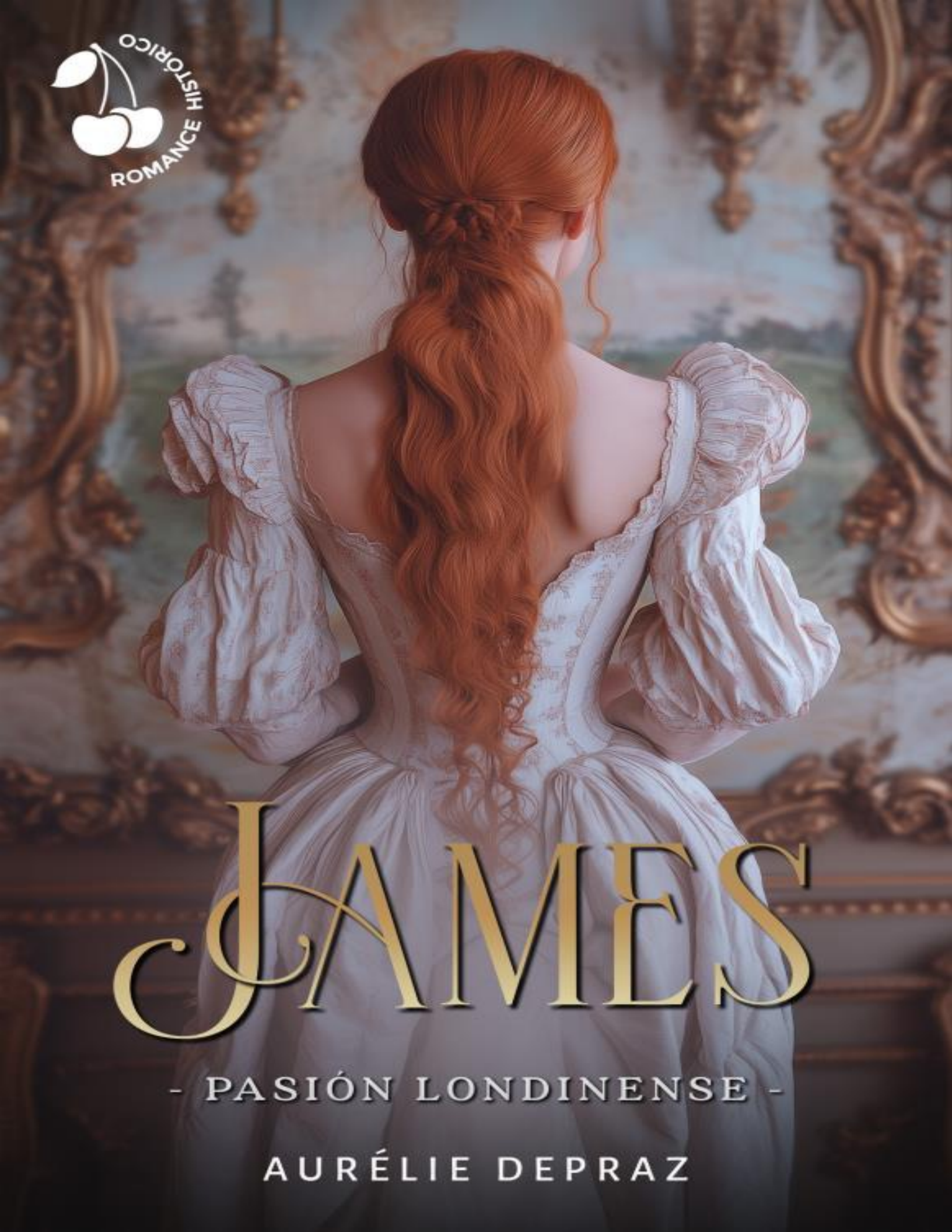

ROMANCE HISTÓRICO
JAMES
- PASIÓN LONDINENSE -
AURÉLIE DEPRAZ

Table of Contents

Anteportada

Síguenos...

Información legal

Advertencia de contenido sensible

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Epílogo

Síguenos...

Créditos

AURÉLIE DEPRAZ

James

Pasión londinense
TOMO III

Traducido del francés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@aurelie.depraz.auteur
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2025, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: enero 2025

Advertencia de contenido sensible

Algunos capítulos de este libro contienen descripciones que pueden causar cierta incomodidad a las lectoras o herir sensibilidades. Los hechos representados son ficticios y en ningún momento pretenden justificar la violencia (sexual o de cualquier tipo), el abuso verbal o las actitudes negativas hacia el cuerpo. Además, ciertas reacciones de los personajes deben entenderse desde una perspectiva histórica. Desde la editorial, rogamos que se tenga esto en cuenta a la hora de proceder con la lectura.

I

Somerset Park, entre Taunton y Glastonbury, Somerset, principios de junio de 1821.

—¿Qué sucede, Goldwyn?

—Una joven de Sherryton, Su Gracia.

—Mi esposa tratará con ella.

—Me temo que la señorita Shaye no ha venido para incorporarse al servicio, Su Gracia. Dice que desea hablar con usted sobre un asunto de cierta importancia. Al parecer, es apremiante.

—¿Conmigo?

—Eso dice ella, Su Gracia.

El duque de Somerset se acarició la barbilla.

—He ahí algo infrecuente.

—¿Desea que la despache, milord?

El duque miró con desgana el montón de registros, letras de cambio, pagarés y libros de contabilidad que abarrotaban su imponente escritorio revestido de caoba. Luego, con ojos fugaces, miró la hora en el reloj de la repisa de la chimenea.

—No, hágala pasar. Aprecio que me distraigan de mi fascinante cometido, para variar.

—De acuerdo, Excelencia.

—Por cierto, Goldwyn, ¿qué ocurre con el periódico?

El mayordomo se sonrojó hasta la punta de sus largos bigotes blancos.

—Verá, milord… El ejemplar que repartieron esta mañana fue víctima de la lluvia. Tuve que enviar a Andrew al pueblo a comprar otro. Lo están planchando, con lo que estará listo en cualquier momento.

—Muy bien. Tráigamelo en cuanto esté en condiciones adecuadas para la lectura. Mientras tanto, haga pasar a la señorita… ¿Cómo dijo que era?

—Shaye, señor. La señorita Shaye.

—Sí, justo.

El mayordomo hizo una reverencia y se retiró a paso tranquilo. Avanzó por la larga galería de retratos de Somerset Park, atravesó la sala de tapices, dejó el comedor formal a su derecha y entró en la pequeña sala de espera, desbordante de seda amarilla, que lindaba con el vestíbulo. La joven visitante, que seguía de pie en el centro de la estancia, dio inmediatamente un paso hacia él, apretando su bolsito retículo de punto contra ella. En sus ojos abundaba la esperanza.

—Su Gracia la recibirá ahora, señorita. Sígame, por favor.

Aylana siguió al viejo mayordomo. El corazón le latía desbocado. Atravesaron una serie de estancias, cada una más ostentosa que la anterior, y la joven, presa de un torrente de emociones contradictorias, dejó que sus ojos vagaran de la plata de Paul Store a la laca japonesa, de las miniaturas de Hans Holbein a las girándulas[1] de bronce y cristal y de los cuadros de Tintoretto a los de Rafael. Todo, desde la tapicería de seda azul hasta los pesados cortinajes de terciopelo verde, desde las chimeneas de mármol italiano tallado hasta los escudos de armas que coronaban mantos revestidos de oro y desde las colecciones de estampas chinas hasta la marquetería en madera de cedro, limonero, *boj* y naranjo, absolutamente todo en la casa solariega de los duques de Somerset denotaba opulencia, gusto, refinamiento y abundancia.

Aylana nunca había visto nada igual. Ni quisiera en casa de lady Kathleen, la viuda del baronet Hardwicke, el máximo exponente de autoridad y respetabilidad en el pequeño pueblo de

Sherryton, se veía tal dispendio. Aylana había servido allí durante dos largos años como dama de compañía[2], y aunque en aquella época se había maravillado ante la porcelana de Sèvres, los libros encuadernados en cuero, los lienzos de Cosway y las numerosas acuarelas que adornaban Hardwicke House, el interior de corte museística de Somerset Park no tenía absolutamente nada que envidiar a los tapices a veces descoloridos, la carpintería un tanto desvaída y los cuadros —a menudo desconchados— de la mansión de lady Kathleen.

Mientras caminaban por una interminable galería de retratos —el largo linaje de los Eastlake, salpicado por varias figuras de la realeza, ya que los duques de Somerset se habían desposado en más de una ocasión con los Plantagenet, luego con los Tudor, más tarde con los Estuardo, y finalmente, con los Hannover—, Aylana creyó reconocer, en función de la generación, la obra de John Michael Wright, Allan Ramsay, George Romney, Joshua Reynolds y Thomas Gainsborough[3]. Al pasar por delante del retrato del cuarto hermano Eastlake, más joven que el actual duque y fácil de reconocer por sus extraordinarios ojos verdes —que, dicho sea de paso, el artista había hecho un excelente trabajo en resaltar—, sintió que se sonrojaba. Perturbada, se apresuró a continuar.

Finalmente, el mayordomo abrió de un empujón una pesada puerta dorada y la invitó a pasar.

—Señorita Shaye, Su Gracia.

Aylana contuvo la respiración.

El duque de Somerset era un varón alto, delgado y carismático. Exudaba la autoridad natural de un hombre de su estatus, nacido para gobernar… y para que todos le obedecieran. Tenía el cabello castaño con reflejos ligeramente cobrizos, un rasgo típico de la familia Eastlake, y unas facciones claramente aristocráticas.

Ella hizo una reverencia. Para su sorpresa, él se levantó y, con un elegante gesto de la mano, señaló una silla frente a su escritorio.

—Por favor, señorita Shaye, siéntese.

Aylana vaciló unos instantes, pero finalmente, obedeció. La joven compartía las ideas republicanas de Mary Wollstonecraft[4] (entre muchas otras), pero nunca había tenido un encuentro cara a cara con un noble de tan alto rango, con la excepción de James Eastlake, claro está, y Alexander Hemsworth, su amigo de toda la vida. A ellos dos, no obstante, los había conocido en la campiña. Por aquel entonces, ella apenas tenía 17 años y… en fin, todo se reducía a una simple historieta sin importancia.

Frente al duque, un hombre de unos 40 años con una fortuna colosal y un poder casi ilimitado, se sentía ridícula. Indefensa. Insignificante. Durante un breve instante, se despreció a sí misma por su incongruencia. Aquello resultaba ilógico dadas sus convicciones políticas.

—¿Le molesta el humo?

Más cohibida de lo que hubiera querido, Aylana se estremeció y se obligó a mirar al duque. Este señalaba la pipa de marfil que acababa de empuñar con distinción, sujetándola entre el pulgar y el índice, y la miraba interrogante, enarcando una ceja.

—No, Su Gracia.

Aunque no le gustaba demasiado el olor a tabaco, Aylana no pudo evitar pensar, no sin cierta amargura, que el duque jamás se habría permitido fumar delante de una mujer de alta cuna. Del mismo modo que su hermano pequeño, sin duda, jamás se habría permitido robarle un beso a la hija de un marqués o a la hermana de un conde en un recodo del camino… Salvo porque en esto último se equivocaba.

El duque abrió su tabaquera, sacó una pizca de tabaco y cerró la tapa con un chasquido antes de llenar la cazoleta su pipa.

—Y bien, señorita Shaye… ¿De qué quería hablarme?

Aylana se enderezó y, con las manos entrelazadas en el regazo alrededor de su modesto retículo, se aclaró la garganta.

—Em… Excelencia, en primer lugar, le agradezco que haya accedido a verme. Verá, se trata de… mi hermano. John. John Shaye.

—Ajá…

—Él… bueno, ha sido víctima de un terrible malentendido y… necesitamos su ayuda, Su Gracia.

El duque asintió, acercó su pipa a la llama de una vela, quemó ligeramente la capa superficial del tabaco que asomaba del hornillo e inhaló levemente unas cuantas veces seguidas. Finalmente, encendió la pipa y dio la primera calada larga antes de acomodarse en su sillón.

—Estaré encantado de ayudarla si su hermano lo merece, señorita Shaye, pero tendrá que ser más concreta.

Muy a su pesar, Aylana sintió que sus dedos enguantados se tensaban y aferraban a su bolso retículo. Sabía que tenía que darle una explicación, pero cada palabra le ardía en la garganta y temía romper a llorar en cualquier momento y, con ello, minar por completo su credibilidad.

—Por supuesto, Excelencia. Me temo que John se vio involucrado en… una sórdida trama ludita[5] y…

El duque hizo un mohín. Aylana, roja como la grana, contuvo la respiración.

Desde hacía diez años, la mera mención de «los destructores de máquinas» tenía el don de enfurecer hasta al miembro más insignificante de las clases altas, ya fuera duque, marqués, parlamentario o un simple manufacturero. A pesar de los panfletos y las reivindicaciones del propio Lord Byron[6], el movimiento se había ido debilitando gradualmente desde que una ley de 1812 había introducido la pena de muerte por el destrozo intencionado de maquinaria industrial. Sin embargo, había continuado a base de operaciones cada vez más desesperadas, protestas clandestinas, reuniones ilegales y casos contados de vandalismo, desde Yorkshire hasta Lancashire y desde las Midlands hasta los condados del suroeste.

El gobierno había hecho oídos sordos ante las reivindicaciones de aquellos obreros enfurecidos desde sus primeras manifestaciones a principios de la década de 1810, y el conflicto había degenerado rápidamente. Por un lado, campañas de recogida de armas y fondos, grupos enmascarados de tejedores, tundidores[7] y trabajadores del algodón, además del desmantelamiento de telares mecánicos, las manifestaciones sindicales y las aspiraciones revolucionarias inspiradas en el ejemplo francés. Por otro, había represión militar, detenciones en masa, radicalización de las penas y ejecuciones públicas. Incluso se había llegado a decir que, en el punto álgido del conflicto entre la Corona y los luditas —cuyas competencias se veían amenazadas y, por tanto, perjudicadas por los avances de la Revolución Industrial—, Inglaterra había movilizado más hombres para combatir a sus propias clases trabajadoras en apuros que para derrotar a las tropas de Napoleón en la península ibérica. Un escándalo mayúsculo. Por no hablar de las malas cosechas consecutivas y del bloqueo continental que el emperador francés había impuesto a los comerciantes británicos en 1806 para debilitar económicamente a su rival más poderoso[8]. La agricultura, la industria y el comercio se habían visto afectadas por una crisis económica. La situación se había acercado peligrosamente a una guerra civil, y en ciertos sectores de la población se había hablado de derrocar al gobierno.

Aunque el combate de los luditas se había vuelto más esporádico desde que Bonaparte había capitulado y la presión económica era menor, ya que se habían concedido ciertas ayudas en materia salarial, estos siguieron viendo cómo sus profesiones desaparecían gradualmente. La

clase trabajadora presenció cómo se instauraba irrevocablemente la era de la máquina, y por ende, los luditas perpetuaron la rebelión, si bien fue de forma más dispersa y espontánea. Una fábrica de Derbyshire había sido saqueada dos años antes, la policía había asesinado a tres artesanos durante un motín en una fábrica de Rawfolds en 1820, y el pasado mes de mayo, en la misma Taunton, en el corazón de Somerset, una veintena de obreros textiles se habían reunido de forma clandestina para sembrar el caos en las fábricas *Wade & Baxton*, antes de ser detenidos por la policía local.

Solo seis manifestantes habían logrado escapar de aquella debacle. Y John no había sido uno de ellos.

—Su Gracia, John no era parte del movimiento, solo buscaba trabajo. Simplemente tuvo la desgracia de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado y… —El duque enarcó una ceja incrédulo—. Se lo ruego, Excelencia, se trata de un terrible error judicial. Mi hermano buscaba trabajo desde hacía mucho tiempo. Frecuentaba todo tipo de fábricas y talleres de la zona y debió de quedar atrapado en la contienda cuando intentaba reunirse con el señor Wade o el señor Baxton y ahora…

A Aylana se le quebró la voz, así que hubo de frenar su discurso de inmediato. Intentando contener las lágrimas, miró al techo: un techo cubierto de frescos exóticos. He ahí el marcado contraste entre la miseria de los marginados como John y la indecorosa opulencia de la clase pudiente. Le entraron ganas de gritar, o de llorar, o de reír. No estaba segura.

—¿Y ahora, señorita Shaye? ¿Dónde está su hermano?

Aylana tragó saliva y respiró hondo antes de mirar —con todo el coraje del que fue capaz— al duque, que se entretenía dando caladas a su pipa, pero la observaba con seriedad.

—En la prisión de Newgate, Excelencia —consiguió articular por fin, no sin cierta dificultad —. Lo trasladaron a Londres con… los demás presos.

El duque parecía compadecerse de forma genuina. Si habían trasladado a Londres a John Shaye era porque ya se había dictado sentencia. Tras nueve años de experiencia, todos sabían lo que ocurría con los luditas a los que arrestaban *in fraganti* y, por extensión, con los que se pensaba que lo eran.

—Señorita, quizá pudiera haber intervenido antes del juicio, pero si se ha dictado sentencia, me temo que no hay nada más que pueda hacer por su hermano.

—¡Pero el fallo es erróneo, Excelencia! Todo sucedió muy rápido, ¡demasiado rápido! ¡El proceso fue un escarnio! ¡A esos hombres ni siquiera se les permitió hablar!

¿Qué decirle a aquella joven? ¿Que así era el mundo? ¿Que su hermano no era el primero ni sería el último en sufrir los caprichos de su sistema judicial? ¿Que quizá fuera inocente, pero que ya era demasiado tarde?

—Señorita Shaye…

—Su Gracia, hemos de hacer que mi hermano… En dos meses le… ¡Se lo ruego, ayúdeme! Nuestra familia ha vivido en su tierra durante generaciones. Siempre hemos sido leales: ¡John sirvió quince años en la Marina Real[9]! ¡Se lo imploro, no me diga que no puede hacer nada!

—Señorita, en asuntos de justicia, solo Dios y el rey son omnipotentes.

—Precisamente, Excelencia, ¡le ruego que hable con él!

—¿Con quién? ¿Con el rey?

—¡Sí, con el rey! ¡Tenga piedad, Su Gracia, aproveche su influencia y pídale a Su Majestad que le indulte!

El duque, que había separado los labios para dar otra calada a su pipa, se detuvo y la miró perplejo. La señorita Shaye era extremadamente bella, innegablemente sagaz y culta, pero no

estaba en su sano juicio. A menos que fuera la pena lo que le estaba haciendo perder la cabeza…

Después de todo, ¿cómo podía esperar por un momento que el rey moviera un dedo por un plebeyo, o lo que es más, por un rebelde? Y para más inri, un mes antes de su coronación y en plena crisis conyugal…

—Señorita Shaye…

—¡Su Gracia, se lo imploro!

Toc, toc, toc.

Aylana, al borde de las lágrimas, se quedó helada. El mayordomo irrumpió en la estancia.

—Su periódico, Excelencia.

—Oh, gracias, Goldwyn.

Con los puños apretados, Aylana se instó a sí misma a calmarse mientras el viejo criado se acercaba lentamente con una bandeja de plata en la mano. El duque cogió el ejemplar de *The Times* que había sobre ella y despidió al mayordomo con un gesto de lo más indolente. Depositó el periódico aún caliente sobre su escritorio y se dispuso a regresar junto a Aylana, pero de repente, el titular de primera plana captó su atención. Entonces lo agarró a toda prisa y lo desplegó ante sus ojos con brusquedad.

—¡Dios bendit…! —El duque frunció el ceño y volvió a colocar el periódico en la alfombrilla de su escritorio de forma repentina—. Mis disculpas, señorita. Por un momento, me he propasado.

Obsesionada con la causa de su hermano, Aylana no pudo evitar creer que había alguna conexión:

—¿Puedo preguntarle…?

—El Usurpador ha muerto —Aylana, con los ojos como platos, lo miró sin comprender—. Napoleón Bonaparte murió el 5 de mayo.

La joven creyó que iba a gritar.

¿Qué le importaba a ella que el antiguo tirano de Europa, al que habían neutralizado seis años atrás, hubiera muerto en la otra punta del mundo, en el Atlántico Sur? ¿En el exilio, lejos de la civilización? John sí que iba a morir. Su John…

Atónita, vio al duque ponerse en pie, abrir uno de los innumerables cajones de un mueble que tenía a sus espaldas y sacar una licorera de cristal tallado llena de un líquido dorado brillante. ¿*Whisky*? ¿Coñac? ¿*Armagnac*? Lo descorchó y se llevó el cuello a los labios. Uno, dos, tres sorbos. Finalmente, el duque recobró el sentido, revitalizado.

—En fin, señorita Shaye, ¿le apetece una taza de té?

Con la garganta seca y agonizante, Aylana intentó ser cortés.

—No, Excelencia, gracias.

—¿Una copa de madeira, quizás? ¿Un jerez?

—No, gracias.

Un buen grog[10]*, tal vez…*

El duque acabó sirviéndose un vaso hasta arriba de su preciado licor y se lo bebió de un trago antes de guardarlo y volver a sentarse. Con evidente esfuerzo, dejó a «Boney[11]» de lado y volvió a John Shaye, que le resultaba mucho más insignificante. Cruzó las manos sobre el escritorio y miró los ojos ceniza de la joven: dos enormes ojos almendrados, de un gris muy triste, por cierto, ahora que la observaba con detenimiento.

—Señorita Shaye, no es mi intención desanimarla, pero… tal vez sería mejor para usted… evitar torturarse… y aceptar lo inevitable. El rey no…

—Su Gracia, se lo ruego.

Aylana pronunció estas palabras con voz apagada, en un intento sordo y desesperado. El duque suspiró. Se pasó una mano por la barbilla bien afeitada, como si estuviera meditando.

—Me gustaría ayudarla, créame. Por desgracia, mis relaciones con Su Majestad son… ¿cómo decirlo? Cuando menos, tensas. Nunca hemos estado en los mejores términos, pero desde su ascenso al trono, le aseguro que nuestro rey me odia al menos tanto como yo lo desprecio a él. Nos evitamos en la medida de lo posible. Yo sería el último par del reino al que recibiría de buen grado y al que concedería el más mínimo favor de esta índole.

El bello rostro de la joven pareció resquebrajarse. Su tez nívea se tornó lívida y las pocas pecas que salpicaban sus pómulos se esfumaron. Estaba claro que había depositado en él más esperanzas de lo que aconsejaba la razón.

Repentinamente deseoso de ayudarla —por compasión, tal vez, o por orgullo, seguramente —, el duque volvió a rascarse la barbilla y siguió pensando.

—James, por otro lado… —Aylana levantó dos hileras de largas pestañas rojizas hacia él y contuvo la respiración expectante—. Mmm… Sí. Con James podría tener una oportunidad… No es que quiera darle falsas esperanzas, pero… Señorita Shaye, ¿conoce a mi hermano?

Aylana sintió la angustia en la garganta, pero encontró fuerzas para asentir con la cabeza.

—No, Su Gracia —mintió.

—¡Por supuesto que no! —respondió el duque con un pequeño gesto de la mano, como para enfatizar lo desconsiderado que había sido—. Me refería a si ha oído hablar de él. Sabe que tengo cuatro hermanos, ¿verdad?

Aylana tragó saliva.

—Sí, Su Gracia.

—Pues dos de ellos viven en Londres. Y James —El duque hizo una mueca de desagrado al mencionarlo y no pudo evitar echar un vistazo inconsciente al número de *The Times* que reposaba sobre el escritorio: ¡por una vez, las fechorías de su hermano no eran primicia en ninguna publicación periódica!— tiene una excelente relación con nuestro monarca. Digamos que se ha ganado su confianza, su estima (y lo que no es poco) su más sincero afecto. Nuestro rey es así: tiene un séquito de cabezas contadas. Y da la casualidad de que James comparte algunos de sus gustos, lo que le hace merecedor de muchos privilegios. Quizá, si dejáramos que él intercediera…

Sí. Jorge IV[12] era un incompetente: un ególatra que vivía en una búsqueda perpetua del gozo, un inútil y un dandi de la peor clase, pero adoraba a James. Ambos compartían el gusto por el libertinaje, las mujeres y los placeres mundanos, pero también la pasión por el arte en casi todas sus formas. Derrochador compulsivo, generoso mecenas de las artes y hedonista caprichoso, el rey amaba, compraba y sustituía sin reparar en gastos, con independencia de que se tratase de obras maestras, trajes, joyas, mansiones o amantes. Sentía debilidad por todo lo que tuviera que ver con la arquitectura, la decoración de interiores, la pintura o los placeres de la fiesta, y si había un hombre que podía aconsejarle en estas cuestiones con un talento tan innato como refinado, ese era James Eastlake, el hermano menor del duque de Somerset. Para el monarca, James era al arte lo que el divino Beau Brummel[13] a la indumentaria: un árbitro indiscutible de la elegancia, un consejero fiable, el referente más preciado. El rey le consultaba a menudo, le invitaba a todas sus fiestas privadas, le arrastraba a una subasta nueva cada semana, confiaba en su criterio y le tenía en gran estima. Y a pesar de que fuera un acto irresponsable, firmaría un escrito de indulto en el canto de una mesa o en las nalgas de una cortesana, en plena orgía, si James se lo pidiera. Ni siquiera le preguntaría el nombre del acusado: el delito que hubiese cometido no podría importarle menos.

Con todo, los cambios de humor y el temperamento volátil de Su Majestad no eran ningún secreto —eran incontables las intensas relaciones de amistad o complicidad con aquel excéntrico monarca que habían terminado en conflicto abierto y en un cisma tan brutal como inesperado—, así que, con él, era mejor no dejarse llevar.

—¿Me aconseja entonces que vaya a Londres, Su Gracia?

Aylana se negó a entender lo que el duque insinuaba.

¿No estaría sugiriendo que…? No, ¿verdad?

—En realidad, señorita Shaye, creo que es allí donde tendrá más oportunidades de… No es que quiera, una vez más, darle esperanzas innecesarias acerca de… en fin, ya sabe a lo que me refiero. En todo caso, estoy convencido de que mi hermano James será la clave para conseguir lo que busca del rey. Si James no puede concederle ese favor, créame, nadie podrá. Vaya a verlo en mi nombre y dígale lo que necesita.

—¿Y si se niega a ayudarme, Excelencia?

El duque desacreditó el comentario de la joven.

—No tema. Mi hermano no tiene absolutamente nada mejor que hacer con su tiempo que hacer de correveidile de nuestro soberano. Además, nunca le he visto negarse a una mujer bonita. Y hablando de eso… —El duque dejó discretamente que su mirada pasara de los grandes ojos grises de su visitante a su figura delgada pero femenina, y de sus labios rosados a su rostro cremoso en forma de corazón. Unos mechones de pelo rubio cobrizo se escapaban de su tocado de paja trenzada[14] y brillaban a la luz de las velas como la seda—. Será mejor que vaya a ver a mi madre. Diríjase a Eastlake Hall, Mayfair, y diga que va de mi parte. Hable con la duquesa viuda y pídale que concierte una cita con mi hermano. James no vive allí desde hace mucho tiempo, pero va a menudo a ver a mis hermanas y… en fin, será más prudente no ir directamente a verle a su residencia actual.

Llegados a ese punto, Aylana no podía contradecirle. Si no hubiera tenido ya el ardiente recuerdo del beso que el joven James Eastlake le había dado detrás del redil de los Stoll aquella tarde de finales de otoño, las portadas de las diversas gacetas, tabloides y columnas de sociedad que se publicaban cada semana en Taunton habrían bastado para ponerla al día sobre el desagradable perfil de aquel personaje. En ellos se difundían a menudo —y con todo lujo de detalles— las últimas hazañas de los libertinos de moda, y en este sentido, las proezas de Eastlake ocupaban un lugar destacado.

Aylana era consciente de las innumerables columnas que le habían dedicado en *The London Echo* y *The Mayfair Chronicles*, así como de los muchos titulares gancho de la prensa sensacionalista en los que aparecía. Allí se divulgaban las canalladas de los grandes del reino por todo el país. Al fin y al cabo, nada gustaba más a los redactores que poner en la picota a los aristócratas por sus fechorías e indecencias. Y no había un solo periódico, desde la prensa local hasta los más serios —*The Guardian*, *The Times* y *The Morning Chronicle*—, en el que no hubiera de vez en cuando un artículo sobre las últimas tropelías de James Eastlake, quien, sin embargo, era tratado con mucha más indulgencia y cariño que el rey, cuyas extravagancias animaban a caricaturizarlo de todas las maneras posibles y sin la menor complacencia.

Bastaba con ser un escritorzuelo, un chupatintas o plumilla de poca monta para sucumbir a la tentación de publicar un artículo puntual —entre una reseña de la última obra de Goethe o una crónica acerca de la situación política en Francia— sobre la última conquista del mujeriego más astuto de Londres o, en la época en la que aún vivían en desenfreno, sobre el último desafío al que se enfrentaba animado por el conde de Ashford: escalar las columnatas de los jardines de Vauxhall, enfrentarse a un duelo con tacos de billar, trepar por las cortinas del salón de lady

Pamhall (de unos cuatro metros de altura, que no es poco), hacer una carrera por Primrose Hill en plena noche o bañarse desnudo (en galante compañía, huelga decirlo) en las fuentes de la capital, entre otras cosas.

¿Y de la buena voluntad de ese hombre dependía, según el duque de Somerset, la vida de John?

De un hombre inmaduro, inconsciente, horriblemente promiscuo e irresponsable hasta la médula en el que debía, supuestamente, depositar su confianza. De un hombre al que solo había visto una vez, pero el tiempo suficiente para que cometiera lo impensable. De un hombre que nunca aceptaría ayudarla solo porque ella había tenido la osadía de… de…

Todo sea dicho, si ella hubiera sabido ese día con quién estaba tratando, nunca se habría atrevido, o ni siquiera habría pensado en… Pero Aylana era joven, no se conocían, él había aparecido de la nada con su amigo Ashford y… en fin, el daño ya estaba hecho. Si aún se acordaba de ella, de lo que se había atrevido a hacer, era evidente que no movería ni un dedo por ella.

Era absurdo. Ridículo. Tenía que haber otra manera de…

—Es la única manera que se me ocurre —dijo el duque en pocas palabras, como si le hubiera leído el pensamiento—. Vaya a Eastlake Hall. Pregunte por mi madre y pídale ver a mi hermano en su casa. Le escribiré cuanto antes para informarle de su llegada. Insisto en que nuestro soberano tiene a James en gran estima. Una vez más, esta es su mejor oportunidad.

Su mejor oportunidad…

Aylana estaba a punto de llorar, pero en lugar de eso, intentó sonreír: sacó a relucir una sonrisa pálida y triste, sin muchas esperanzas y respondió:

—Gracias, Excelencia.

El duque se levantó y dio por terminada la conversación. Aylana le siguió.

Debía ir a Londres. Allí, se enfrentaría a James Eastlake. O le pediría ayuda con humildad, en un tono servil. Él seguramente se negaría, y ella le imploraría, se arrastraría si fuera necesario.

Claro que lo haría, porque de lo contrario, el 8 de agosto…

El 8 de agosto, llevarían a John a la horca.

---

[1] *N. de la T.* Del italiano *girandola*. Aunque el significado primario es una rueda con cohetes, aquí se refiere a una especie de candelabro muy ornamentado con distintas ramas y soportes para velas y otras fuentes de luz.

[2] *N. de la T.* Ayudante personal de una *lady*.

[3] *N. de la T.* Todos ellos pintores del Reino Unido.

[4] *N. de la T.* Escritora y filósofa inglesa conocida por *Vindicación de los derechos de la mujer*, una obra de 1792 que estableció las bases del feminismo liberal.

[5] *N. de la T.* El ludismo fue un movimiento encabezado por artesanos ingleses del siglo XIX, que entre 1811 y 1816, protestaron contra las máquinas de la Revolución Industrial que les remplazarían en el trabajo. Teóricamente, recibió su nombre por Ned Ludd.

[6] *N. de la A.* Uno de los más ilustres poetas británicos del romanticismo, que a su vez, era barón por derecho propio.

[7] *N. de la T.* Se conoce así a aquellos que cortan o igualan con tijera el pelo de los paños.

[8] *N. de la A.* Desde las primeras guerras del Imperio, se consideraba que Inglaterra (que estaba a salvo de ataques por mar desde que la *Royal Navy* había destruido la flota francesa en Trafalgar) era el principal enemigo de Bonaparte. Inglaterra coordinaba las coaliciones que se formaban constantemente contra él en el continente europeo y, con su economía moderna y altamente industrializada, las financiaba (y armaba) notablemente. Para hundir la economía británica e intentar neutralizar a este molesto rival, Napoleón decretó un bloqueo continental: los países bajo su dominio (o influencia, como Rusia) tenían prohibido comprar productos ingleses.

[9] *N. de la T.* En inglés, *Royal Navy*.

[10] *N. de la T.* Bebida preparada con agua caliente azucarada y licor; por regla general, ron, pero también puede ser *kirsch*, coñac o similar.

[11] *N. de la T.* Apodo con el que los ingleses conocían a Napoleón Bonaparte.

[12] *N. de la A.* Nacido en 1762, Jorge IV (de la dinastía de los Hannover) fue rey del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y de Hannover desde el 29 de enero de 1820 hasta su muerte en 1830. Su padre padecía una enfermedad mental y, antes de acceder oficialmente al trono, Jorge fue príncipe regente de 1811 a 1820 (el periodo conocido como «la Regencia»).

[13] *N. de la T.* George Bryan Brummel, más conocido como «Beau Brummel» fue un caballero dandi y conocido ministro de la moda y el gusto en la Inglaterra de la Regencia. Era, por tanto, una referencia para la gente de la alta sociedad.

[14] *N. de la T.* Para que las lectoras se lo imaginen, sería el material similar al de una pamela.

II

—*En garde!*[1]

James estiró los dedos, asió con fuerza la empuñadura de su florete y se colocó en posición: rodillas flexionadas, listo para esgrimir. En el otro extremo de la pista, vio a Alexander haciendo lo mismo con su habitual estilo: preciso, atento y elegante.

La voz del maestro de esgrima toscano, Angelo Massimo Acciari, tronó de nuevo:

—*Prêts*[2]*? Allez!*[3]

James blandió el arma y tomó la iniciativa. Alexander esquivó la trayectoria de su rival y levantó su florete a fin de parar el ataque. Luego, con una balestra[4], pasó a la ofensiva, pero James fue capaz de anticiparse y esquivó la estocada con un ágil salto.

Eastlake sonrió bajo la máscara. Conocía a Alexander desde hacía tanto tiempo que podría haberse enfrentado a él con los ojos cerrados. Lo sabía todo de su forma de combatir: el ritmo y la fluidez de sus movimientos, la forma en que se desplazaba por la pista, sus ataques predilectos, la rapidez con que los ejecutaba… Y, sin embargo, cruzar espadas con su viejo amigo siempre le complacía.

El conde de Ashford había sido su *alter ego* desde que habían comenzado sus estudios. Habían ido juntos a Eton y Cambridge. Habían adquirido sus comisiones de oficiales[5] el mismo día y habían zarpado hacia Portugal en el mismo barco. Se habían alistado en el 18º regimiento de húsares, habían luchado codo con codo en todas las grandes batallas que Wellington había dirigido en España y luego en Francia. Juntos habían visto la sangre, el sufrimiento, la derrota y también la victoria. Habían experimentado sus primeras locuras, curado sus primeras heridas, probado sus primeras mujeres. Se entendían con pocas palabras y habrían dado la vida el uno por el otro. De hecho, James había recibido dos balazos en el hombro y una herida de bayoneta en el sitio de Burgos por proteger a Alexander.

Cuando volvieron a Londres —Alexander tras la batalla de Toulouse, James tras la de Waterloo—, deseosos como estaban de olvidar los horrores de la guerra, ambos se embarcaron en una frenética búsqueda del placer. Eran vividores impenitentes: frecuentaban los círculos de juego, pasaban el rato en las camas de mujeres hermosas, importaban vinos caros de Francia, bebían champán y sobresalían en lo decadente. Para ellos, todo placer era finito, efímero, pero lo exprimían hasta la extenuación. Se habían complacido sobremanera, ya fuera conduciendo un *high flyer*[6] —con la imprudencia que ello suponía— o frecuentando a las *demi-mondaines*[7], y habían apostado en peleas ilegales con la misma frecuencia con la que habían conquistado el corazón de mujeres casadas. Habían disfrutado de casi cuatro años de celibato en la frivolidad de las pasiones londinenses: cuatro hermosos años en los que ahogaron el ardiente recuerdo de las batallas napoleónicas en alcohol, dinero, excesos y la candidez corpórea de una mujer tras otra.

Pura dicha.

Desde los 12 años, cuando se conocieron, sus caminos solo se habían separado en dos ocasiones. En primer lugar, cuando, tras la muerte de su padre y de su hermano mayor (con pocas semanas de diferencia), Alexander hubo de regresar prematuramente a Inglaterra y tomar posesión, contra todo pronóstico, del condado familiar. Había pasado de ser el hijo menor al único sucesor varón y, con ello, había heredado las cargas, obligaciones y responsabilidades de

un par del reino, esto es, todo aquello de lo que James se regocijaba de estar exento. La segunda fue cuando Alexander conoció a Jade. Una joven deslumbrante y —debía admitirlo— exquisita para todo aquel que apreciara la belleza mediterránea, que era tanto el caso de Alexander como el del propio James, aunque este último siempre había sentido una debilidad aún mayor por las mujeres de piel muy blanca. Alexander se había enamorado de ella a primera vista —aunque aún no lo había admitido en voz alta— y en dos meses, el libertino desenfrenado le había pasado el relevo al amante apasionado y, finalmente, había pedido a Jade que se casara con él.

Todo sea dicho, James no conocía a ninguna mujer que hubiera sido capaz de rechazar a su amigo. Es más, él mismo le había animado a declarar su amor a la joven. El pobre infeliz estaba tan obcecado en negar que había perdido la cabeza por ella y que solo soñaba con una cosa (cortar de raíz con su pasado y ponerle un anillo en el dedo; él, que había jurado no tomar nunca una esposa hasta que tuviera al menos 40 años, si no se posponía hasta más bien entrada la cincuentena) que su actitud rozaba lo zafio. Se bebía el *whisky* directamente de la licorera y se olvidaba de afeitarse, lo cual, huelga decirlo, era indigno de un depravado de sangre azul como él. Por mucho que fuera un donjuán sin remedio, no había ninguna razón para que Alexander no pecara con estilo, y desde luego, no era cuestión de perder el honor. En cualquier caso, Jay Stenson (amigo de ambos, un advenedizo brillante) y él habían tenido que abrirle los ojos, y lo habían hecho con un tacto similar al de la madre de James cuando había pretendido colocar a sus once hijos —uno por uno— en el mercado matrimonial; es decir, ninguno.

No obstante, aunque todavía no se lo había dicho, por aquel entonces, James había tenido miedo de perderlo para siempre. Alexander parecía tan prendado de su joven prometida que Eastlake se había preguntado si su amistad sobreviviría.

Pero el conde era un hombre inteligente, y Jade, una mujer comprensiva, y su amistad había durado demasiado como para que un matrimonio, por feliz que fuera, pudiera desdibujar el vínculo que existía entre ellos. A pesar de su larga luna de miel, sus escapadas a la campiña, un primer parto y un segundo infante en camino que no tardaría en nacer —al fin y al cabo, su amigo siempre había sido un hombre de acción—, Ashford estaba presente en todo momento. Acudía a *White's* los jueves por la noche y asistía a la mayoría de los eventos de la temporada y cenas de sociedad. Lo único en lo que ya no participaba era en la agitada vida nocturna de James. Y como de todas formas siempre terminaba sus noches con una mujer y no con Alexander, este se las había arreglado para soportar ese vacío, sobre todo gracias a Jay, que, no obstante, tan solo se había demorado un par de meses a la hora de caer en brazos de una dama.

No obstante, James había podido disfrutar de la compañía del advenedizo durante cierto tiempo. Ambos habían dejado que Alexander se regodease en sus alegrías maritales y, juntos, habían alternado burdeles elegantes y seducido a multitud de damas, a cada cual más dispuesta. Pero poco después, Stenson se acabó enamorando de una *lady* y cometió el imperdonable error de jurarle lealtad. Eso sí: Jay, a diferencia de Alexander, nunca había manifestado su aversión al matrimonio, así que su error venía de lejos. En lo que se refería a la unión del conde, sin embargo, James aún no daba crédito y seguía intentando lidiar con el asombro.

Es cierto que, dejando a un lado ciertas minucias —su título y su matrimonio—, James había compartido más aventuras, debilidades y experiencias con el conde que con cualquiera de sus hermanos. Y cada vez que se enfrentaban en la sala de esgrima de Angelo, en Bond Street, o boxeaban en el *Gentleman Jackson's Boxing Gym*, James se sentía como si se estuviera mirando en un espejo. Era como si luchara con su gemelo, contra sí mismo.

Alexander se movía con una gracia impecable y saltaba con agilidad. James se alegraba de que la paternidad y la euforia del matrimonio no hubieran acabado con su vitalidad de antaño.

Era evidente que se desenvolvía con pericia; tenía una destreza casi felina. Y James sabía, ya que lo había escuchado en numerosas ocasiones de sus compañeros de armas en España o de sus rivales de esgrima en Londres, que él tenía el mismo estilo. Es más, cuando se ponían la máscara, a menudo era difícil distinguirlos, aunque el primero tenía un movimiento de muñeca muy característico, un gusto por la innovación y un juego de pies ligeramente más rápido que Alexander. Eso último se traducía en que, al menos la mayor parte del tiempo, él llevaba la delantera en sus combates.

Sin embargo, la principal diferencia entre los amigos de alta alcurnia residía en su relación con las armas de fuego. Mientras que Alexander se había negado a tocar un arma desde que había abandonado el frente en 1814 —al menos fuera de la temporada de caza, y jamás para un animal que no fuera un urogallo, una perdiz o un ciervo—, James se había ganado la reputación de ser un excelente duelista. Destacaba con las pistolas, pero también con los cuchillos. Participaba en todo tipo de competiciones y, con los años, había adquirido cierto renombre en el ámbito nacional.

Su reputación era tal que cortejaba libremente a esposas, hijas, hermanas pequeñas o amantes cuando le placía, sin temor a represalias de sus maridos, padres, hermanos o aduladores. Se podía vituperar, maldecir e injuriar a Eastlake, pero nunca desafiarlo para restaurar el honor (o al menos, no tan fácilmente). Todos recordaban el día en que el marqués de Claywood, furioso porque James había pasado la noche con su amante, había respondido a su propuesta de resolución de disputa en un claro del bosque con un: «¡Al diablo con los duelos, Eastlake! No pienso arriesgar mi vida por un liguero».

En la pista, Alexander, con los ojos fijos en su amigo, se lanzó hacia delante y esgrimió con agresividad. James esquivó por poco la punta de su florete. *¡Cielos, debía concentrarse!* Durante unos segundos, no pensó en otra cosa que en su contraofensiva simple. Entre Alexander y él se sucedieron asaltos y fintas[8], flechas[9] y paradas, golpes y estocadas —ambos bien armados—, pero James, tras un reñido combate, se atrevió con un ataque poco ortodoxo, que le valió para plantar la punta del arma en el hombro izquierdo de Alexander.

—¡Tocado!

Los dos hombres volvieron a sus posiciones iniciales, se saludaron colocando la guarda de sus respectivas armas frente a sus rostros y luego se quitaron las máscaras. Estaban empapados en sudor.

—Buen combate, Eastlake.

—Tu parada en sexta[10] ha sido soberbia: hoja arriba, antebrazo en supinación… Espléndida.

—Gracias, amigo mío.

James y Alexander abandonaron la pista y la dejaron libre para el siguiente combate. Se despidieron con cortesía del maestro de esgrima, que les respondió de igual modo con una reverencia; pasaron por delante de dos nuevos rivales que estaban practicando sus fundamentos en el pasillo y dejaron atrás al vizconde de Arendale, que insistía en mejorar su *passata di sotto* con un maniquí; al barón de Hoodcroft, que fijaba un pomo[11] a la punta de su florete para su próximo ejercicio y, finalmente, regresaron a los vestuarios. La puerta se cerró tras ellos y, con esto, el tintineo metálico de los estoques y las vivaces instrucciones del maestro italiano, entonadas con un acento exótico, se volvieron silentes.

—Por cierto, Eastlake, ¿no te has enterado de la noticia? —exclamó de pronto Alexander mientras enfundaba la espada.

—¿Qué noticia?

—La de Bonaparte.

—¿Qué sucede?

—¡Cielos, Eastlake! ¡Es lo único de lo que se habla en la Cámara de los Lores!

—Permíteme que te recuerde que no soy yo quien la frecuenta.

—¡No hace falta ser un par para enterarse de las noticias! ¡Este asunto es la comidilla de Europa!

James hizo un pequeño mohín y se desabrochó la pechera acolchada que le protegía el torso.

—Sabes muy bien que aborrezco la política.

—Está muerto.

James se quedó helado.

—¿Muerto, dices?

—Sí.

—¿Cómo?

—He ahí la cuestión.

—¿Qué quieres decir, Ashford?

—Verás, algunos dicen que fue una enfermedad hepática crónica; otros, disentería, una úlcera, fibrosis o un tumor estomacal. Y unos cuantos… en fin, creen que fue envenenamiento. Matarratas.

—¿Matarratas?

—Es imposible saberlo con certeza: los informes de autopsia de los distintos médicos se contradicen, por no hablar de los testimonios de sus allegados. Digamos que, según su lacayo, presentaba veintiocho de los treinta y un síntomas típicos del envenenamiento por arsénico.

—Nunca he sido un as en aritmética, pero yo diría que son bastantes, ¿no?

Alexander sonrió mientras se quitaba la camisa. Adoraba la forma de ser James: su capacidad para reírse de sí mismo, su habitual comicidad, su indolencia… todo.

—En cualquier caso, es probable que fuera el calomel[12] que le recomendaron sus médicos lo que acabó con él.

—Ahí lo tienes: una sarta de embaucadores de poca monta.

—Esos embaucadores de poca monta te salvaron la vida en Burgos, Eastlake.

—Fue una mera coincidencia.

Siguió un silencio. Pese al tono trivial de la conversación, ambos eran conscientes de la importancia simbólica de aquella noticia, tanto a los ojos del mundo como en lo personal. Pensativos, asaltados por los recuerdos, se desnudaron sin mediar palabra.

Alexander había luchado dos años (habían sido tres en el caso de James) contra el Usurpador. En Salamanca, en Madrid, en Burgos, en Francia. Uno había resistido hasta Toulouse y el otro, hasta Waterloo. Napoleón había fascinado y asqueado al mundo: había despertado más odios y pasiones que ningún otro hombre antes que él. Era valiente, ambicioso, orgulloso. Con sus delirios de grandeza, había llegado a lo más alto y cambiado aquellos códigos con los que ningún hombre se había atrevido siquiera a soñar antes que él.

Había nacido en 1769 en Ajaccio, en el seno de una familia de plebeyos. A los 16 años, ya era oficial de artillería. A los 24, general. A los 30, primer cónsul. A los 35, emperador. A los 40, tres cuartas partes de Europa estaban bajo su dominio. Su Francia abarcaba ciento treinta departamentos: había hecho arrodillarse a todas las potencias europeas, había mandado a sus hermanos y cuñados al frente de casi todos los reinos importantes y, gracias a él, el antiguo Imperio carolingio parecía haber resurgido de sus cenizas. Había derrotado a las cinco primeras coaliciones, convertido a Europa en vasalla de Francia, y su ejército (el mayor que se había conocido hasta la fecha) contaba con cientos de miles de soldados de más de veinte naciones

distintas. Con eso le bastaba para sentirse intocable. Craso error, pues había acabado perdiendo el instinto y la humildad que todo buen líder de guerra debía conservar, y su inigualable sentido de la estrategia no había sobrevivido a los estragos de su amor propio.

A su meteórico ascenso había seguido un descenso a los infiernos igual de espectacular. La campaña rusa, el desastre de Berézina, la caída del Imperio, las sucesivas derrotas, Leipzig, la retirada de tropas, París, la abdicación, el exilio… Y luego, un retorno efímero, una sacudida final: los Cien Días, Waterloo. Una segunda abdicación y de nuevo, la huida y el exilio en la isla de Santa Elena. El tan deseado final de la Gran Guerra[13].

Unos años más tarde, Napoleón había muerto en un lugar recóndito del planeta, apartado de la mano de Dios, en una isla rocosa bajo el trópico de Capricornio, a dos mil kilómetros de la costa de África, a tres mil kilómetros de las costas de América y a más de seis mil kilómetros de Europa. El héroe de la Revolución, poco a poco consumido por la ambición, se había convertido en un tirano. En un arrebato de locura que resultó ser homicida, había arrastrado consigo a millones de soldados: muertos por la gloria de un solo hombre.

Todos querían derrocarlo: los ingleses, los austriacos, los prusianos, los monárquicos, el papa, Talleyrand[14]… todos. Pero solo el invierno ruso fue capaz de frenarle los pies. Aniquilaron a su ejército de más de setecientos mil soldados: la estepa, el frío, el hambre, las heladas y las crecidas de los ríos resolvieron en pocos días lo que decenas de naciones ansiaban desde hacía más de diez años, veinte incluso para los que aspiraban a una restauración de los Borbones en el trono. Después de la campaña de Rusia, la cuestión de acorralar a Napoleón, desarticular su imperio y obligarle a capitular se redujo a un proceso de cooperación entre las fuerzas de coalición. Por mucho que Bonaparte dijera (para honrar su legendaria petulancia): «Cincuenta mil y yo hacen ciento cincuenta mil», en referencia a los últimos jirones de su diezmado ejército, solo Dios, llegados a ese punto, habría podido frustrar lo inevitable.

Y Napoleón, con independencia de lo que creyese en aquel momento, no era Dios, aunque hubiese conseguido escapar, todo sea dicho, de una cifra increíble de complots y atentados de todo tipo. Al menos, hasta aquel día.

—No sería la primera vez que alguien intenta asesinarlo… —comentó por fin James para romper el hielo.

—Pero sí la primera que alguien lo consigue.

—Sí, es evidente.

—Cierto es que, ahora que no tenía la protección de la policía de Fouché[15] o la Guardia Imperial, no era muy complicado.

—Me surge una duda: si de verdad ha sido un asesinato, ¿a qué esperaban? ¡Después de todo, ha estado seis años en el exilio! ¿Por qué ahora?

—Excelente pregunta, mi querido Eastlake.

James terminó sus abluciones y cogió una camisa limpia.

—En fin, tampoco es que importe. No es más que otro misterio que perseguirá a ese tirano y que, con toda probabilidad, nunca se resolverá. Como aquello de si lo traicionaron o no en Waterloo, o si era masón…

—En cuanto a eso, Eastlake, déjame que te diga que, en general, hay pocas dudas. El número de logias masónicas casi se duplicó en Francia durante los diez años del Imperio, y eso sin contar aquellas que, nuevas o antiguas, adoptaron nombres a cada cual más obvio. Ya sabes: «Napoleón el Grande», «San Napoleón», «Napoleón Magno», etc., y en la mayoría de ellas, además, le rendían culto. La francmasonería no era más que una institución bonapartista. Él protegía a los masones y a cambio, ellos lo ensalzaban. ¿Qué más pruebas se necesitan de ello?

—Es cierto que, tras el largo letargo impuesto por el Terror[16], las logias no pudieron sino revivir y aprovechar el momento…

—Sí, Eastlake, ¡pero el clan Bonaparte estaba hasta arriba de masones! Su padre, sus hermanos, su hermana Caroline, su esposa… Por no hablar de la gente de su entorno: Ney, Cambacérès, Bernadotte, Lebrun, Fouché… Catorce de sus dieciocho mariscales, muchos de sus generales, prácticamente todos sus coroneles, cinco ministros, tres cuartas partes de sus intendentes, la mitad de sus comandantes de batallón, mayores y capitanes, una multitud de mandatarios… Masséna incluso le ofreció ser gran maestre antes de que se convirtiera en emperador… ¡Es irrefutable, amigo!

—Y si es así, Ashford, ¿por qué nunca lo reconoció?

—Tampoco lo negó. De hecho, es prácticamente una certeza que fue iniciado al pie de las pirámides durante su campaña en Egipto en el 98. En mi opinión, su única preocupación era no mostrarse afín a ningún partido con el fin de controlarlos mejor.

—Si tú lo dices…

—¡Lo digo porque así es!

—En ese caso, ¿qué te dice la bola de cristal sobre su muerte, Ashford?

Alexander sonrió. Adoraba a su viejo amigo: su humor, su impertinencia…

—Solo sé lo que se dice en la Cámara de los Lores, amigo mío.

—¿Y qué se susurra en los pasillos?

—¿Quieres decir si se acepta oficialmente que el emperador exiliado fue envenenado a traición por Inglaterra?

—Dicho así…

—Para empezar, que conste que no éramos los únicos que lo queríamos muerto. También estaban los monárquicos (como de costumbre), los partidarios de Luis XVIII, el conde de Artois, Montholon…

—De todos modos, hay que decir que su vigilancia costó a la Corona una pequeña fortuna. Cientos de hombres en tierra, quinientos marineros en la flotilla de guerra…

—Y yo que creía que odiabas los números…

—Y los odio.

—¿Y la política?

—Aún más. Pero, como tú, luché en la guerra, y hasta el final. *Little Boney* ya nos sorprendió con su regreso relámpago de la isla de Elba, y también nos permitió disfrutar de las maravillas de Waterloo cuando creíamos haberlo neutralizado, así que, a decir verdad, me sentí bastante aliviado cuando descubrí que esta vez, con toda certeza, estaba bien vigilado y no volvería a las andadas.

—¿Cómo iba a volver desde el Atlántico Sur? —objetó Alexander, con las cejas fruncidas por la incredulidad.

—Sabes tan bien como yo que ese hombre era capaz de cualquier cosa.

Alexander asintió y se puso el chaleco antes de añadir:

—Eso no es del todo falso. Según parece, Lowe[17] hizo que lo encerraran en cuatro ataúdes, uno dentro del otro, como auténticas muñecas rusas. Debía de tener miedo de que escapara. Y, por si fuera poco, hizo poner sus vísceras en soperas del servicio imperial. Quizá, sin esta sabia precaución, *Boney*, como buen faraón, habría resucitado.

James rio y se llevó la mano a la levita. Luego levantó la barbilla y dejó que un lacayo de la armería le anudara la corbata.

—En cualquier caso, el rey estará de un humor de perros…

—¿Cómo?

—Pues verás… ¡Por el amor de Dios, Holson, no apriete tanto…! —dijo James al lacayo—. En fin, es probable que nuestro soberano esté de mal humor, porque adoraba a Napoleón.

—¡Sí, pero de ahí a lamentar su muerte…!

—Ni te imaginas lo mucho que lo admiraba, Ashford. Y todavía lo hace, de hecho. Pero sabiendo lo que opinas del rey, dudo que quieras saber más.

En realidad, la fascinación sin límites que el rey Jorge había profesado durante los últimos veinte años por el antiguo emperador francés rozaba la obsesión. Compraba a precio de oro los viejos uniformes de su rival (en fin, de su rival en teoría, ya que el rey nunca había pisado un campo de batalla, a diferencia del Usurpador, que los había pisado todos), y pedía que se los ajustaran a su talla; desfilaba por Carlton House vestido de Bonaparte a todas horas, día y noche. Es más, como un verdadero admirador, coleccionaba trofeos, reliquias y recuerdos del Usurpador. Tenía uno de los abrigos de Bonaparte, rescatado de su carruaje justo después de Waterloo, el *Marte y Venus* de Canova, el escultor favorito del emperador (que, en consecuencia, se había convertido también en el artista predilecto del monarca), cuadros encargados por él, muebles de Versalles y toda una serie de baratijas que Luis XVIII, en un apuro por deshacerse de ellas, le había donado.

Para Jorge IV, adquirir objetos que habían pertenecido al emperador era una forma de crear cierta conexión con él. Era como si su complejo de inferioridad se paliara de forma catártica con la posesión de todos aquellos objetos que habían pertenecido al enemigo del país del que era soberano. Tanto era así que, al ascender al trono un año antes, el rey había decidido reformar Windsor y crear una *Waterloo Chamber*[18]: una habitación donde inmortalizar su gloriosa victoria sobre Napoleón (o mejor dicho, la de Wellington y las tropas de la coalición). Para ello contaría con la ayuda de su leal pintor y retratista, Lawrence, que pintaría los retratos de los veinticinco comandantes que habían conducido a su país a la victoria final. Todo estaba previsto. Si seguía así, es probable que incluso acabase creyendo que él mismo había dirigido las tropas en Waterloo y que contase en la mesa las batallas como si hubiera estado allí. En cualquier caso, conociéndole, no había duda de que la puesta en escena de aquella galería sería espectacular…

James no sabía cómo calificar esta fijación: ¿Indecente? ¿Infantil? ¿Grotesca? Porque la admiración del rey Jorge por Bonaparte no tenía mesura. Buscaba a sus amantes, las hacía traer a Londres, se acostaba con ellas, vestía conforme a la moda militar pese a que jamás había cruzado el canal de la Mancha, y las doscientas cuarenta y tres mil libras que había decidido gastar en su coronación en julio —la más cara que Inglaterra había visto jamás— no tenían otro propósito que permitirle superar la fastuosa la coronación de Napoleón en 1804.

A ese paso, ¿quién sabe si no conseguiría que los restos de su ídolo fueran repatriados en secreto para albergarlos en el subsuelo de Westminster, en lugar de dejarlos en Santa Elena?

Alexander se puso los guantes y cogió distraídamente el sombrero que le tendía discretamente el lacayo. Finalmente, sacudió la cabeza, consternado.

—Nunca entenderé lo que ves en él, Eastlake.

A James no le sorprendió el comentario de su amigo. Eran pocos los que, más allá de aquel hombre obeso, extravagante y monstruosamente egocéntrico, más allá de aquel lunático, veían al caballero de buen gusto, al hombre brillante, a la mente innovadora y al gran mecenas de las artes que Jorge era en realidad.

—Para ser sincero, y sin pretensión alguna, me atrevería a decir que es más bien Su Majestad quien ha visto algo en mí, y no al revés.

—¡Estás predicando al coro, amigo mío!

—Aun así, he de admitir que disfrutar de la simpatía del rey tiene sus ventajas: en lo que se refiere a rodearse de mujeres hermosas, no tiene parangón. Además, trae a artistas y consigue obras maestras de todo el mundo, por no decir que organiza las fiestas más grandiosas que este país haya visto jamás.

—Todo para complacerte, reconozcámoslo. Pero has de admitir que ese será probablemente su único mérito…

—Si eso te hace feliz, Ashford, te lo concedo…

—Te lo agradezco. Bien, vamos, ¡ya son las ocho! —exclamó el conde al sacar su reloj de bolsillo—. Démonos prisa, Eastlake. Stenson ya debe de estar esperándonos.

—Eso será si ha conseguido despegarse de los brazos de su esposa…

—Eastlake, ¡contén esa lengua viperina! ¿Cuándo, dime, cuándo nos ha fallado Stenson?

—Jum…

—Viene todos los jueves al club y todos los viernes a mi casa. Está loco por su mujer, y quiero decir, ¿puedes culparlo por ello? —James le lanzó una mirada sardónica—. Pero nunca nos falla. Has sido injusto.

—¿Hablas en nombre de la liga de los hombres casados?

—Yo diría más bien de los hombres felices.

—¡De acuerdo! Ya he oído suficiente. Veamos si nuestro hombre es fiel a sus principios.

---

[1] *N. de la T.* En francés, «¡En guardia!». Es la posición básica de un esgrimista, tanto para la defensiva como para la contraofensiva. Además, se trata de un grito habitual que se profiere en el combate.

[2] *N. de la T.* En ocasiones, el juez usa el término *prêts*, que es el equivalente en francés a «listos».

[3] *N. de la T.* En francés, «¡Adelante!». El juez utiliza esta palabra en pleno combate para indicar a los esgrimistas que es el momento de luchar.

[4] *N. de la T.* Es un movimiento que consiste en un salto al frente y una finta, esto es, un salto al frente con llamada de pie trasero, recepción sobre dicho pie y luego, llamada de pie delantero.

[5] *N. de la T.* La venta de comisiones o nombramientos era una práctica común en el Ejército británico y consistía en asegurar en cierto modo el rango de un soldado y mantener el *statu quo*, ya que muchos de ellos provenían de posiciones ventajosas de la sociedad.

[6] *N. de la T.* Un tipo de carruaje.

[7] *N. de la T.* En la época, se denominaba así a una serie de mujeres cuya condición oscilaba entre una prostituta de lujo y una amante mantenida por un hombre adinerado.

[8] *N. de la T.* Especie de amago de una acción que pretende sacar partido de la reacción del contrincante o, en caso contrario, de la ausencia de reacción de este último.

[9] *N. de la T.* Avance ofensivo que implica un desequilibrio del cuerpo hacia delante con el brazo estirado a la par que se descansan las piernas de forma alterna.

[10] *N. de la T.* Se refiere a la sexta posición. Hay ocho en total, de las cuales, cuatro están en supinación (entre ellas, la sexta) y las otras, en pronación.

[11] *N. de la T.* Especie de protección que se coloca en la punta del arma. En francés se conocía como *fleuret*, de ahí el nombre de la espada como tal.

[12] *N. de la A.* Cloruro mercurioso que antiguamente se utilizaba como purgante y vermífugo (antiparasitario).

[13] *N. de la A.* Algunos países europeos se refieren al periodo de más de veinte años de guerra de 1792 a 1815 (es decir, de las guerras de la Revolución seguidas de las guerras napoleónicas) como «la Gran Guerra Francesa». Antes de la Primera Guerra Mundial, (que acabó reclamando ese último título), el periodo se conocía simplemente como «la Gran Guerra».

[14] *N. de la T.* Sacerdote, obispo, político, diplomático y estadista francés que tuvo una influencia innegable en los acontecimientos políticos de finales del siglo XVIII e inicios del XIX.

[15] *N. de la T.* Fouché fue un político francés al que nombraron ministro del Interior, y por tanto, jefe de la

policía. Junto con Talleyrand, fue una de las figuras políticas más influyentes de la época en el país.

[16] *N. de la T.* Periodo comprendido entre 1793 y 1794, esto es, en lo que se conoce como un estado de excepción de la Revolución Francesa.

[17] *N. de la A.* Hudson Lowe, general británico, carcelero de Napoleón y gobernador de la isla de Santa Elena de 1816 a 1821, mantuvo una tensa relación con su prisionero. Antes de Santa Elena, había dirigido una unidad especializada en secuestros y asesinatos por envenenamiento con arsénico…

[18] *N. de la T.* En inglés, una «cámara de Waterloo».

III

Aylana se consideraba bastante afortunada. Había estado en Bridgwater, en Glastonbury, Wells y Bath. Una vez, incluso había ido a Bristol y Exeter con lady Kathleen. A diferencia de mucha gente que conocía —de hecho, de casi toda la población de Sherryton—, no solo había salido del pueblo y sus alrededores en más de una ocasión, sino que había estado en la ciudad —en una de verdad— y en la costa (unas tres veces, para ser exactos).

Sin embargo, Londres no se parecía a nada que hubiera visto antes. Y por mucho que hubiera leído y admirado una cantidad considerable de pinturas de la urbe —o, al menos, reproducciones de ellas—, nada podría haberla preparado para algo así.

Londres era monumental.

Londres era tentacular, monstruosa.

Londres era… Londres, en resumidas cuentas.

Y Aylana se sentía completamente perdida.

Había cogido una diligencia en Taunton y viajado hasta el mismo corazón de la capital, Covent Garden. Allí había buscado una pensión donde alquilar una habitación, pero los precios eran demasiado altos, altísimos, y la prisión de Newgate —algo que no había tardado en descubrir— estaba demasiado lejos, en dirección este. Aylana quería ver a John, tenerlo cerca, hacerle saber que estaba allí y que no le abandonaría.

Por ello, había acabado pidiendo indicaciones y caminando hacia el este, hacia la City, que estaba a más de un kilómetro y medio de distancia. Había encontrado la prisión, un edificio tan lúgubre como aterrador. Justo detrás, estaba la catedral de San Pablo[1]. Había buscado una habitación por la zona sin más dilación, y finalmente, la había encontrado a un precio asequible a orillas del Támesis, a poco menos de un kilómetro, justo antes de la Torre de Londres[2].

Agotada por tres largos días de viaje, se había desplomado sobre el colchón de paja sin pensárselo dos veces y sin tener la menor idea de en qué parte de Londres estaba ni de dónde se encontraba Mayfair. A la mañana siguiente, la posadera, una mujer menuda y retraída, se lo explicó tras servirle un plato de patatas, huevos revueltos y alubias rojas:

—Está en la City, en pleno centro de Londres. La prensa, los negocios, el comercio, la justicia… todo sucede aquí. Al este —La mujer arrugó la nariz con desprecio y señaló vagamente los distritos que tenía a sus espaldas— está el East End. Si pasa la Torre de Londres, será como si se hundiera en la miseria. No recomiendo que vaya por esa zona, a menos que tenga una buena razón, por supuesto, o que no le quede otra opción. En cualquier caso, nunca vaya sola. Poplar, Whitechapel, Spitafields, Limehouse, Bethnal Green, los Docklands… todas esas zonas son muy (pero que muy) peligrosas. Espero que no esté buscando trabajo en las fábricas o en los alrededores del puerto…

—No, yo… debo ir a Mayfair.

La casera enarcó una ceja desconcertada.

—En ese caso, mi pobre niña, deje que le diga que no está en el lugar adecuado. Mayfair está al oeste de Westminster. Westminster es el centro del poder: allí están los palacios, los ministerios, el Parlamento, la abadía… Y Mayfair, Marylebone y demás están calle arriba. Es el territorio de los *aristos*. ¿Por qué quiere ir allí? ¿Es usted doncella?

—Em…

—Espero por su bien que la dejen alojarse en la casa en que trabaje, porque si pretende encontrar una habitación a un precio razonable, tendrá que irse más lejos. Quizá si probara suerte en los suburbios del norte, o incluso en el extremo oeste, cerca de Paddington, Hammersmith o Hampstead… En cualquier caso, olvídese de Kensington y Chelsea: no podrá permitírselo. Deberá recorrer un largo camino por la mañana y por la noche, ¡pero en fin, lo que haga falta!

—No, en realidad… solo he de ver a alguien. Me han citado allí.

—¿La han citado?

—Sí.

La casera le había cortado una gruesa rebanada de pan y ahora empujaba la mantequilla hacia ella.

—Si piensa alojarse aquí, tendrá que pagar por adelantado. ¿Cuánto tiempo cree que se quedará?

—No sabría decirle, señora Crofts. ¿Le parecería bien que le pagase por semana?

—Sí, de acuerdo.

—¿Podría decirme cuál es la forma más directa de llegar a Mayfair?

—¿Puede permitirse un coche de plaza?

—No, preferiría ahorrarme ese gasto.

—En ese caso, lo único que debe hacer es caminar a lo largo del Támesis, en dirección oeste. En el puente de Westminster, gire a la derecha y siga andando para alejarse del río. Entonces se encontrará a mitad camino entre Westminster y St James y solo le quedará cruzar St James's Park y luego Green Park para llegar a Mayfair.

Aylana no estaba segura de poder recordarlo todo. Pero lo más importante era que Mayfair estaba al oeste —La joven refunfuñó para sus adentros: *¡Era obvio! ¿Cómo esperar que la élite del país viviera cerca de Newgate?*— y que tenía que alejarse del East End por razones lógicas.

De hecho, debería habérselo imaginado, porque aunque los periódicos reservaban parte de sus artículos a lo que ocurría en los pomposos y flamantes distritos del West End (Mayfair, Westminster y Marylebone, principalmente), es decir, un baile de debutantes, algún acontecimiento en el seno de la familia real o una de las tantas recepciones de la temporada, las columnas de noticias, por su parte, evocaban los barrios más pobres del East End con una frecuencia desconcertante.

Un día, en la orilla del lado de Wapping[3], se pescaba un cadáver de las oscuras aguas del Támesis. Otro día, se alababa a la policía local por su valentía durante una redada en los bajos fondos de Whitechapel (con la ayuda de varias milicias) para expulsar a todo tipo de alimañas y enviarlas a Australia. Otras veces, normalmente al comienzo de la primavera, se lloraba la pérdida de unos cuantos miles de almas: aquellas que el invierno, por medio de sus gélidas lluvias, sus noches heladas y su dosis de epidemias, se había llevado consigo. A menudo se mencionaba también la última huelga de estibadores o los disturbios más recientes (que solían acabar en derramamiento de sangre).

A veces, se informaba de lo peor del tejido social. Parecía como si (por un desafortunado milagro) la escoria de la urbe se hubiera reunido en las sórdidas cloacas que eran los barrios del este de Londres. Carteristas, atracadores, merodeadores y ladrones se codeaban con asesinos, estafadores, falsificadores y prostitutas: los desechos de la sociedad. Otras veces, las noticias eran más extravagantes: los londinenses se indignaban ante la última operación de las *Forty Elephants*[4], una banda de cuarenta ladronas del South End, que, desde hacía poco, sembraban el terror por toda la ciudad. Organizaban asaltos a grandes almacenes, chantajes, robos con violencia, hurtos, allanamientos, falsificaciones y amaños y gestionaban redes de proxenetismo.

Eran mujeres extraordinarias, violentas, ingeniosas y avispadas, que no dudaban en utilizar referencias falsas para conseguir un empleo como institutrices en lujosas mansiones del oeste con el fin de saquearlas. Chantajeaban a burgueses que habían sucumbido a la tentación a espaldas de sus esposas, o se colaban en grupo en los grandes almacenes londinenses para robar conforme a una hábil puesta en escena que incluía clientes exigentes, escándalos bien orquestados, distracciones, armas falsas escondidas en las mangas y otros subterfugios. Su *modus operandi*, según el periódico y el criterio del redactor jefe, les valía unas veces el apodo de «saltamontes», y otras, el de «amazonas». En cualquier caso, se trataba —en efecto— de una plaga.

Aylana recordaba una noticia reciente en la que el columnista informaba del arresto de una «elefanta». Al parecer, había salido de una boutique de lujo con más de cuarenta artículos en los bolsillos. ¡Una cifra récord! Para ser sinceros, esa trama le hacía bastante gracia, pero la mayoría de los artículos sobre el East End eran una auténtica vergüenza.

Es más, cuando el redactor era prolífico o se sentía un romántico entusiasta, describía los lugares. A través de sus palabras, era fácil imaginar un mundo aparte, en la parte marginal de la ciudad, replegado sobre sí mismo. Allí, la pobreza se cernía sobre sus habitantes como una trampa para la que no había escapatoria. Un gueto insalubre, donde el ganado se sacrificaba en plena calle, donde los excrementos se arrojaban a las aceras, donde reinaba el paro y donde los huérfanos, que deambulaban de un montón de basura a otro, caían irremediablemente en las redes de los delincuentes, y las niñas desamparadas, en los burdeles. Un mundo oscuro y turbio, donde la gente se arrastraba por las paredes al caer la noche, vagaba sin rumbo durante el día y moría sola a la mañana siguiente, en algún lugar de un callejón, sobre un papel grasiento o un montón de basura. Un mundo de miseria donde se vendía la orina a las curtidurías, el pelo a los peluqueros y los dientes a los protésicos para ganar tres chelines contados. Un mundo de desesperación con calles sumidas en la niebla; un mundo donde se comían gatos, donde la gente vivía de los delitos, la rapiña y la mendicidad, donde hasta las ratas estaban flacas… y donde solo parecía haber dos salidas: la cárcel o la horca.

Aylana sintió que le escocían los ojos y aligeró el paso.

Dos meses. Dos meses más y John sería uno de esos hombres miserables que acababan colgados del extremo de una soga, escupidos y abucheados por la multitud. Su hermano había luchado por Inglaterra, había servido en la Marina desde los 12 años, había estado en Abukir, Copenhague, Trafalgar y Lyngør[5]. Había sido chico de la pólvora[6], luego marinero, más tarde contramaestre y, después, suboficial mayor. Era un hombre que, como miles de marineros, húsares y soldados, había regresado de las guerras contra Francia desfigurado, con miembros amputados, traumatizado y sin empleo. Había servido bajo las órdenes directas de Nelson y se había dejado un brazo en las aguas del Skagerrak[7]. En definitiva, John era un hombre que, durante casi diez años, incapaz de vivir con su ridícula pensión de dos peniques y medio al día, se había codeado con los veteranos de Waterloo, las batallas españolas y las guerras de cañoneros. Entre alcohólicos y lisiados pasaba los días, ya que, como para muchos otros, no había forma de encontrar trabajo.

Era injusto. Injusto. ¡Tan injusto…!

Aylana respiró hondo. No era el momento de mostrarse débil. Si sucumbía a la histeria en Eastlake Hall, le estaría haciendo un flaco favor a su hermano, así que se encogió de hombros, levantó la barbilla y trató de empatizar con el bullicio de las calles y los muelles que la rodeaban.

Todo era tan ruidoso, tan agitado, ¡tan febril…! No sabía ni dónde estaba. *Entre la City y el West End, sí, pero ¿dónde exactamente?* Una cosa era cierta: Londres estaba en constante

movimiento, era una algarabía sin fin y en él reinaba una efervescencia estimulante. En la ribera del Támesis, las cordelerías seguían a las fábricas de municiones, las refinerías a las fundiciones de campanas y las cervecerías a las fábricas de zapatos. Un gigantesco mercado de pescado bloqueaba la calzada a lo largo de casi doscientos metros, así que hubo de desviarse. Más adelante, las fábricas y los cobertizos dieron paso a tiendecitas y talleres más modestos, tenderetes de reparación de calzado, puestos de zapateros, cesterías…

Cerca de ella, un vendedor ambulante desembalaba sus mercancías y atraía a las amas de casa: piedras de planchar, betún, perfumes, jabones, maquinillas de afeitar y cosméticos… vendía de todo un poco. Más allá, un tendero atraía a los compradores con dulces y frutos secos, y justo detrás de él, un vendedor de manzanas liquidaba sus últimas cajas y una anciana tejía calcetines.

Junto al marco de una puerta, unas mujeres con pañuelos en la cabeza desenredaban hilaza de estopa[8], cuyas fibras se venderían a constructores navales y trabajadores de la industria del colchón. Otras fabricaban redes para la pesca del arenque, y unas cuantas aprovechaban el sol para tender la colada al aire libre. El lechero deambulaba con su caja al hombro, mientras algunas voces lo llamaban. Un panadero iba de puerta en puerta con una cesta de pan bajo el brazo y la gente le compraba una hogaza o dos. Carabelas, lugres, botes y veleros danzaban sobre las olas grises en un balé incesante. Todo eran olor, color y alboroto: desde el ruido sordo de los cascos al golpear contra los adoquines del muelle hasta el sutil olor a hollín que flotaba por las calles; desde el canto estridente de las gaviotas hasta los gritos de los repartidores de periódicos; y desde el olor a abadejo hasta los excrementos de los caballos.

En cierto sentido, a Aylana le gustaba. Se deleitaba con las blasfemias de los cocheros, obstaculizados por una infinidad de carros; los rebuznos de las mulas, estresadas por los carruajes; y los rápidos y ágiles recaderos, que zigzagueaban entre cajas, barriles almacenados, sacos de arpillera y jarras de leche tibia.

Era agotador. Era ensordecedor. Era… vertiginoso, a la par que exótico.

Siguiendo el consejo de un transeúnte, finalmente dejó atrás el Támesis por el puente de Westminster, cruzó el lado oeste de Covent Garden y, una vez en Piccadilly Circus, subió por la flamante Regent Street, inaugurada por John Nash[9] en honor a príncipe Jorge durante la Regencia. Una arteria simbólica de la ciudad, llena de significado, que separaba, punzante, los barrios fastuosos del West End de todos los distritos del centro y el este de Londres. La calle era una brecha monumental que unía Carlton House y Pall Mall, al sur, con Oxford Circus, al norte: una larga avenida comercial atravesada por arcos y galerías donde todo el mundo estaba invitado a entrar y curiosear, pero que casi nadie se aventuraba a cruzar a menos que perteneciese a la alta sociedad.

Sin embargo, Aylana sí lo hizo. Al llegar a Brook Street, abandonó la extraordinaria Regent Street, vasta y majestuosa, con un estilo muy típico que ya había visto en Bath, y se dirigió a Mayfair. Allí todo era lujo y elegancia: arcadas y columnatas, joyerías, perfumerías, anticuarios y galerías de arte. Los zapateros daban paso a los joyeros, los casqueros a los chocolateros y los ropavejeros a los sombrereros. A unos pasos de ella, dos damas se mostraban indecisas frente al escaparate de *Bentley & Skinner*: *¿Cuál de esos collares de perlas les sentaría mejor?* Más adelante, un caballero con sombrero de copa compraba a un florista un ramo de tulipanes para la dama que ocupaba sus pensamientos y le pagaba con una cifra astronómica. Los lacayos en librea, los postillones con tricornio y las doncellas con pequeños bonetes plisados avanzaban con prisa, tarjeta de vitela en mano o cesta de mimbre bajo el brazo, para cumplir con algún recado urgente al servicio de su amo. Luego, tiendas de cachemira, fumaderos en un ambiente íntimo,

galerías comerciales acristaladas, plazas redondas con fachadas arqueadas, mansiones absolutamente colosales y monumentos tan grandiosos que parecían ocupar manzanas enteras de la ciudad.

Los ojos de Aylana brillaron al pasar junto al deslumbrante *Mivart's Hotel*, al que siguieron dos sombrererías, una relojería de lujo en un entorno neopalladiano, la boutique de alta costura *Gieves & Hawke*s y la *Fine Arts Society*[10]. Finalmente, llegó a Grosvenor Square. Se dirigió al número 1 de South Audley Street y se detuvo frente a una residencia de estilo georgiano de cuatro plantas tan ostentosa como desproporcionada.

Aylana contuvo la respiración, se ajustó la capa, se alisó la falda del vestido, subió los pocos escalones hasta el porche y golpeó la puerta con la aldaba.

***

—En cuanto a lady Suzan, es absolutamente exquisita. Tiene un talento nato para el violín, canta como los ángeles, su bordado es digno de admirar y recita la obra de Cowper[11] de memoria. Y lo mejor de todo es que el duque de Lancaster le ha proporcionado una dote de… James, ¿me estás escuchando?

James, medio dormido, llevaba las últimas dos horas asintiendo con la cabeza mientras su madre ensalzaba las virtudes de diez jóvenes damas de la aristocracia británica, a cada cual más perfecta y casadera que la anterior.

—¡James!

Este se sobresaltó.

—¿Sí?

—¡Estabas dormido!

—En absoluto, madre…

—En ese caso, ¿de qué te estaba hablando?

La respuesta era evidente. Su madre nunca hablaba de otra cosa que no fueran uniones bien meditadas. James gruñó y se frotó los párpados antes de añadir:

—De asuntos matrimoniales.

La duquesa viuda de Somerset lo miró por encima de los quevedos[12] y bajó la hoja de papel en la que, con una caligrafía adusta y casi militar, había resumido las principales cualidades de sus últimas presas. Entrecerró los ojos y lo escrutó con sus ojos aguileños antes de insistir:

—¿Y con quién, para ser más concretos?

James dio un respingo: no tenía ni la menor idea. La hija de algún marqués, embajador o príncipe, sin duda. Volvió a cerrar los ojos e intentó, con un esfuerzo casi doloroso, desterrar los estragos de la larga noche de desenfreno tras la que había despertado. O mejor dicho, tras la que había intentado despertar unas horas antes, cerca del mediodía, solo para dormitar mientras su madre lo acosaba, que es lo que había sucedido desde que había llegado a Eastlake Hall para su té diario.

Veamos… Se había quedado con una tal Laetitia, la hija del duque de Rutland, o de Richmond… O de York. No conseguía recordar con claridad. Ah, no, más tarde había mencionado a la hija mayor del conde de Essex. Una repipi de tres al cuarto, pero una de las ricas. Ah, y también a la viuda del marqués de Worcester, cuyo nombre había olvidado.

—Lady… ¿Mary, quizás?

Un nombre muy común entre las debutantes de la temporada. Estadísticamente, había una posibilidad entre ocho de que…

—¡James! —tronó la viuda.

Había fallado.

—¿Sí? —susurró con voz zalamera.

—No estabas escuchando.

¿Qué responder a eso?

Hacía casi seis años —de hecho, desde que había vuelto de Francia— que su madre insistía en que se casara. Seis años en los que, por cierto, Eastlake había hecho de todo menos eso.

James suspiró. Lo cierto era que no quería casarse. Es más, sentía una aversión de primera hacia el matrimonio. Su madre, sin embargo, era probablemente la única casamentera del gran mercado londinense que aún no lo había entendido. Probablemente porque, con once hijos a su cargo, hacía tiempo que había perdido cualquier noción de la realidad que no fuera la que ella misma había elegido. A menos que entrase en una orden religiosa, el hijo o la hija de un duque no podía permitirse permanecer soltero.

Pensándolo bien, James —el quinto en discordia tras una hermana mayor y tres hermanos (sin contar a los que vinieron después)— no recordaba haber oído jamás a su madre preocuparse por otra cosa que no fuera llevar a sus abundantes vástagos al altar. Desde que tenía 10 años y su hermana mayor había entrado en sociedad, James tenía la impresión de vivir en una inmensa feria nupcial sin tregua. La mayor de todos ellos, como buen soldado, había conseguido apresar a un príncipe de Centroeuropa, lo que enorgullecía tremendamente a su madre. Más tarde, Henry había heredado el ducado de su padre. La temible viuda no había tardado más de dos semanas en encontrarle una esposa digna de su rango. A este le habían seguido Andrew y Rob: una hija de un duque inglés, y la otra, de un marqués escocés.

Y aunque la duquesa viuda se las había arreglado perfectamente con sus cuatro primeros hijos, las cosas habían empeorado considerablemente cuando le llegó al turno a James. Después de pasar tres años chocando sables en los campos de batalla del continente, cuando el quinto hijo tuvo la desgracia de regresar a Londres, su madre se abalanzó sobre él como la sífilis sobre el bajo clero.

No obstante, James, que había cumplido con su deber de hijo menor hasta la abdicación de Bonaparte —definitiva, esta vez—, no tenía la menor intención, al volver al nido, de asumir nuevas responsabilidades, *a fortiori* aquellas que, en su opinión, no tenían por qué recaer sobre él, como asegurar el renombre y la continuidad de la estirpe de los Eastlake.

De hecho, Henry ya tenía tres hijos, y Andrew y Rob, dos cada uno. Huelga decir que la madre de James tenía un olfato excepcional para detectar a aquellas de su especie, es decir, excelentes gallinas ponedoras. Esto último colocaba a James en el décimo lugar de la lista de herederos potenciales del ducado de Somerset, por lo que, para su gran alivio, el soltero se sentía definitivamente libre de culpa. No habría cambiado su posición de hijo menor por nada del mundo.

Solo de contemplar las innumerables obligaciones que recaían sobre su hermano o las múltiples responsabilidades con las que había empezado a lidiar Alexander el día en que se convirtió en conde le entraban náuseas. Él, por su parte, nunca había manifestado el menor interés por la gestión del dinero, las cuentas, el papeleo y la administración de tierras y siempre se había conformado con dejar que sus abogados se ocuparan de esos detalles materiales. A James le traían sin cuidado las historias de dote, las últimas inversiones de moda y el progreso industrial.

Eso sí, amaba el arte. El arte y las mujeres. Algo que, para él, era prácticamente lo mismo: en ambos casos, era una cuestión de estética, belleza y placer. Y puesto que había cumplido con su deber de hijo menor, y teniendo en cuenta que nunca heredaría el ducado —¡gracias a Dios!—, y

que el linaje secular de los duques de Somerset no dependía en absoluto de su capacidad para reproducirse, no veía ninguna razón por la que debiera encadenarse a una mujer… solo a una, se entiende. De hecho, no compartía que su madre intentara venderlo como a un semental o una cartera hasta arriba de billetes, según el caso. Porque aunque las técnicas de emparejamiento y unión en la alta sociedad desilusionaban a muchos, el enfoque de lady Eastlake era causa de mayor rechazo: meticulosos planes de batalla, técnicas de acorralamiento despiadado, golpes de gracia sin piedad… En definitiva, cuando se trataba de tretas en sociedad, esa mujer era imbatible. Una estratega implacable, una caudilla despiadada y una adversaria tenaz, que más parecía un cazarrecompensas o un jefe apache que una duquesa británica. No cabe duda de que, si la hubieran movilizado en Austerlitz, habría hecho picadillo a Bonaparte.

James sabía que había renegado definitivamente del matrimonio el día en que, a sus 14 años, había visto a su madre pavonearse frente al monarca extranjero con el que tenía la firme intención de casar a su hija mayor, y le había mostrado su preocupación casi visceral por asegurar su descendencia. Lady Eastlake había señalado con teatralidad a sus hijos y James la había escuchado decir con orgullo manifiesto: «Como verá, las mujeres de nuestra familia no faltan a sus obligaciones».

Sus hermanas no eran más que receptáculos, úteros, entrañas, vientres en los que se gestaría el futuro de las grandes familias europeas que fueran bendecidas con la oportunidad de unirse a los Eastlake. De hecho, ella misma había engendrado a los formidables hermanos de James con una regularidad notable, casi mecánica.

¿Cómo, después de una gloriosa carrera de veintidós años en la producción de herederos y con no menos de trece embarazos, once de ellos llevados a término con valentía, no iba a desear lo mismo para sus propios hijos?

En cuanto a él y a sus hermanos, no había que ser un genio para adivinar lo que eran: por la frecuencia con que la duquesa repetía las palabras «buen partido», «fortuna» y «título», era fácil deducir lo que se esperaba de ellos, pero él simplemente se negaba a asumirlo.

James tan solo disfrutó de un breve respiro cuando tres de sus hermanas menores entraron en sociedad casi a la par. Sin embargo, en cuanto aseguraron al tercer y último yerno, su madre volvió a la carga. No acababa de entender por qué no daba el brazo a torcer, a pesar de que él llevaba diciendo desde su regreso del frente que no tenía la menor intención de casarse, no mientras hubiera tantos placeres esperando a ser consumados. Era como si su madre lo viera como un reto más. A veces incluso se preguntaba si no le empujaba al matrimonio por principios, costumbre o simplemente por el placer de vencer en el altar a lady Delaford —su eterna rival—, cuyo hijo menor también era un caso irremediable.

A menos que…

A menos que fuera para castigarlo por su falta de cooperación el año en que le había pedido que la ayudara a emparejar a Stenson y Ashford con Louisa y Harriet. Su amigo Jay Stenson venía de los bajos fondos, pero había ascendido por pura fuerza de voluntad hasta convertirse en el jefe de una de las veinte fortunas más grandes de Inglaterra, lo que le valía una ligera desviación del código de conducta de lady Eastlake. Para ella, cuanto más rimbombante fuera el título, más agresivas debían ser las artimañas. La determinación que había mostrado a la hora de casar a Louisa con aquel hombre, al que en la flor y nata de Mayfair todos conocían como «el príncipe del comercio y la industria» —lo cual, en boca de la élite del país, no era ningún cumplido— habría hecho temblar a los más grandes mariscales franceses. Pero Jay se había mantenido en sus trece. Al fin y al cabo, había que ser un demente para querer a lady Eastlake como suegra, y él no tenía un pelo de tonto. De hecho, quizá fuera el hombre más brillante (y

lúcido) que James había conocido.

En cuanto a Alexander… *¡Ah, Alexander!* Uno de los mayores pesares de la duquesa viuda, como lo era para muchas madres con hijas casaderas, todo sea dicho. Porque Alexander, más que ningún otro, había sido durante mucho tiempo el hombre ideal para las damas. Lo tenía todo: belleza, riqueza, título, estatus… Era un libertino, por supuesto, un hedonista, dicho sea de paso. No obstante, cuando heredó el condado de su padre, las apuestas subieron por las nubes. Pero él siempre había tenido esa contención, esos límites, esa moralidad de la que James carecía por completo: no se acostaba con criadas y nunca se había permitido seducir a una debutante. Bueno, hasta que conoció a Jade, que, con el tiempo, se había convertido en su esposa. Como buen aristócrata, Alexander solo seleccionaba a sus amantes en el *demi-monde*, o quizá entre esposas abandonadas y viudas disponibles, lo que le había valido muchos perdones.

James, en cambio, no tenía miramientos. Lo cual, combinado con su encanto casi proverbial y la atracción resoluta e irracional que parecía ejercer sobre cualquier mujer que pasara a menos de diez metros de él, lo hacía terriblemente peligroso.

Jay era un vividor. Alexander era un seductor y él… un depravado. Y a las mujeres, aparentemente, les encantaba que fuera el caso.

En los teatros, entre bastidores, actrices, bailarinas y cantantes saldaban cuentas con el soltero a base de mordeduras, arañazos y tirones de pelo. Después de que dos de sus camaristas y una pinche de cocina acabaran en la cama de su hijo, lady Eastlake decidió contratar únicamente a sirvientas poco atractivas. Es más, había innumerables novias jóvenes (cuyos maridos no podían coronarse como aquellos que las desfloraron) que se sonrojaban extrañamente cada vez que veían a James en un baile. Tanto era así que, aunque Alexander era el niño bonito de la alta sociedad, James se había convertido rápidamente en el terror de las madres casamenteras. En cuanto aparecía, era como un zorro en un gallinero: todas salían corriendo en un frenesí de cacareos, con sus polluelos a rastras… para luego volver a solas e intentar seducirlo ellas mismas. Porque en cuanto sus hijas se alejaban, las madres deseosas de un amante no tenían reparos en acercarse a probar suerte.

Cuando Alexander aún estaba en el mercado y la perspectiva del matrimonio le atraía poco más que a James, la reputación de este último le había servido de mucho. Más de una vez, Ashford le había agradecido su ayuda. Cuando James estaba cerca, la mayoría de las madres, conscientes de que este no tenía reparos en engañar a una debutante si estaba dispuesta (y con él, no había forma de no estarlo), dudaban si acercarse a Alexander, que había hecho de su amigo un auténtico salvoconducto. James, por su parte, estaba encantado de hacerle semejante favor al conde por un precio tan asequible.

Después, de todo, sus hermanas eran las únicas mujeres a las que dejaba indiferentes. Bueno, y quizá, en menor medida, las esposas de Alexander y Jay, que solo tenían ojos para sus maridos. Todas las demás se desmayaban a su paso o le temían. Y de algo le había servido: su reputación era tan mala que, a pesar de su fortuna, ni siquiera lady Delaford se había atrevido a emparejarlo con una de sus hijas. Sin embargo, en la tradicional guerra entre clanes con objetivos tan contradictorios (dos madres ambiciosas y dos solteros empedernidos), James ocupaba un lugar especial: su única enemiga, a fin de cuentas, era su propia madre. Hacía tiempo que esperaba que lady Eastlake se olvidara de él con tanto hermano, pero ella, en cada temporada, seguía intentándolo, a pesar de que todas las demás madres habían decidido abandonar el juego.

La insistencia era tal que James había tenido que poner los pies en polvorosa. Gracias a los colosales ingresos anuales que su hermano, el acaudalado duque de Somerset, le había otorgado, James había comprado su libertad: una casa en Park Lane, en la frontera entre Mayfair y

Marylebone. Estaba a solo tres calles de Eastlake Hall, lo que significaba que podía visitar a sus dos hermanas pequeñas todos los días (y ocasionalmente, a Danny, el menor de los hermanos, que acababa de entrar en Cambridge), y así, solo tenía que soportar una dosis homeopática de los eternos sermones de su madre.

—¡James!

—Sí, madre… —No era una pregunta, sino más bien, un suspiro. Uno basado en la costumbre, al fin y al cabo, ya que todos los amaños (más o menos burdos) de su madre para acorralarlo habían conseguido, a la larga, sembrar en él una absoluta indiferencia—. Perdóname… Ha sido una noche tumultuosa.

—Ahórrame tus horrores, ¿quieres?

—Me vendría bien otra taza de té…

—Pediré que nos traigan una colación[13].

—Te lo agradezco. Me agotas con tus propósitos de casar a esas diez jóvenes…

—No seas tan insolente. ¡Asume que, quieras o no, tu madre te encontrará una esposa! ¡Como que se llama Rosamund…!

—No quepo en mí de impaciencia…

—Eres un inmaduro incorregible.

—Pues yo lo encuentro bastante conveniente: así me ahorro caer en tus ardides, que no siempre son muy sutiles, ¿me equivoco, madre?

—Te advierto que pretendo presentarte a lady Suzan y lady Edvina en el baile de los Fitzgerald. Por una vez, trata de no ser un completo canalla.

—Seguramente tendrás que recordármelo cuando llegue el momento.

La duquesa puso los ojos en blanco, exasperada, y James, con una fina sonrisa en los labios, cruzó las manos sobre su vientre plano y estiró las piernas delgadas y musculosas hacia delante. Nada le gustaba más que enfurecer a su madre, que en su opinión, había perdido la cordura desde que Georgiana había alcanzado la edad núbil. Cerró los ojos de nuevo, pero entonces la voz de la viuda sacudió el edificio hasta sus cimientos:

—¡Digweed!

Si alguna vez había existido un mayordomo con ese sexto sentido que se atribuye a los sirvientes británicos, ese era Digweed. En treinta años, James nunca le había visto tardar más de cuatro segundos —reloj de bolsillo en mano— en responder a las incesantes demandas de la duquesa.

—¿Sí, Su Gracia? —respondió al entrar en la estancia con su habitual ademán digno y señorial.

—Tráiganos té y unos dulces. Ah, y que hagan bajar a mis hijas.

—Enseguida, Su Gracia.

El hombre se esfumó sin mediar palabra; ni siquiera emitió un sonido. Era un fantasma. Como siempre, James lo siguió con ojos de admiración.

—Ese hombre es un santo.

La viuda puso los ojos en blanco.

—A veces me sorprendes con tanta sandez…

—Discrepo, madre. Todo hombre que aguante treinta años a tu servicio es un santo. Deberían canonizarlo.

La duquesa se encogió de hombros. Como para interrumpir la conversación, se oyó un estruendo proveniente de la escalera, similar al de una estampida de elefantes acercándose.

—Ah, aquí están tus hermanas.

Al darse cuenta de que no habría lugar para siesta, James se estiró, se levantó y se acercó a la ventana. La puerta se abrió de golpe y dos chicas de 15 y 16 años irrumpieron en la estancia en un torbellino de lazos y chillidos.

James quería a todos sus hermanos y hermanas, pero Lydie y Cassie eran, sin duda, sus favoritas, probablemente por la sencilla razón de que hacían que su madre se desesperara. Lydie desafinaba y Cassie no tenía igual cuando se trataba de destrozar una pieza de Mozart. Sin duda agotada por la crianza y la «colocación en sociedad» —como ella lo llamaba— de sus ocho primeros hijos, cuatro chicos y cuatro chicas (incluido James, que se lo hacía pasar especialmente mal), lady Eastlake parecía haberse relajado un poco con sus tres últimas crías. Lydie era una glotona empedernida (a ese paso, James dudaba que pudiera mantener su figura durante mucho más tiempo, pero la muy tragona aún disfrutaba de las ventajas de la juventud) y todos sabían que Cassie era parlanchina e indiscreta, y que era capaz de charlar sin que le dieran pie a ello unas veinte horas diarias. James compadecía al pobre infeliz que tuviera la desgracia de caer en las redes de su madre y acabara casándose con la joven dicharachera.

Todo un sacrificio.

Por su parte, Lydie y Cassandra habían planeado convertirse juntas en solteronas, irse a Bath y pasarse la vida comiendo magdalenas, cotilleando y leyendo novelas cursis. James, que se reía cada vez que lo escuchaba, se limitaba a compartir su entusiasmo y animarlas. Solo esperaba estar presente cuando las hijas menores anunciaran oficialmente sus intenciones a la reina madre.

En cuanto a Danny, James le auguraba un largo futuro como truhan. Con apenas 18 años, el joven, que siempre había idolatrado a James, ya había absorbido los hábitos de la filosofía libertina y se había labrado en Cambridge una reputación de mujeriego que, según esperaba, le precedería a su regreso a Londres. Su ahínco era tal que, para James, su carrera como seductor ya estaba asegurada. Le deseaba suerte a su madre si, finalmente, como tantas veces se obstinaba en repetir, acababa forzándolo a ingresar en una orden.

Con total falta de gracia, Lydie se desplomó en un sillón. Cassie soltó una risita y arrojó sobre una mesa de pedestal una edición del *Book of Conduct*[14] de H. Chapone que su madre le había recomendado releer y en cuyo interior James sabía que habría deslizado discretamente alguna novela de moda; probablemente, de Matthew Gregory Lewis, Francis Lathom o Ann Radcliffe[15], ya que a Cassie le encantaba pasar miedo. Esta última se sentó encima de su hermana, que le pellizcó en el trasero para que ocupara otro asiento.

—Bueno, James, ¿cuándo es tu boda?

Las dos se rieron a la vez.

—Cassandra, no seas tan impertinente —reprendió su madre de inmediato—. Lydie, ponte recta. Tomad, echad un vistazo a lo que lady Villiers me ha dado esta mañana para vosotras.

James no creyó necesario darse la vuelta. Como buena santurrona, lady Villiers, condesa de Jersey de profesión, era miembro del comité de dirección del muy selecto *Almack's* y, durante los dos últimos meses, la duquesa viuda de Somerset no se había guardado ninguna treta, ya fuera dudosa o brillante, para hacerse con un vale para sus hijas de cara a la próxima temporada, en la que pretendía presentarlas en sociedad.

Las dos muchachas atolondradas saltaron de alegría en sus sillones por una razón que a James se le escapaba. El único propósito de conseguir entradas para *Almack's* era encontrar marido. Si su plan de vida incluía el celibato, ¿qué sentido tenía alegrarse? Todo sea dicho, hacía tiempo que James había renunciado a intentar comprender a las mujeres, especialmente a sus hermanas. Quizá fuera el gusto por el cotilleo lo que las complacía. Después de todo, era bien sabido que si uno quería alimentarse de rumores, lo mejor era colocarse en primera fila para

disfrutar de ellos a su antojo.

Para James, no había club más hipócrita en toda Inglaterra que el biempensante *Almack's*. El comité de madrinas se enorgullecía de admitir solo a la *crème de la crème* de la aristocracia londinense, y con ello, dejaba fuera a los indeseables (en concreto, a los advenedizos y libertinos). Habían creado una especie de templo de la elegancia, la clase y el buen gusto, que supuestamente, servía de referencia para toda la nobleza del país.

El fundador de ese club no era otro que un escocés apellidado MacCall, que, al sospechar (y con razón) que un apellido celta perjudicaría a su negocio, lo rebautizó *Almack's*, con lo que invirtió simplemente las sílabas de su patronímico para no ofender a nadie.

En cualquier caso, el reglamento interno del lugar tenía un carácter encorsetado y sectario. En él se preveían sanciones en caso de impuntualidad, indiscreción o (presunta) incorrección; se contemplaba la posibilidad de expulsar al infractor si se cometía una falta, incluso durante la temporada; y en él, se citaba una cifra inconmensurable de criterios prohibitivos que justificaban que se denegase la inscripción o se procediese la expulsión inmediata, sin ninguna otra forma de juicio: la mayor deshonra que jamás haya existido en sociedad.

Para más inri —y esto era quizá lo que más indignaba a James—, ¿quién habría sabido justificar que se negara la entrada, por razones absolutamente deleznables y relacionadas con la indumentaria, a un hombre como el duque de Wellington, un héroe nacional? James casi se había atragantado con su *whisky* cuando, mientras hojeaba el periódico en *White's*, se había encontrado con un breve artículo en el que se informaba de este asunto. Al parecer, Wellington había tenido la desgracia de presentarse en pantalones, cuando el código de vestimenta de *Almack's* recomendaba los calzones. En consecuencia, le habían prohibido amablemente la entrada y habían señalado su atuendo como razón suficiente. El duque, que siempre había hecho gala de una disciplina sin parangón, se había dado media vuelta tranquilamente, pero James nunca se recuperó de la desazón.

¡El salvador de Inglaterra, rechazado como un plebeyo!

El tintineo de las tazas le sacó de sus pensamientos. El lacayo apenas tuvo tiempo de colocar la bandeja sobre la mesita de mármol antes de que sus dos hermanas se abalanzaran sobre los dulces: unos *éclairs*[16] y tartaletas para Lydie y unos brioches humeantes y *fruits déguisés*[17] para Cassie.

—Tu té, James.

—Gracias, madre.

—¿Su Gracia?

La viuda estiró la mano hacia un sándwich en miniatura y lo cogió con el pulgar y el índice.

—¿Qué sucede, Digweed? —preguntó sin mirarlo.

—Ha venido una joven a verla, Su Gracia. Está en la puerta. Es la señorita Shaye.

—¿La señorita Shaye?

—Sí, Su Gracia.

La viuda dejó el *finger sandwich*[18] en el borde del plato, cogió una cuchara y la hizo girar distraídamente en su taza con el ceño fruncido.

—Debe de ser la camarista que envía la agencia de empleo de Brook Street. Ha llegado pronto.

—La haré esperar en la antecocina.

—No, no, hágala pasar. Si no se ajusta a nuestro criterio, será mejor que lo determinemos cuanto antes. Así quizá la señora Till tenga tiempo de enviarnos otra antes de esta noche.

—Sí, *milady*.

El mayordomo se ausentó, pero un minuto después, su silueta era de nuevo visible en la puerta.

—Señorita Shaye, Su Gracia.

James volvió a situarse de pie junto a la ventana. Curioso por naturaleza, se dio la vuelta y se llevó la taza a los labios, pero entonces se quedó helado. Una deliciosa criatura esperaba junto a Digweed. Se mostraba tímida, pero tenía los ojos clavados en la duquesa. Estaba a punto de dar un paso cuando la voz de la viuda la interrumpió:

—Lo siento, querida. Es usted demasiado guapa para entrar a mi servicio —La joven vaciló —. Puede irse.

La viuda insistió en sus últimas palabras antes de perder el interés en ella. James, por su parte, siguió mirándola. Era una lástima, porque le resultaba encantadora hasta el extremo. Habría jugueteado con ella un par de veces… o tres.

La joven, sin embargo, parecía incómoda.

—Verá, es que…

James enarcó una ceja, divertido. La reacción de la joven había vuelto su ritual vespertino mucho más estimulante. *¿Una criada que se atrevía a hablar después de haber sido despachada?* A la viuda también le sorprendió tal osadía. Lydie y Cassie levantaron la vista.

—No estoy aquí por trabajo, Su Gracia —dijo Aylana.

La viuda, confundida por su error, estiró el cuello y la miró con aire altanero.

—¿No es el caso?

—No, Su Gracia.

La duquesa dejó la taza en la bandeja y, muy erguida, cruzó las manos sobre el regazo.

—¿Y por qué ha venido entonces, si es tan amable?

—Vengo de parte de lord Eastlake, Su Gracia.

—¿De Henry? —De repente, la duquesa se golpeó la frente con la palma de la mano en un gesto de suma elegancia—. ¡Oh, cierto! ¡Seré estúpida…! Me habló de usted en su carta. Bueno, «hablar» es probablemente un término muy exagerado. Digamos que la mencionó. En fin, adelante, señorita. ¿En qué podemos ayudarla?

La joven visitante se adentró en la estancia con las manos aferradas al retículo.

—Pues… he de pedirle un favor a su hijo… James. El duque tuvo a bien…

—¿A James, dice?

Atónita, la viuda giró la cabeza hacia su hijo. Aylana siguió su mirada y se encontró con la de James, que esbozaba una sonrisa de lado sumamente viril. La joven, que no lo había visto al entrar, se sintió sonrojar. Él le devolvió la sonrisa y enarcó una ceja.

—¿A mí, señorita Shaye?

Al escuchar su voz, se le aceleró el corazón y, de repente, Aylana tuvo la sensación de que la sangre le latía con fuerza en los oídos.

James Eastlake era aún más guapo de lo que recordaba.

Más encantador.

Y sobre todo, mucho más peligroso.

Como para honrar dicho pensamiento, James levantó el hombro que tenía apoyado con dejadez en el marco de la ventana y dio un paso hacia ella. Fue un paso felino, ágil, lento y sutil. El paso de un depredador.

La joven no sabía qué le apetecía más, si avanzar o retroceder, pero finalmente hizo un esfuerzo sobrehumano para reprimir los instintos de su cuerpo y logró no moverse ni un centímetro.

James Eastlake era alto, delgado y atlético. Exudaba una especie de gracia despreocupada unida a una determinación masculina que lo hacía terriblemente atractivo. Era obvio que esa seguridad en sí mismo se veía reforzada por su plena consciencia de haber nacido en circunstancias ventajosas. Todo en su porte era el resultado de una hábil mezcla de elegancia y desenfado que dominaba a la perfección y que parecía pertenecerle solo a él.

Por no hablar de todos los detalles de su anatomía: desde la firme sinuosidad de sus piernas hasta la elegante anchura de sus hombros y desde su alta figura hasta su presencia altiva y orgullosa. Esos rasgos parecían estar ahí solo para recordar su linaje y para incitar al amor.

James era un aristócrata en todo su esplendor, pero con un aire seductor y diabólico en forma de una permanente sonrisa irónica. Además, se arreglaba el cabello conforme a la moda entre los sangre azul, con un estilo ligeramente despeinado, que, ciertamente, le daba un aire amotinado y peligroso —en definitiva, resoluto— que las féminas adoraban. Y qué decir del destello impúdico que relucía, como en ese preciso instante, en el magnífico verde de sus ojos claros…

De repente, James la miró con más intensidad, para luego entrecerrar los ojos.

—¿Nos conocemos, señorita Shaye? —Más confusa que nunca, Aylana negó con la cabeza —. Es extraño: tengo la sensación de haberla visto antes.

Aylana sintió calor, miedo; se estaba mareando.

Dios santo, ¿y si la reconocía? La echarían antes de que pudiera hablar con él. Y el pobre John…

—¿Viene de Taunton?

Con una extraña mezcla de frustración y alivio, Aylana consiguió apartar la mirada de los ojos verdes de James y centrarla en los de las dos chicas que acababan de hacerle esa pregunta. Curiosas, las dos hermanas de James la miraban con interés.

—Em… Sí. Bueno, de esa zona. Vivo en Sherryton.

—¡Qué bonito! Fuimos allí una vez. ¿Te acuerdas, Lydie? Había una vaca enorme y fea bloqueando el camino y…

—Cállate, Cassie. Venga, señorita Shaye, tome asiento—dijo la duquesa viuda—. Tómese una taza de té. Lydie, siéntate.

—Pero yo…

Durante una milésima de segundo, Aylana dudó. Le habría gustado poder hablar directamente con el señor Eastlake, pero era evidente que en aquel lugar no iban a pedirle su opinión y la duquesa viuda de Somerset no parecía el tipo de mujer a la que una decía que no. Al menos, no si esperaba obtener algo de ella o ser bienvenida bajo su techo.

—Se lo agradezco, Su Gracia.

Aylana dio un paso adelante y se sentó despacio en el extremo del asiento que la viuda le había señalado.

—Cassie, sírvenos.

—¿Desea leche o azúcar, señorita Shaye?

—Un chorrito de leche. Sin azúcar. Muchas gracias, *milady*.

La viuda asintió imperceptiblemente en señal de aprobación. Luego acercó su taza a su hija para que le sirviera de nuevo, se la llevó a los labios y miró a su visitante por encima de la filigrana dorada que remataba la taza de porcelana que tenía en la mano.

—¿Ha venido sola?

Sorprendida por la pregunta, Aylana se preguntó qué debía responder.

—Sí, Su Gracia.

—¿Y sus padres?

—Murieron hace mucho tiempo.

—¿Le ha pagado mi hijo el trayecto hasta aquí?

—¡Madre!

James se acercó. En sus ojos había un destello de reproche. La viuda frunció los labios, levantó la barbilla y le sostuvo la mirada.

—No, verá… Lo pagué yo misma, Su Gracia —tartamudeó Aylana para poner fin a aquel duelo silencioso del que no deseaba ser objeto.

La viuda apartó los ojos de su hijo y le dirigió de nuevo una mirada inquisitiva.

—¿Con su pensión?

Aylana, avergonzada, carraspeó suavemente.

—No, yo… no tengo pensión.

La viuda enarcó una ceja incrédula.

—¿Acaso su padre se olvidó de dejarlo todo dispuesto, señorita Shaye?

La inquietud empezó a ser sustituida por la ira. Aylana odiaba el tono condescendiente, cargado de prejuicios y reproche manifiesto que lady Eastlake empleaba para hablar de su familia. Si seguía así, le iba a resultar muy difícil cuidar las formas.

—No, Su Gracia. Mi padre no habría pasado por alto semejante detalle si hubiera estado en condiciones de ocuparse de ello.

La duquesa hizo un leve mohín.

—Pese a todo, no parece venir de baja cuna…

—¡Madre! ¡Ya basta!

En efecto, el comentario rozaba el insulto.

Aylana estaba deseando hablar de John. Pero ¿cómo podía abordar el tema sin que la invitaran a ello? En cualquier caso, no podía soportar tanto desprecio por parte de la viuda. Probablemente lo mejor fuese satisfacer su curiosidad, al menos hasta que ella misma se diera cuenta de que su persona, miserable a sus ojos, le era sumamente irrelevante.

—No se equivoca, Su Gracia. Mi madre era hija de un *gentleman-farmer*[19], y mi padre era suboficial en la Marina. Por desgracia, murió sin un chelín.

La duquesa la miró con desconfianza.

—¿Apostaba?

Aylana se abstuvo por poco de levantar la voz, exasperada.

¿No podía el señor Eastlake apartarla de aquel aluvión de preguntas? ¿Interesarse en por qué había venido? ¿Invitarla a hablar con él en privado?

Lo miró furtivamente: la observaba con interés, como si estuviera ansioso por escuchar sus respuestas.

—No, en realidad… Mi madre estaba enferma. Sus cuidados eran muy caros y… en resumen, cuando nos dejó, apenas quedaba nada.

—¿Y por qué no intentó casarse? —preguntó sin rodeos lady Eastlake, que miraba con reprobación el dedo anular de Aylana.

—Madre, es suficiente —dijo James. La viuda hizo un mohín altanero—. La señorita Shaye no tiene por qué contestar.

De hecho, la señorita Shaye se sentía obligada a hacerlo: cuatro pares de ojos la miraban expectantes.

—Verá, tengo unas ideas un tanto particulares… sobre el tema.

—¿Y podría decirnos cuáles son?

Aylana dirigió a James una mirada suplicante. Si él desaprobaba las costumbres de su madre,

¿por qué demonios dejaba que la interrogase así? Pese a todo, en lugar de intervenir una vez más, se limitó a ofrecerle una sonrisa mordaz.

La joven reprimió un suspiro. ¿De verdad tenía que hablar del tema? ¿De los efectos deletéreos que, de acuerdo con Mary Wollstonecraft, una escritora a la que admiraba, el matrimonio —como institución altamente patriarcal— tenía sobre las esposas? ¿De la eterna minoría de edad legal en la que se sumía inevitablemente a una mujer casada? ¿De su desacuerdo —cuando menos, legítimo— con la pasividad a la que la sociedad, desigual desde las bases, condenaba a las mujeres? ¿De su reivindicación del derecho a una educación mejor que aquella destinada únicamente a convertir a las jóvenes en madres, adornos de salón, administradoras de la casa y compañeras sumisas? ¿De la flagrante injusticia que privaba a las mujeres casadas de toda existencia legal, de todo derecho a la propiedad y e incluso a emprender acciones legales sin el consentimiento y la intermediación de un marido? ¿De la total falta de personalidad jurídica de las mujeres en el matrimonio, y de la relación amo-sirvienta que derivaba inevitablemente de ello? ¿De la eterna tragedia, el sortilegio que habían sufrido las mujeres casadas en Inglaterra desde los albores del tiempo?

¿Podría admitir en voz alta que, si alguna vez se sometía en cuerpo y alma a un hombre, al menos exigiría que fuera uno por el que sintiera amor, estima y respeto, y no un «socio», un completo desconocido, un compañero de negocios, que ni siquiera hubiera escogido? Era evidente que, aunque eso significara renunciar a sus derechos, a su libertad de pensar, actuar y trabajar, si lo hacía, sería por amor, por elección propia, no por deber u obligación social.

¡Santo cielo, Mary Wollstonecraft tenía pensamientos revolucionarios y prorrepublicanos! ¿Cómo iba a decir que…?

—Em… Digamos que… comparto la gran mayoría de las ideas de Mary Wollstonecraft.

La viuda enarcó una ceja con desdén.

—¿De quién? —preguntó.

Aylana se aclaró la garganta.

—Ejem. De Mary Wollstonecraft. Una filósofa inglesa.

—¿Una filósofa? ¿En femenino? ¡No doy crédito!

—Sí. Escribió durante la Revolución. La Revolución Francesa, quiero decir. Criticaba la sumisión de las mujeres en el matrimonio y… la falta de educación por la que se ven obligadas a… depender de…

—Ya veo.

Con tales palabras, parecía que la viuda la estaba invitando a guardar silencio, así que Aylana vaciló entre la frustración y el alivio. Sin embargo, una de las dos jóvenes hermanas Eastlake —o al menos, suponía que lo eran, ya que nadie había tenido a bien presentárselas— alzó la voz a su derecha.

—Así que no tiene ingresos, pensión ni marido. ¿Y cómo se las arregla, señorita Shaye? ¿Cómo se acicala y…?

Lydie dio un codazo a su hermana y Cassie se mordió el labio. James puso los ojos en blanco, pero la viuda esperaba una respuesta.

—Trabajo, *milady* —respondió Aylana con paciencia.

La muchacha dio una palmada al escuchar sus palabras.

—¿Has oído eso, Lydie? ¡Qué emocionante! ¿Y qué h…?

—Cassie, ¿me harías el favor de callarte? Lydie, ponte derecha. Los codos… Gracias.

Aylana ocultó su confusión tras la taza y, para mantener las formas, dio un sorbo al té. *¿Dónde se había metido?* Luego volvió a mirar a James, que seguía observándola con los ojos

brillantes.

—Señorita Shaye, cuanto más la miro, más seguro estoy de haberla visto antes —repitió por fin con una voz sensual, repleta de matices aterciopelados.

Aylana tragó saliva y volvió a dejar nerviosamente la taza en su platito con un tintineo desproporcionado.

—No lo creo, señor.

James dejó la taza sobre una mesita, se sentó en la esquina de una poltrona —a tan solo medio metro de ella— y, mirándola a los ojos, se inclinó hacia delante.

—Pues yo creo que sí. Jamás olvido a una mujer hermosa.

—¡James!

—¿Sí, madre? —arrulló con voz melosa, sin apartar los ojos de Aylana.

Siguió un pesado silencio.

—¿Y puedo preguntarle en qué clase de trabajo ocupa sus días, señorita Shaye? —no tardó en reanudar la viuda, con lo que cortó de raíz el intento de seducción de su hijo, cuyas maneras le parecieron más inapropiadas que nunca.

La insinuación era más que ofensiva: apenas disimulaba el insulto. Si la vida de John no hubiera dependido —al menos en parte— de la buena voluntad de su hijo, Aylana no habría dudado en arrojarle el té a la cara a aquella viuda engreída.

—Llevo cuatro años ejerciendo como maestra en el internado para jóvenes de la señorita Keller, Su Gracia. Está en Sherryton. Enseño dibujo, pintura y canto.

James enarcó una ceja en gesto de apreciación.

—¿Pinta, señorita Shaye?

El tono era dulce. La respuesta, sin embargo, bastante obvia. Cansada de lo que durante un buen cuarto de hora le había parecido una broma de mal gusto, no pudo evitar dirigirle una mirada molesta.

—Pinto, dibujo y canto, señor Eastlake, ¿no es evidente? —Divertido por su atrevimiento, James esbozó una enorme sonrisa. Por un instante, Aylana sintió que su corazón dejaba de latir, pero resistió el impulso de llevarse una mano ansiosa al pecho. Un segundo después, su valentía se vio recompensada: el músculo volvió a latir—. Y antes de eso, fui dama de compañía durante dos años.

Aylana consiguió añadir ese detalle, y con eso último, guardó silencio.

¿Tendría alguien la amabilidad de invitarla a…?

—¿Dónde? —La joven giró la cabeza hacia James y lo miró sin comprender—. ¿Dónde sirvió como dama de compañía? —insistió él, con los ojos brillantes de la emoción de un hombre que por fin consigue lo que quiere.

Perpleja, Aylana no respondió de inmediato. No entendía muy bien por qué ese detalle podía interesarle a un hombre como James Eastlake. Pero en el momento en que movió los labios para decir «Hardwicke House», supo que se había delatado.

Quería tragarse sus palabras.

Amortiguar el eco levitante de la estancia.

Retroceder uno, dos, tres segundos.

Pero ya era demasiado tarde.

La mirada glauca de James se intensificó y una llama triunfal se encendió de forma súbita en ella. Aylana, con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada, muda y reconcomida por la angustia, escrutó su mirada, y buscó con pujanza los primeros signos de la ira. En su lugar, lo que creyó ver la dejó indecisa. En ellos se intuía la victoria, quizá cierta autosatisfacción, pero

también… ¿diversión?

—Ya veo —dijo él, después de lo que le pareció una eternidad, con una sonrisa traviesa en los labios.

Aylana se mortificaba: sabía exactamente lo que estaba pensando. Avergonzada, apartó la mirada y, con una mano temblorosa, se llevó la taza a los labios.

—Y señorita Shaye, ¿por qué…?

James se puso en pie.

—Madre, ya basta de preguntas. Te recuerdo que la señorita Shaye no está aquí para una entrevista de trabajo.

—Hasta hace un momento eras tú el que…

—Sí, pero ya sé lo suficiente. Y como la señorita Shaye ha decidido venir a verme, creo es hora de que pasemos al tema que nos ocupa.

Aylana, con el corazón palpitante, esperaba una reacción al comentario de James. Cassandra, con los ojos clavados en su hermano, también estaba expectante. Lydie, sin embargo, alargó la mano, cogió otro pastel y lo engulló de un bocado. Finalmente, la viuda frunció los labios y asintió con la cabeza.

—Muy bien. En ese caso, señorita Shaye, díganos…

—No, madre. Si no te importa, hablaré con la señorita Shaye en privado. Quizá no quiera que todo el mundo se entere del asunto que desea tratar conmigo —Miró con odio a sus hermanas—. ¿No es así, señorita Shaye? Acompáñeme —añadió sin esperar respuesta de nadie y le tendió la mano—. Vayamos a la sala de música. Así tendrá la oportunidad de ver algo agradable, para variar.

La viuda se irguió, alarmada.

—Supongo que estarás de broma.

—En absoluto.

—James, ¿has enloquecido? Esta joven ha venido sin acompañante.

—Para el caso, tampoco veo de qué le habría servido.

—No creerás que voy a dejar que…

—¡Vamos, madre, deja de darte esos aires! ¡No voy a forzarla!

La duquesa ahogó un grito de asombro. Lydie tragó saliva y estuvo a punto de atragantarse. Cassie, con los ojos brillantes de emoción, observó la escena y, sin mucha convicción, alargó una mano distraída para darle una palmadita en la espalda a su hermana.

Aylana, roja de confusión, deseó que la tierra se la tragara, pero al ver que nadie más hablaba, puso la mano en la de James, aún con la palma abierta, y se dejó conducir a la sala contigua. No se dio la vuelta, pero cuando este cerró la puerta tras ellos, sintió tres pares de ojos clavados en su espalda, uno cargado de desaprobación palpable y los otros dos, de una curiosidad voraz.

***

En cuanto se cerró la puerta, Aylana sintió una extraña mezcla de alivio, excitación, impaciencia y aprensión. El aire crepitaba con una extraña tensión y la mera presencia de James Eastlake, a solas con ella en aquella estancia, la electrizaba. Ansiaba contarle lo que la había traído hasta allí y, al mismo tiempo, temía más que nunca que él se negara a ayudarla. Al fin y al cabo, lo sabía.

—Mis disculpas por tan tediosa agonía.

El tono calmado de James, en perfecto contraste con el tenor de sus palabras, sorprendió a

Aylana. En su asombro, no se le ocurrió nada mejor que decir que un balbuceante:

—¿D-disculpe?

—En realidad no son siempre malas, ¿sabe? Solo un poco insistentes, cada una a su manera.

Aylana sintió que se ponía roja del bochorno.

—Oh, yo…

James esbozó una sonrisa que habría desarmado a cualquiera. Blanca como la leche, franca y sencilla.

—No tiene sentido negarlo, señorita Shaye, todo el mundo lo sabe. Bien, quizá le gustaría… ¿ponerse un poco más cómoda? —De repente, Aylana se dio cuenta de que aún llevaba la capa y la chaqueta, ya que nadie le había pedido que se la quitara. Estaba claro que los dueños de la casa no esperaban que su visita durara mucho más—. Al menos quítese el sombrero. Cualquiera diría que está a punto de salir huyendo…

James acompañó ese comentario con una sonrisa tan encantadora que ella no pudo evitar replicar:

—¿Debería?

Una mezcla de sorpresa y placer casi infantil iluminó los ojos verdes del soltero empedernido. James ensanchó la sonrisa y murmuró en tono burlón:

—Tal vez…

Perturbada por su propia insolencia, Aylana se apartó ligeramente para desatar la cinta que llevaba anudada bajo la barbilla y quitarse las horquillas que sujetaban la capota a su pelo. Podía sentir la cálida mirada de James sobre su cuerpo, que la escrutaba sin pudor.

Las dos últimas horquillas opusieron cierta resistencia. Intranquila, sintió que sus dedos empezaban a temblar de impaciencia mientras se ofuscaban, nerviosos, en su cabello. Se sentía vulnerable bajo aquella mirada peligrosamente viril y detestaba la idea de actuar con torpeza. Finalmente, la horquilla rebelde cedió. Se quitó el tocado y unos mechones cobrizos escaparon de su moño.

James, que apreciaba las vistas, recorrió su espigada figura con la mirada. Aylana llevaba un vestido de muselina gris perla muy sencillo con escote cuadrado. Fino y vaporoso, sin adornos ni encajes, la envolvía como una nube larga y sensata, sin revelar la delgadez de su cintura ni la exquisita curva de sus piernas. Una sencilla cinta blanca en la parte de superior del cuerpo lo ceñía bajo su pequeño busto, sobre el que se cruzaban los laterales de su chaqueta spencer, como para disimular mejor la carne opalina que dejaba al descubierto el escote.

Tenía rasgos finos, precisos, bellos; una piel de marfil, moteada aquí y allá, en la nariz y los pómulos, con algunas pecas coquetas; unos ojos de un gris muy claro, salpicados de un gris más oscuro, del color de la pizarra; y, además, un magnífico cabello en tonos oro y lava, como los rayos del sol, de un raro rubio veneciano, casi rojizo, que proyectaba mil y un destellos a su alrededor.

Era una obra de arte. Una obra de arte que lo miraba fijamente, indecisa, con sus largas pestañas rubias que se agitaban a intervalos regulares.

—Por favor, siéntese, señorita Shaye —dijo, señalando la colección de sillones y sofás que tenían frente a ellos.

Aylana se sentó en la esquina de un cheslón y luego cruzó las manos sobre el regazo, un gesto tildado de moderación.

—Le agradezco que me permita… hablar en privado con usted, señor.

James, por su parte, se sentó con indolente elegancia, apoyó el tobillo derecho sobre la rodilla opuesta y dejó caer los codos despreocupadamente en los reposabrazos del asiento. Entonces,

despacio, muy despacio, la sombra de una sonrisa curvó la comisura de sus labios: unos labios sensuales, los de un pecador.

—Me he hecho de rogar, pero se lo merecía.

Aylana no se esperaba un comentario así. Cuando James levantó la ceja a continuación, con arrogancia, como si la desafiara a rebatir sus palabras, la joven se desestabilizó aún más.

—¿Me lo merecía, señor…?

La sombra de aquella sonrisa burlona se transformó entonces en una mueca francamente diabólica.

—Mmm, me temo que sí. Me ha mentido, señorita Shaye.

Aylana intentó defenderse a duras penas:

—N-no, señor Eastlake, yo…

—Sé cuando una mujer miente —James descruzó las piernas, se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas, le guiñó un ojo de forma fugaz y añadió en un tono confidente:—. Es uno de mis muchos talentos.

La insinuación era clara y bastante escandalosa. Aquel hombre era arrogante a más no poder y eso no la sorprendía. Aún recordaba el descaro con que la había besado, sin siquiera pedirle permiso…

—¿Cuándo le he mentido, señor?

—Es usted muy astuta, señorita Shaye —reprendió con suavidad, mientras agitaba el dedo índice como si quisiera advertirle de un inminente castigo divino—. Lo sabe perfectamente: ha fingido que no me conocía.

—Le aseguro, señor, que no recuerdo…

—Miente una vez más, señorita Shaye. Eso no está bien, ¿sabe? Pero verá, soy una persona generosa y complaciente, así que la ayudaré a recuperar la memoria —Se echó hacia atrás y se acomodó en el respaldo de su asiento—. 1815. Una hermosa tarde de septiembre en Hardwicke House… Una granja, un redil… Dos jóvenes alegres caminando por un sendero… Una joven solitaria, cantando; en sus brazos, una cesta de castañas…

Aylana sintió que su temperatura corporal se disparaba y que sus mejillas se ponían aún más rojas, si es que eso era posible. Llegados a ese punto, debían de ser escarlata.

James continuó en un tono divertido:

—Ashford la vio —Aylana se revolvió en la otomana— y yo le robé un beso… —No pudo escapar de su mirada. Aylana se sintió cautivada cuando se inclinó de nuevo hacia delante—, pero usted me dio la mayor bofetada que una mujer me ha dado jamás.

James sonrió al acordarse de aquel momento. Dios sabía que ya lo habían abofeteado antes, que había sufrido los desquites de sus amantes antes de que volvieran a ofrecerle sus camas; algo inevitable. Era incapaz de contar el número de objetos que sus conquistas despechadas le había arrojado a la cabeza: cepillos, zapatos, retículos, polvoreras, espejos de mano e incluso, una vez, un…

Pero una bofetada como esa… ¡Diablos, no! La mejor de toda su trayectoria. ¡Y de una plebeya, además!

—Señor Eastlake, yo…

Al ver que se avergonzaba, James se rio.

—No se disculpe, señorita Shaye, me lo merecía. Aunque si tuviera que volver a besarla… —La miró tan intensamente que ella se sintió como si estuviera desnuda en la sala de música— lo haría sin dudarlo.

A James le divertía recordarlo. Era la única vez que había vuelto a Somerset después de la

guerra. Había ido a presentar sus respetos a Henry, que, en su ausencia, había heredado el ducado de su padre. Alexander le había acompañado, como en los viejos tiempos. Cuando estudiaban en Cambridge, solían pasar allí las vacaciones de verano. A Alexander le encantaba el campo, los caballos y la caza, y aunque en ese momento estaba en muy malos términos con su padre, había aprovechado aquello que la familia Eastlake le ofrecía: los cotos de caza y las tierras, todo antes de que ambos partieran hacia Francia. Teniendo en cuenta el tiempo que habían pasado juntos en Somerset, era un milagro que su madre no hubiera conseguido casarlo con una de sus múltiples hermanas.

En cuanto a James, citadino de corazón, había ido descuidando poco a poco el hogar de sus ancestros —a pesar de los evidentes encantos de la campiña inglesa, algo de lo que ahora era consciente— y pasaba la mayor parte del tiempo disfrutando de las frivolidades de Londres.

Como Aylana guardaba silencio, él continuó en voz baja:

—Comprenderá, sin embargo, que tras semejante proeza, una visita suya, incluso años después, me resulte un tanto… sorprendente.

Aylana aprovechó para responder:

—Sí, soy muy consciente de… la incongruencia de mi presencia en Eastlake Hall. No obstante, espero que pronto comprenda la urgencia de la situación. De lo contrario, no habría osado…

James sonrió de nuevo y la invitó a continuar.

—Bien, en ese caso, dígame, señorita Shaye: ¿qué la trae por aquí? Tengo curiosidad por saber qué puede haberla obligado a venir a buscar a un hombre tan desagradable como yo.

Aylana se armó de valor y decidió contarle el motivo de su visita. Le habló de John, de sus años en la Marina, hasta que le amputaron el brazo en 1812. De su regreso y del hombre infeliz en que se había convertido. Le habló de su ínfima pensión de veterano, de su lucha por encontrar trabajo y del cruel e injusto destino que parecía obrar en su contra, al haberle guiado a la fábrica equivocada, a la ciudad equivocada, en el día equivocado, para mendigar un trabajo. Con la voz vibrante de la emoción, le explicó que su hermano estaba en la prisión de Newgate, en Londres, y que su sentencia se cumpliría el 8 de agosto.

—Mi más sentido pésame, señorita Shaye, por usted y por su hermano. Si tuviera los medios, la ayudaría sin dudarlo. Sin embargo, no tengo relación con ningún magistrado, así que no entiendo muy bien por qué mi hermano la ha enviado a buscarme.

Luchando por contener las lágrimas, Aylana volvió sus ojos grises hacia la atenta mirada de James.

—Su Excelentísimo Señor me comentó su… relación especial con el rey.

Durante un breve instante, James la miró sin comprender. Luego dijo:

—¡Cielos! ¿Espera que le consiga el perdón real a su hermano, señorita Shaye?

La incredulidad de sus palabras la hirió más de lo que se atrevía a admitir. Si ni siquiera él, que conocía tan bien al rey, lo creía posible, ¿cómo iba a tener esperanzas?

—Sí, señor Eastlake —Se armó de valor para responder—. Lo espero de todo corazón. Por eso estoy aquí.

James, desconcertado como estaba, se pasó una mano por su abundante melena caoba; un gesto con el que acabó despeinándose del todo. Su aire despreocupado había dado paso a una seriedad poco habitual y el brillo travieso de sus deslumbrantes ojos verdes se había desvanecido.

—Sabe, señorita Shaye, yo también estuve en la guerra…

Ella no pudo reprimir un gesto de asombro.

—¿Usted, señor?

¿Él? ¿Aquel hombre de rasgos perfectos, esculpido con elegancia, que vivía en la riqueza, la abundancia, el lujo y el disfrute? ¿Aquel hombre tan escandalosamente bello, sin una sola cicatriz, indolente y sarcástico?

Por un breve instante, el rostro torturado de John, marcado por una larga cicatriz, se fundió con el rostro delicadamente cincelado de James; un rostro de rasgos tan puros, de tez tan clara y de contornos tan angulosos que resultaban insolentes.

—Sí, señorita. Tres años. En la caballería.

—Oh…

Brillante réplica, si existía tal cosa.

James se pasó una mano por la nuca con dejadez. Quería ayudarla, por supuesto; sin embargo, la situación de la joven no podía ser más inoportuna. En cualquier caso, juzgó de mal gusto decírselo con esas palabras, por lo que se tomó —ni él mismo se lo creía, puesto que era un acto voluntario, para variar— la libertad de callarse.

Porque desde la conspiración de Cato Street, un año y cuatro meses antes, todo lo que tuviera que ver con el ludismo, la inflación, la depresión agrícola, la crisis económica, las reivindicaciones sociales o el recuerdo de Peterloo[20] era susceptible de convertir al soberano en un lunático. Aunque las primeras manifestaciones, los signos eminentes de la cólera y las reivindicaciones del pueblo le habían dejado más bien indiferente en su momento —le preocupaban más las muy molestas caricaturas de su persona que se publicaban sin cesar en la prensa, y que intentaba neutralizar con retratos de corte glorificadores y sobornos a los editores—, el intento de asesinato en Cato Street de todos los ministros del gabinete británico (incluido lord Liverpool) en febrero de 1820, le había sacudido hasta la médula. Los conspiradores pretendían nada menos que el derrocamiento del gobierno, seguido del establecimiento de un comité de salud pública y una revolución a gran escala inspirada en el modelo francés. Cinco de los conspiradores habían sido ahorcados y luego decapitados en Newgate, conforme a los vestigios de la pena conocida como *hanged, drawn and quartered*[21], que había prevalecido durante siglos en casos de alta traición. Los demás, sin embargo, mediante confesiones, remordimientos y muestras de arrepentimiento, habían conseguido que simplemente los deportaran.

Así, el asunto se había zanjado y el complot se había desmantelado, pero desde ese momento, Jorge IV no quería oír hablar de la menor agitación social, de trabajadores descontentos o de las amenazas que venían de las zonas rurales. Además, Bonaparte había muerto. El rey había perdido a su ídolo y James no le había visto desde que la noticia había llegado a Londres. Toda Europa debió de suspirar de alegría, liberación y alivio, pero ¿cómo habría reaccionado el imprevisible, infantil y caprichoso monarca? Lo ignoraba. Es más, aún quedaba el asunto de su inminente coronación, para la que llevaba trabajando casi dieciocho meses y que (esperaba) fuera grandiosa. Por no hablar de los preparativos de su visita a Escocia, un momento muy importante para él: incluso había pedido a Walter Scott que la organizara para el año siguiente. Sería la primera vez en casi dos siglos que un monarca británico pisaba el norte; desde Carlos I[22], de hecho. También sería la primera vez (desde Ricardo II y el siglo XIV) que un monarca británico visitaría Irlanda con motivo de su coronación.

Había una gran cantidad de proyectos que parecían merecer la atención del monarca y ocupaban gran parte de su tiempo. El autor de *Waverley*, *Ivanhoe* y *Rob Roy* se había encargado de organizar los actos de bienvenida en Edimburgo. Se había asegurado de que se respetase la etiqueta y se evitaran susceptibilidades. Después de todo, era bien sabido lo sensibles que podían

ser los escoceses, especialmente los de las *Highlands*. David Wilkie, por su parte, inmortalizaría el acontecimiento. El soberano, de hecho, tenía planeado posar para la ocasión: iría vestido con una falda escocesa de tartán y medias a cuadros. Esta sería una oportunidad más para invertir en un traje que solo se pondría una vez, y que probablemente le costaría más de mil libras esterlinas[23]. Una suma insignificante, teniendo en cuenta que Jorge IV nunca pagaba las facturas de su sastre, ni las de su carrocero. Además, se había previsto que, en la coronación, nueve personas sostuvieran la cola de su capa, para la que se utilizarían unos doce mil diamantes con el fin de aportar brillo a la ceremonia. Por otra parte, los pares del reino llevarían medias al estilo Tudor.

En resumen, con Jorge IV, cuando se trataba de detalles, moda, vestimenta y apariencia, nada se dejaba al azar. Pero cuando se trataba de gobernar, tener sentido de las prioridades o defender la justicia en su propio reino…

Cielos, ¿cómo decirle a la joven que era casi imposible que Jorge se interesase por otra cosa que no fuera él mismo? ¿Cómo decirle que era inconcebible conseguir que fuera mínimamente generoso para una causa que no le beneficiaría ni directa ni indirectamente?

Aylana no le quitaba los ojos de encima. Le miraba con tanta esperanza que él no se sintió con fuerzas para admitir que las posibilidades de éxito eran infinitesimales. Tras un rato de silencio, se inclinó hacia delante y tomó las manos de la joven entre las suyas antes de añadir:

—Por supuesto, entenderá que no puedo prometerle nada —Hizo una leve pausa y la miró a los ojos grises—, pero le aseguro que hablaré con él.

---

[1] *N. de la T.* En inglés, *Saint Paul's Cathedral*.

[2] *N. de la T.* En inglés, actualmente, *Tower Bridge*.

[3] *N. de la T.* Distrito de Londres en el municipio de Tower Hamlets.

[4] *N. de la T.* En español, «Cuarenta Elefantas».

[5] *N. de la A.* Grandes batallas navales entre Inglaterra y diversas flotas europeas (Francia, Dinamarca, Noruega) durante las guerras de 1790, 1800 y 1810 (Abukir, 1798; Copenhague, 1801 y 1807; Trafalgar, 1805; Lyngør, 1812).

[6] *N. de la A.* Los *powder monkeys* o *powder boys* eran pequeños reclutas, principalmente chicos de entre 12 y 14 años, cuyo trabajo a bordo de los buques de guerra consistía en transportar munición del polvorín (el lugar dispuesto para guardar la pólvora) a los cañones de artillería naval. Tenían que ser rápidos y moverse ágilmente de una cubierta a otra, de ahí que se les conociera como «monos» en inglés.

[7] *N. de la A.* Paso marítimo entre Noruega y Dinamarca.

[8] *N. de la T.* Productos residuales de la industria textil que se obtenían al peinar las fibras de cáñamo y otros materiales como el lino.

[9] *N. de la A.* Urbanista y arquitecto del príncipe regente y, más tarde, del rey Jorge IV. Modificó considerablemente el corazón de Londres y le dio un aspecto de Regencia con un estilo a la vez neoclásico y ecléctico, en perfecta armonía con los gustos del monarca. Trabajó en Carlton House (residencia del príncipe durante su regencia), Buckingham Palace, Clarence House, Brighton Pavilion y numerosos castillos e importantes edificios. También inauguró Regent Street y diseñó Regent's Park. En este sentido, su carrera estuvo intrínsecamente ligada al reinado de Jorge IV.

[10] *N. de la T.* El círculo de Bellas Artes.

[11] *N. de la T.* William Cowper fue un poeta británico del siglo XVIII cuya obra alaba la belleza de la campiña inglesa. Está considerado uno de los precursores del Romanticismo.

[12] *N. de la T.* Según el DLE: «Lentes de forma circular con armadura a propósito para que se sujete en la nariz».

[13] *N. de la T.* Un tentempié.

[14] *N. de la T.* Manual de conducta de la época.

[15] *N. de la T.* Autores de novelas góticas.

[16] *N. de la T.* Bollo fino con forma alargada que se rellena de chocolate, crema pastelera o nata. Se hace con la misma masa que las lionesas y recuerda a un profiterol, pero la técnica de elaboración es distinta. En ciertas zonas de España se conoce como «petisús», del francés *petit choux*, que es el nombre que recibe la pasta con la que se prepara.

[17] *N. de la T.* Normalmente, frutos secos mezclados con mazapán.

[18] *N. de la A.* Pequeño sándwich que se sirve a la hora del *high tea* en Inglaterra.

[19] *N. de la T.* La traducción literal sería «caballero-granjero». Se trata de un terrateniente que posee una hacienda por motivos de herencia, pero que la utiliza más como afición que como medio de sustento.

[20] *N. de la A.* También conocida como la «batalla de Peterloo» (en referencia a Waterloo), la masacre de Peterloo (16 de agosto de 1819) tuvo lugar durante una manifestación en Manchester de entre sesenta y ochenta mil hombres que exigían una reforma parlamentaria (difícil situación económica, fin de las guerras napoleónicas, desempleo, *Corn Laws*, auge del radicalismo político en el Norte, etc.). La caballería, llamada por las autoridades, cargó contra la multitud para dispersar a los manifestantes. En el pánico, quince personas murieron y entre cuatrocientas y setecientas resultaron heridas. La única consecuencia inmediata de la manifestación fue, en una cruel ironía del destino, la aprobación por el Parlamento británico de las *Six Acts*, unas leyes que restringían severamente el derecho de manifestación y reunión (y, en particular, las reuniones políticas de la oposición).

[21] *N. de la A.* Pena (con un fuerte valor ejemplarizante) practicada en Gran Bretaña durante cinco siglos para castigar el delito de alta traición. El condenado era arrastrado (*drawn*) desnudo por las calles mientras un potro tiraba de él hasta el lugar de ejecución, donde lo ahorcaban (*hanged*), pero no hasta matarlo; luego lo destripaban, castraban, decapitaban y descuartizaban (*quartered*). Sin embargo, este destino estaba reservado a los plebeyos: los nobles declarados culpables de traición «solo» eran decapitados. La última vez que se aplicó este castigo a una persona viva fue en 1810, pero muchos cadáveres, una vez ahorcados, siguieron siendo mutilados de esta forma simbólica hasta finales del siglo XIX.

[22] *N. de la T.* En este caso, se trata de Carlos I de Inglaterra y Escocia, un Estuardo.

[23] *N. de la A.* A modo de comparación (para esta y futuras cifras mencionadas en esta novela), los ingresos medios de la época eran de 40 £ al año para un jornalero agrícola, 45 £ para un maestro de escuela, 150 £ para un alto funcionario y 350 £ para un abogado.

IV

Cualquiera que estuviese familiarizado con la historia y fortuna de Carlton House, la residencia londinense del príncipe Jorge durante casi cuarenta años, podía afirmar que conocía íntimamente al que sería coronado como rey de Inglaterra en un mes. Porque nada —excepto quizá el igualmente excéntrico Brighton Pavilion, su residencia junto al mar—: nada era mayor reflejo del hombre, de sus caprichos y fantasías, que aquel monumental edificio en el que había invertido una colosal fortuna, un gasto arrastrado durante décadas, y que él mismo pretendía derruir.

Situada justo en el corazón del distrito real de St James's, aquella opulenta mansión había sido construida a lo largo de Pall Mall y lindaba con St James's Park. En 1783, se la habían ofrecido como obsequio a Jorge, por aquel entonces aún el príncipe de Gales[1]. Con 21 años, el futuro soberano obtuvo tanto el disfrute de sus jardines, diseñados por William Kent, como la modesta suma de sesenta mil libras esterlinas concedidas por el Parlamento con el fin de renovar la propiedad a su antojo, además de la dotación anual de cincuenta mil libras que le había otorgado su padre.

La moda de la época era el dispendioso estilo neoclásico francés, y Jorge había pedido al propio decorador de interiores de María Antonieta, Dominique Daguerre, así como a un grupo de artesanos franceses, que imitaran el estilo de Luis XVI. Poco después, el futuro monarca se había embarcado en una vida de libertinaje tan costosa como extravagante: el alcohol, las amantes y los caprichos le salían muy caros. Solo el mantenimiento de sus establos requería no menos de treinta y una mil libras al año. Un desastre. Sin embargo, a todo lo anterior, el futuro rey había considerado oportuno añadir el acto aún más escandaloso de casarse a escondidas (aunque no tardó en ser un secreto a voces) con una plebeya católica y viuda seis años mayor que él, María Ana Fitzherbert. Aquel matrimonio violaba completamente tanto el *Act of Settlement*[2] como el *Royal Marriage Act*[3], por lo que fue desaprobado por la Corona y, por ende, considerado ilegal.

En menos de dos años, Jorge había logrado la hazaña de perder su concesión parlamentaria inicial y los primeros ingresos anuales de su padre, así como la de contraer una deuda de más de doscientas cincuenta mil libras. Solo Dios sabe cómo se las arreglaron entonces sus aliados en el Parlamento para conseguirle una nueva dotación de ciento sesenta y una mil libras para pagar parte de sus deudas, y otra, de nuevo, de sesenta mil libras para terminar las obras en Carlton House.

Sin embargo, —de nuevo, Dios sabe cómo— las deudas de Jorge siguieron aumentando, por lo que hubo de recurrir a su padre, con quien siempre había tenido una relación tumultuosa, pero este solo accedió a ayudarle a condición de que contrajera un matrimonio dentro de los límites de la decencia (con su prima Carolina de Brunswick, sin ir más lejos). En 1795, a los 33 años, Jorge, con una deuda de seiscientas treinta mil libras esterlinas, aceptó a regañadientes. Aquella unión estaba abocada al desastre. Sin embargo, el Parlamento, satisfecho con su decisión, concedió al príncipe una dotación adicional de sesenta y cinco mil libras anuales, gracias a la que, una década después, consiguió saldar cuentas.

Para entonces, Carlton House se había convertido en una opulenta residencia de sesenta metros de largo por cuarenta de ancho, con todas las particularidades exteriores de un antiguo templo griego (frontones, pórticos, columnas, estuco-mármol y líneas puras). En definitiva, un

lugar al que solo le faltaba el nombre para considerarse palacio. De hecho, la corte de Jorge rivalizaba en fulgor con la de sus padres en St James's Palace y Buckingham.

Más tarde, cuando este se convirtió en regente tras el deterioro de la salud mental de su padre, redecoró Carlton House en su totalidad. La convirtió en un cuasipalacio en el que celebrar recepciones dignas de su estatus recién adquirido. Aposentos privados, una sala de música, un salón del trono, un salón chino, un comedor gótico, una soberbia biblioteca… No faltaba de nada y todo era grandioso. El estilo aunaba el arte inglés moderno, el gusto francés del siglo XVIII y la influencia oriental que tanto fascinaba al príncipe regente.

Jorge amaba el arte, las manos con talento y la estética y, además de a sus artistas favoritos (Nash y Lawrence, en primera instancia), hacía encargos regulares a todo tipo de artesanos virtuosos, consultaba a multitud de asesores (entre los cuales, James era su favorito), y como un auténtico adicto al dispendio y la reforma, se pasaba la vida cambiando alfombras, muebles, chimeneas y puertas. Por no hablar de las cerca de cuatrocientas cincuenta obras maestras que colgaban de las paredes de su residencia: Rembrandts, Rubens, Van Dycks y Jan Steens… o de la famosa Regent Street, que Nash había concebido con el fin de unir la entrada principal del opulento edificio con Regent's Park, un parque colindante. En todo caso, aquella calle había tardado una buena década en construirse.

Sin embargo, cuando ascendió al trono en enero de 1820 y pese a que había pasado casi cuarenta años invirtiendo sumas astronómicas en la renovación y decoración interior de Carlton House, el futuro monarca decidió que, finalmente, ni el palacio de St James, ni Buckingham House, ni Carlton House se adaptaban a sus necesidades reales. Tras considerar la posibilidad de ampliar Carlton House, finalmente consideró apropiado convertir Buckingham House en un palacio y remodelar Windsor. En consecuencia, pasados unos años, tendrían que demoler Carlton House y sustituirla por arriates que unieran Regent Street con The Mall y el futuro Palacio de Buckingham.

Así de sencillo.

Hasta que llegó Jorge IV, Inglaterra nunca había alcanzado tal nivel de elegancia y decadencia al mismo tiempo. Con él, todo era estilo e indecencia, clase y deshonor. Y el pueblo, que en invierno se moría de hambre (*ad litteram*), despreciaba a aquel monarca obeso y egoísta, a aquel bufón, viejo perezoso y glotón, a aquel libertino consumado que coleccionaba amantes en una vida de orgía tras orgía, bastardo tras bastardo. Odiaba a un soberano al que no parecía interesarle la política, excepto tal vez por la forma sistemática que tenía de oponerse al juicio de su padre.

La educación estricta y austera que había sufrido durante su infancia ya no era motivo de compasión. Por su culpa, el prestigio de la monarquía estaba en grave declive. Era un desertor: apenas se implicaba en la política y vivía apartado del pueblo. Nada tenía que ver con las victorias militares británicas ni con los tratados de paz negociados por su gobierno. Nadie confiaba en él, ni sus ministros, ni el pueblo, y nadie le respetaba. Las innumerables sátiras con las que se le retrataba en prensa como una ballena seduciendo sirenas no dejaban lugar a dudas. Los periódicos eran crueles; el pueblo, despiadado, pero el comportamiento de Jorge era inexcusable. El rey era, a todas luces, una desgracia para la nación.

Con todo, era culto, ingenioso, docto y sabía conversar. Adoraba el arte más que nadie y amaba sin mesura. Y cuando se trataba de revolucionar la moda, no tenía parangón, aunque los motivos exactos de algunas de sus decisiones en materia de tendencias no fueran las más nobles. Un nuevo impuesto sobre los polvos perfumados, promovido por sus adversarios políticos, le había llevado a abandonar la peluca[4]. Su sobrepeso le había animado a fomentar los trajes

oscuros para hombre y a favorecer los pantalones, más holgados que los calzones. Asimismo, el soberano promovía el uso de cuellos altos y corbatas cuidadosamente anudadas para ayudar a disimular su papada. Las levitas de hombros anchos le permitían camuflar su corpulencia, reinventar su silueta, y con estas decisiones, se constituía como modelo a seguir. Y finalmente —obligado a llevar corsé, tanto para contener su barriga como para ajustarse a los códigos de vestimenta de Beau Brummel, cuya opinión al respecto contaba más que ninguna otra—, había instigado el porte altivo que ahora era el glorioso sello de los caballeros británicos.

Decir que James le tenía aprecio habría sido poco acertado; afirmar que le guardaba cierta estima, un claro error. No obstante, este apreciaba las cosas bellas y valoraba el buen gusto. Y Jorge, excéntrico como era, sabía rodearse de lo uno y presumir de lo otro. Se empeñaba en invitar a James a absolutamente todas sus fiestecitas, en las que (obviamente) nunca faltaban mujeres hermosas. Le hacía innumerables favores, lo cual era bastante agradable. Después de todo, siempre era bueno contar con el apoyo de un monarca, incluso de uno execrable. Y más aún cuando, como aquel día, tenía algo que pedirle.

James, precedido por un lacayo con librea, peluca y cintas, cruzó una primera antecámara, luego una segunda y entró en una tercera. Había una confusa algarabía en la sala: lord Lamerton hablaba de las nuevas ampliaciones de Buckingham que había solicitado Su Majestad; sir Lucas Cawne, de sus últimas adquisiciones equinas; el barón Craven, del gusto desmedido del rey por todo lo relacionado con bibelotes, armatostes y garambainas. El conde de Lincoln parecía deprimido desde que la condesa lo había sorprendido en brazos de una bailarina oriental y lo había desterrado de sus aposentos. Gittelsham, cansado del ajetreo de Londres, pensaba retirarse de vacaciones a la Gales profunda. Grosby y Worthington, por su parte, estaban enfrascados en una apasionada conversación sobre aves acuáticas, de la que nada parecía poder distraerlos. En cuanto al duque de Hamilton, claramente satisfecho por haber logrado —al fin— concebir un heredero, obligaba a los recién llegados a admirar a la miniatura que había mandado hacer (con urgencia, por supuesto) de su hijo recién nacido.

James fingió fascinación, luego depositó su tarjeta en la bandeja que le tendió el criado y dejó que este se alejara con dignidad hacia la cámara del rey. Saludó con la cabeza a unos cuantos conocidos, estrechó dos o tres manos, se rio de un dicho ocurrente y, finalmente, se dirigió a una ventana, donde hizo semblante de ensimismarse en la contemplación de los jardines, solo para aprovechar ese momento a solas y pensar en la encantadora muchacha provinciana, recién llegada de la campiña, que lo había visitado el día anterior.

Pero el bullicio de los aposentos privados del rey nunca era propicio a la ensoñación, con independencia del origen de sus fantasías. El conde de Cardigan, rojo de ira, gesticulaba justo a su izquierda. Lizzy Erskine, redactora de una pequeña gaceta sensacionalista, se había atrevido a mencionarlo en su columna de sociedad. Peor aún: en ella detallaba su aventura con una contralto veneciana. El conde caminaba en círculos con el periódico en la mano y lo blandía, iracundo, para todo aquel que quisiera escucharle.

—¡Una sarta de estupideces, un pasquín de la peor clase, papel de envolver, bazofia para las bestias!

Al reconocer el periódico en cuestión, James sonrió para sus adentros. A él le parecía que la columnista de *Mayfair's Secret Life*[5] mostraba, en general, un notable sentido común. De hecho, la mayor parte del tiempo hablaba de sus ardides, pero aquella mujer siempre iba al grano. Lo cual, por cierto, le traía sin cuidado. A James le importaba un bledo lo que se dijera de él e incluso sentía cierto respeto por aquella valiente fémina que se atrevía a publicar con su nombre en lugar de utilizar un seudónimo masculino. No obstante, era evidente que Cardigan no

compartía dicha opinión.

A su derecha, Carl Heathcote, un compañero de estudios de Eton, se lamentaba de que la viuda Wattell se hubiera exiliado en Cornualles para «llorar» a su marido. Todo el mundo sabía que lady Wattell y él eran amantes desde hacía al menos dos años. Frente a él, un lord recién nombrado parecía encantado de que se refirieran a él con un «milord» en cada intervención. Era probable que acabase de heredar alguna baronía. Más allá, dos vizcondes se quejaban de unos parientes pobres —¡tedioso, cuando menos!—, y en un rincón de la sala, un embajador austriaco, claramente impaciente, sacaba nerviosamente un reloj de bolsillo de su chaleco al menos por tercera vez en apenas dos minutos.

James reconoció también al barón Hungerford, que se retorcía el bigote con un regalo bajo el brazo y un semblante lastimero. Desde que le habían pillado llamando a Jorge «foca gorda alcohólica» en el baile de los Arundel, aquel tipejo se había estado arrastrando sin tregua para volver a caerle en gracia. Se presentaba todos los días en Carlton House y luchaba de una forma penosa, a base de regalos y halagos, con el fin de recuperar un lugar en el corazón —y las dádivas— del soberano. Justo a su lado, Morbray y Mansfield debatían sobre la última interpretación de *Fidelio* de Beethoven. Mansfield estaba decepcionado; Morbray, por su parte, siempre había preferido la ópera italiana a la alemana: una cuestión de intérpretes femeninas, suponía James.

—Si ha venido a pedirle un favor, se ha equivocado de día, Eastlake.

James reprimió un suspiro y, con una sonrisa hipócrita en los labios, se dio la vuelta. El marqués de Marwood estaba allí de pie, con su eterna fatuidad dibujada en el rostro y su largo séquito de aduladores detrás de él.

James despreciaba a poca gente y había escasos individuos a los que odiase, pero despreciaba a Marwood y lo odiaba aún más. No es que pudiera presumir de relacionarse únicamente con caballeros perfectamente respetables: se codeaba con tantos chantajistas, jugadores y libertinos notorios como con mujeres de baja virtud… pero Marwood era diferente. Marwood asustaba a las jóvenes, a las cortesanas y a las viudas promiscuas. Incluso *madame* Taylor, propietaria de una de las casas de citas más populares de Mayfair, acostumbrada a satisfacer todos los caprichos de sus clientes, le había negado el acceso a su establecimiento.

Era pérfido, engañoso y manipulador. De hecho, se rumoreaba que era un seguidor del modo de proceder de un tal Sade, un marqués francés que llevaba casi medio siglo tachando perversiones de la lista y experimentando con todo lo que se pasaba por su mente de trastornado, es decir, un compendio de prácticas crueles y horripilantes. Era un loco, un monstruo, una bestia que disfrutaba del sexo hasta el asesinato y del placer hasta la profanación de tumbas; que procedía de la más antigua nobleza francesa, gozaba de sangre real y soñaba con una sociedad animal, natural, anárquica y violenta; que había estado detenido bajo absolutamente todos los regímenes (monarquía, Directorio[6], Consulado[7] e Imperio) y se había dejado empodrecer durante más de veintisiete años entre manicomios y cárceles… ¡y con razón! Aquel lunático había pasado otra buena década huyendo y, para ello, había tenido la osadía de llegar a disfrazarse de monje. Excomulgado, censurado, desterrado, sometido alternativamente a arresto domiciliario, encarcelado de por vida, condenado a muerte, prófugo, interno y, según profetizaban, futura víctima de la guillotina, pero finalmente salvado (por poco) de los escarmientos de la Revolución, no había encontrado nada mejor que hacer que difundir sus ideas. Y lo había hecho con panfletos y cuentos, novelas y libelos, tratados y discursos (todos ellos condenados al anatema[8], por supuesto, si es que alguien los consideraba «obras» como tal), que publicaba de forma clandestina y anónima, escamoteando. El más abominable de sus manuscritos enumeraba

más de seiscientas torturas, tormentos y perversiones sexuales; crímenes que el Código Penal aún no había previsto; castigos corporales que la propia Inquisición, en su tiempo, no había sido capaz de concebir; en definitiva, un catálogo de abusos inhumanos y pérfidos. Su autor afirmaba al respecto que se trataba de «el relato más impuro que jamás había existido desde que el mundo era mundo». Es más, por una de esas razones que jamás conseguiremos explicar, la Providencia había tenido a bien salvar esa misma obra —*in extremis*— de las llamas de la Bastilla en julio de 1789.

Una aberración. Un apellido despreciable que se había convertido en sinónimo del mal. Un apellido que se había prohibido en Francia por orden real. Un apellido que todo el mundo conocía, pero que nadie jamás mencionaba.

Con todo, el marqués tenía sus seguidores. Otros locos. Hombres como Marwood. Viles, odiosos… y a los que James rehuía como a la peste. Sin embargo, algunos de ellos parecían infatigables cuando se trataba de intentar hacer migas con él. Probablemente porque, a pesar de su reputación de juerguista y su ausencia de título, James era el hermano de un duque. Es más, tenía una renta cuantiosa, estaba lleno de garbo, y lo más importante: era uno de los favoritos del rey Jorge. Por no hablar de su encanto, gracia y refinamiento, algo con lo que, regularmente, se perdonaban sus pequeñas indiscreciones.

—¿Quién ha dicho que esté aquí para tal fin, Marwood? —respondió James con un distanciamiento manifiesto que apenas ocultaba su desprecio por el intruso.

—¿Acaso ve a algún caballero presente que haya venido a otra cosa? —James se encogió de hombros e hizo amago de darse la vuelta—. Es por Carolina, ¿sabe?

James cerró los ojos, hizo acopio de toda su paciencia y se volvió de nuevo para mirar a aquel rufián.

—¿Cómo?

—El rey está de mal humor por culpa de Carolina.

James suspiró.

Carolina de Brunswick. Su esposa. Su peor enemiga. El drama de su vida. La misma mujer que le había llamado «obeso» el día que se conocieron, que tenía una higiene deplorable, que había odiado a Jorge tanto como él la despreciaba a ella (toda una vida), y que nunca había dejado de decir, para burlarse de sus modales, que debería haber sido barbero y no rey.

—Es evidente, Marwood. ¿Por quién iba a ser si no?

De hecho, para entender el estado de ánimo del rey, bastaba con saber cómo era Carolina… y con conocer la historia de su unión. El rey se había metido ebrio en su cama en la noche de bodas hacía más de veinticinco años. Ambos se las habían arreglado, solo Dios sabía cómo, para concebir una heredera rápidamente y habían dejado de verse sin mayor dilación, unos meses después de la boda. Carolina le era tan infiel como él a ella, y en dos ocasiones (sin importarle la deshonra que aquello pudiera arrojar sobre la casa real), Jorge la había llevado a los tribunales por adulterio. Su esposa se había ido a vivir al continente durante siete años, pero había dejado muy claro que, cuando Jorge se convirtiera en rey (algo que había sucedido el año anterior), volvería para reclamar su título de reina consorte y ser coronada en julio. Por su parte, Jorge se negaba categóricamente a reconocerla como reina y confiaba en mantenerla alejada a cambio de la suculenta cifra de cincuenta mil libras esterlinas. Sin embargo, Carolina jamás había sido dócil ni complaciente y, tan obstinada como él, se había negado a cooperar. Por ello, un crispado Jorge había intentado promulgar el muy impopular *Pains and Penalties Bill*[9], en un último intento desesperado por acabar con su unión. No obstante, aunque el proyecto había sido aprobado por la Cámara de los Lores —¡cómo no!—, la reina contaba con la simpatía del pueblo (algo que no

tenía explicación, pero que probablemente se debiera a que despreciaban a Jorge, ya que, desde luego, no se merecía tal estima).

En resumen, cuanto más se acercaba la fatídica fecha de la ceremonia, más temía Jorge que ella montara una escena, a pesar de que se le había dejado claro que su presencia no era en absoluto deseada. Nunca había habido una pareja real tan explosiva y poco afín.

—Le he dicho a Hungerford que vuelva mañana —añadió Marwood, como si a James le interesase—. Dudo que hoy tenga la menor posibilidad de ser recibido por Su Majestad. Él se niega a escucharme, si me pregunta…

Tampoco lo habría hecho.

—Para el caso, no creo que consiga ganarse el favor de Su Majestad —continuó—. Por cierto, Eastlake, voy a dar una pequeña fiesta en mi residencia, Clarewood Hall, la semana que viene y…

—Por desgracia, estoy ocupado.

—¡Ni siquiera le he dicho la fecha!

—Ejem, ¿señor Eastlake? —Aliviado, James se volvió hacia el criado—. Su Majestad lo recibirá ahora. Sígame.

Con una ligera inclinación del torso, James se despidió de su interlocutor y, bajo la celosa mirada de varios caballeros (algunos de los cuales llevaban ya varias horas esperando), siguió al criado hasta la cámara del soberano.

***

Aylana nunca había pisado una prisión. Y mucho menos una prisión londinense. Newgate era oscura, húmeda, sombría. Los aullidos que se escuchaban la volvían aterradora. Era la institución más infame que Inglaterra había instaurado.

La habían erigido en el siglo XII y se había incendiado en varias ocasiones. La Corona, a piñón fijo, la había reconstruido las veces necesarias. La prisión había albergado a algunos de los criminales más peligrosos del reino durante más de seiscientos años. Era incontable el número de falsificadores, asesinos, traidores y salteadores de caminos[10] que habían sido encarcelados allí; así como la cantidad de acusados de herejía, perjurio, blasfemia o predicación prohibida que habían sucumbido entre las llamas. Por no hablar de la lista de ladrones, rateros, carteristas y receptadores que, condenados a la deportación, habían esperado allí su partida hacia la colonia penal, Botany Bay[11] o Tasmania. O de todos aquellos enemigos de la Corona que habían pasado el fin de sus días en aquella prisión: J. Cooke, fiscal en el juicio de Carlos I, ejecutado por regicidio en la Restauración; J. Bernardi y R. Blackbourn, conspiradores jacobitas, encerrados durante varias décadas a la espera de un juicio que jamás llegó; y J. Bellingham, ahorcado por el asesinato de Spencer Perceval[12], por poner algún ejemplo.

Newgate también había acogido a hombres de letras cuyo sino había resultado estar entre rejas: Daniel Defoe, el autor de Robinson Crusoe, por difamación; J. Walter Sr, fundador de *The Times*, por la publicación de un libelo ofensivo sobre el duque de York; y G. Casanova, que, entre una temporada en la prisión Piombi de Venecia y otra en la Bastilla, había encontrado la manera de ser encarcelado en Londres por una u otra de sus incontables (e innombrables) prácticas libertinas; en este caso, la bigamia.

Y allí estaba John, en algún lugar de aquellas siniestras entrañas, en alguna celda angosta, sucia y saturada, entre malhechores, criminales empedernidos y lo peor que Inglaterra podía ofrecer.

Con un nudo en el estómago y un ardor en la garganta, Aylana siguió al guardia a través de

un laberinto de pasillos. Cruzaron el patio interior y luego entraron en la *common area*[13], donde se encontraban los presos que no tenían los medios o los contactos necesarios para recibir un trato preferente.

Todo el mundo sabía que Newgate era oscura, inhumana, hedionda. Se decía que, en el pasado, sus carceleros extorsionaban a los presos con el pretexto de darles pan, paja, agua o quitarles las cadenas. En realidad, no dudaban en torturarlos, chantajearlos o inventar todo tipo de normas y castigos impúdicos para exprimirles hasta el último penique. También les chantajeaban para quitarles la comida que les traían sus familias. Se decía que el tifus estaba tan extendido allí que incluso los obreros que se ocupaban de los trabajos de ventilación y varios jueces del juzgado aledaño habían caído enfermos. Que aún hoy, las celdas eran tan oscuras, insalubres y estaban tan peligrosamente deterioradas que hasta los médicos se negaban a entrar en ellas. Que, para olvidar su destino, aquellos presos que podían permitirse beber pasaban su tiempo de cautiverio en un constante estado de embriaguez: cuanto más temulentos, mejor.

Y pese a todo, la realidad le parecía a Aylana más dura, más lóbrega e inverosímil que las habladurías.

Culpables y acusados a montones compartían celda. Sodomitas, asesinos, reformistas… todos estaban hacinados en jaulas colectivas. Desde el malhechor más vil hasta el delincuente más joven, desde el cuerdo hasta el demente, desde el asesino profesional hasta el simple ladrón de manzanas. Tanto era así que las peores alimañas no podían evitar corromper (a la larga) a sus compañeros de infortunio, y que no se podía haber inventado mejor estratagema, ni aun queriendo, para hacer que se disparara el número de reincidentes y aumentara la gravedad de los delitos que se cometían una vez estos recuperaban la libertad.

El guardia y ella avanzaban a través de una constante cacofonía de gritos, risas, majaderías, alaridos sediciosos y aullidos de desesperación. Aquel lugar era tan espantoso que a Aylana le zumbaban los oídos. Ni una sola ventana. Ni una claraboya. Nada de ventilación. Sentía como si caminara por encima de un manto pegajoso y húmedo de suma pestilencia del que parecía no haber escapatoria. Olor a heces, a orina, a óxido, a vómito, a metal…. Olor a sangre. Olor a muerte. El aire era tan denso, sofocante y plúmbeo que casi se asfixiaba. Y a cada paso que daba, sentía crujir una horda de piojos bajo las suelas de sus botines, pulgas intentando mordisquearle los tobillos, ratas correteando en la penumbra.

Le habría gustado gritar de miedo, de repugnancia, de dolor, ese que sentía por su hermano, por aquellos hombres, mujeres y niños. En lugar de eso, se aferró a la bolsita de naranjas que había comprado a un comerciante de cítricos en Newgate Street, justo enfrente del lugar donde se erigía la horca un par de veces al año, y se apresuró a seguir adelante. Mirara donde mirara, gente con los ojos vidriosos que ya no esperaban nada de la vida; rostros amarillentos y febriles apretados contra los barrotes; caras sonrientes que la observaban con lujuria.

Por un instante, Aylana pensó que había descendido a los infiernos. Finalmente, el guardia se detuvo, y como si quisiera advertir a la joven, que iba tras él a tientas, hizo sonar el manojo de llaves que llevaba colgado del cinturón. El hombre levantó la vista y comprobó el número de la celda. Frente a él había un calabozo más oscuro e infame que los que acababan de pasar: la prisión del corredor de la muerte.

—Es aquí —anunció.

Aylana, movida por instinto, se acercó a los barrotes. Al otro lado, un montón de paja infestado de parásitos. Una tina para la inmundicia. Un cubo de agua estancada y putrefacta. Unas cuantas tazas de hojalata y… eso era todo. No había letrinas, ni calefacción, ni luz. Nada de nada.

Tres hombres estaban encadenados. Otros dos yacían en el suelo. Una figura delgada (antes hecha un borujo) se desplegó: iba vestida con harapos. Con todo, la silueta tambaleante le resultó familiar.

La joven dejó caer las naranjas.

—¿Lana?

—¡John!

Sintió que le cedían las piernas, pero el brazo escuálido de su hermano, que había estirado entre los barrotes, la cogió justo a tiempo. Incapaz de reprimir las lágrimas por mucho más, se dejó llevar y se abalanzó sobre él, a pesar de los fríos y duros hierros que aún los separaban.

—Lana, mi pequeña Lana… Dios santo, ¿qué haces en este infierno? ¿Qué haces en Londres? ¿Por qué estás aquí?

Cuando se hubo asegurado de que sus rodillas no volverían a traicionarla, la joven se apartó de él, lo suficiente para encontrar su mirada.

—Tenía que verte… Necesitaba decirte que… —Una tos seca la interrumpió. John arqueó el cuerpo y jadeó un par de veces—. ¿Estás enfermo? —dijo ella asustada, sosteniéndole por el codo.

—No, no, no es nada… —John recuperó el aliento del tirón y consiguió incorporarse—. Me alegro tanto de verte…

—Yo también, John… Yo también…

Durante un breve instante, no se dijeron nada. Conmovidos, abrumados, prefirieron saborear cada segundo.

John era doce años mayor que ella. Cuando Aylana nació, él se había alistado a la Marina. Antes de su regreso definitivo de la guerra, ella solo le había visto dos veces, durante los periodos de permiso. No había vuelto a vivir con ella hasta 1812, después de la batalla de Lyngør, donde lo habían herido. Para entonces, ella tenía 14 años. Dos años después, murió su madre y, al poco tiempo, su padre siguió el mismo camino.

John era un lisiado y le era imposible encontrar trabajo. Además, su padre no había podido dejarles nada en herencia, así que Aylana hubo de buscar un empleo. Su madre, miembro de la alta burguesía, había procurado, mientras gozaba de buena salud, darle una educación clásica y completa, digna de la nieta de un caballero granjero y de la hija de un suboficial de la Armada. Por eso mismo, la generosa y anciana lady Kathleen, figura ilustre en Sherryton, no había dudado en acogerla bajo sus alas como dama de compañía.

Aylana había aprendido mucho de ella. Siempre le había gustado pintar, cantar y dibujar, y lady Kathleen, que la quería como a su propia nieta, la ayudó a perfeccionar su talento natural: le ofreció clases con un tutor y todos los materiales necesarios. Con el tiempo, la joven desarrolló una facilidad de trazo que le valió elogios, algunos encargos y un puesto de maestra en el internado femenino cuando la anciana falleció.

John, al que le faltaba un brazo, nunca había encontrado nada mejor que algunos trabajos como mensajero. Aylana le había ayudado en lo que había podido y ambos se habían repartido los honorarios, el sueldo y la pensión de veterano de este último. Pero la amargura de John crecía y crecía. Al disponer solamente de una mano hábil, no le querían en ningún sitio. Su hermano culpaba a los ricos, a los dueños de las fábricas, al enemigo, al rey, a Inglaterra y a Dios. Había llamado a casi todas las puertas de Somerset, en vano, por desgracia.

Hasta aquel trágico día de mayo.

Pero ahora la estrechaba entre sus brazos y le acariciaba el pelo. La joven notó que su hermano apoyaba la nariz contra su cráneo e inspiraba su aroma.

—¡Dios, qué bien hueles, hermanita! Creo que hacía siglos que no olía nada tan dulce… Pero vamos, no te lo guardes más, mi querida Lana: ¿qué demonios haces en esta prisión? ¿Qué pasa con Sherryton? ¿Y el internado?

—Dimití, John.

—¿Que hiciste… qué?

—Dimití. Tenía que venir.

John la apartó de él, conmocionado.

—No deberías haber hecho tal cosa.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad.

—No pensarías de verdad que te iba a dejar aquí solo, ¿no?

—Pues claro que sí. ¡No puedes ayudarme, Lana! Tienes que olvidarte de mí e intentar ser feliz. Mi vida termina aquí; la tuya, sin embargo, acaba de empezar. Deberías irte a casa y olvidarme.

—No lo dirás en serio, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Mi vida no ha sido más que sufrimiento. Tu mereces una mejor. Si quieres ayudarme, búscate un buen marido, Lana. No quiero que estés sola. Búscate un marido, uno cariñoso, un digno de ti, así me iré en paz. Prométemelo, Lana.

—Lo que te prometo, Johnny, es que haré todo lo que pueda para sacarte de aquí. Por eso he venido. No pienso volver a Sherryton.

Durante un breve instante, la miró sin comprender.

—Lana, ¿de qué estás hablando? Hubo un juicio, me colgarán dentro de poco. Debes asumirlo, hermanita. Sigue con tu vida. Olvídate de mí… y pasa página. Ya nadie puede hacer nada por mí; lo sabes muy bien.

—Nosotros no, pero el rey, sí.

—¿Qué?

—Voy a pedirle al rey que te indulte.

La joven oyó una risa nerviosa en la oscuridad. Desconcertada, tardó un momento en darse cuenta, para su consternación, de que provenía del propio John.

—Oh, Lana, mi dulce Lana… siempre fuiste una soñadora. Una dulce y adorable soñadora —Más dolida de lo que sería capaz de admitir, Aylana frunció los labios y se tragó las lágrimas —. Te lo ruego, vuelve entre los hombres y olvida esta locura. Jamás conseguirás acercarte al rey.

—Yo no, pero…

—Nunca me perdonará. No soy nadie, Lana. Tan solo un pobre miserable que nació en algún lugar de la campiña. Un paleto. Un marinero. Un manco. Un don nadie. Y un rebelde.

Indignada, sacudió la cabeza con fiereza.

—¡No… no es verdad!

—Claro que lo es.

—Prestaste un gran servicio en la Marina. Te ascendieron a contramaestre. Luchaste por tu país. ¡Y no hiciste nada malo! ¡Jamás!

—Rompí unas cuantas máquinas. Saqueé una fábrica.

—No, tú…

—Sí, lo hice.

Silencio. Aylana, en la oscuridad, se quedó mirándole, sin habla.

—Pero… pero no…

—Sí, hermana.

—Buscabas trabajo…

—No, Aylana. Fui a expresar mi rabia.

—Pero ese día me dijiste…

—Esa mañana te dije que iba a la fábrica. Nunca concreté lo que pensaba hacer allí.

Aylana se llevó las manos a los labios. Se le quebró la voz.

—Oh, John…

—Lo siento, Lana.

—Cielo santo, John, ¿qué has hecho?

Su hermano suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Estuve en la guerra. Perdí un brazo, mi cara, mi juventud. Me dieron una pensión ridícula y tuve que buscarme la vida. Fueron nueve años, Lana. Cada día, durante nueve años, busqué un trabajo donde la gente me aceptara. Y entonces, un día, esos cerdos compraron máquinas. Robaron el sustento de decenas de personas. Perdí la cabeza, como todos los demás —John extendió la mano a través de los barrotes y le acarició la mejilla—. Soy culpable, Aylana. Me merezco lo que me está pasando. Es hora de que te olvides de mí.

La joven apretó la mandíbula y se apartó de un tirón. Las lágrimas le caían por las mejillas. Miró a su hermano, a esos ojos azul grisáceo, y en estos vio reflejados los suyos: fieros, coléricos, el dibujo de la ira rutilante. Entonces, añadió:

—Jamás.

---

[1] *N. de la A.* Título que tradicionalmente ostenta el hijo mayor (y heredero) del monarca británico.

[2] *N. de la T.* Una ley que pretendía asegurar que la sucesión al trono estuviera enmarcada en el protestantismo. Comenzó a aplicarse en 1701.

[3] *N. de la T.* En inglés, la *Ley de matrimonios reales*, de 1722, con el fin de prevenir que ciertas uniones rebajaran el estatus de la Corona.

[4] *N. de la T.* Por aquel entonces, las pelucas llevaban unos polvos perfumados. Desde 1795, estos polvos tenían asociado un gravamen.

[5] *N. de la T.* En inglés, *La vida secreta de Mayfair*.

[6] *N. de la T.* Penúltima forma de gobierno adoptada por la Primera República francesa durante la Revolución. Dio paso al Consulado.

[7] *N. de la T.* Institución de gobierno creada en Francia tras la caída del Directorio, después del golpe de Estado de Napoleón.

[8] *N. de la T.* Excomunión.

[9] *N. de la T.* Un proyecto de ley que tenía la intención de acabar con su propio matrimonio y negar el título de reina consorte a Carolina de Brunswick.

[10] *N. de la T.* Bandidos o bandoleros.

[11] *N. de la A.* En Sídney, Australia.

[12] *N. de la A.* Primer ministro británico de 1809 hasta su asesinato en 1812.

[13] *N. de la T.* En español, «zona común».

V

—Gabinete de 1680, de estilo chino, con mesa auxiliar de inspiración barroca. Precio de salida: mil doscientas guineas.

James observó con displicencia el lote número quince. Aquel conjunto resultaba grotesco, empezando por las puertas de doble hoja de estilo chino sobre un fondo de laca negra del gabinete y siguiendo con las patas de madera dorada (talladas con abundantes querubines, flores estilizadas y cariátides con los brazos alzados) de la mesa auxiliar.

—No, Alteza. Ese mueble es ridículo.

—Estoy de acuerdo. Veamos el resto de lotes.

James se cruzó de brazos, resignado, y ahogó un suspiro.

Cuando lo habían llevado ante el rey el día anterior, este estaba posando de pie sobre una tarima, comprimido por su corsé como una morcilla a punto de reventar. Sentado frente a él, paleta y pinceles en mano, estaba Thomas Lawrence, un maestro en el arte de hacer que su retratado pareciera más delgado. Llevaba entrenando su destreza desde que tenía uso de razón y se esmeraba en transformar lo que parecía más un cachalote con cintas que un soberano: el rey de Inglaterra en todo su esplendor.

Lawrence, el retratista oficial de la corte, era uno de los supuestos amantes de Carolina de Brunswick, la esposa del rey, cuando esta aún vivía en Londres, claro está. Pero como el artista realzaba sus virtudes con maestría y su trabajo contrarrestaba con las humillantes caricaturas de Gillray y Cruickshank, Jorge IV hacía caso omiso de las habladurías. De hecho, había ennoblecido al artista en 1815.

Rojo de ira, Jorge había pasado más de una hora quejándose a «su querido Eastlake» de lo que aquella maldita mujer le hacía soportar. James había esperado pacientemente el momento oportuno para abogar por la causa del hermano de Aylana. Todo sea dicho, probablemente aquella situación le preocupase mucho más dado que su compinche, dulce y delicada hasta decir basta, era digna de interés. Después de todo, James aún conservaba la lucidez.

En cualquier caso, había dejado que Jorge despotricara, desvariara y perorase a la espera de un silencio, una ruptura, una simple brecha: todo en vano. Lo único que había obtenido era un largo monólogo sobre las medidas que el rey pretendía establecer para negar a Carolina el título de reina.

En primer lugar, no la incluiría ni en el *Libro de oración común*[1] ni en la liturgia de la Iglesia anglicana. En segundo lugar, le prohibiría el acceso a la abadía de Westminster el día de la coronación. Y en tercer lugar, ordenaría a sus embajadores que se aseguraran de que los monarcas en el extranjero siguieran su ejemplo y nunca la reconocieran como soberana. A esta enumeración siguió una lista igualmente larga de las gloriosas disposiciones que sir Walter Scott había propuesto para su visita a Escocia.

En realidad, James suponía que Scott era un tipo inteligente. Estaba enamorado de su país, de sus costumbres y de su historia, y había conseguido convencer a Jorge de que no solo era el heredero de los Estuardo, sino también de la causa jacobita en su conjunto, y que, por ende, su popularidad aumentaría si se reivindicaba como tal. No era ningún secreto que, a cambio, pretendía que el soberano británico restaurase los pares escoceses (que se habían abolido en las últimas revueltas jacobitas), así como varias medidas en favor de los clanes de las *Highlands*, y

que devolviese a Edimburgo el cañón gigante de Mons Meg, que los ingleses habían incautado en 1746. En este sentido, si se tenía en cuenta que había sido el propio Jorge II, el abuelo del monarca, quien había ordenado las *Highland Clearances*[2] y orquestado, como represalia, la práctica desaparición de la cultura tradicional escocesa (en particular, los clanes, tartanes y gaitas), el entusiasmo pueril de Jorge ante la idea de vestir falda escocesa y desfilar por las tierras del norte resultaba bastante ridículo.

Tras aquello, el monarca había invitado a James a Brighton; todo un honor. Jorge pensaba regresar pronto para recibir sus curas para la gota[3], y allí celebraría, entre sorpresas y fiestas de todo tipo, un baile de máscaras privado, es decir, una orgía. Además, también lo había convidado —o mejor dicho, convocado— a una subasta en *Sotheby's* al día siguiente. En aquel lugar se encontraban algunas piezas extremadamente infrecuentes. Era evidente que el soberano, con dinero contante y sonante, tenía intención de calmar su mal genio, y de paso, derrochar el capital de la Corona. Sin duda, las subastas eran célebres en aquel lugar: coleccionistas privados y curadores de museos se disputaban las mejores piezas. En este sentido, la presencia de James era una necesidad imperiosa.

James había juzgado más prudente esperar a que Jorge hubiera frenado su ira real con compras y caprichos. Por otro lado, estaba bastante ansioso por tener noticias que comunicar a Aylana —ese era el nombre de pila de la joven; se lo había preguntado al final de su conversación—, y por ello, había pospuesto la ofensiva veinticuatro horas. Era preferible maximizar sus posibilidades de victoria mediante un ataque en diferido a precipitarse al fracaso.

—Aparador de la Restauración inglesa, de inspiración holandesa, chapado en nogal americano.

—Una pieza de suma elegancia, Alteza.

—¡Compro!

James dejó que el monarca aumentara la deuda de la Corona en unos miles de guineas más y luego hojeó discretamente el catálogo. Quedaban seis lotes: un mueble Jensen, un secreter[4] de estilo rocalla[5] —*¡horripilante!*—, un Tiziano, dos apliques de 1730, una mesita de caoba de Santo Domingo y un reloj Chippendale gótico (sin comentarios).

Suspiró.

—¿Qué opinas de ese reloj, Eastlake? —dijo el rey, señalando el grabado de ese último objeto.

—Demasiado vistoso. Si aún desea comprar algo, Majestad, le recomiendo el Tiziano. O, en caso de apuro, el siguiente lote: el mueble Jensen del siglo XVI.

—Estoy de acuerdo. Compraré ambos.

James hizo acopio de paciencia y dejó que el monarca sobrepujase. Le entraron sudores fríos cuando un embajador ruso elevó la puja considerablemente por el Tiziano —si Su Majestad no se salía con la suya, les esperaban varias horas (o incluso días) de tempestad—, pero gracias a Dios, su rival acabó por abandonar el asunto. Cuando se trataba de negociar, Jorge estaba en una situación ventajosa, ya que no se molestaba en averiguar si disponía de las cantidades que decía estar dispuesto a pagar.

Satisfecho con sus compras, al final de la subasta el rey le invitó a cenar con él, o mejor dicho, a darse un festín con él. James aceptó y ocupó su lugar frente a él en el carruaje del monarca: un golpe de bastón y el coche se puso en marcha.

—He pasado un día espléndido en tu compañía, Eastlake.

—Gracias, Majestad.

—Este espejo veneciano es una maravilla. ¿Estás seguro de que es del siglo XV?

—Bastante seguro, Alteza. Diría que es de principios del Renacimiento.

—Soberbio. Más vale que el duque de Marlborough sepa guardar la compostura: cuando vea esta obra, morirá de celos.

—Eso es seguro, Majestad.

—¡Dios, amo la belleza…!

Jorge emitió un gruñido de satisfacción, cruzó las manos sobre su enorme barriga, se echó hacia atrás y se estiró aún más en su banco con capitoné.

—Hablando de cosas bellas, Alteza…

Un brillo de interés se reavivó en los ojos fatigosos del monarca.

—¿Sí?

No era el enfoque más sutil que había utilizado nunca, pero con Jorge a veces era mejor no andarse con rodeos. Además, no había encontrado la ocasión de abordar el asunto en todo el día y el trayecto sería corto —y, muy posiblemente, el único momento tranquilo de toda la jornada, contando la noche—, así que no tenía tiempo que perder.

—Hace poco conocí a una joven encantadora. Una artista, de hecho.

—¡Todos los placeres por el precio de uno!

No era una frase que celebrar, pero James decidió no tomársela al pie de la letra. Se aclaró la garganta y dijo:

—Por desgracia, esta joven se encuentra en… un terrible apuro.

—Oh…

—Sí, Majestad. Su hermano mayor ha sido víctima de un error judicial.

—Lamentable.

—Yo también lo creo, Alteza.

Jorge se rascó distraídamente el costado y luego miró por la ventana. James, pendiente, observó su reacción. El soberano pestañeó lentamente una vez, luego otra, y finalmente, cerró los ojos. *Por Dios, ¿se estaba quedando dormido?* James no estaba dispuesto a dejar escapar la oportunidad, así que alzó ligeramente la voz para evitar que se durmiera.

—Pensé que tal vez… podría aliviar el dolor de esa joven, señor.

«Su Regia Corpulencia» se sobresaltó. Su barriga se agitó como la trémula gelatina.

—¿Yo?

—Sí, Majestad. Usted.

—No me consta haber sido bendecido con poderes mágicos, amigo mío.

—Mágicos no, Alteza: soberanos.

—¿Cómo dices?

James respiró hondo. Había llegado el momento.

—Su hermano está sentenciado a muerte. Quizá podría… indultarlo, Alteza.

El rey enarcó una ceja, sorprendido por tal petición.

—Y… ¿de qué se acusa a ese pobre desafortunado, Eastlake?

James reprimió una mueca. Esperaba que Jorge pasara por alto semejante detalle. Habría sido mejor para el hermano de la señorita —y para ella, también— que no quisiera indagar en el asunto. Hizo un pequeño gesto despreocupado con la mano, como si la respuesta, después de todo, no tuviera importancia, y continuó con voz pausada:

—Oh, nada serio, Alteza. Una cuestión de empleo. El pobre hombre se vio envuelto en un asunto que le era ajeno. Una minucia, en realidad.

—Mmm…

Jorge parecía molesto. Por un momento, James se sorprendió: tenía exactamente la misma

expresión que su hermana Cassandra cuando alguien le pedía un favor y ella estaba tentada de negarse, más por pereza que por otra razón. Pero entonces al monarca se le iluminaron los ojos como a un niño que descubre un juguete nuevo.

—Se me ocurre una idea: tráela al baile del Pavilion. Estoy deseando ver si es tan encantadora como dices.

James hizo un esfuerzo encomiable por permanecer impasible. El rey no era, estrictamente hablando, un granuja de la peor calaña —al menos, no en la misma medida que él—, pero en sus años mozos había sido capaz de amenazar con suicidarse para persuadir a una joven de que se acostara con él. Y a pesar de su avanzada edad, Jorge seguía apreciando a las mujeres hermosas.

¿Quién sabe si no sería capaz, vil como era en ocasiones, de intentar aprovecharse de sus favores?

No. Jorge estaba enfermo y era cada vez menos capaz de rendir físicamente. Probablemente no quisiera más que un placer estético a bajo coste. Uno más, para ser exactos. En cualquier caso, si se le ocurría la inapropiada idea de pedir algo más, James se opondría firmemente. Y a menos que estuviera dispuesto a pasar por encima de su cadáver, Jorge IV no tendría más remedio que retirar sus palabras.

—De acuerdo. La llevaré como acompañante.

Los ojos del monarca centellearon. Estaba excitado como un niño, lo que confirmaba la teoría de James: se trataba de otro capricho inocente. Estaba dispuesto a apostar que, para cuando llegara el momento del baile, Jorge ya se habría olvidado de lo que le había pedido. La mayoría de las veces invitaba a tanta gente a sus fiestas privadas que olvidaba los nombres de la mayoría de los presentes.

—Hasta entonces, Majestad, ¿me promete que lo pensará?

—¿Pensar qué, amigo mío? —preguntó el rey, que volvía a mirar por la ventana.

James reprimió un suspiro.

—Concederle el indulto a su hermano. Se apellida Shaye. John Shaye.

Jorge dejó de lado esta última aclaración como si no tuviera importancia.

—Nunca prometo nada, Eastlake, pero disfruto de tu compañía; ya lo sabes.

***

Aylana estaba nerviosa, vacilaba.

Había recibido la misiva de James: un mensajero especial se la había entregado la noche anterior. El corazón le había latido tan deprisa que por un momento pensó que le iba a estallar. En solo dos días, James había conseguido hablar con el rey y la había invitado a reunirse con él en Eastlake Hall a la una de la tarde del día siguiente para tratar el asunto en un *tête-à-tête*.

Y a la mañana siguiente, el ultramoderno *high flyer* del señor Eastlake —un magnífico faetón con una suspensión admirable— vino a recogerla. Aylana se sentía conmovida a la par que desconcertada. *¡El hermano de un duque le había enviado un coche!* Intimidada, le había dado la mano al postillón[6] y este la había ayudado a subir al carruaje. La joven se sentía toda una mujer. Elegante como ninguna otra. Casi una dama.

Pero ahora que la habían dejado en el número 1 de South Audley Street, sentía que su impaciencia se convertía en una creciente aprensión.

¿Y si había malas noticias? ¿Y si el rey Jorge se había negado en rotundo? ¿Y si había perdido la partida? No obstante, de haber sido el caso, el señor Eastlake habría sido lo bastante generoso como para ahorrarle la espera y decírselo en su carta, ¿no era así? ¿Habría tenido realmente el valor de hacerla languidecer por más tiempo? Y si hubiera conseguido lo que se

proponía, ¿acaso no se lo habría dicho inmediatamente? ¿No era una mala señal que la citara?

Su entereza fallaba por momentos. Hasta ahora, sobrellevaba la detención y la condena de John porque se había negado a creer que fuese cierto, porque se había convencido a sí misma de que era inocente, de que todo era un gran error y de que el rey lo perdonaría. Pero John era culpable y tenía razón: a nadie le interesaba el destino de un plebeyo, y menos al soberano. Era evidente que James iba a decirle que Su Majestad no había querido escuchar lo que pretendía decirle y…

La puerta se abrió de repente y Aylana se sobresaltó. Una de las dos jóvenes hermanas Eastlake (Cassandra, o eso recordaba, al menos) la saludó con una gran sonrisa. Roída por la angustia, Aylana no opuso resistencia: con el paso tardo y latoso de un condenado que se dirige al cadalso, subió los pocos escalones de mármol hasta el porche.

—La he visto desde la ventana —explicó a la joven—. ¡Debería haber llamado a la puerta! ¿Ha venido a ver a James? —Con un nudo en la garganta e incapaz de pronunciar palabra, Aylana asintió—. ¡Razón de más para no quedarse en la acera! —exclamó su anfitriona, antes de cogerla por el codo como si fueran mejores amigas—. Jimmy nunca se levanta antes del mediodía, y rara vez es puntual. Pase. Lydie y yo estábamos a punto de tomar el té… con pastas, por supuesto —añadió antes de guiñarle el ojo, como si ese argumento tuviera el don de disipar toda reticencia—. ¡LYDIEE!

Cassandra gritó tan fuerte que Aylana se sobresaltó de nuevo. La segunda señorita Eastlake bajó las escaleras con la gracia de un hipopótamo hembra y se abalanzó sobre su hermana: se había saltado el último escalón.

—¡Ah, señorita Shaye…! —exclamó cuando recuperó el equilibrio—. ¡Qué alegría volver a verla!

—Pídele a la señora Whigs un poco de té, hermanita. Y un plato con pastas. La señorita Shaye nos acompañará esta mañana.

Obligada en parte por semejante torbellino de energía, Aylana levantó tímidamente un dedo.

—Em… quizá deberíamos preguntarle a su madre si…

—Mamá no está.

—Oh… —Aylana se sintió incómoda—. En ese caso, quizá sea inapropiado… En fin, su hermano me dijo que estuviera aquí a la una, pero puedo esperar fuera…

Cassandra le apretó con fuerza en el codo.

—¡Por supuesto que no! Además, si me pregunta, seguro que mi hermano la ha citado tan temprano porque mamá nunca está a estas horas en casa. Por regla general… —Cassandra la condujo al salón y se sentó con autoridad. Aylana, a la que aún sujetaba por el brazo, no tuvo más remedio que sentarse a su lado—. Como le decía, por regla general, Jimmy no es muy madrugador. Es más bien un juerguista. Se acuesta tarde y se levanta tarde. Nunca desayuna con nosotras y solo viene a tomar el té. Y jamás cena aquí: creo que huye de mamá en cuanto puede. Siempre come fuera: en restaurantes, en su club o con sus amigos. Pero viene a vernos a Lydie y a mí todos los días.

—¡Aquí están! ¡Cuidado, arden! ¡Están recién salidos del horno!

—La señora Whigs es una joya, ¿sabe? Siempre va un paso por delante. ¡Oh, *crumpets*[7]!

—¡Y bollitos! ¡Oh, y tortitas…! ¡Elijan, señoras!

—Lydie, por favor, es «señoritas». La señorita Shaye no está casada, y tú y yo, tampoco.

—¡Dios nos libre!

Cassandra asintió y cogió el plato repleto de dulces. Lydie se dejó caer en una poltrona y adoptó una postura que, sin duda, habría provocado un infarto a su madre.

Aylana las miró por turnos, estupefacta.

—¿No quieren casarse, señoritas?

Lydie hizo un pequeño mohín y luego mordisqueó un bollo.

—Los hombres son tan aburridos… —comentó Cassandra, que con diferencia era la más parlanchina.

Aylana no sabía qué decir, así que se cruzó de brazos.

—Por cierto, va a tener que volver a hablarnos de esa Mary Wollstonecard… Ya sabe, la autora…

—¿Wollstonecraft?

—Sí, ella.

—Oh… Sí, claro. Cuando gusten.

—¿Qué tal ahora?

—Sí, por favor, ¡ahora! Así aprovechamos mientras esperamos a James. ¡Ah! Aquí está su té, señorita. Gracias, Rosie. Ahora estaría bien, sí, porque confieso que el otro día no entendí muy bien a lo que se refería. La subyugación de las mujeres, la falta de educación, todo eso… ¿Quiere azúcar en el té?

—No, así está bien. Gracias, señorita Eastlake.

—¡Por favor, llámeme Cassie! «Señorita Eastlake» es demasiado largo.

—No sé si su madre lo aprobaría, señorita.

—Mi madre no está aquí, ¿no es cierto? —respondió la joven antes de guiñarle el ojo.

Cassandra sirvió a su hermana, luego se sirvió ella y endulzó su té con un par de cucharadas de azúcar.

—Bien, ¿la señora Wollstonecraft…?

Estaba claro que no tenía otra opción, así que Aylana cogió su taza y dio un sorbo para ordenar sus pensamientos antes de decir:

—Es bastante sencillo, en realidad. Mary Wollstonecraft quería que las mujeres fueran… más respetadas. En resumen, quería que se les reconociera un papel más importante en la sociedad que el de meras esposas. Eso sí, afirmaba que esto solo sería posible el día en que se les diera acceso a una mejor educación… Una más intelectual, para ser exactos… En su opinión, las mujeres son consideradas inferiores a los hombres porque se les priva de una educación igualitaria.

—¡Pero nosotras hemos recibido una buena educación! Bordado, encaje, punto de cruz…

—Tus bordados parecen obra de una araña coja, Cassie.

—… solfeo, canto, música…

—No usamos el piano desde que rompiste tres teclas.

—… el arte de gastar dinero, de sonreír a los necios, de enamorarse…

—Te recuerdo que la única vez que te desmayaste, caíste sobre lord Hemsworth sin la menor elegancia.

—Pero él me sostuvo.

—Eso no significa que pretendiese casarse contigo.

—Y aún no lo he superado. Con gusto habría dejado de lado mis principios si…

—Pero no fue el caso.

—¡Porque insinuaste que estaba fingiendo…!

—Y lo estabas.

—No lo estaba. Mildred me había apretado demasiado el corsé…

—Pues no te desmayaste hasta las cuatro de la tarde, justo cuando lord Hemsworth y

James…

—Me exasperas.

Lydie le sacó la lengua.

Aylana, abrumada por la rapidez de la conversación entre hermanas, no sabía cómo responder. Cuando se callaron, por fin se aclaró la garganta y trató de explicarse:

—No, verán… La señora Wollstonecraft quería que las mujeres fueran educadas… siguiendo el modelo de los hombres. ¿Entienden lo que quiero decir? No solo para ser buenas esposas o amas de casa. Ella defendía que se les diera acceso al conocimiento, a la razón. ¿Se imaginan lo que podríamos hacer si fuéramos a la universidad? —Cassie la miró fijamente con ojos apagados. Mientras tanto, Lydie masticaba con convicción. Obviamente, no: no se lo imaginaban —. En cualquier caso… la señora Wollstonecraft veía en esa disparidad un problema… y la razón principal por la que las mujeres están, en el seno del connubio, sometidas a sus maridos, y las hijas a sus padres; de ahí que no tengan los medios para emanciparse, para reclamar su autonomía, en resumidas cuentas.

—Y por eso… precisamente por eso Lydie y yo hemos decidido ser solteronas. Juntas. En Bath. Nuestro hermano Henry nos dotará con una pensión, ¡y nadie nos dirá cómo vivir nuestras vidas!

Aylana dudaba que fuera tan sencillo, incluso para las hijas y hermanas de los duques, pero… después de todo, ¿qué sabía ella? Tal vez las cosas fueran más fáciles cuando se procedía de las clases altas…

—De todos modos, la admiro, señorita Shaye. ¡Al menos ha logrado ser independiente! Gana su propio dinero, hace lo que quiere, ¡no deja que ningún hombre le diga lo que tiene que hacer! Debe de ser muy feliz.

Aylana sonrió amablemente. Aquellas dos jóvenes aún tenían tiempo de descubrir la vida de primera mano, como también lo tendrían para comprender el significado exacto de las palabras de Wollstonecraft.

—¿Entonces es cierto lo que dijo? —intervino Lydie antes de extirpar con la uña una miga que se le había pegado a la comisura de los labios.

—¿Acerca de qué, señorita?

—Acerca de su trabajo como profesora de dibujo.

—De dibujo, pintura y canto —matizó Cassandra.

—Sí, es cierto.

—Entonces debería darle clases —dijo Lydie, señalando a su hermana—. No pinta más que horrores.

—¡No estás en situación de hablar!

—Me encantaría ver su trabajo, señorita Shaye.

—Por favor, llámeme Aylana.

—Solo si usted hace lo mismo: somos Lydie y Cassandra.

—Como quiera. Desafortunadamente, Lydie, no he traído nada conmigo…

—¡Qué lástima! Me habría encantado ver su estilo. De hecho, estoy segura de que a James también le habría gustado. Adora todo lo que tenga que ver con el arte.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Es un entendido. Su especialidad es el Renacimiento y los pintores clásicos. Ama el arte en todas sus formas. Música, acuarelas, escultura…

—Conoce al dedillo las obras de Shakespeare, Byron y Keats. Incluso sabe juzgar el trabajo de los grandes paisajistas: Capability Brown, William Kent, Humphry Repton… Habla de ellos

todo el tiempo. Y también de los grandes arquitectos. Conoce muy bien a John Nash.

—Y tiene un palco privado en todos los teatros de Londres: es un gran amante de la dramaturgia, el balé y la ópera.

—O mejor dicho, de las actrices, bailarinas y sopranos —corrigió Cassandra mientras daba otro sorbo a su té.

—¡Cassie! Tienes una lengua viperina…

—No, soy realista. Mi hermano es un seductor, Aylana, eso lo sabe todo el mundo. Si valora su reputación, hará bien en ponerse en guardia. Son muchas las jóvenes que han destrozado la suya por él. Con lo guapa que es usted, sería más que capaz de cortejarla.

Aylana dudaba que un aristócrata —fuese quien fuese— se esforzase para obtener los favores de una mujer de su estatus o se tomase la molestia de cortejarla. Es más, James no tenía motivos para ser una excepción a la regla. Se lo había demostrado con pelos y señales al besarla de improviso —y sin pedirle su opinión, por cierto— seis años antes, en Sherryton.

—Déjeme que le advierta que usted es su tipo —continuó la joven, que parecía no poder callarse—. Físicamente, quiero decir.

Físicamente… ¡Cómo no!

—En realidad, para James lo que cuentan son las apariencias —A fin de satisfacer los convencionalismos, su hermana fingió ofenderse—. Cualquiera pensaría que solo se acuesta con lelas; sin embargo, las mujeres a las que frecuenta son de todo menos estúpidas.

—Normalmente, sí.

—Normalmente, cierto es. En cualquier caso, ¡tampoco se las trae a casa para que hablemos con ellas!

Aylana, sin palabras, no se atrevió a intervenir. Esa conversación casi surrealista la sobrepasaba. Había enseñado en la escuela de la señorita Keller durante cuatro años y era la primera vez que oía a chicas jóvenes hablar de este tipo de cosas. Y tan a la ligera. Las chicas de buena familia no solían tener ni idea, antes de su noche de bodas, de los asuntos que implicaban las relaciones entre cónyuges, y a todo el mundo le parecía bien. Y aunque ella misma no ignoraba por completo el tema —había leído sobre ello y, en la campiña, siempre se hablaba con un poco más de libertad—, al final sabía poco más de lo que se explicaba en las novelas disponibles en las librerías femeninas; es decir, no mucho.

Pero las dos hermanas menores de James hablaban de la vida desenfrenada de su hermano con la mayor naturalidad. Era… desconcertante. Sorprendente. Refrescante, tal vez. No porque fuera James Eastlake, por supuesto, sino porque…

—Sigo sin entender qué ven todas ellas en él —suspiró Lydie mientras daba otro bocado a una tortita.

—Es su sonrisa —dijo Cassie, que parecía bien informada.

—Creía que eran sus ojos. Tiene unos ojos preciosos, de un color magnífico.

Aylana sabía que los ojos de James Eastlake eran mucho más que dos perlas verdes, pero prefirió guardarse ese comentario. De todas formas, Cassie ya negaba con la cabeza.

—Es su sonrisa —insistió—. Eso dicen en las columnas de sociedad: «El señor Eastlake parece haberse convertido en un experto en el arte de seducir a la gente con nada más que una sonrisa».

—No tiene sentido. James sonríe todo el tiempo. ¿Cómo pueden decir «con nada más que una sonrisa»?

—Es lo que escribieron con todas las letras en las *Mayfair Chronicles* de la semana pasada. Si no me crees, te lo enseño. Debo tenerlas en alguna parte…

—¿Lee columnas de sociedad, Cassandra?

—¡Oh, las leemos una detrás de otra! En todas hablan de James y sus amigos. Algunos días son la comidilla de la ciudad, ¿sabe? Es mucho más divertido que *Cartas a una joven*[8] de Jane West, créame.

Aylana no lo dudaba.

—Mamá las odia, pero las conseguimos a escondidas.

—¿Y a su hermano no le importa que…?

—¡Oh, a Jimmy le es indiferente! No las lee, pero tampoco reniega de ellas. Podría hacer que los editores de la gaceta se arrodillasen ante él a su antojo. ¡Después de todo, es el hermano de un duque! Pero no le importa.

Un ruido procedente de la entrada llamó la atención de las presentes.

—Hablando del rey de Roma…

—¿Crees que es James? —dijo la otra hermana.

—Sí, escucha…

Había que admitir una cosa: las hermanas Eastlake no tenían igual cuando se trataba de distraer al personal. Envuelta en un vórtice de cháchara, discusiones y comentarios frívolos, Aylana casi había olvidado por qué había ido a Eastlake Hall. Pero la llegada de James —si es que era él— le produjo un escalofrío.

¿Qué le diría? ¿Cuál sería el fruto de su reunión con el rey?

En efecto, pronto llegaron voces desde el vestíbulo. La voz cálida y sensual de James, tan característica, con matices tan deliciosamente perezosos como intencionalmente aristocráticos; y la voz ininteligible y aguda de una mujer de mediana edad.

—Hoy está usted muy guapa, señora Bradford —dijo, con voz cada vez más clara—. Por cierto, ¿sabe que Digweed me habló de su atuendo del otro día? De su traje de los domingos. Creo que le impresionó…

—¡Señor Eastlake!

—Vamos, vamos, señora Bradford… —Su voz se volvió más grave—. Entre usted y yo: una mujer hermosa como usted no debería quedarse sola. Es un desperdicio inconcebible.

Aylana se sorprendió al escuchar sus palabras y abrió los ojos como platos.

—¿Qué hace?

—Oh, está flirteando con la señora Bradford —contestó Cassandra, que gesticuló con la mano para restar importancia al asunto antes de llevarse la taza a los labios.

—¿Cómo dice?

Pasaron unos segundos. Ante la confusión de Aylana, Lydie decidió explicárselo:

—Le gusta mortificar al ama de llaves, la señora Bradford. Tiene 55 años.

—¿Él…?

—Pretende forzar a Digweed para que se declare.

—¿A… Digweed?

—El mayordomo.

Aylana estaba perdiendo el hilo de la conversación.

—Verá, James siempre ha sido un sinvergüenza, un canalla de la peor clase. Ninguna doncella ha podido resistirse a sus encantos. Dicen que de niño siempre se lo perdonaban todo. Aunque cometiese todas las trastadas del mundo, las criadas le cubrían las espaldas.

—«Era un caradura, pero un caradura encantador…». O eso ha dicho siempre la cocinera.

—Es una pena que hayamos nacido mucho más tarde.

Las dos hermanas suspiraron a la par, como si se hubieran perdido parte del espectáculo. Por

su parte, Aylana dudaba que se hubieran quedado al margen en cuanto a trastadas.

—En fin, no se preocupe: está bromeando, tan solo finge. Sospecha que Digweed quiere proponerle matrimonio desde hace al menos una década y siempre dice que no hay nada como un poco de competencia para conseguir que un hombre…

—Hola, señoritas…

—¡Ah, Jimmy, ahí estás!

Aylana sintió que su temperatura interna bajaba y subía al mismo tiempo. Era extraño y bastante desagradable. La presencia de James parecía acelerar su flujo sanguíneo, que se avivaba en sus venas como una férvida oleada, pero solo con pensar en la noticia que pudiera traerle, un frío glacial le caló hasta los huesos.

La mirada glauca de James se posó en ella. El recién llegado sonrió, y entonces el ardor se apoderó de sus entrañas.

—Toma un pastel, Jimmy. Están calentitos.

—No, gracias, Lydie.

—¿Sabes que lady Chessworth y tú habéis vuelto a salir en el *London Echo* esta mañana?

—Ahora no, Cassie. La señorita Shaye y yo tenemos un asunto… importante que tratar —De nuevo, una sacudida fría como el hielo—. ¿Viene, señorita Shaye? —preguntó, invitándola a levantarse.

Aylana obedeció como un autómata. Le temblaban las piernas, como si fuesen de algodón.

—Puedes llamarla Aylana. Ahora ya nos conocemos mejor.

James volvió su mirada verde hacia ella, en un intento de encontrar el gris de sus iris.

—Si ella me lo permite, sí.

Incapaz de emitir sonido alguno, Aylana asintió febrilmente. A decir verdad, ya ni siquiera sabía de qué hablaban los presentes.

—Y podéis hablar aquí —sugirió Cassandra—. A nosotras no nos importa…

James sonrió sardónicamente.

—Te he conocido más sutil, Cassie. Vamos, Aylana —añadió, poniéndole una mano en la parte baja de la espalda; una mano cálida que quemaba a través de la tela—. Alejémonos de estas cotillas incorregibles.

James la guio hacia la sala de música, como había hecho la vez anterior. Pero antes de cerrar la puerta, se volvió hacia su hermana, que ya se había levantado sin hacer ruido.

—Siéntate, Cassie.

—Se me habían dormido las piernas… —protestó ella (con un tono demasiado inocente para ser sincera) antes de dejarse caer en la silla con languidez.

—Cassie, te lo advierto: si te pillo espiando mientras hablo con Aylana, pongo a Dios por testigo de que obligaré a Henry a despojarte de tu dote.

La acusada abandonó sus aires zalameros y alzó la barbilla para replicar con orgullo:

—Henry nunca haría eso. Me quiere demasiado.

—Te sorprendería…

—Tengo curiosidad por saber cómo lo harías.

—El chantaje es una opción. El secuestro, también. Y el asesinato…

—¿De quién hablas? ¿De Henry o de mí?

—Adivínalo.

Y sin esperar respuesta, James cerró la puerta antes de volverse hacia Aylana.

—Mis disculpas por este pequeño interludio. La prudencia parece ser un arte que, definitivamente, ha pasado de moda… al menos en esta casa.

Aylana hizo un vano esfuerzo por sonreír. La angustia le atenazaba la garganta.

—¿Tanto es el caso?

James le devolvió la sonrisa; una sonrisa cálida y tranquilizadora.

—Digamos que… si la distinción nunca ha sido la principal cualidad de esas dos urracas, la prudencia es una palabra que, en su vocabulario, brilla por su ausencia. Por no hablar de su desagradable gusto por difundir rumores…

De hecho, desde muy pequeñas, las dos últimas hermanas Eastlake eran conocidas por su flagrante falta de recato, su curiosidad sin límites, su gusto por lo escabroso y su forma (muy poco elegante) de estirar el cuello para enterarse de cualquier conversación. Y en cuanto a Cassie… Bueno, digamos que con Cassie, el famoso dicho: «Secreto de uno, de ninguno; de dos, sábelo Dios; de tres, secreto no es» cobraba sentido.

—En fin, vayamos al grano, ¿le parece, Aylana? Debe estar deseando oír lo que tengo que decirle.

La invitó a sentarse. Aylana estaban tan alterada que, si él no lo hubiera hecho, igual se habría visto obligada a ser descortés; tal vez incluso se habría dejado caer en el asiento como Lydie.

—¿Qué noticias me trae, señor? —Se escuchó murmurar con voz inocente.

—Ni buenas ni malas, me temo. De hecho, todo se resume a lo siguiente: en un principio, Su Majestad no está en contra del indulto… pero desea conocerla antes.

Era oficial: Aylana había abandonado toda razón. Estaba delirando.

—¿P-Perdón?

James le cogió la mano como si quisiera evitar que se desmayara. De hecho, el repentino golpe de calor que invadió su bajo vientre la devolvió a la realidad. Aquel turbión interminable de sentimientos encontrados la estaba agotando.

—Como oye. El rey va a dar un baile en su residencia de Brighton y le gustaría conocerla allí. Es el capricho de un soberano. Si le es grata, y si está de buen humor ese día, tengo la esperanza de que le conceda… todo aquello que le pida.

Aylana sintió que el pánico la invadía: de repente, se le descompuso el rostro.

—No puedo, señor Eastlake…

Contra todo pronóstico, él se echó a reír.

—Aylana, no sé cómo funcionan las cosas en Somerset, pero en Londres, sigue siendo costumbre —aunque esté pasado de moda, lo reconozco— obedecer al rey cuando este ordena algo…

Consciente de su metedura de pata, se mordió el labio.

—Señor, usted no lo entiende, yo… No estoy hecha para esto, yo… no estoy acostumbrada a…

La verdad era que ella no pertenecía a ese mundo.

Le era totalmente ajeno.

Y eso la aterrorizaba.

James presionó ligeramente sus dedos entre los de ella y buscó su mirada.

—Es un baile de máscaras, Aylana. Todo el mundo irá disfrazado. Podrá ir de incógnito, con absoluta discreción. ¿Eso la tranquiliza?

No, en absoluto.

—Créame, Aylana —insistió—: la mejor manera de conseguir lo que quiere del rey es darle primero lo que él desea.

—¿Lo que él desea?

James percibió lo que la joven insinuaba.

—*A priori*, solo su compañía. La magia de conocerla, de acabar con el tedio, de romper con la rutina.

Inconscientemente, la joven bajó los ojos a sus manos entrelazadas y apretó los dedos a su vez.

—¿Y si quiere… algo más?

—No se lo permitiré.

La respuesta llegó de forma rápida, inmediata, inquietante.

Conmovida más de lo que hubiera sido prudente, Aylana sonrió con tristeza. En cualquier caso, si el rey quería algo más que su mera presencia o una conversación amena, ella no tendría más remedio que aceptar, con o sin la intervención de James. Era de esperar: cuanto más poderoso era el hombre, menos escrúpulos tenía a la hora de sacar provecho de la situación. Solo Dios sabía lo que el monarca le pediría, pero por poco que le exigiera, ella se lo daría sin dudarlo. Si aquello le daba la más mínima oportunidad de salvar a John, aceptaría.

Aylana se sacudió los pensamientos repulsivos que ya desfilaban por su mente y trató de ser fuerte.

—Gracias, señor Eastlake. Gracias por… interceder en mi nombre y expresar su simpatía. En fin, iré allá donde el rey… considere oportuno. Entiendo que usted también estará allí.

James la miró a los ojos.

—Sí, Aylana. Yo mismo la llevaré.

La joven se sintió tan aliviada que pensó que quizá debiera preocuparse por una razón completamente distinta.

—Bien… ¿Cuándo es el baile?

—Dentro de tres semanas.

Se levantó de un salto.

—¡¿Tres semanas?!

James se puso en pie.

—Comprendo que le parezca mucho tiempo, Aylana, pero…

—¡Oh, no, no, no! ¡Es imposible, señor Eastlake! ¡Es demasiado tiempo! ¡Tres semanas…! ¡Jamás lo lograré!

James la cogió por los hombros y moduló la voz para que sonase tranquilizadora:

—Tendrá que ser fuerte, Aylana. El rey está sometido a una gran presión. Su matrimonio es… complicado. Su coronación lo está estresando, su humor varía mucho y padece de gota, ¿sabe? Sufre. Créame, lo mejor que puede hacer es conocerlo después de que reciba sus curas, cuando haya disfrutado del clima de Brighton durante una buena semana y se esté divirtiendo en el Pavilion con todos sus amigos. Entonces será más probable que… lo encuentre de buen humor. Así podrá aprovecharse.

¡Tres semanas!

Aylana ya padecía. La espera iba a ser un calvario. Temía que su salud se resintiera.

—Tres semanas…

Su dolor era evidente, tan intenso que creaba un aura alrededor de su cuerpo. James lo sabía: si la dejaba a su suerte, se hundiría antes de poder salvar a su hermano.

—Insisto: sea fuerte, Aylana. Fuerte y valiente. Y, sobre todo, distráigase.

Ella lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Que me distraiga…?

—Bueno, sí. Así se olvidará de su problema. Disfrute de Londres, de…

—Señor Eastlake, no hablará en serio, ¿verdad? ¿Cómo espera que…?

—Si se entrega a la ansiedad, la duda y la pena, se dejará el alma en este asunto, Aylana. Le hará bien pensar en otra cosa durante estas tres semanas. Déjeme ayudarla, guiarla. Será un placer.

Atónita, le miró sin comprender.

Bien. Ya que la joven se resistía y dado que estaba totalmente fuera de lugar dejarla sola, iba a tener que… recurrir a la vía sentimental.

—¿Qué le parece una excursión mañana… a la National Gallery?

Un brillo incrédulo se despertó en los ojos azul grisáceo de la joven.

—¿A la National Gallery?

—Ajá. A ver cuadros de la escuela francesa. Fragonard, Watteau, Boucher… Y pasado mañana, podríamos ir a la Royal Academy of Arts. ¿Le gustaría ver lienzos de Constable? —Aylana, confusa, no sabía qué decir. Tanto pedir para acabar consiguiendo solo el mínimo—. Le gusta cantar, ¿verdad? Seguro que le encantará la ópera. En este momento representan *Fidelio* en el Imperial y *La Vera Costanza*, de Haydn, en el teatro real de Haymarket.

—Oh, no, no podría, no tengo artículos de tocador para…

—Entonces vayamos a las exposiciones. No necesita un vestido elegante para pasear por las galerías. Empezaremos con la National Gallery. ¿Paso a recogerla mañana?

Desprevenida y un tanto apurada, Aylana asintió. James sonrió encantado. La cogió de la mano y, sin apartar los ojos de ella, se la llevó a los labios antes de añadir:

—Confíe en mí, señorita Shaye. Soy un experto en las claves del placer.

---

[1] *N. de la T.* En inglés, *Book of Common Prayer*.

[2] *N. de la A.* Cruel campaña con el fin de desplazar (y en ocasiones, eliminar) a las poblaciones de las *Highlands* (los clanes tradicionales de las Tierras Altas). Fue responsable de la emigración masiva de escoceses a América en el siglo XVIII.

[3] *N. de la T.* Según el DLE, «enfermedad causada por la acumulación de ácido úrico en las articulaciones de las extremidades, en las que produce hinchazón muy dolorosa».

[4] *N. de la T.* Según el DLE, «mueble con tablero para escribir y cajones para guardar papeles».

[5] *N. de la T.* Un estilo de decoración disimétrica que se inspira en el arte chino y que predominaba en el reinado de Luis XV en disciplinas como el moblaje.

[6] *N. de la T.* Cochero.

[7] *N. de la T.* Especie de pastel elaborado con harina y levadura, típico del Reino Unido y de otros países de la Mancomunidad de Naciones (*Commonwealth*).

[8] *N. de la A.* Traducción no oficial de *Letters to a Young Lady*, un manual de conducta de carácter didáctico de Jane West (1758-1852), una autora conservadora inglesa que se oponía a las ideas de Mary Wollstonecraft.

VI

Hubo un tiempo en que Amelia Augusta Frederica Charlotte Elisabeth Hemsworth, o «lady Hemsworth» para abreviar, condesa viuda de Ashford y abuela paterna de Alexander, no se codeaba con la plebe ni con la escoria de la aristocracia (es decir, con libertinos, juerguistas y otros depravados de distinta naturaleza y estofa), aunque su propio nieto tenía una desafortunada tendencia, desde sus años mozos, a tratar con unos y otros por igual.

No obstante, desde que ese lázaro de Stenson se había casado con lady Amanda Keat, nada menos que la antigua marquesa de Ettlesham —una mujer exquisita que siempre le había parecido encantadora—; desde que el hermano de esta última, conde de Sussex, había tomado por esposa a la hermana menor del tal Stenson; y desde que dos de las hermanas de ese depravado de Eastlake, Louisa y Harriet, hermanas menores del duque de Somerset, se habían casado con los nietos de dos de sus mejores amigos… En fin, lady Hemsworth se había… —¿cómo decirlo?— ablandado un poco.

Desde luego, no es que hubiera admitido jamás haber cambiado de opinión sobre los más leales y viciosos compañeros de juergas de los años locos de Alexander. Para el caso, tampoco había dejado de sentir que su deber era odiarlos, aunque solo fuera por principios. Sin embargo, dados los últimos acontecimientos, la viuda había comprendido que, aunque los despreciase, nada le impedía hacerlo de forma cordial, mientras tomaban una taza de té. Es más, en el derecho consuetudinario del país, nada le impedía jugar una partida ocasional de *whist* con sus peores enemigos un miércoles por la tarde. Al menos, ese debía de ser su razonamiento, ya que durante los últimos tres meses, la condesa viuda de Ashford —cuya fecha de nacimiento hacía tiempo que había desaparecido de los anales[1]— honraba a menudo a James, Jay y Alexander con su ilustre presencia a mitad de semana con el único fin de jugar a las cartas.

A menos que…

A menos que el afán de lucro rigiese su conducta. Porque había que decir que, desde que aquella mujer había irrumpido en sus partidas de cartas semanales, la legendaria suerte de Jay —que le había permitido, gracias a su talento para el farol, entre otras eminentes cualidades, ascender en la escala empresarial con notable presteza— parecía abandonarle con regularidad. Con todo, el advenedizo parecía extraordinariamente sereno: se apoyaba con indolencia en el respaldo de su silla como el estibador que siempre había sido. Sus brillantes y profundos ojos marrones se fijaban en las cartas sobre el tapete central, en las manos de los otros jugadores, las apuestas, las bazas, la forma en que movían los dedos… en todo.

Por su parte, James, que jugaba sin un ápice de seriedad y solo apostaba cifras astronómicas por la ilusión de hacer algo con su dinero, siempre le había admirado. Jay era un genio. Sin embargo, había que reconocer que el tacto, el encanto y la sutileza nunca habían estado entre sus principales cualidades. Nada le gustaba más que escandalizar a la flor y la nata. En el pasado, no había tenido igual cuando se trataba de provocar un escándalo en una reunión social que, a su juicio, era demasiado convencional. ¿Que se moría de aburrimiento? Invitaba a Jay. Con él, no había lugar para el tedio. Pero desde que se había casado con Amanda, quien se había obcecado con valentía en corregir —a fondo— los vicios de su carácter, el advenedizo se había vuelto bastante correcto (muy a su pesar y de una forma casi admirable).

En cualquier caso, Jay era brillante, lo suficiente como para haber nacido en una cuneta, en

las afueras del East End, y haber acabado treinta años más tarde a la cabeza de un auténtico imperio industrial. No hacía falta ser adivino para concluir que era inteligente, excepcional. Que tenía labia… ¡y agallas! Aquel hombre había llegado a lo más alto de la sociedad por sus propios medios, a fuerza de sudor, sangre y perspicacia (en otras palabras: trabajo duro, peleas callejeras y partidas de cartas en los sótanos de los garitos de juego), así que solo podía ser alguien extraordinario.

James le adoraba. No de la forma en que adoraba a Alexander, claro está: Jay y él eran demasiado diferentes, mientras que el conde había sido su amigo durante la mayor parte de su vida y compartía más de un rasgo de carácter con él. Pero James adoraba a Jay por lo que era: un opuesto deliciosamente equilibrado; un conversador nato que hablaba alto y claro, llamaba a las cosas por su nombre y se desternillaba sin contención, con esa risa suya, franca, sonora e irresistible. Era un compañero leal, sagaz y racional que siempre decía la verdad; un hombre de valía y, en definitiva, un trabajador incansable. Jay tenía los pies en la tierra, se desvivía, era consciente del mundo real y, ante todo, digno de respeto. También era un boxeador excepcional, no lo olvidemos. Bueno, la palabra «boxeador»… Tal vez hubiera sido más exacto referirse a Jay Stenson como un mercenario. O un matarife. O quizá un…

James solo le había visto sacar sus golpes maestros en una ocasión. Con una sola vez había bastado para defender el honor de lady Amanda. Había sido aterrador: un verdadero baño de sangre. El pobre tipo al que se había enfrentado ni siquiera había tenido tiempo de propinarle un derechazo.

De hecho, mientras que James y Alexander boxeaban, Jay luchaba. Era algo muy distinto. A eso se reducía todo, en realidad. La diferencia era que Jay se había vuelto loco cuando aquel cretino en forma de marqués había ofendido a Amanda, lo que le había llevado a reconstruirle el semblante a puñetazos. James, en cambio, nunca perdía los estribos y se ufanaba de no descuidar jamás esa templanza aristocrática que le habían enseñado a tener. Lo cual, dicho sea de paso, no era muy difícil: no era en absoluto posesivo y estaba encantado de compartir. Tanto era así que nunca encontraba el menor motivo para enfadarse. Y menos aún por una mujer.

La partida continuaba: la abuela de Alexander cortó con picas, reanudó la mano y volvió a jugar con una carta de diamantes. En el último reparto, la viuda ganó la mano de nuevo. Fin del juego. La sonrisa rapaz de su rostro hizo que se le arrugaran aún más las arrugas (si aquello era posible).

—Caballeros, ha sido un placer despojarles de mil guineas a cada uno —dijo satisfecha, recogiendo sus bazas.

En la mesa, nada más que un silencio de congoja. Luego, la profunda voz de Jay se alzó, solitaria, en un tono suave, casi silente:

—Lady Hemsworth, ¿sabe lo que les pasa a los embaucadores en el East End?

La viuda se enderezó y giró bruscamente la cabeza, como una gallina dispuesta a salir huyendo.

—¿Qué insinúa?

Jay se separó del respaldo de su asiento y apoyó ambos codos en el tapete donde estaban las cartas.

—Insinúo que ha hecho trampas, lady Hemsworth.

—¿Yo? —dijo ella a punto de atragantarse.

Su voz sonaba tan ofendida que daba risa.

—Sí, usted.

—No se deje llevar, Stenson.

—Al contrario, nunca me he guiado más por la evidencia ni por mi propio interés.

—¡Me indigna con sus insinuaciones!

—Ya lo veo… Déjenos ver el dos de picas.

—¿Disculpe?

—El dos de picas que tiene en su regazo. Póngalo sobre la mesa.

Alexander y James se esforzaron por reprimir sus risitas picaronas mientras contemplaban la escena. Lady Hemsworth fulminó con la mirada a su nieto —*¿A qué esperaba para ponerse de su parte?*— y luego, sola en su lucha contra los presentes —o contra Jay Stenson, lo que era más que suficiente—, finalmente obedeció.

—Oh, debe de habérseme caído de la mano cuando…

—Es probable, sí… —intervino James con jovialidad para salvar el honor de la dama.

—Eastlake, eres un cobarde.

—No, Stenson. Soy un caballero. Pero no te preocupes, aquí nadie espera que te comportes de una forma muy dispar.

Alexander se mordió la lengua. Tenía lágrimas en los ojos de la risa.

—Gracias, señor Eastlake… —dijo la viuda con dignidad—. Bueno, caballeros, ya que todos están de acuerdo, recaudaré mis ganancias y…

—Me temo que no, lady Hemsworth.

—¡Oh! —Ninguna actriz de Drury Lane[2] había representado tan bien la indignación en escena—. Stenson, no es usted más que un… que un…

—Pensaba que se había reconciliado con los plebeyos, señora condesa…

—El pueblo jamás se ganará mi simpatía mientras usted sea su emisario, Stenson. Puede estar seguro.

—Lo tendré en cuenta.

—Magnífico, pues. En ese caso, Alexander… —La viuda cogió su bastón y se levantó. Los tres hombres la siguieron—, espero que no te importe que me vaya. En este lugar se respira el vicio —Miró a Jay, que sonrió con descaro— y la bronquitis me tiene un tanto indispuesta.

—Cuídese, abuela.

Eastlake, mortificado, se llevó puño el puño a la boca para aclararse la garganta.

—No hace falta que me acompañes a casa, conozco el camino. ¡Wiggins! ¡Mis guantes, mi sombrero!

La viuda golpeó el suelo con el bastón y luego desapareció con el estrépito de un jarrón que se rompe en mil pedazos. En cuanto se cerró la puerta, Alexander se dejó caer pesadamente en la silla.

—¡Por el amor de Dios, Stenson! ¡A eso sí que se le llama jugar con fuego!

—Tu abuela se lo merecía.

—Nunca dejas de sorprenderme. ¿*Whisky*, caballeros?

—Con mucho gusto, Ashford. Gracias —respondió James.

—Que sea ginebra para mí.

—Me desesperas, Stenson… —añadió Alexander.

—Por cierto, Stenson, tengo un pequeño favor que pedirle a tu encantadora esposa.

Sorprendido, el advenedizo se volvió hacia James.

—¿A Amanda, dices?

—¿Acaso tienes otra y nos la has estado ocultando?

—¡Por supuesto que no! Con una me basta. ¡Su disciplina me extenúa! —En realidad, era al revés: incluso para una dama consumada, debía suponer un gran esfuerzo instruir a una causa

perdida como Jay Stenson—. Bien, ¿de qué se trata, Eastlake?

—Verás, estoy ayudando a una joven criatura en lo que llamaríamos, em… un asunto delicado.

—Por la forma en que hablas de ello, con ese dulce tono de voz que te caracteriza, deduzco que esa «joven criatura» en cuestión es una mujer. Y que te atrae, además, ¿me equivoco?

La perspicacia de Jay nunca dejaría de sorprenderle. Siempre había tenido talento para ver a través de los demás.

—En efecto, Stenson. Es una joven hermosísima que da la casualidad (y esto jamás lo habrías adivinado) de que viene de tu mundo, viejo amigo.

—¿Una plebeya?

—En carne y hueso.

—Interesante, Eastlake… Continúa.

—Me ha de acompañar a un baile en Brighton Pavilion dentro de tres semanas, donde conocerá al rey.

Alexander, que ya le tendía el vaso de *scotch*, pausó su ademán y enarcó una ceja incrédulo. Jay, por su parte, expresó su asombro con un silbido estridente. He ahí toda la elegancia que podía reunir.

—¿Conocer al rey? ¿Una plebeya? ¿Con qué fin, Eastlake?

—Es un asunto bastante complicado. En pocas palabras, para pedirle el indulto de su hermano.

—¡Ni más ni menos…!

—¿Y qué ha hecho ese pobre hombre?

—Destruir máquinas y telares en una fábrica.

—¿Un ludita?

—Al menos lo fue ese día.

—¿Condenado a la horca?

—Efectivamente.

—¡Diantres!

—Sí, es un hecho.

—De acuerdo. Es decir, que tu pequeña protegida ha sido invitada a conocer a Su Majestad en persona…

—Así es.

—Y la mera idea de que eso ocurra la acongoja.

—Sí, exacto.

—Y te gustaría que Amanda la tranquilizara…

—¿Cómo lo has adivinado?

—No ha sido muy complicado. Te recuerdo que ella misma instruyó a mi hermana en las costumbres de la alta sociedad.

—Precisamente por eso he pensado en ella. Así podría explicarle —si es necesario, claro, ya que aún no se lo he comentado— en qué consiste un baile de esa magnitud. Y de esa naturaleza. La señorita Shaye conoce bien los códigos de la aristocracia provinciana. Al fin y al cabo, ha recibido una educación muy esmerada y ha servido como dama de compañía, pero… me temo que le asustan un poco los guateques reales.

—¡No me extraña, amigo mío!

—Por eso me he tomado la libertad de anticiparme. Por supuesto, ella no me lo ha pedido, pero pensé que si se lo sugería… En fin, saber qué esperar le aportará cierta tranquilidad. Así

podrá preguntar lo necesario a una dama digna de ese título y prepararse mejor.

—Por supuesto. Hablaré con Amanda. Seguro que estará encantada de ayudar.

—Gracias, Stenson.

Alexander agitó su *whisky* en el vaso y luego dio un sorbo.

—¿Así que ahora tienes tiempo para hacer favores a completos desconocidos entre orgía y orgía en Carlton House?

—Hace poco decidí dejar de tratar con necios, lo que ha reducido mis obligaciones sociales a la mitad. Tengo tiempo de sobra.

—Me alegro de que sigas queriendo codearte con nosotros.

—Eso me recuerda que… Alexander, amigo mío, la señorita Shaye no es exactamente lo que uno llamaría «una completa desconocida». Yo la he visto antes y tú, también.

—¿Yo?

—Sí, justo. ¿Recuerdas a esa preciosa pelirroja detrás del redil en Somerset?

—No, no la recuerdo.

—¡Claro que sí, haz memoria! Septiembre de 1815.

—Eastlake, ¿cómo se supone que voy a recordar…?

—¡Porque fuiste tú quien la vio en primer lugar! Una criatura deslumbrante: ojos grises, cabello rojizo, delgada, encantadora… Tarareaba y recogía castañas…

Los ojos de Alexander se colmaron de un brillo repentino.

—¡Ah, sí! Aquella a la que besaste…

—La misma.

—Te acercaste a ella, la estrechaste entre tus brazos y entonces… —Alexander se echó a reír —. ¡Cielos, te dio una paliza sin precedentes! Mi pobre amigo…

James ensanchó la sonrisa.

—Sí, definitivamente hablamos de la misma mujer.

Jay sacudió la cabeza, consternado.

—Caballeros, me repugnáis.

—Eh, ¡yo no hice nada! —gritó Alexander—. Fue Eastlake …

—En mi defensa, había bebido un poco.

—Yo también había bebido, Eastlake —replicó Alexander, moviendo el dedo índice a un lado y al otro a la altura de la nariz—, y no por eso…

—De todos modos —interrumpió James—, ese altercado no le impidió venir hasta Eastlake Hall para pedirme ayuda. Ayuda que, por cierto, estoy encantado de ofrecerle.

Jay pensó que la reacción de la joven había sido bastante imprudente. James era un seductor incorregible. Podría derretir un iceberg si se lo propusiera. De hecho, la mayoría de las veces ni siquiera tenía que hacer el más mínimo esfuerzo: las damas caían en sus brazos a montones, solo tenía que mover un dedo. Si decidía seducirla, la señorita Shaye no tendría ninguna posibilidad: la haría picadillo.

¿Cómo podía alguien ser tan irreflexivo?

Jay volvió a sacudir la cabeza y bebió otro trago de ginebra antes de añadir:

—Nunca entenderé a las mujeres.

James sonrió y se llevó el *whisky* a los labios.

—Yo tampoco —Dio un segundo sorbo—, pero eso hace que me gusten más.

***

La primera semana pasó a una velocidad vertiginosa. Aylana había aceptado a regañadientes

los planes que James le había propuesto. Era muy consciente de que nada podía ser peor para ella (ni para John) que pasar tres semanas sumida en el tormento de las dudas, muriéndose de angustia bajo el techo que le ofrecía la señora Crofts y viendo pasar cada segundo en su reloj de esmalte agrietado.

Sobre todo porque, para su gran desesperación, el celador de Newgate se había negado a permitirle más visitas durante un mes. Era lo que decían las normas, el sino de los condenados a muerte: una visita al mes, no más. Tenía que admitir que, sola como estaba en la habitación de su modesta pensión, si hubiera decidido esperar a que pasaran los casi dos millones de segundos que la separaban del baile (o esos eran sus cálculos), probablemente habría perdido la cabeza.

En ese sentido, estaba tanto más agradecida a James por haberse dedicado a distraerla y, sobre todo, por distraerla tan bien. No había mentido al decirle que era un experto en las claves del placer. Para el caso, no es que nadie lo dudara. Le había propuesto infinidad de actividades, cada una más sensacional —y novedosa— que la anterior. En consecuencia, el único momento en que ella se dejaba consumir por la ansiedad era por la noche, cosa que hacía con una asiduidad agotadora.

Como le había prometido, James la había llevado el primer día a la National Gallery. Más tarde, a la exposición de verano de la influyente *Royal Academy of Arts*, en el Strand. Después, a todo tipo de galerías de arte en Cork Street. Luego, a los anticuarios. Incluso había planeado llevarla a una subasta unos días más tarde, en *Christie's*, solo para que se deleitara con lo que descubriría allí.

Aylana jamás había visto tantas obras de arte en tan poco tiempo. De hecho, con la excepción de los grabados de sus libros, las reproducciones de la librería y las modestas colecciones del barón Hardwicke, la joven jamás había visto una obra de arte como tal. Dejando a un lado, por supuesto, las maravillas de Somerset Park, pero no estaba segura de poder contarlas: solo había podido admirarlas una vez, y de lejos, y además, solo había entrado en tres o cuatro de las setenta (o más) habitaciones del castillo; lo cual, admitámoslo, no era mucho.

James había querido invitarla a cenar dos veces. Debía de tener un reservado permanente en *Romano's*, *Donnegan's* y el *Savoy*, y ella se moría de ganas de ir, claro está, pero no disponía de ningún artículo de tocador que hiciera justicia a la ocasión (ni en lo más mínimo). Hacía tiempo que había vendido los que lady Kathleen le había regalado, porque durante los tiempos difíciles en que su hermano apenas tenía trabajo, ambos habían buscado la forma de llegar a fin de mes. Además, se negaba en rotundo a que James le regalara dos o tres (o diez), pese a que se lo había sugerido con una espontaneidad halagadora. En su opinión, aquel gesto decía más de la inmensa fortuna de aquel hombre y de su evidente tendencia al derroche que de su generosidad. Desde luego, Aylana se había sentido conmovida, muy conmovida, pero nunca habría aceptado un regalo así. En primer lugar, porque la habría hecho parecer una de esas mujeres dispuestas a aceptar favores de caballeros por poco ahínco que estos le pusieran al asunto (y a qué precio… la verdad, prefería no pensarlo). Y en segundo lugar, porque temía que cenar cara a cara con un hombre como James Eastlake le hiciera perder definitivamente la cordura. Al fin y al cabo, la posibilidad de que un caballero como él, de tan alto estatus, la acompañase a la sombrerería, hacía que se sintiera como la amante de un semidiós; lo cual estaba totalmente fuera de lugar. Porque mientras el semidiós en cuestión, como buen aristócrata, no ocultaba su atracción por ella —lo que, huelga decirlo, dificultaba enormemente su tarea—, Aylana, por su parte, era muy consciente de su propia situación y del abismo que la separaba de un hombre tan inaccesible como el hermano de un duque, en cuya familia corría sangre real desde hacía al menos seis siglos, como para permitirse soñar despierta.

James, por supuesto, fiel a su estilo, había flirteado con ella (con una tenacidad fiera) desde el cuarto día. Debió de creer conveniente dejarla en paz durante los tres primeros para que se relajara un poco y olvidara, aunque solo fuera por un instante y de forma intermitente, sus tormentos familiares. En eso último, dicho sea de paso, no estaba del todo equivocado, aunque podría haber sido lo bastante generoso como para darle más margen. Pero al verle galantear con tanta naturalidad, una no podía evitar preguntarse si era realmente sincero… o si solo se trataba de un hábito. Un reflejo. Una forma de ser. O un juego para distraerse. Un juego que funcionaba de manera prodigiosa, cierto.

James tenía un encanto, una sonrisa y una mirada que anulaban cualquier intento de oponer resistencia. Un perfume sutil, en perfecta armonía con su aroma natural, que flotaba suavemente a su alrededor y que, como si de un elixir insidioso se tratase, generaba una dependencia gradual en el sexo opuesto. Y eso, sumado a sus atenciones exquisitas, espontáneas y envolventes… Era inevitable que una acabase temiendo no poder prescindir de ellas. James y su zancada ágil, distendida, esbelta; y esa forma aristocrática de caminar, como si el mundo le perteneciera. Un cuerpo esbelto y musculoso, noblemente masculino y refinado en la más absoluta virilidad, que destilaba confianza, energía, vigor y clase a cada paso. Una voz suave y aduladora, un tono elegante, matices cargados de promesas. Su cabello abundante, rebelde e indisciplinado, que no acababa de peinar del todo (una decisión consciente, seguro), que le confería el aspecto de un poeta romántico en lo alto de un precipicio, frente a la furiosa tempestad… o, siendo más realistas, el de un juerguista de primera que acababa de despegarse de los brazos de su amante, lo que era muy probable que ocurriera todas las mañanas…

Y luego… esa forma de cortejar, de tratar a las mujeres como si fueran la mismísima reina de Saba, la dueña de su corazón, de su vida, de su alma. La única e irrepetible. O la forma en que las miraba, como si solo le pertenecieran a él. Para el caso, les hablaba como si ya estuvieran en su cama.

Era muy sencillo: entre sus miradas insolentes, sus traviesos ojos verdes y sus innumerables sonrisas —a veces tildadas de falsa inocencia, otras deliberadamente cautivadoras—, Aylana tenía la insoportable (y constante) sensación de que la arropaba con todo su ser… cuando ni siquiera la estaba tocando.

Todo en él gritaba: «¡Conmigo pasará la noche de amor más hermosa que haya imaginado jamás!». Y todo, absolutamente todo en ella gritaba: «¡Adelante!».

Pero no sería el caso. No. De ninguna manera. ¡Nunca!

En apariencia, James Eastlake era el perfecto caballero. Vestía ropa carísima con toda la naturalidad del mundo. La invitaba a un helado, o a un *scone*[3] en *Hardiman*. Era un conversador fascinante y nunca le faltaban ideas para entretenerla. Era galante, reflexivo, parsimonioso y siempre estaba sereno. Nunca se enfadaba, jamás se impacientaba y en todo momento mostraba un desinterés rematado por una sonrisa que, fuese fingida o veraz, parecía formar parte de su personalidad en la esfera pública.

Pero era un hombre licencioso y Aylana no debía olvidarlo. Peor aún: asumía abiertamente ser un libertino, un claro donjuán sin deseo de redimirse ni mayor pasión que deleitarse con escapaditas amorosas y acumular placeres. Un hombre de moral vituperable que llevaba desde hacía años una vida disoluta y sin disimulo, cuyas locuras diarias eran la comidilla de cualquier revista de Yorkshire, por pequeña que fuera. Si el conde Alexander Hemsworth, su fiel testigo (y compinche), no se las hubiera arreglado para resolver ciertos malentendidos de forma amistosa siempre que se requería, más de un hombre habría muerto a manos de Eastlake en una pradera, en un claro del bosque, en lo alto de Primrose Hill o en las profundidades de Hampstead Heath[4].

En definitiva, James era —y seguiría siendo— un seductor. Puede que incluso uno muy peligroso. Un seductor… y un aristócrata. Dos buenas razones, por tanto, para rechazar sus persuasivos intentos de coqueteo.

Porque en su mundo, el real, el mundo que ella conocía, la mezcla de clases siempre acababa mal. Eran incontables las jóvenes que, seducidas por algún marqués, barón o vizconde, acababan encinta, abandonadas, solas y sumidas en la vergüenza. Para los hombres de ese estatus, eran meros juguetes. Aquellas que sucumbían se dejaban cegar por el amor, por el deseo, por la promesa de una vida mejor. Ingenuas, ambiciosas, enamoradas, poco importaba: siempre acababan solas, en especial cuando ellos vislumbraban otra conquista en el horizonte.

En resumen, el cóctel de clases no funcionaba: aristócratas y plebeyos no eran compatibles. Al menos, no por mucho tiempo. Los de sangre azul se lo pasaban bien con ellas y luego se desentendían, como si fueran un accesorio que desechar a voluntad. En el mejor de los casos, recibían una compensación económica. En el peor, acababan en la calle, rechazadas por su familia, su pueblo y la sociedad en su conjunto. La única constante entre todas ellas era que su protector les daba sistemáticamente la espalda.

La realidad era cruda y escandalosa. No había salida: cualquier relación de esa índole estaba abocada al fracaso. No se podía confiar en los nobles, especialmente en aquellos que, como James, se regían por una moralidad considerablemente limitada. Y menos cuando la única perspectiva que prometía una relación así era, en el mejor de los casos, convertirse en un trofeo de caza.

Ella nunca sería su amada, solo una conquista más entre cientos de otras, a cada cual más insignificante. Otra plebeya de la que habría abusado. Así que no: no habría restaurantes ni cenas a la luz de las velas. Tampoco aceptaría regalos, artículos de tocador, ni mucho menos, joyas. En su lugar, decidió disfrutar únicamente de una compañía agradable y encantadora y de ciertas actividades fascinantes. Juntos contemplaron maravillas: cuadros de Constable, Turner, Sandby, Lambert… También de los grandes maestros italianos, franceses y holandeses. Y más tarde, las obras maestras clásicas, que la dejaron sin aliento. Piezas únicas, antigüedades, tesoros.

Incluso había dicho que sí a un pícnic en Hyde Park. Después de que Aylana rechazara no una, sino dos veces su propuesta de ir a cenar, James había cambiado de estrategia. Aquella mañana —o mejor dicho, aquella tarde, porque como su hermana había señalado (y con razón), no era muy madrugador—, había pasado a recogerla, como de costumbre. Esta vez, sin embargo, había dos cestas de mimbre cargadas de vituallas en la parte trasera del faetón.

Después de visitar otra galería de artistas —esta vez, de un acuarelista del que Aylana dudaba cansarse jamás—, James había ordenado al cochero que los llevara a Hyde Park.

Una vez allí, la ayudó a bajar, cargó él mismo con las cestas y ambos subieron por uno de los largos caminos arbolados hasta encontrar un lugar tranquilo. James extendió un mantel —un gran mantel blanco con un borde de encaje— y descubrió lo que la cocinera de Eastlake Hall, a la que tenía la costumbre pedir sin parar, había preparado para ellos: pierna de cordero, pollo asado, lonchas de rosbif, una añada espléndida de Burdeos, huevos cocidos, una ensalada, espárragos con salsa muselina[5], fruta fresca y una tarta de manzana entera con un extra de canela: la receta era secreta. Ah, y había también un pudin flambeado y un…

Aylana pensó que, sin duda, James era el niño mimado del servicio de Eastlake Hall. Jovial, la joven no esperó más para sentarse. Después de todo, el pícnic era una buena idea: comerían sobre la hierba, su sencillo vestido no resultaría escandaloso y sería menos intimidante que cenar en *Claridge's*. O en el *Savoy*. O en cualquier otro restaurante caro. Además, hacía muy buen día.

Con sus decenas de hectáreas (a las que había que añadir las de los cercanos jardines de

Kensington, no menos extensos) y su relieve moderadamente ondulado, Hyde Park era un oasis de naturaleza en pleno centro de la capital. O en todo caso, en aquella parte en que resultaba útil. Era el lugar donde uno podía permitirse el lujo de estar ocioso, donde uno tenía tiempo para disfrutar del verdor sin alejarse de Mayfair, Marylebone y St James's. A su alrededor, lógicamente, estaban todos los demás parques: Green Park, St James's Park y el flamante Regent's Park, aún en construcción.

Los pájaros piaban. Las ardillas armaban alboroto. La madreselva aromatizaba el ambiente. Algunos árboles frutales se inclinaban bajo el peso de las cerezas maduras. Por las sendas de tierra transitaban caballeros con levita, damas con sombrilla y lujosos carruajes que aprovechaban las horas de sol.

Eran las cuatro de la tarde, la hora en que a la alta sociedad acostumbraba a desfilar por Hyde Park. La hora en que los pomposos dandis se pavoneaban con sus botas meticulosamente pulidas y sus bastones relucientes. La hora en que hordas de aristócratas iban al Serpentine a disfrutar de un paseo en barca, se sentaban en el césped y admiraban los cisnes de Su Graciosa Majestad[6].

Aylana se sentía feliz en aquella cuna de verdor. Aunque estaba perfectamente cuidado, el parque, con sus frondosas arboledas, su alfombra de margaritas y sus pequeños estanques, le recordaba a la campiña. A cierta distancia, un gentilhombre de edad avanzada leía poemas de Cowper. Más allá, unas jóvenes debidamente acompañadas se disputaban los bancos a la sombra. El aire estaba impregnado del aroma de una tarde de estío: hierba fresca, hortensias…

—Parece pensativa…

James estaba tumbado en la hierba con una pose distendida: se apoyaba en un brazo y tenía una pierna flexionada. La miraba sonriente.

—Me declaro culpable. Admito que estaba soñando despierta.

—Me he percatado.

La joven no pudo evitar sonrojarse, como cada vez que le insistía en que no podía apartar los ojos de ella.

—Perdóneme, estaba en otra parte —respondió ella con dulzura, fingiendo no haber entendido su insinuación.

—Está usted perdonada. Me gusta su perfil —Aylana se sonrojó con intensidad y él sonrió aún más antes de añadir:— Es exquisito. Simétrico. Tiene una nariz pequeña, delicada, finamente cincelada. Su frente es prominente, y su barbilla, hermosa. Sus labios son rosados y deliciosamente carnosos —Aylana se sonrojó de nuevo—. Y sus pestañas, increíblemente largas. Pero estoy seguro de que ya ha escuchado todo eso antes.

—Eh, yo no… La verdad es que no…

James, incrédulo, enarcó una ceja: un gesto terriblemente aristocrático.

—Aylana, si osa afirmar que nunca la han cortejado, ni siquiera cuando era dama de compañía (asumo que en el internado no abundan los hombres), me veré obligado a llamarla mentirosa. Es una advertencia.

—No, verá… —Aylana estaba furiosa, furiosa consigo misma. Por regla general, no era tan torpe. Solía enorgullecerse de tener cierto talento para la fisga, pero tenía que admitir que con James Eastlake perdía el control de sus actos al menos treinta veces al día, coincidiendo con cada vez que este le dirigía la palabra. Era exasperante—. Digamos que… bueno, sí, una o dos veces…

—Diez o veinte, querrá decir… —Al ver que ella permanecía silencio (por modestia o confusión, James no sabría decirlo), continuó sin dudarlo—. Aún me sorprende que no esté casada. Una joven tan bella como usted no debería tener problemas para encontrar un protector.

Alguien que le permita ascender en la sociedad, incluso. Estoy seguro de que lady Kathleen se ofreció a proporcionarle una dote. ¿Sabe? Con ella podría haber encontrado un buen partido en Somerset sin ninguna dificultad. Y ahorrarse la molestia de tener que trabajar, claro está…

—Me encanta mi trabajo, señor Eastlake. Sobre todo el dibujo. Disfruto de la enseñanza, por supuesto, pero lo que más me agrada es pintar y dibujar. Aunque me hubiera casado, nunca habría dejado de pintar. O de cantar. O de dibujar.

—Y habría hecho muy feliz a su marido. ¿Por qué se guarda estos talentos para usted?

—Oh, no los guardo para mí…

—No se hace una idea de cuántos hombres lamentan la falta de talento artístico de sus esposas. Es como si fuera imposible encontrar una chica de buena familia capaz de deleitar con su voz, tocar el arpa armoniosamente y amenizar las lúgubres tardes de invierno. Fíjese en mis hermanas: nunca he podido conseguir ni el más mínimo indicio de algo similar por su parte. Y Lydie ya ha roto tres Ruggieris[7]. Créame, usted habría causado sensación en Londres… —Aylana dudaba de sus palabras. Fingió haber pasado por alto la pregunta de James, apartó la tela que cubría los melocotones (los primeros de la temporada) y cogió uno bien jugoso—. ¿Y bien?

—¿Sí, señor Eastlake…?

—Ya le he dicho que me llame James.

—No sería conveniente.

—No soy un hombre que suela regirse por las conveniencias.

—Ya me lo imagino…

Esa última contestación se le escapó sin más. Sorprendida por su propia audacia, Aylana se llevó una mano a los labios para contener una carcajada. Había pasado suficiente tiempo con James en la última semana como para saber que aquel hombre disfrutaba del humor agudo… y sabía reírse de sí mismo. Y que nunca parecía apreciarla tanto como cuando ciertas réplicas sagaces —bastante abundantes en ella— lograban, Dios sabe cómo, salir de su boca, sin filtros, en su presencia. Aylana no entendía qué clase de milagro permitía que se expresase con tal franqueza. Quizá influyese que hubieran pasado suficiente tiempo hablando de arte desde la igualdad como para olvidarse incluso de su diferencia de estatus. O que él la hubiera cortejado de una manera tan evidente. Así, de repente, se sentía extremadamente interesante. Muy femenina. Casi todopoderosa. O puede que el vino se le hubiera subido a la cabeza: el *grand cru* de Pauillac estaba divino.

—Me maravilla, Aylana —tanteó James mientras cogía a su vez un melocotón—. Cuénteme qué se imagina exactamente…

—Dudo que los rumores que circulan sobre usted le maravillen, señor.

—En realidad, me interesa todo lo que se diga de mí.

—Estoy convencida de que no es cierto.

—Y tiene razón. Pero sí que me interesa lo que haya oído usted.

Aylana volvió a sonrojarse y mordió el melocotón que tenía en la mano.

¡Dios, qué incordio!

—Ni más ni menos que la mitad del reino ha oído hablar de usted, señor.

—¿Y qué han oído de mí exactamente?

La joven se encogió de hombros.

—Sencillamente que su fortuna es tan grande como terrible su reputación.

Él asintió con indiferencia y mordió su melocotón.

—Lo ha resumido muy bien.

—Que se esfuerza por pecar con una constancia admirable…

—Me halaga…

—No lo digo yo, lo dice la prensa. Al parecer, su diccionario personal no incluye las palabras «moderación» o «decencia»…

—Reconozco la pluma de la redactora de *Mayfair Chronicles*…

—También he leído que, desde que se tiene uso de razón, no ha habido en Inglaterra un libertino de su calaña, una afirmación que estoy segura no intentará negar. Todo el mundo sabe que a los hombres, por regla general, les encanta ser vistos como individuos de moral cuestionable.

James se rio.

—Parece que es consciente de la debilidad de los hombres por una joven inocente.

—¿Una joven… inocente?

—¿No es eso lo que es? ¿O por ventura ya se ha convertido en una mujer?

Aylana se sonrojó hasta las orejas y apartó la mirada. Nunca podría competir con él: James Eastlake no tenía ningún pudor ni límites. No era trigo limpio. Encantado con el efecto de sus palabras, este dio otro mordisco a su melocotón.

—Siento decepcionarla, querida, pero no estoy de acuerdo con esa última afirmación —añadió finalmente, tras un breve silencio.

Aylana, que aún no se había recuperado de su inmodesta referencia a su virginidad, no le entendió a la primera.

—¿Cómo dice?

—Su última observación, aquella en la que me coronaba como el mayor libertino de toda Inglaterra. Es totalmente falsa.

—Oh…

Pura elocuencia.

Claramente, Aylana estaba inspirada aquel día. Se habría abofeteado a sí misma, sobre todo porque no tenía el menor deseo de descubrir la larga —y, sin duda, escabrosa— lista de criterios que harían que James no fuera el campeón del libertinaje en Inglaterra, sino tan solo el merecedor del segundo puesto. O del tercero. Poco importaba, en realidad.

—Aylana, ¿ha oído hablar alguna vez del caballero de Seingalt[8]? —Ella negó con la cabeza —. ¿Casanova, tal vez? —Tampoco—. ¡Oh, he encontrado una laguna en sus conocimientos! —añadió, antes de arrojar el hueso de la fruta a un arbusto y limpiarse las manos con una servilleta —. En ese caso, querida, permítame que ponga remedio a esa carencia de cultura personal.

—¿Es realmente necesario?

—Absolutamente esencial. Es usted joven, sensible, manipulable. Será mejor que se arme de juicio —Aylana no sabía si sentirse halagada o insultada por aquellos adjetivos, así que se abstuvo de responder—, porque no hay mejor forma de luchar contra el enemigo que conociendo sus tácticas.

—¿Por qué diantres habla de enemigos, señor Eastlake? —preguntó ella, llevándose de nuevo el melocotón a los labios con fingida indiferencia.

—Porque los hombres como Casanova lo son para todas las mujeres jóvenes y guapas como usted, mi querida Aylana. Y eso se extiende también a hombres como… —James se inclinó hacia delante y, antes de que ella pudiera reaccionar, limpió suavemente la gota de jugo que resbalaba por la barbilla de Aylana con la yema del pulgar. Luego se llevó el pulgar a los labios sin dejar de mirarla y ella se olvidó de masticar. Finalmente añadió:— … como yo.

James temía que la joven se desmayara: en tan solo unos segundos, su piel alba había reflejado una amplia paleta de colores, algo bastante preocupante. Aun así, este retomó una pose

despreocupada y, sin dejar de sonreír, comenzó la lección:

—En pocas palabras, Giacomo Girolamo Casanova (o el Caballero de Seingalt, ya que, de hecho, son la misma persona) es a la realidad veneciana lo que don Juan al mito ibérico: el libertino por excelencia… y en toda su complejidad. Este caballero se permitió cometer un gran número de fechorías a lo largo de su brillante carrera: algunas que ni siquiera yo me habría atrevido a contemplar.

—En ese caso, dudo que podamos hablar a la vez de «caballero» y de «brillante carrera», señor Eastlake.

—No se engañe, Aylana. Casanova era un hombre paradójico. Murió hace veinte años, pero un editor alemán acaba de publicar sus memorias en Leipzig. ¡Doce volúmenes! Una epopeya. Parcialmente censurada, claro está.

—¿Entiende el alemán, señor Eastlake?

—Por supuesto. Los Eastlake siempre hemos mantenido estrechos lazos con las familias centroeuropeas. Habrá cuatro o cinco princesas de Sajonia, Prusia y Baviera entre mis antepasados, con lo que difícil sería que no hubiese aprendido alemán.

He ahí un cáustico recordatorio, por si hacía falta, del abismo social que los separaba. Aylana intentó concentrarse en su melocotón.

—¿Y qué sucede con esas memorias?

Por el amor de Dios, ¿por qué preguntaba?

En realidad, la joven no tenía ningún deseo de saber más sobre aquel licencioso caballero, aunque fuera italiano. Era evidente que aquel hombre la llevaba a decir (y hacer) tonterías.

—Son un referente y la prueba de que, comparado con algunos, soy un monaguillo. Porque mientras no se demuestre lo contrario, James Eastlake jamás ha manipulado a nadie para lograr su cometido.

—Siempre que la seducción no se cuente como un acto de manipulación…

—Punto para usted, querida. Y el asunto no acaba ahí: en lo que a mí respecta, nunca he tenido que mentir para acostarme con una mujer.

—¿Y el señor Casanova sí?

—¡Oh! ¡Si usted supiera…! Ese necio mentía descaradamente. Pero eso no es todo —James estiró el dedo para enumerar razones que le dejaran en una posición ventajosa—. A diferencia de nuestro hombre, yo nunca he forzado a una mujer, ni siquiera a una de condición social inferior a la mía.

—¿Excluye los besos de su afirmación?

James se echó a reír.

—¡Es usted despiadada!

—Solo me baso en los hechos.

—De acuerdo. Desmintamos lo que usted —y sus gacetas— han tenido a bien decir al respecto: nunca me he iniciado en los placeres del amor con dos mujeres a la vez. Nunca he secuestrado a una mujer para llevármela a la cama. Nunca me he acostado con una monja, y para el caso, creo que jamás se me ocurriría. Ni con hombres (no creo que haga falta comentarlo). Ni con jovencitas que hubieran cumplido recientemente la mayoría de edad. Y nunca me he prostituido.

—¡Señor Eastlake!

—¡No, no, es cierto, se lo aseguro! En fin, continuemos: nunca he negociado con un hombre para conseguir los favores de su mujer. Y jamás he tenido pensamientos incestuosos, por decirlo suavemente.

—¡Señor Eastlake! ¡Me horroriza con sus palabras!

—Sí, pero no será por mis actos.

—¡De igual modo…!

—Nunca he sido un *voyeur*.

—¿Un *voyeur*?

¿Cómo? ¿No sabía lo que…?

James sonrió.

—No importa. Nunca me he acostado con dos hermanas —Dudó un segundo—. Al menos, no a la vez.

—¡Señor Eastlake!

—Está bien, tranquilícese, será mejor que sigamos. Nunca he sentido la necesidad de escribir sobre mis hazañas. O de compartir mis proezas con el mundo, para el caso. Tampoco he recibido monsergas por mi estado de embriaguez, por la sencilla razón, eso se lo concedo, de que mi linaje me ha honrado con el privilegio de no recibir órdenes jamás. ¡Gracias a Dios! De lo contrario, es más que probable que no hubiera podido usar ese argumento a mi favor. Como verá, soy sincero.

—No sabría decirle si esa es la palabra que yo habría elegido…

—Y, sin embargo, nunca he sido un estafador, un charlatán, un alquimista, un mago o un impostor…

—¿Su héroe veneciano era todo eso?

—¡Y tantas otras cosas…!

—No va a conseguir que le guarde mucha estima.

—¿Lo ve? Comparado con él, soy un santo.

—Dudo que sea un santo comparado con nadie, señor.

—Espere, no he terminado. Tal vez después de esto cambie de opinión.

—No cuente con ello: podría decepcionarse.

James reprimió una sonrisa y volvió a estirar el dedo para seguir enumerando aquellas fechorías que no había cometido:

—Nunca me han desterrado. Nunca he ido a la cárcel y nunca…

—¿Casanova fue a la cárcel?

—En cuatro países, querida. ¿Quién puede superar eso?

—Ya veo. ¿A qué viene todo esto, señor Eastlake?

James sonrió con candidez.

—A que no soy el mayor desvergonzado que ha conocido este país.

—Creía que nuestro hombre era veneciano…

—Sí, pero pasó por Londres.

O, para ser más exactos, por la prisión de Newgate. Sin embargo, James, que se enorgullecía de ser siempre más sutil que Jay, no creyó necesario dar explicaciones. No tenía sentido devolver a la joven sus lóbregos pensamientos.

—¡Pero no era británico! Eso es hacer trampas, señor Eastlake.

—¿Ah, sí?

Ella no pudo evitar reírse.

—Realmente es usted la antítesis de la honestidad, señor.

James fingió rascarse la nuca.

—Voy a tener que trabajar en mis dotes para la argumentación…

—Le animo a que lo haga, sí —La joven volvió a reír alegremente—. ¡No me ha convencido

en absoluto!

—Bien, en todo caso, ese hombre era un genio. Nueve de cada diez veces, conseguía coronarse. Hay que reconocer que solo una mente brillante sería capaz de semejante proeza.

—No sabría decirle, señor… —respondió Aylana con la sonrisa aún dibujada en el rostro.

—Y, según dicen, ¿sabe lo que le contestó a un tipo (no recuerdo quién, lo confieso) que le preguntó: «Señor Giacomo Casanova, ¿prefiere usted a las rubias, a las morenas o a las pelirrojas?»?

Sonriente, Aylana negó con la cabeza: esperaba una respuesta.

—Un simple sí.

La joven volvió a reír. *¡Dios, James era pura chispa*! *¡Era tan divertido estar con él…!* Aylana decidió prestarse al juego y se descubrió provocándole, sin meditar siquiera si era apropiado comportarse así:

—¿Y usted, señor Eastlake? ¿Qué prefiere?

Él se incorporó, apoyó una mano detrás de Aylana, clavó su mirada en la de ella, se enrolló un mechón de su cabello cobrizo en el dedo índice y respondió sin vacilar:

—Las pelirrojas.

Estaba demasiado cerca de ella. Sin aliento, Aylana no pudo evitar mirar sus labios: unos labios tersos, carnosos y sensuales.

Los labios de un pecador.

Después de un par de segundos, la joven tragó saliva y se obligó a apartar la mirada. Sin cambiar de postura, James —que nunca coqueteaba con tanta seriedad como para perder el hilo de la conversación— volvió a la carga:

—Aún no me ha dicho por qué no se ha casado.

Era cierto.

Debía de tener, ¿qué, veintitrés, veinticuatro años? Y era tan bella… Sumamente extraño.

Aliviada de que la conversación hubiera tomado un giro algo menos bochornoso, aunque difícilmente más cómodo, Aylana intentó poner cara de indiferencia, pero James insistió.

—Mis hermanas me han dicho que volvió a hablarles de esa tal Mary Wollstonecraft.

Ella lo miró asombrada.

¿Se lo habían mencionado?

—Em, bueno, sí…

—¿Son sus ideas el motivo por el que se niega a casarse?

Un poco avergonzada por la pregunta —así como por la inquietante cercanía de James—, Aylana gesticuló antes de responder:

—No… no es tan sencillo.

—Cuénteme más.

Ella lo miró, desconcertada.

¿Por qué a un hombre como James Eastlake le interesaría su opinión sobre el himeneo?

—Me fascina, Aylana. Dígamelo… —insistió.

Un poco avergonzada (no sabría explicar por qué con exactitud), Aylana buscó las palabras:

—De verdad, no es nada. Es solo que… —James la escuchaba con interés, respetuoso, y le miraba la boca con una intensidad que habría desarmado a cualquiera. Era inquietante—. Verá, como al casarse una mujer renuncia a su identidad legal y, em, a cualquier forma de autonomía… y jura obediencia y fidelidad a su marido… En fin, yo contaba con tener la oportunidad de… esperar. Quiero decir, de poder casarme con un hombre a quien… a quien estimara plenamente y… que sintiera algo por mí. En fin, alguien por quien sacrificaría con gusto mi… mi… ¿Sabe a

lo que me refiero?

James la miró con mayor intensidad.

—Si la he entendido bien, está esperando a casarse por amor, ¿no es así, Aylana?

Se sintió ridícula.

—No, claro que no —se apresuró a mentir—. Quiero decir…

—¿Quiere decir que sí, tal vez?

—No, es decir, sí… En realidad, me gustaría que fuera un hombre que…

¡Santo cielo!

Estaba convencida de la pertinencia de las reflexiones de Mary Wollstonecraft, ¡pero ahora se sentía incapaz de justificarlas ante un hombre que se interesaba por ellas!

¿Era porque era noble? ¿Porque era apuesto como ningún otro? ¿Porque estaba tan cerca de ella? ¿Porque despertaba en ella una sensación perturbadora, una que ningún hombre le había provocado jamás? ¿Porque la había besado hacía mucho, mucho tiempo en Sherryton?

Es decir, ¡por Dios! No era tan difícil verbalizar que, por mucho que el connubio fuera la única forma que tenía una mujer de asegurar su posición social y su bienestar material —cosa que la filósofa deploraba con todas sus fuerzas—, no se atrevía a entregarse a un matrimonio que fuera puramente mercantil, racional y pragmático; y, desde luego, no osaría sacrificar su propia existencia legal por alguien que no fuera un hombre al que apreciara… y que la apreciara a su vez.

Aylana hizo acopio de su sentido común y respondió:

—Digamos que… aunque soy muy consciente de que el estatus de una mujer casada es infinitamente superior al de una solterona… no quiero casarme por las razones equivocadas.

James enarcó una ceja intrigado.

—¿Y cuáles serían esas razones?

La joven suspiró.

—Bueno… dinero, para empezar.

La intriga se convirtió en sorpresa (una emoción muy similar, por cierto).

—Es usted increíble, Aylana.

—Tal vez… En realidad, Mary Wollstonecraft lo era. Era brillante, ¿sabe? ¡Y tan lúcida…! En sus obras denunciaba que a las mujeres se les impidiera… desarrollarse por otras vías distintas del matrimonio. Que se les prohibiese acceder a tantas profesiones. Que no se les permitiese estudiar (estudios reales, quiero decir, universitarios, como los suyos). Incluso defendía que las mujeres serían más útiles a la sociedad si… si no se limitara deliberadamente su acceso al conocimiento, si no se restringiera su… desarrollo intelectual.

Una sonrisa floreció en los sensuales labios de James.

—¿Su «desarrollo intelectual»?

Ella parecía decepcionada.

—¿Le parece divertido?

La pequeña mueca de despecho de Aylana era sumamente adorable. James sonrió de oreja a oreja.

—Se equivoca, Aylana. Me parece espléndido —Dicho esto, James soltó al fin el mechón de pelo brillante de la joven y pasó a acariciarle la mejilla. Ella se estremeció—. Es usted tan interesante…

—Oh, no, no, no. Esas ideas no son…

Dios mío, ¿iba a besarla?

Aylana entró en pánico. Todos sus sentidos estaban alerta. Quería que lo hiciera, pero no

debía. No, de ninguna forma…

—Así que está esperando a su príncipe azul…

Conmovida hasta la médula, o puede que terriblemente decepcionada, la joven se apartó de repente.

—¡No, claro que no! ¡Oh, señor Eastlake, lo hace a propósito! Quiero decir, ¿se imagina ceder toda su existencia legal a una mujer, sea quien sea? ¿Transferirle a ella todos los derechos sobre su fortuna? ¿Tan solo poder emprender acciones legales a través de ella, con su beneplácito? ¿Ser incapaz de firmar documentos legales porque, a ojos de la ley, simplemente no existe? ¿Sin donaciones, acuerdos, ni escritura de propiedad? ¿Se imagina que su personalidad jurídica esté en suspensión hasta que fallezca su esposa? ¿O casarse con una mujer que, de un día para otro, se canse de usted y lo mande a un manicomio sin mayor dilación? ¿Que lo tilden de histérico? ¿Se imagina tener que renunciar a ser médico, llevar una tienda, administrar una granja o ser abogado, aunque sienta que ha nacido para ello? ¿Creer que el matrimonio es peor que la Bastilla? ¿Ser desterrado por adulterio, aunque su mujer le engañe cada semana sin la menor vergüenza ni castigo? ¿Aceptaría que su vida se limitara, con independencia de su clase, a estar sometido día y noche a los caprichos de su mujer? ¿A no ser más que un accesorio con el que comerciar?

James observó con asombro cómo Aylana se alteraba más y más. Era la primera vez que la veía enfadada y le pareció realmente hermosa. Tal vez incluso más que cuando… *¡Qué brío, qué pasión…!* Estaba decidido: a partir de ahora, iba a intentar sacarla de sus casillas más a menudo.

—¿No le gustaría, entonces, que al menos se le permitiera el privilegio de elegir a su esposa? Si estuviera destinado a estar encerrado de por vida, ¿no agradecería, al menos, poder elegir a su carcelero? ¿A cuántas mujeres se acusa de «simples» y «superficiales», señor Eastlake? ¿O de sensibles hasta el límite de lo absurdo, irracionales hasta el ridículo? ¿Acaso tenemos elección, señor Eastlake? Al tratarnos como juguetes, al negarnos una educación adecuada, al confinarnos a la ignorancia, al reducirnos al sentimentalismo, a las minucias de la apariencia y a las lecturas irrelevantes, ¿qué otra opción nos dejan aparte de la emoción, la frivolidad y la superficialidad? ¡Lea a Mary Wollstonecraft, señor Eastlake! ¡Lea su *Vindicación de los derechos de la mujer*! ¡Lea sus *Reflexiones sobre la educación de las hijas*! ¡Lea *La novela de María,* o *La desgracia de ser mujer*! Y de paso, lea los *Comentarios sobre las leyes de Inglaterra*[9] de William Blackston. ¡Puede que entonces —e insisto, solo entonces— entienda de qué estoy hablando, señor Eastlake!

Sin aliento, Aylana se detuvo bruscamente. El corsé se le hincaba en la piel, tenía calor y todo a su alrededor era confuso. *Dios mío, ¿de verdad acababa de decir todo eso en voz alta?* Miró a James avergonzada. Él la observaba con tenacidad: una fina sonrisa en los labios y los ojos brillantes. Aún turbada, Aylana apartó la mirada y se mordió el labio.

—Cree que soy ridícula…

—En absoluto.

Él lo negó con convicción, pero ella no le creyó.

Cielo santo, lo había vuelto a hacer: se había dejado llevar. Se había dejado llevar y había hecho el ridículo. Ella sola, como adulta que era. Sin ninguna razón. Sin la más mínima…

—¿Aylana? —La joven cerró los ojos. Quería desaparecer, volverse etérea. Ser arrastrada por una ráfaga de viento. Ser abatida en el acto. O que la tierra se la tragase, lo que fuera. En definitiva, quería esfumarse, de un modo u otro. Como ella seguía negándose a mirarlo, James le levantó suavemente la barbilla con el pulgar y el índice y la giró hacia él—. No creo que sea ridícula, Aylana. Al contrario, yo…

—¿James? —De repente, una voz refinada, particularmente esnob. James y Aylana giraron la cabeza al mismo tiempo— ¡James! Estaba segura de que eras tú…

Una mujer realmente hermosa se acercó a ellos con un parasol al hombro y un sombrero de lo más estrafalario en lo alto de su chispeante moño rojo.

James se levantó, sonriente, y le tendió la mano a Aylana, que parecía querer seguirle, aunque él no la obligaba a hacerlo.

—Lady Hitchbird, es un placer verla…

La bella aristócrata puso cara de pocos amigos.

—Oh, Jimmy… Me gusta mucho más cuando me llamas «Jessie»…

James sonrió amablemente.

—Lady Hitchbird, esta es Aylana Shaye. Señorita Shaye, esta es lady Hitchbird, viuda del marqués de Ailesbury.

Aylana hizo una reverencia. La marquesa le sonrió sin mirarla, con la amable condescendencia de esas damas de clase alta, tan puras, celestiales y seguras de sí mismas que ninguna persona —y mucho menos una tan mundana— podía enturbiar. Finalmente, lady Hitchbird asintió con una despreocupación que rozaba deliberadamente el insulto. Su bella sonrisa se ensanchó cuando volvió a mirar a James.

—No contestaste a mi carta la semana pasada —le reprochó con lujuria y melancolía.

—Y no tengo excusa, mi querida marquesa. Absolutamente ninguna, salvo que he estado… bastante ocupado.

La hermosa mujer miró de nuevo a Aylana y esbozó una pequeña mueca de desdén que entumeció su boca carnosa y arrugó su bonita nariz.

—Ya lo veo…

Siguió un silencio cargado de insinuaciones. Entonces, al ver que James no parecía querer continuar la conversación, la marquesa dio otro paso hacia él, casi rozándolo.

—Te echo de menos, Jimmy… —se lamentó mientras le ponía una mano en el pecho.

James sonrió y le cogió suavemente los dedos para llevárselos a los labios.

—Y sin embargo, nos vimos hace poco, ¿no es así…?

¡Santo cielo! ¿De verdad necesitaba tenerlas a todas?

Aylana estaba extremadamente abochornada: no sabía dónde meterse. Todo aquello sobraba. Como para empeorar la situación, la marquesa la miró molesta. La joven enrojeció por el reparo. Evidentemente, si de ella hubiera dependido, la bella aristócrata la habría enviado amablemente a dar un paseo por Hyde Park para que pudiera hacer Dios sabe qué en los arbustos con su querido «Jimmy». *Cielos, ¿de verdad había pensado tal cosa? ¿De dónde le venía esa amargura, ese resentimiento, ese rencor gratuito?* Consternada, Aylana cruzó las manos y se dio la vuelta con disimulo.

—Parece que fue hace siglos… —reanudó pronto la marquesa, claramente complacida por la intimidad que les había concedido Aylana—. Oh, James, dime… ¿Cuándo volverás a visitarme?

Aylana, más molesta de lo razonable, reprimió un suspiro.

¡Señor todopoderoso…! Aquel hombre ni siquiera necesitaba perseguir a las mujeres, ¡estas se abalanzaban sobre él! ¡Incluso las marquesas más hermosas sucumbían!

—En cuanto pueda, *milady*… En cuanto pueda; se lo prometo. He de ocuparme de un asunto pendiente y luego… seré todo suyo.

Una prueba más, si es que era necesaria, de que el coqueteo que se traía entre manos con ella no era genuino. Aylana reprimió una mueca desairada. Era indudable que James flirteaba con absolutamente todo el mundo, con todas las mujeres hermosas a las que conocía, con toda dama

de aspecto altivo que respondía con una sonrisa a sus caricias. Y para más inri, con su ama de llaves.

No podía evitarlo: era un juego.

Un juego sin importancia para él, pero muy peligroso para ella.

Y si no tenía cuidado… acabaría quemándose las alas.

La broma duró un buen rato: lady Hitchbird se hacía la coqueta y era evidente que, por medio de insinuaciones y otros atributos felinos, intentaba llevárselo de nuevo a la cama. A Aylana le dieron náuseas mientras los fulminaba con la mirada. Finalmente, por Dios sabe qué concesión divina, aquella mujer insolente se marchó.

Aylana se sentó furiosa. James, con una sonrisa insufrible en los labios, siguió con la mirada a la vaporosa figura durante unos segundos mientras se alejaba —*¿Era humanamente posible contonearse tanto?*—, antes de volverse hacia Aylana con cara de insensata satisfacción. La mirada de la joven le sorprendió en pleno éxtasis narcisista y, desconcertado, enarcó una ceja.

—¿Debo entender que yo soy ese «asunto pendiente», señor Eastlake? —preguntó sin rodeos, levantando la barbilla.

—¿Cómo dice? —respondió él, sorprendido.

—El asunto pendiente que, por desgracia, le mantiene tan ocupado. Supongo que soy yo.

A James se le iluminó el rostro y esbozó una sonrisa radiante. Cegadora. Impertinente.

—Tenga cuidado, querida… Percibo en su tono los estragos de los celos femeninos. Pero qué sabré yo…

Furiosa por haber sido descubierta tan fácilmente, Aylana se encogió de hombros con brusquedad.

—Tonterías. Reconozca que ha actuado como un zafio. Nunca se habla así de una dama.

—Vamos, Aylana, no se ofenda. Pensé que estaba por encima de todo eso. Solo intentaba evitar… herir ciertas sensibilidades.

La joven casi se ahogó de la rabia.

—Desde luego, no hablará por mí…

James la miró con ternura. Aylana le habría abofeteado.

—Bien, en ese caso… Aylana, le pido disculpas.

¡Qué descaro! Ahora le hablaba como si fuera estúpida. ¡O una mocosa malcriada! Cuando, en realidad, era ella quien…

—Muchas gracias por su ayuda, señor Eastlake, pero… creo que a partir de ahora podré arreglármelas yo sola —dijo finalmente, intentando sonar convincente (y convencida).

Esta vez la sonrisa desapareció brevemente del rostro de James.

—¿Cómo dice?

Aylana se encogió de hombros y fingió alisarse las faldas, como si estuviera a punto de levantarse.

—Le libero de sus «obligaciones» para conmigo. No quisiera privarle más de sus placeres.

—¿Quién dice que me prive de tal cosa?

—Pasa los días conmigo, ¿no es cierto?

—Pero no las noches… Todavía.

Sin aliento, la joven abrió los ojos como platos. Claramente muy satisfecho de sí mismo, James le dedicó una sonrisa insolente y esperó. Pero Aylana, presa de una furia sin nombre, no consiguió articular palabra pese a que tenía la boca abierta. En realidad, ni siquiera sabía qué la horrorizaba más: que él estuviera tan seguro de que pronto se la llevaría a la cama, o que admitiera abiertamente lo que hacía con otras mujeres cada vez que salía por la noche. No es que

ella imaginara que un hombre de su clase tuviera la decencia de permanecer casto, claro, no cuando precisamente…

—Se cree usted irresistible, ¿verdad, señor Eastlake? —atacó ella, furiosa y humillada.

—No lo creo —Una vez más, la prontitud de su respuesta la sorprendió. Aylana permaneció en silencio. Con infinita lentitud, James saboreó el efecto de sus palabras: se inclinó hacia ella y le susurró con voz cálida en la oreja:—, lo sé.

La joven habría gritado, pero de ser el caso, habría parecido una completa histérica. En lugar de eso, trató de mantener la compostura y le dirigió una mirada altiva, lo más altiva posible, dado que se enfrentaba a un hombre infinitamente superior a ella en la escala social.

—¿Intenta hacerme creer que ninguna mujer ha sido capaz de resistirse a sus encantos, señor? —James no contestó. Se recostó en la hierba, arqueó una ceja con arrogancia (una expresión que dominaba a la perfección) y dejó que ella extrajera sus propias conclusiones—. ¡Hace gala de un orgullo desproporcionado! —añadió en tono muy sentencioso.

—Y usted de una ingenuidad desconcertante —Ella debió de parecer terriblemente ofendida, porque él soltó una carcajada—. De hecho, con esos aires, sería una excelente institutriz, Aylana.

A la joven no le hizo mucha gracia la broma con la que había rematado sus palabras: era otra bofetada denigrante a sus humildes orígenes.

—Por muy engreído que sea, la verdad sigue siendo, señor Eastlake, que ni usted ni ningún hombre puede presumir de ser capaz de seducir a absolutamente todo el mundo, o a cualquier cosa, incluso.

—Encuéntreme un menhir y le demostraré que se equivoca.

Dios, ¡cuantísima arrogancia…!

Ciertamente, Aylana llevaba las de perder en esas circunstancias.

—No debería jugar con esas cosas: esa mujer está enamorada de usted, señor. Le romperá el corazón.

James moderó sus palabras con un gesto dubitativo:

—Digamos que… le basta con tenerme entre sus sábanas —Aylana fingió taparse los oídos —, pero que, si por algún casual, decidiera pedir su mano en matrimonio, tampoco diría que no —La joven lo fulminó con la mirada: aquel hombre no era más que un grosero—. Pero esté tranquila —continuó él, mientras le servía a ella una copa de vino y hacía lo mismo para él—: esa no es mi intención.

Ella se encogió de hombros y fingió mirar a los transeúntes.

—No entiendo muy bien por qué sus intenciones de contraer matrimonio deberían o no tranquilizarme, señor Eastlake.

—Porque sería muy embarazoso para usted que la cortejara un hombre casado… o un hombre prometido, señorita Shaye.

¿Ah, que la estaba cortejando? No, no, no, no, no. ¡No se saldría con la suya con un halago tan lamentable!

—Cualquiera que le hubiera visto hace un instante se confundiría si le preguntaran quién es la destinataria de sus carantoñas, señor…

James le dirigió una mirada desvergonzada hasta el espanto.

—¿Acaso una abeja solo pecorea una flor?

Aylana lo fulminó con la mirada.

—Nunca se niega nada, ¿verdad?

Él la miró atónito.

—¡Jamás! ¿Por qué iba a hacerlo? Tengo por norma no privarme de los placeres.

¡Qué insolencia!

—Hasta una simplona como yo es capaz de deducirlo…

James hizo caso omiso de su sarcasmo y señaló al cielo con un dedo solemne antes de declarar en tono ilustre:

—«Apresúrate a caer en la tentación, no sea que esta pase de largo»[10].

—¿Cómo dice?

—Es de Casanova.

—Claro, debería haberlo adivinado…

Era evidente: James Eastlake no era un caballero. Era un canalla con un morbo que no conocía límites. Para él, una mujer tenía el mismo valor que cualquier otra. Solo le interesaba el placer físico: se comportaba como si todo le perteneciera, como si pudiera reclamar cualquier cosa sin que nadie le llevase la contraria. Debía pasarse la vida entre dos amantes de clase alta, recorriendo todos los burdeles (desde Shepherd Market hasta St James), y frecuentando hasta la más recóndita mancebía de la capital.

¡Y pensar que el día había empezado tan bien, que había sido tan atento…! Y pensar que… que… que…

Aylana sintió que un abismo repleto de culpa se abría dentro de ella. Un pozo sin fondo, gélido, aterrador.

Y pensar que en ese mismo momento, John estaba en Newgate.

Que mientras ella coqueteaba, él esperaba la horca.

Que mientras ella despotricaba y se ofendía, él podía estar muriéndose de hambre, de miedo, de cualquier dolencia… de desesperación.

Era un monstruo: uno egoísta e imprudente.

Se había dejado entretener. Había aceptado el placer, la insensatez, la distracción. No había sido capaz de afrontar tres semanas de angustia mientras John yacía en el corredor de la muerte, como una silueta gris, tendido en el suelo. Irreconocible. Harapiento.

Era una ingrata. Una coqueta inaguantable, vanidosa y carente de constancia. No era más que una…

—¿Aylana? —La joven jadeó. Las palabras de James la trajeron de vuelta a la realidad con brutalidad. Azorada, se volvió para mirarle. Él no sonreía ni lo más mínimo. Había sustituido el flirteo casual por la preocupación, la media sonrisa insolente por una máscara de remordimiento —. Está llorando, Aylana…

James se enderezó de nuevo, extendió las manos hacia ella y, con infinita delicadeza, le secó las lágrimas con los pulgares. Avergonzada, Aylana se apartó y buscó febrilmente su bolso retículo. James fue más rápido y se sacó el pañuelo del bolsillo para luego dárselo.

—Escuche, he sido un estúpido —añadió al fin—. No sé por qué he dicho esas cosas. No debería haberla llevado al límite. Discúlpeme: no quería hacerle daño. No pretendía… lastimarla.

—No… —Aylana se secó las mejillas y sacudió la cabeza—. No, James, esto no es por usted. Lo siento, no sé qué me ha pasado…

Él la miró incrédulo y preocupado.

—¿No sabe por qué llora?

—No, es decir, sí… En fin, no se preocupe. Ya ha pasado, estoy bien.

—Aylana, dígame qué le pasa. ¿Es por Jessie?

Jessie.

Aylana odiaba ese nombre. O al menos, a partir de ese día, lo haría.

—No, no…

—¿Por mí?

—No, tampoco.

—En ese caso, no entiendo lo que…

—James, no se preocupe. Estoy mejor.

Ella hizo como que se levantaba, pero él la agarró de la muñeca y la obligó a permanecer sentada.

—No nos iremos hasta que me diga qué ocurre, Aylana.

Ella suspiró y se miró las faldas.

—Es por John…

—¿Por John?

—Mi hermano.

—Sí, sé quién es…

—Está enfermo. Lo vi el otro día. Tosía y…

—¿Fue a Newgate? —interrumpió, atónito.

Ella lo miró como si su pregunta no tuviera sentido.

—¡Por supuesto que fui a verle!

—¿Usted sola?

—Bueno, sí… ¿Con quién quería que…?

—Dios santo, pues… ¡conmigo! ¡Con cualquiera! ¡Pero no sola!

—No hay necesidad de blasfemar, señor Eastlake.

—Creía que habíamos pasado a James. Me gustaba más.

Para el caso, no importaba. Esa conversación era del todo trivial. Discutían sobre semántica, mientras que John…

—James, se lo agradezco, pero… lo hecho, hecho está.

—Dígame que no piensa volver sola a ese lugar.

—Aunque quisiera, señor… James… No podré verlo hasta dentro de tres semanas. El celador solo me permite una visita al mes.

—¿Una visita al mes? ¿Y eso a qué se debe?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Son las normas. Tengo que esperar hasta principios de julio. Pero John está enfermo y… quién sabe si…

La joven se echó a llorar de nuevo. James, desconcertado, la estrechó suavemente contra sí. Ella le dejó hacer y se secó el rostro con el pañuelo para no empaparle el chaleco.

—Aylana, no acostumbro a visitar las cárceles, pero estoy seguro de una cosa: no hay nada que el dinero no pueda comprar. Deje que la acompañe a Newgate, hablaremos con… ¿cómo dice que se llama?

—Catchfield. El celador Catchfield.

—Catchfield, pues. Estoy seguro de que por una libra o dos… —Era una fortuna. Aylana se separó de él y sacudió la cabeza con fiereza—. ¿Por qué no?

—Porque no tengo tanto dinero, James.

—Ni que decir tiene que…

—Por muy agradecida que le esté por tan generosa oferta, no puedo aceptarla.

Él la miró sin comprender.

—¿Por qué no, Aylana?

—Porque me niego a estar en deuda con usted más de lo que ya lo estoy.

Él le restó importancia al asunto con un gesto ansioso.

—Aylana, ¡eso es absurdo! No puede impedir que le ofrezca dos miserables libr…

—No insista, James. Por favor. Créame, ya es bastante duro para mí pensar que quizá no vuelva a ver a mi hermano en tres semanas… si es que finalmente… En fin, no puedo. De verdad que no. Ya ha sido bastante generoso. Su conversación con el rey, el tiempo que ha pasado conmigo, estas salidas… yo… jamás podré pagarle todo lo que ha hecho por mí.

—Aylana, por favor, no he hecho nada…

—Ha hecho mucho, James. Mucho más de lo que osé esperar de su parte. Pero ese dinero… no puedo aceptarlo.

James no podía creerlo.

¡Ah…! ¡Desde luego, no se esperaba esa reacción!

No. Por mucho que lo hubiera buscado, nunca una mujer había rechazado su generosidad, y menos con tanta determinación. ¡Y por una suma tan pequeña!

Aylana continuó:

—Es más, debo confesarle algo —Intrigado, James escuchó atentamente—. Me equivoqué, James. Mi hermano… —La joven tragó saliva con dificultad—. Creía que John era inocente, pero cuando fui a verle, me confesó que…

James le posó un dedo cálido en los labios y la obligó a guardar silencio. Aylana levantó la vista hacia él y, abrumada por tanta ternura, lo miró sin comprender. La joven tenía unas pestañas enormes, unos ojos plateados, un brillo plúmbeo en sus iris.

Dos joyas en un estuche de oro. Magníficas.

—No importa, Aylana. Eso no cambia nada entre nosotros y no necesito saberlo. Y tampoco el rey, pero en cualquier caso, no se lo diga.

«No cambia nada entre nosotros…» —Aylana no había escuchado el resto—. «*No cambia nada entre nosotros…*». *¿Qué quería decir con eso?*

—Aylana, por última vez, ¿dejará que la ayude? Me gustaría darle ese dinero. Para usted, para John —Como era de esperar, ella volvió a negar con la cabeza, abrumada—. Muy bien. En ese caso, quiero hacerle un encargo —Ella levantó la cabeza y le miró sin comprender—. Un retrato: un bosquejo, pintura al pastel, carboncillo, sanguina[11]… Usted elige.

Ella no se atrevió a entender sus palabras. Él levantó una ceja con fingida altivez, como si la retara a negarse de nuevo. Aprovechando que ella parecía preguntarse si sería apropiado aceptar, él creyó necesario insistir:

—Rechaza las donaciones, ¿no es así? Espero que no desestime un pago por su trabajo —Finalmente, Aylana sonrió. Él le devolvió la sonrisa. Ella sintió que el corazón le latía más deprisa—. Pero con una condición —anunció levantando el dedo índice. Ella lo miró expectante —: deje que la acompañe a Newgate.

---

[1] *N. de la T.* Según el DLE: «Publicación periódica en la que se recogen noticias y artículos sobre un campo concreto del saber».

[2] *N. de la T.* Se trata de un teatro inglés situado en Covent Garden, en una calle con el mismo nombre.

[3] *N. de la T.* Panecillo redondo típico del Reino Unido y originario de Escocia.

[4] *N. de la T.* Uno de los más grandes y antiguos parques de Londres. Es seminatural y se extiende sobre una zona elevada repleta de vegetación.

[5] *N. de la T.* Salsa holandesa suave y espesa que se emplea habitualmente para el napado de verduras.

[6] *N. de la A.* En Inglaterra, los cisnes del reino pertenecen a la Corona desde el siglo XI (cuando estos eran un manjar reservado a la familia real y los ladrones de huevos recibían un severo castigo). En la práctica, el soberano británico solo ejerce actualmente este derecho sobre los cisnes del Támesis. Incluso hoy, a finales de julio, el guardián oficial del rey recorre el río en una barca para contar los cisnes e informar a Buckingham.

[7] *N. de la T.* Vincenzo Rugeri (también llamado Ruggieri) fue un lutier, esto es, un fabricante artesanal de instrumentos de cuerda. Al igual que los violines Stradivarius reciben ese nombre por metonimia, un Ruggieri, en este caso, sería un instrumento de cuerda. Por contexto, se entiende que se trataría de un arpa, uno de los instrumentos reservados a las jóvenes de buena familia.

[8] *N. de la T.* Como James explica más adelante, es el nombre del *alter ego* que el propio Casanova se inventó y que, por cierto, tenía título nobiliario.

[9] *N. de la A.* Publicado en 1765.

[10] *N. de la T.* Traducción no oficial de la cita que se atribuye normalmente a Casanova, pero que algunos consideran apócrifa, supuestamente porque sería de Édouard Herriot. Además, años más tarde, esta cita convergerá con la de Oscar Wilde: «La única forma de librarse de la tentación es caer en ella».

[11] *N. de la T.* Técnica pictórica que utiliza la hematita en forma de polvo, barra o placa. Tiene distintas tonalidades, todas ellas en la gama del rojo.

VII

James había estado en la guerra.

James había visto la guerra.

A su alrededor, cuerpos despedazados, carne esparcida, piernas arrancadas, miembros amputados. Y además, hombres gritando en agonía, al ataque, en brazos de la muerte. Caballos masacrados, relinchos estridentes y aullidos de pavor. Había visto la sangre, la muerte: una auténtica masacre. En España, en Francia, en el sur, en el norte, en todas partes… hasta en Waterloo. En resumen, James había presenciado todo tipo de horrores. Pero la cruda miseria, la decadencia humana en toda su fealdad, la locura, el tormento, la inmundicia y la desesperación… Eso no. Nunca.

Newgate era una vergüenza. El mismísimo infierno. Un lugar sin retorno, un lugar donde uno caía en el olvido, donde uno se pudría.

James caminaba detrás de Aylana con la mano apoyada en su espalda. Aún le costaba creer que hubiera ido sola a un lugar tan sórdido, asqueroso y nauseabundo. Tenía que admitir que la joven era valiente. Aunque lo intentase, no conseguía imaginarse a ninguna de sus hermanas poniendo un pie en un lugar así, sola o acompañada, por muy desesperada que estuviese. Su coraje la hacía aún más atractiva. Cuanto más descubría sobre ella, más la deseaba; era muy sencillo. Era modesta, inteligente y culta, pero con un toque de ingenuidad que la diferenciaba de las cortesanas y una sincera humildad que la distinguía de las condesas.

Además, debía reconocerle el mérito: se ganaba la vida por sí misma y era fuerte (a la par que frágil). Reconocía en ella la feroz determinación de Jay, aquella que jamás había visto en un aristócrata, ya fuese hombre o mujer: un tipo de fijación que solo el sufrimiento podía inculcar. Perseverancia, audacia, constancia… aquellos valores en los que únicamente la vida y sus riesgos podían curtirte.

Aylana también era orgullosa. A su manera, pero orgullosa. Correcta y honesta. Y eso le gustaba: era una experiencia nueva, sugerente y … refrescante. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más deseaba… en fin, hacerle el amor; así de simple. Alabar aquel cuerpo joven de la cabeza a los pies. Tenerla en su cama durante días y días. Y hacerle cosas impronunciables… o al menos, eso opinaría ella, porque era evidente que la joven no tenía ninguna experiencia en la materia.

Aquello era, cuando menos, inusual: las vírgenes inocentes no solían ser su punto débil. James las prefería más experimentadas y, por tanto, menos deseosas de expresar sus intenciones para con el himeneo. Su aversión al matrimonio solía bastar para apartarle de aquellas jóvenes que veían en un simple beso la inevitable correlación con un ramo de flores, un anillo en el dedo y una marcha hacia el altar (aunque, si se hubiera dado el caso, él jamás se habría dejado engañar de esa forma). En fin, de todos modos, conocía las técnicas para no dejar a una joven en estado de buena esperanza y siempre se felicitaba por no ser uno de esos irresponsables que esparcían sus bastardos por toda la capital —y el reino— día sí, día también. Tanto era así que, incluso cuando alguna debutante se había desviado lo suficiente del camino como para concederle sus favores —o, más exactamente, sugerirle que pasase la noche con ella, pues así era generalmente —, él, gracias a Dios, nunca había tenido que responder ante ninguna consecuencia desafortunada de sus aventuras.

Señor, ¡qué ridículas cuestiones de honor…!

Si hubiera tenido que casarse con todas las chicas con las que se había acostado, e incluso con todas las vírgenes a las que había besado, ¡ahora mismo estaría mejor acompañado que el mismísimo emperador de China!

Pero Aylana era diferente. Su audacia le hacía reír, sobre todo cuando se escandalizaba de sus propios comentarios. A veces parecía olvidarse de la diferencia social entre ellos, y a él le gustaba tanto más cuando era el caso, porque entonces se entregaba a réplicas mordaces, escarnios bien meditados y comentarios de un ingenio deslumbrante. Interactuar con ella era como cruzar espadas: parar, atacar, esquivar, tocar… Nunca había tenido la oportunidad de combatir con una mujer en una pista de esgrima, pero suponía que, con una criatura tan bella como Aylana, habría sido un preludio extremadamente sensual a otras formas mucho más tórridas de confrontación… en este caso, en horizontal.

Por desgracia, su bravuconería no duraba mucho. Era como si el fantasma de su diferencia de clase la atrapase de repente. En un abrir y cerrar de ojos, parecía que la joven desease desaparecer de la faz de la tierra. James se decepcionaba cuando ocurría tal cosa. Después de todo, disfrutaba de su bravo carácter: le encantaba. Le trastocaba, y más viniendo de una plebeya, de una mujer que, sin ir más lejos, le necesitaba. Además, Aylana era consciente de ello. Y James sabía que la balanza del poder se inclinaba a su favor: sexo, estatus, fortuna, poder… La joven lo necesitaba desesperadamente. Pero ahora que habían pasado el suficiente tiempo juntos, esta se habría formado una idea más o menos exacta —o eso esperaba él— de su forma de ser. Como mínimo, para saber que él nunca le guardaría rencor si hablaba un poco más de la cuenta o si tenía la lengua un poco demasiado afilada.

James, por su parte, había recibido una educación excelente a ese respecto. Suele entenderse la familia como un pequeño grupo de personas que se alían para defender el bien común frente a las amenazas externas. En este sentido, cuando no hay peligro, uno podría atacar felizmente a sus congéneres. *Lógico*. Sin embargo, en la familia Eastlake, todos atacaban a todos… pero nadie defendía a nadie. De hecho, el propio James nunca había sido demasiado protector con sus hermanas. Por un lado, porque esa era la responsabilidad de Henry. La suya había sido ir a que los húsares de Napoleón le acribillaran a tiros, un deber con el que había cumplido de forma ilustre, y tres veces, además. Por el otro, porque el único peligro al que se enfrentaban en pleno corazón de Mayfair era atraer a la gente equivocada: cazadores de dotes en el peor de los casos y carcamales en el mejor. Es más, la mayoría de sus hermanas —en especial las que aún no se habían casado— eran mucho más capaces a la hora de ahuyentar a un hombre indeseable que él mismo.

En ese sentido, la devoción que Aylana sentía por su hermano —¡un hermano doce o trece años mayor que ella!— le conmovía. Una vez más, le parecía que aquella joven era admirable y tenía toda la intención de seguir viéndola. Quería conocerla mejor y descubrir qué otros tesoros escondía, pero sobre todo, deseaba introducirla en el arte de ocupar la mayor parte de sus noches (siguiendo el ejemplo de la élite dorada de la sociedad, claro está).

Sin embargo, ella debería estar de acuerdo. Y en realidad, la participación voluntaria de la joven en el acto estaba lejos de ser una conclusión previsible. Por una vez, su vida de derroches, su execrable reputación y los titulares de los periódicos —que parecían enorgullecerse de recordar a todo el país la constancia con que pecaba— apenas abogaban a su favor. Mientras que la mayoría de las mujeres se arrojaban a sus brazos precisamente por su reputación, aquella provinciana le culpaba por ello. Casi parecía compartir la opinión de su madre. Pero si finalmente disfrutaban de un buen rato juntos, lo lógico sería que ella lo disfrutase al máximo y

que aceptase aquello que él tenía que ofrecerle.

Por su parte, él siempre había conseguido dejar a sus amantes antes de que se encariñaran demasiado —bueno, casi siempre— y se alegraba sobremanera de que fuera el caso. Al fin y al cabo, para James, el placer se esfumaba rápidamente. Sobre todo desde que Alexander (y luego Jay) habían contraído nupcias con tan solo un año de diferencia, y se había visto obligado a recurrir, al menos en parte, a la compañía del rey y su comitiva de juerguistas. Nada que ver, por supuesto, con el placer que hallaba en los reencuentros con sus dos mejores amigos. En todo caso, sus antiguos compinches estaban locos por sus jóvenes esposas y James no podía culparlos: ambas eran deslumbrantes. Y él, al menos, era libre de seguir con su vida de desenfreno, de codearse con libertinos, retozar con *demi-mondaines* y desatar pasiones. Disfrutaba de todo tipo de privilegios y pasaba las noches recorriendo la capital de una fuente de placer a otra.

James se jactaba de su criterio, de tener estilo y elegancia. Nada de prostíbulos inmundos, burdeles insalubres o placeres de gusto cuestionable: solo clase, delicadeza y exquisitez. Él no era un glotón, sino un *gourmet*. Escogía con quién relacionarse y era conocido tanto por sus proezas en la cama como por su indolente frivolidad y desapego sentimental. Y qué decir de su paladar por las mujeres hermosas, las cosas bellas y el *whisky* excepcional… Con todo, eso no le impedía, en ocasiones, excederse, porque gracias al cielo, cantidad y calidad no siempre se excluían mutuamente. Sobre todo cuando se trataba de retar a Jay, Alexander o algún otro a un concurso de beber *whisky*.

Desde luego, dicha conducta era más propia de un marinero recién llegado a puerto tras quince meses en alta mar cazando ballenas que de un aristócrata, pero en fin… por aquel entonces, se rehuía el aburrimiento como se podía. Y como James —al igual que la mayoría de sus coetáneos, para el caso— se interesaba más bien poco por las maravillas de la era industrial y, en consecuencia, no se reunía por negocios, era libre de dedicar su vida exclusivamente al libertinaje. Como resultado, debía admitir que más de una vez había regresado a casa en un estado deplorable, lo cual no le disgustaba en absoluto. No obstante, a la bella Aylana no parecía agradarle en lo más mínimo.

¡Bah!

Acabaría cediendo. Se sentía tentada, eso era evidente. Siempre se sonrojaba en su presencia —una reacción absolutamente adorable— y James se había percatado de que una simple caricia, un roce o incluso, en ocasiones, su mera cercanía, disminuían considerablemente las fisgas de la joven. No cabía duda de que, si seguía con sus ardides, pronto conseguiría de ella mucho más que un simple tartamudeo.

Y entonces, no se privaría, no.

Porque realmente la deseaba, y ella a él, también.

Era así de simple.

Pero lejos de sus pensamientos, mientras avanzaban por la prisión de Newgate, un hombre se arrojó contra los barrotes de su celda y, babeando, extendió hacia ellos dos brazos pegajosos con las uñas ennegrecidas por la mugre. *¡Diantres! He ahí algo absolutamente desagradable*. James rodeó con un brazo la cintura de Aylana, que se había sobresaltado por la reacción de ese miserable, y se arrimó a ella.

—¿Estamos muy lejos aún…? —preguntó, sorprendido por la longitud de aquellos pasillos.

—Creo que ya casi hemos llegado. Está al final a la derecha.

¿Cómo diablos había podido memorizar las indicaciones?

En aquel nido de ratas apenas se veía. Allí reinaba la penumbra, como si fuera de noche, y uno conseguía seguir al guardia por los sonidos que emitía a su paso: las llaves tintineando y una

serie de borborigmos[1] y regüeldos[2] de todo tipo.

Finalmente, el carcelero se detuvo y James dedujo que habían llegado.

—¿John? —Oyó decir tímidamente a Aylana con voz tensa.

Una silueta indistinta se irguió en un rincón de la celda. La figura tosió, escupió y estiró el cuerpo antes de volver a toser. Luego se acercó con paso inseguro.

—Lana…

La joven escapó de los brazos de James y se precipitó contra los barrotes.

—¡Oh, John! ¡Gracias a Dios que estás bien! Dame la…

—Lana, te dije que no volvieras aquí…

—Pues no sirvió de nada. Dame la mano, John.

John suspiró cansado y le tendió la mano. Era difícil verle, pero tenía ojeras, la cara ennegrecida por la cochambre y el cabello hirsuto. Sus ropajes estaban hechos jirones. El pobre infeliz se percató del hombre bien vestido que estaba al lado de su hermana y lo señaló con la barbilla.

—¿Y ese quién es?

—Oh, perdón. Señor Eastlake, mi hermano, John Shaye. John, este es James Eastlake, el hermano del duque. Él es quien… —Aylana se aclaró la garganta—. En fin, fue él quien… habló con el rey. Para ayudarte.

John sacudió la cabeza, cansado.

—Basta, Lana. Vas a conseguir que te pase algo malo —James oyó que Aylana tragaba saliva con dificultad, así que volvió a ponerle una mano en la parte baja de la espalda. Quería recordarle que estaba dispuesto a apoyarla—. Y de todas formas, sigo aquí, ya ves. Te dije que no tendría sentido…

—En realidad, Su Majestad aún no se ha pronunciado al respecto —osó decir James. Desde las sombras, Shaye giró lentamente la cabeza hacia él—. Quiere conocer a su hermana, después de lo cual seguramente nos dará una respuesta.

John miró primero a James y luego a Aylana.

—¿Es cierto, Lana? ¿El rey quiere conocerte?

—Bueno, sí… Dentro de quince días.

—¿Por qué?

El tono seco y suspicaz del condenado confirmó que, esta vez, la duda iba dirigida a James. Era una pregunta sin sentido, ya que la respuesta parecía obvia. Ambos lo sabían.

—Porque así le place a Su Majestad. Las órdenes de nuestro soberano no se discuten, Shaye.

—¿Y si a Su Majestad le place llevar a mi hermana a su lecho real, Eastlake?

—John, por favor…

Shaye era lúcido, realista. Y ante todo, era un hombre; no hacía falta más.

—Eso no sucederá.

—¿Y cómo lo sabe?

—Yo mismo me comprometo a evitarlo.

Siguió un tenso silencio.

—Te prohíbo que te acuestes con el rey —continuó John con voz lúgubre, esta vez dirigiéndose a su hermana.

Estaba claro que la palabra de James no bastaba.

¿Cómo podría haber sido de otro modo? No se conocían. ¿Qué fe habría depositado él mismo en las promesas de un hombre al que no conocía en absoluto? Y más teniendo en cuenta la reputación que le precedía…

—¿Me has oído, Aylana? —insistió el preso—. Te lo prohíbo. Soy tu hermano y te lo prohíbo. ¿Me estás escuchando?

—John, por favor…

James giró bruscamente la cabeza hacia ella.

¿Qué significaba aquel tono de disculpa, esa voz suplicante? Parecía que no quería insistir en el tema. ¿Sería…? ¿Era…? ¿Sería capaz de…? Es decir, ¿había considerado esa posibilidad?

No. Ni hablar. Jorge tenía un apetito sin nombre, pero le doblaba o triplicaba la edad. Era obeso, repulsivo, alcohólico hasta decir basta y mentalmente inestable. James nunca le permitiría cambiar sus regios favores por los de la joven. Sería un trato repudiable.

—No hay «por favor» que valga, Lana. Si salgo de este agujero porque te has postrado ante él para salvarme, yo… Te lo advierto, ¡jamás volveré a hablarte!

Sus palabras eran crueles, pero John no tenía elección. Sus ojos brillaban por las lágrimas que se estaba conteniendo mientras miraba fijamente a su hermana pequeña. James lo comprendía: si su supervivencia hubiese dependido únicamente de que violasen a una de sus hermanas, jamás podría haberse mirado al espejo de nuevo.

Porque en todo caso, a eso se reducía todo: a una violación. Ni más ni menos. Un abuso blanqueado por la autoridad soberana. Y ningún hombre, fuera quien fuera, querría sobrevivir a expensas de la inocencia de su hermana. Era una cuestión de honor. Un asunto de hombres y, por ello, Aylana no podía entenderlo.

No cuando era ella misma quien intentaba cambiar de tema.

—Jam… el señor Eastlake ejerce mucha influencia sobre el rey, Johnny. Lo tiene en alta estima. Él y yo… En fin, confía en nosotros. Son solo dos semanas, Johnny. Solo dos semanas…

Su hermano asintió. Estaba cansado de luchar, y claramente, no creía en la causa (y con razón). James alabó su discernimiento. Las posibilidades de éxito eran mínimas, aunque desde su primer encuentro, apenas se había atrevido a repetírselo a Aylana. La joven había depositado tantas esperanzas en aquella peligrosa misión que él no había tenido valor para desanimarla. Sumidos en la penumbra, los dos hombres intercambiaron una mirada de comprensión mutua.

—¿Y qué hay de la comida aquí? ¿Estás comiendo bien?

John se encogió de hombros. No, por supuesto que no. Pero Lana era tan dulce… Una auténtica protectriz. Los detalles de su estancia en prisión no eran precisamente entretenidos, pero si eso la complacía, la tranquilizaba o la ayudaba a cambiar de tema…

—¡Bah! Por la mañana, me dan gachas y un culín de leche. Si se quedan sin ella, tenemos que tragarnos agua con melaza. Para comer, avena con cebolla. Y por la noche, media pinta de sopa y seis migajas de pan.

James anotó mecánicamente dicha información antes de responder:

—Incluso en el ejército era mejor…

John lo miró con incredulidad.

—¿Luchó en la guerra?

James asintió con semblante serio.

—En el 18º regimiento de húsares. Fui capitán, luego comandante… en la caballería.

John asintió a su vez.

—Yo luché en la Marina, en el HMS Indefatigable[3]. Una fragata de 24 libras[4].

—Lo sé. He investigado al respecto.

James sintió que Aylana se giraba hacia él de forma repentina. La joven lo miró desde las sombras, sorprendida. Su hermano, movido por una especie de solidaridad entre supervivientes

de la guerra, no tardó en preguntar:

—¿Estuvo en Vitoria?

—Sí.

—¿En Salamanca?

—Sí.

—¿En Toulouse?

—Sí.

—¿Y en Waterloo?

—Sí.

—Oh, ya veo…

Un suspiro en la oscuridad.

—Para nosotros, lo peor fue Noruega. De hecho, me costó un brazo… —dijo, señalándose con la barbilla la manga de la que no sobresalía ninguna extremidad. Luego volvió a toser—. Pero el agua era mi elemento. El aire libre, el oleaje, el viento… El infierno fue tener que buscar trabajo en tierra firme. Casi como estar aquí, en esta jaula. No puedo esperar a que esto termine —James sintió que Aylana se tambaleaba y la arrimó con cuidado para ofrecerle el apoyo de su cuerpo. Ella se dejó caer ligeramente encima de él, incapaz de oír a su hermano hablar de la muerte como una liberación—. Lo peor es la noche. Hay uno que no deja de gritar. No hay forma de pegar ojo…

James volvió a asentir. Él había estado allí: moribundos gritando de dolor, suplicando que los sacaran de su miseria, llamando a su mujer, a su hijo, a su madre…

Una tos seca sacudió de nuevo el cuerpo de John, que tuvo que agacharse para recuperar el aliento.

—Lo siento, yo… —Escupió—. Creo que… se me irrita aún más la garganta cuando hablo.

—Será mejor que dejemos que descanse —decretó James, apretando ligeramente los dedos en la cintura de Aylana.

—Pero volveremos —se apresuró a añadir esta última mientras estrechaba la mano de su hermano.

John no respondió. James se compadeció de aquel hombre: el amor sin límites que sentía por su hermana le impedía aceptar su destino y esperar el descanso de la muerte.

El guardia dio media vuelta y James empujó ligeramente a Aylana por detrás para que siguiera sus pasos. Sin embargo, él se quedó atrás y se agachó hacia John Shaye, que tosía como un descosido por un ataque aún más violento que los anteriores.

—Su hermana está luchando por usted, Shaye. No la defraude. Aguante. Solo dos semanas más, es todo lo que pido.

Estaba a punto de alejarse de la celda, pero John sacó la mano entre los barrotes y lo agarró por el antebrazo.

—Por favor, Eastlake… Cuide de ella. No deje que el rey la obligue a… En fin, protéjala de él, y sobre todo, protéjala de sí misma.

Con semblante preocupado, James puso su mano sobre la de él.

—Tiene mi palabra.

—¿Su palabra como oficial?

James acercó su cara a los barrotes y le miró.

—Mi palabra como hombre.

***

James y Aylana caminaron por los pasillos, esta vez en dirección contraria. Atravesaron una puerta, luego una segunda. Más tarde, una tercera. Volvieron a cruzar el patio interior, franquearon otra puerta y, finalmente, una última antes de salir.

De repente, estaban al aire libre, en Newgate Street. Había caído la noche: la temperatura era dulce y cálida. Hacía un tiempo excelente, pero Aylana sintió que incesantes escalofríos le recorrían la espalda.

—Está temblando —dijo James, que le pasó el brazo por encima de los hombros—. Venga, vayamos a comer algo. Eso le levantará los ánimos.

James hizo un gesto a su cochero y el carruaje salió a su encuentro.

—No, yo… Gracias, James, pero creo… creo que será mejor que me vaya. Todo esto me ha… En fin, estoy un poco cansada.

—Bueno, como quiera. La llevaré a la pensión.

—Oh, no, no. No está lejos, caminaré hasta allí.

—Tiembla como un flan, Aylana. Puede que esté conmocionada. Vamos, suba.

La joven no insistió. James le tendió la mano y ella se apoyó para subir al coche.

—Llévenos a Lower Thames Street, Clerk —ordenó antes de subir también.

James se sentó junto a Aylana, se agachó ligeramente y sacó una manta de debajo del asiento. La colocó sobre su regazo, la arropó y luego la miró. Estaba llorando: en silencio, sin decir una palabra, sin hacer ruido, pero estaba llorando.

—¡Por el amor de Dios, Aylana! ¡Venga aquí!

Él ahuecó el brazo. La joven, abrumada y exhausta, se dejó caer encima de él —como era lógico y normal— y apoyó la mejilla en su pecho. Él la rodeó con el brazo.

—¡Oh, James…!

—Venga, tranquilícese. Se pondrá bien.

—¡James, está tan débil…! ¡Está tan enfermo…! ¡Podría morir!

—No, Aylana. No se va a morir.

Incapaz de contenerse por más tiempo, Aylana lo miró y se aferró a la solapa de su chaleco. Lágrimas calientes se derramaban por sus suaves pómulos de marfil. Sus ojos plateados, ardientes por el agua salada, brillaban de desesperación. La luz exterior bañaba su rostro, que a veces se orlaba con los intermitentes tonos amarillos de las farolas, y otras, con el frío y lechoso resplandor de la luna. Aylana seguía llorando y suplicando. Sus bonitos labios rosados temblaban de puro sentimiento. Aquella joven era una belleza vibrante de emoción.

James sintió que el corazón se le aceleraba.

¿Era por tristeza? ¿Por deseo? ¿Por qué otra cosa podía ser? No sabría decirlo.

Angustiada, Aylana parpadeó y las lágrimas brotaron con mayor intensidad.

—¡Puede que sí, James! ¡Está enfermo! Sin cuidados, sin comida… ¡Nunca lo logrará!

—Se pondrá bien, Aylana. Se lo prometo.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—Aylana…

—¡James!

De repente, sus bocas se encontraron. ¿Él la besó? ¿Ella lo besó? Nadie podría ratificarlo. Aylana tiró de él hacia ella, James la cogió de la nuca. Sus miradas se encontraron, sus labios se fusionaron como en respuesta a una súplica silenciosa, implícita, voraz. Se unieron en un beso tenso y abrasador, desbordante de fogosidad y desesperación.

Al cabo de unos segundos, James fue el primero en recobrar el sentido. Aylana no era ella misma: gimió bajo la impetuosidad de su beso, se abandonó, se olvidó de quién era. Era vulnerable, débil, ya no pensaba. Pero sus labios eran frescos, dulces y sedosos; su cuerpo, de repente, deliciosamente lascivo; y su olor, sutil y femenino, absolutamente irresistible. Estaba demasiado hambriento como para dejarla marchar, así que suspiró con impaciencia, la cogió de su grácil nuca, hundió los dedos en su sedeño cabello, la rodeó con el otro brazo y la estrechó contra sí antes de besarla con más fuerza.

Los labios de James eran cálidos, firmes, sensuales, exigentes. No podía resistirlo. Aylana, hundida, transportada, sacudida, excitada —no sabría decirlo con exactitud— se sometió sin forcejear a sus constantes incitaciones. Estaba sedienta, aterrada y no conseguía pensar con claridad. Tampoco quería hacerlo, para el caso. Le necesitaba. Necesitaba su ayuda, su cuerpo, su poder, su apoyo. Quería sustentarse en él en cuerpo y alma. En él, que siempre parecía fuerte, que nunca perdía la calma, que cargaba con todo el peso de su situación. En él, que desde aquel primer beso en Somerset, había tocado esa fibra sensible, ese instinto primitivo en ella, y la había cautivado con una simple mirada. Él, que la anhelaba; él, que la deseaba y él, que inevitablemente la tendría, porque ninguna mujer podía resistirse a sus encantos. Sentía fascinación por él. Al fin y al cabo, era su opuesto: alto, rico, noble y todopoderoso. Parecía intocable.

Ella lo necesitaba: necesitaba estar en sus brazos, sentirlo contra ella, entregarse a él. Disfrutar del calor de su pecho, refugiarse allí por fin, no salir nunca más y confiarle su destino, su alma, su vida. La de John…

La tierna intrusión de su lengua hizo que la joven retrocediese tímidamente. James se quedó inmóvil durante una milésima de segundo, como para darle tiempo a acostumbrarse a su presencia, y luego se lanzó a un balé que pronto le hizo perder hasta el último gramo de pudor. Entonces se aferró a su lengua, y obstinado, se apoderó de ella con consumada habilidad. Aylana se dejó llevar. Se subyugó a su beso, y pronto, cuando los largos e imperiosos dedos de aquel hombre se cerraron aún más en torno a su moño desaliñado y le inclinaron la cabeza hacia atrás, se encontró respondiendo, con una audacia que la sorprendió incluso a ella misma, a los insaciables asaltos de su lengua.

La joven sintió que la otra mano de James la sujetaba firmemente contra él. Estaba caliente: ardía a través de la muselina. Sus poderosos dedos la acariciaron suavemente, en un efecto hipnótico, y luego fueron subiendo desde los riñones hacia sus caderas. Después se fijaron en su cintura, treparon en dirección al corpiño, hasta el borde delicadamente festoneado[5] de su escote y… cuando se cerraron sobre sus senos, Aylana resolló. La oleada de placer que la invadió casi hizo que perdiera el equilibrio. Jadeante, echó la cabeza hacia atrás y James la tumbó en el banco. Pero entonces…

Presa de un violento presentimiento, Aylana abrió los ojos y alzó la vista hacia la ventana. Agudizó el oído y comprobó que, efectivamente, no oía nada. No veía nada, tan solo un trozo de cielo oscuro e inmóvil. Despeinada, aturdida, giró la cabeza a derecha e izquierda. El coche se había detenido. Habían llegado. Ellos, sin embargo…

—¡Dios mío!

La joven lo apartó de una forma tan brusca que James casi se cayó de espaldas. Con los labios ardientes, el sexo duro y una mano apoyada en el lateral del coche, la miró sin comprender. Pero Aylana ya estaba remangándose las faldas y apresurándose a salir del carruaje. Con la mente nublada por el deseo, James tardó en darse cuenta de lo que estaba pasando. Le costó una milésima de segundo entrar en razón.

—Aylana…

Pero era demasiado tarde. Ella ya había salido y, sin mirar atrás, corría despavorida hacia la puerta de su pequeña pensión.

---

[1] *N. de la T.* Según el DLE: «Ruido de tripas producido por el movimiento de los gases en la cavidad intestinal». Con esto entendemos, básicamente, que le rugían las tripas.

[2] *N. de la T.* Eructos.

[3] *N. de la T.* Navío de batalla de la *Royal Navy*. Hace referencia a uno utilizado en las guerras de principios del siglo XIX, así que no se debe confundir con el navío del mismo nombre que existió en el siglo XX para la misma flota británica.

[4] *N. de la T.* En referencia a los cañones, cuyo calibre se reservó a los navíos de línea hasta principios del siglo XIX.

[5] *N. de la T.* Decorado con festones, esto es, un bordado especial de realce.

VIII

Tenía que recuperar la compostura.

Tenía que recuperar la compostura.

Tenía que…

Aylana sostenía el bloc de dibujo bajo el brazo mientras miraba fijamente al suelo. Debía entrar en razón. Al fin y al cabo, le debía un retrato a James. Este había sobornado al celador de Newgate —quien, por el módico precio de cuatro libras, había concedido «al señor Eastlake y a su amiga» un pase para cuantas visitas quisieran a su establecimiento penitenciario—, y en lo que a ella respectaba, estaba decidida a cumplir su parte del trato. Pero después tendría que alejarse de él. Con tacto y sin desavenencias, sí, pero alejarse de él, de todos modos. Al menos, hasta el baile de Brighton.

James era demasiado peligroso para ella. Demasiado apuesto, seductor, atractivo… una amenaza. Todo en él exudaba riesgo. Si no tenía cuidado, echaría a perder sus convicciones. Por si fuera poco, si aún albergaba la más mínima duda al respecto de sus sentimientos, el beso de la noche anterior la había abatido. Aylana se había dejado arrastrar como la hojarasca por el viento: él la había arrollado sin clemencia. Había hecho que perdiera la cabeza, algo que nunca había sucedido, y si el trayecto a la pensión no hubiera sido tan corto, solo Dios sabe cuánto le habría entregado a aquel hombre, hasta dónde habría llegado. Y sin la más mínima contención, además.

Porque seamos sinceros: él no la había forzado. En realidad, ella se le había echado al cuello como una vulgar mujer de vida alegre. Y aunque él no había opuesto ninguna resistencia como tal, y mucho menos feroz —por decirlo de algún modo—, aunque los escrúpulos que había mostrado eran, en conjunto, más bien moderados, James no era en modo alguno el único responsable de lo que había sucedido en su lujoso *high flyer*, por mucho que a ella le habría encantado convencerse de tal cosa.

No obstante, toda relación con un hombre de su casta era un callejón sin salida. Un punto muerto. Un *impasse*. Tarde o temprano, él se cansaría de ella —como se había cansado de todas las que la habían precedido y de todas las que pronto la seguirían— y ella lo perdería todo: sus principios, su corazón, su virtud…

Todo.

Sí, también su corazón. Porque si sucumbía, presentía que solo podría ser de forma plena: se entregaría a James con cada ápice de su ser. Sería incapaz de separar las cosas, de compartimentar como hacía él, de contentarse con los placeres físicos, de… *No.* Si cedía a sus insinuaciones, se enamoraría de él. Desesperadamente, además: era inevitable. Acabaría totalmente prendida de James, hasta el punto de no poder vivir sin él. Perdería el rumbo.

Bastaba con enamorarse una vez de un hombre como James Eastlake para que el corazón nunca se recuperase del todo. Porque sí: la olvidaría en el momento en que su atención se desviara a otra parte. La dejaría por otra, por alguien de alto linaje, como la bella lady Hitchbird. Y ella… ella…

Ella naufragaría.

Era evidente que no: aquella relación no tenía futuro. Además, ¿de qué relación hablaba? Era una aventura prototípica, una cualquiera entre un hombre de su posición y una mujer como ella que conducía a un único resultado: su infelicidad. James solo tenía que chasquear los dedos para

conseguir champán, caviar, un puro, una mujer. Podía tenerlo todo, y lo que pedía, se lo servían en bandeja de plata. Con el tiempo, se acabaría casando con una mujer de su entorno y continuaría su feliz vida. Olvidaría a todas sus predecesoras: aniquiladas, exterminadas.

La misma sociedad los separaba. James estaba en la cúspide de la pirámide. Casi le odiaba por lo que representaba, por el enorme abismo que existía entre ellos, que nunca se cerraría. Cada detalle de su persona, desde su desenvoltura innata hasta su humor despreocupado y desde su confianza en sí mismo (digna de un príncipe) hasta su distinción natural, se lo recordaba constantemente. Provenía de una de las mejores familias de Europa. Había sido oficial. Marquesas y condesas acudían a su puerta.

Pero ella… Ella no era nadie. Y peor aún: por muy consciente que fuera de eso último, se había mostrado débil ante él. A eso se reducía todo: se había dejado llevar en un momento de flaqueza, de lasitud, de vulnerabilidad. Había caído en la tentación, confundido la gratitud con la pulsión.

Con todo, no se dejaría engañar de nuevo: las emociones desinhibidas eran cosa del pasado. Había recuperado la compostura. La noche había sido convulsa, pero la mañana, fructífera. Había reflexionado sobre su situación, se había reiterado en su promesa de no convertirse nunca en una mantenida y había aceptado reunirse con él esa misma tarde, como le había pedido por mensajería. Pero en lugar de permitir que la recogiera para disfrutar de otra dosis de frivolidades londinenses, Aylana le había propuesto reunirse en Eastlake Hall a la hora convenida para pintar el retrato que le había prometido. El recadero había vuelto dos horas más tarde con la respuesta de James: aceptaba encantado, pero la carta incluía la dirección de su casa, a dos manzanas de Eastlake Hall. Al parecer, Clerk se pasaría por la pensión a las cinco de la tarde y la llevaría en coche hasta allí.

Por alguna razón, James no parecía querer que Aylana corriera el riesgo de volver a encontrarse con su madre. Por su parte, la joven le había escrito una respuesta apresurada: llegaría puntual a la cita, o en todo caso, Clerk cumpliría con su deber. Más tarde, había comprado en una librería el material necesario para su encargo: tres grandes hojas de papel de dibujo y dos lápices carmesí; todo por unos cuantos chelines. James se había ofrecido a enviar a Clerk a adquirir los materiales, pero, por supuesto, ella se había negado. Estaba contenta de liquidar su deuda, o al menos, parte de ella. No quería que sus caminos se separaran sin darle algo a cambio con lo que saldar cuentas.

Aylana levantó la vista. *¿Cuánto tiempo llevaba allí, frente a la puerta del número 7 de Upper Brook Street? Probablemente solo unos minutos.* Finalmente, la joven se armó de valor, agarró la aldaba y dio tres golpes contados.

James abrió inmediatamente la puerta con una enorme sonrisa en la cara. La condujo por un pasillo hasta un salón con una decoración… cuando menos, masculina. Aylana no tardó en darse cuenta de que la «residencia» de James era, en realidad, una auténtica mansión. De proporciones modestas para el barrio, sin duda —aunque no entendía muy bien cómo un soltero podía sacar provecho de nada menos que cuatro dormitorios, y más sabiendo que no hacía dormir a sus numerosas invitadas en un lugar distinto a su cama—, pero una mansión, al fin y al cabo.

Y la caricatura de un picadero. Estanterías de madera y terciopelo. Una colección de tableros de ajedrez. Una bandeja de plata maciza cubierta de botellas, copas de cristal y licores de todo tipo. Muebles de un cuero robusto y sugerente. Chimeneas de mármol negro. Sillas de ébano, un escritorio indudablemente caro, sofás Chesterfield… Además, en el aire se percibía un leve aroma a tabaco, coñac y cera que confería al lugar un toque sumamente viril.

—Bienvenida a mi humilde morada, Aylana —dijo mientras le mostraba la estancia con un

gesto pausado.

—«Humilde» no es precisamente la palabra que yo habría elegido… —respondió ella con una sonrisa, complacida al ver que él no había mencionado la forma abrupta en que se habían despedido el día anterior o, lo que era más importante, los hechos que habían precedido su… precipitada partida.

—Sin embargo, estará de acuerdo conmigo en que apenas alardeo o me jacto de los lujos de un estilo de vida ruinoso, ¿no es así? —replicó él con una sonrisa de lado de lo más taimada—. En fin… ¿Le apetece un té? ¿Una copa de jerez rosado? ¿O de blanco? ¿Puedo ofrecerle algo más?

—No, gracias, James. Así está bien.

De hecho, estaba decidida a permanecer en completo control de sí misma durante el tiempo que pasasen juntos. El alcohol, la dulzura en el trato o la tranquilidad del ambiente estaban fuera de lugar: había descartado todo aquello que pudiera conferirle una peligrosa sensación de comodidad.

—¿Me permite que me sirva un *whisky*?

—Por favor, adelante. ¡Está usted en su casa…! —exclamó de inmediato, avergonzada (a la par que halagada) de que él se hubiera tomado la molestia de pedirle permiso, como sin duda habría hecho con una dama.

Aylana dejó su bloc de dibujo en una mesita en forma de media luna junto a la pared y se tomó su tiempo para impregnarse de la atmósfera del lugar. A decir verdad, le asombraba la sobriedad de la estancia. Había una mesa de juegos plegable hecha en caoba y tallada con mascarones y sarmientos; unas cuantas consolas[1], probablemente de William Kent; colecciones de dibujos de Matthias Lock, William Hince y John Mayhew; un ejemplar de *A New Book of Ornaments*[2], de Henry Coppland, de 1746; un libro de patrones de Darley; una reproducción de los bocetos de Leonardo da Vinci… Y libros, grabados, guías y láminas de artistas tan variados como Sheraton, Gaetano y Hepplewhite.

Pero no había estatuillas sajonas ni costosas acuarelas. Tampoco vio jarrones chinos de jade ni tapices de Mortlake. Ni cuadros de la escuela flamenca, o de Le Brun, Poussin o Watteau. En la estancia no había piezas inusuales dignas de museo. Para ser un amante del arte, James se complacía con una decoración austera. Era elegante, por supuesto, pero sobria. Aylana estaba muy sorprendida.

—Si se porta bien, le enseñaré mis colecciones más tarde —dijo de repente, como si le hubiera leído el pensamiento.

Aylana se dio la vuelta. Le picaba la curiosidad.

—¿Sus colecciones?

—Ajá —James descorchó una licorera, se la acercó a la nariz, aspiró aquel aroma embriagador y sonrió. Luego cogió una copa de cristal curvado y se sirvió. El líquido acaramelado gorgoteó sensualmente—. Están en los dormitorios.

No sabía muy bien por qué, pero aquel detalle la inquietaba.

—¿En los d-dormitorios?

La miró a los ojos.

—Sí.

—Y… ¿por qué allí?

James sonrió y se llevó el *whisky* a los labios. Dio un sorbo a su bebida, la saboreó con los ojos entrecerrados, apretó los labios para prolongar el placer, y luego contestó, como si fuera obvio:

—Porque es allí adonde tengo el gusto de llevar a mis jóvenes y bellas invitadas, por supuesto.

Una oleada de calor.

A Aylana se le aceleró el pulso, se le secó la garganta. Era hora de ponerse a trabajar. Eso seguramente la calmaría. Nada como un poco de concentración objetiva para bajar su temperatura corporal.

—Bien, em… ¿Está listo para empezar, James?

James le dedicó una media sonrisilla colmada de ironía y ladeó la cabeza.

—No la creía tan atrevida, señorita Shaye…

En un instante, su piel deliciosamente opalina se tiñó de escarlata.

—No, quiero decir… Me refería a… al dibujo, señor… James.

—¡Ah, claro! ¿En qué estaba pensando? —exclamó como si le divirtiera su propio descuido, un gesto que desmintió un segundo después con una sonrisa aún más insolente. James dejó la copa sobre un velador de teca y se acercó a Aylana—. ¿Me disculpa un momento? He de ir a buscar un… accesorio.

Estaba peligrosamente cerca de ella. La joven se esforzó en mirarlo a los ojos, para lo que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás.

—Sí, por supuesto. Le esperaré aquí —dijo en un tono profesional.

No esperó mucho. James estuvo ausente unos diez segundos antes de regresar con un cuadrado de tela blanca en las manos.

¿Una sábana?

—¿Qué es eso?

—Esto, Aylana, es una sábana.

—Sí, ya lo veo, pero… ¿por qué? No entiendo de qué nos iba a servir una sábana…

—Es evidente, querida: no pretendo herir su sensibilidad.

—¿Cómo? —James, con su eterna sonrisa, ya se estaba acercando a una meridiana—. Em, yo… yo diría que ese butacón de cuero que tiene ahí sería más adecuado para…

—Créame: la meridiana es perfecta.

—Pero…

Entonces sucedió algo inaudito. James se volvió hacia ella y empezó a desabrocharse los puños de la camisa. Aylana sintió que el corazón le dejaba de latir.

—Esto… James, ¿qué hace?

—Desvestirme.

—Pero…

—Es lo más conveniente si se quiere pintar un desnudo.

—¿Un…?

James la miró con tal picardía que ella lo habría estrangulado. Sin miramientos, con sus propias manos.

—Bromea, ¿no es cierto?

—En absoluto.

—¡Acordamos un retrato!

—¿Quién dijo tal cosa?

—¡Usted, señor Eastlake!

—¿Ya no soy James?

—Perdió el derecho a que le llame James en el momento en que abusó de mi ingenuidad, señor.

—Es una lástima: pronunciaba mi nombre de una forma deliciosa.

James lanzó los gemelos a una consola y se dispuso a desabrocharse los botones del chaleco.

—¡Señor Eastlake!

—¿Sí?

—¡No pienso dibujarle desnudo!

—¿Por qué? ¿Acaso el desnudo es más caro?

—¡No se trata del precio, señor Eastlake!

—Ya me lo imaginaba. No parece usted venal.

—¡Oh!

—¿Es una cuestión de gustos, entonces?

—¡Más bien de pudor, señor Eastlake! ¡O de decencia, si esa palabra significa algo para usted!

—Desgraciadamente, me temo que no.

James se quitó el chaleco, lo tiró al respaldo de un sillón y se desató la corbata. Aylana sintió que la rabia daba paso al pánico. Estaba en casa de un soltero, en su salón. No había nadie más. Incluso en el campo, en provincias, semejante atrevimiento habría estado fuera de lugar. Era un hombre apuesto con una reputación escandalosa…

—Señor Eastlake, se lo ruego…

—Tranquilícese, Aylana —dijo, desabrochándose la camisa, una hermosa prenda de lino blanco, confeccionada a medida—. No es nada escabroso, tan solo arte. Si hasta he previsto un manto… —añadió, señalando la sábana que tenía detrás con cierta impertinencia.

—Se ponga el manto o no, yo…

—Si le trae sin cuidado, puedo prescindir de ella, ¿sabe?

—¡Señor Eastlake!

—Definitivamente, prefería «James»…

—¡Pues sepa que nunca más le llamaré así!

—Sin duda es usted intransigente.

—¡Vístase de inmediato!

James arqueó una ceja; una ceja imperiosa, ligeramente altiva y colmada de esa arrogancia aristocrática por la que a ella le habría gustado asfixiarlo.

—¿Es una orden, señorita Shaye?

Abandonó lo que estaba haciendo y avanzó hacia Aylana. Ella dio un paso atrás instintivamente. Su camisa entreabierta dejaba ver su torso musculoso y, a cada paso, ella vislumbraba un detalle que grababa en su memoria con un ansia poco profesional. Una parte de su clavícula, la silueta hinchada de sus pectorales, la fina pelusilla de su torso…

—James, se lo suplico…

Había vuelto a llamarlo por su nombre de pila. Su ira la abandonaba: había dejado de pensar. James saboreó su victoria por adelantado y dio otro paso. Aylana reculó de nuevo.

—Me encanta oírla suplicar…

Ella ni siquiera contestó: se sumió en una agitación interior sin precedentes. Buscaba desesperadamente una escapatoria de su propio deseo, un deseo que humeaba en cada molécula de su encantadora persona: en su respiración entrecortada, en sus pupilas dilatadas, en sus labios sonrosados, en su aroma cambiante… Cada detalle de su cuerpo, por minúsculo que fuera, era el objetivo de su vista de lince.

Aylana se dio de espaldas contra una pared. Presa del pánico y desesperada, se hizo a un lado. Él se acercó: le producía un inmenso placer verla luchar contra los impulsos de su propia

carne. Las manifestaciones del deseo femenino eran puro regocijo. Aquel imperceptible cambio en su fragancia corporal, el temblor de su barbilla, la tez sonrosada de sus pómulos, sus pechos menudos y turgentes agitándose con dificultad, el tono ronco de su voz al implorarle que cesase en su empeño… Y finalmente, su respiración entrecortada, la prueba final que delataba la intensidad de su exquisita emoción.

Era suya.

Y él la deseaba. Lo habría hecho allí mismo, en aquella habitación, en el suelo, en el pasillo… donde fuera. La deseaba, y si su alma aún se debatía entre el gozo y la moralidad, su cuerpo no buscaba nada más que el placer. James nunca escuchaba a nadie más que a su cuerpo. El cuerpo no mentía jamás.

—James…

Fue casi un gemido. James la deseaba tanto que se habría liberado allí mismo. Aylana encarnaba una feminidad tan sutil, tan auténtica, tan eminentemente delicada, que a él le pareció que el recuerdo de las mujeres que la habían precedido hasta entonces se esfumaba como por arte de magia. Con cada uno de sus suspiros, de sus movimientos, de sus gemidos… con cada bocanada de su perfume, las trazas de su pasado en aquella estancia se atenuaban. Su feminidad anulaba toda coquetería; su fragilidad, la hipocresía más desvergonzada; su audaz resiliencia, las indulgencias más viles; y la batalla que libraba, impotente, contra sí misma —tan baldía como loable— desterraba hasta los últimos cuerpos lánguidos que se habían abandonado en sus brazos.

James apoyó una mano en la pared, a su vera, y ella lo esquivó de nuevo. De espaldas a la pared, la joven se hizo a un lado y encontró a tientas el pomo de una puerta.

—James, no…

Al fin caía en su red. James, con la sombra de una sonrisa victoriosa en los labios, se acercó a ella con indolencia.

—Atrévase a decir que no le gustó nuestro beso de ayer.

El rojo de sus mejillas se intensificó: parecía que la joven iba a prenderse fuego en cualquier momento.

—James, yo…

Estaba tan cerca que podía sentir su hálito ardiente en su rostro. Su aliento cálido, embriagador, ligeramente velado por el olor del *whisky*. James se inclinó ligeramente, pero ella giró el picaporte. Por fin encontraba una salida. Entró corriendo a la estancia contigua y dio un paso atrás, luego un segundo. James se adentró con ella y se detuvo. Aylana se quedó inmóvil: el corazón le latía desbocado.

Todo en aquel hombre incitaba al pecado: su cabello alborotado, el brillo animal de sus ojos, sus labios sensuales, tan exquisitamente perfilados, y esa sonrisa sempiterna que dibujaba en ellos. Y qué decir de aquellos hombros anchos que estiraban su camisa. O de su figura alta y esbelta. Su condición atlética, su paso ágil, felino, relajado… Su gracia indolente, su arrogancia intolerable. ¡Y esa camisa medio abierta —indecente, tentadora— que se adentraba en sus pantalones! Unos pantalones de ante, ajustados y provocativos, que revelaban sin pudor las firmes curvas de sus piernas. ¡Unas piernas largas y musculosas que desaparecían, a la altura de la rodilla, tras dos botas champán perfectamente abrillantadas!

Aylana, angustiada, le imploraba piedad con los ojos. ¿Le suplicaba que la dejase marchar? ¿Que la tomara en sus brazos? Ni siquiera lo sabía. James curvó sus labios en otra sonrisa. Parecía que iba a decir algo.

¿Se burlaría de ella? ¿Le diría que solo era un juego, una broma? ¿Que en realidad…?

—Estamos en mi dormitorio.

Las palabras resonaron en su cabeza: confusas, indistintas. Pero entonces él la miró con tal intensidad que al fin se ordenaron de forma coherente. Ahora todo cobraba sentido. Angustiada, Aylana miró a su alrededor: a la derecha, luego a la izquierda. Un armario. Un arcón. Un tocador de caballero. Tapices y sillones. Obras maestras en las paredes. Y finalmente, una enorme cama con dosel.

James dio un paso, luego otro, después un tercero. Cuando llegó a su altura, se detuvo frente a ella. Le sacaba una buena cabeza. Despacio, muy despacio, colocó un dedo índice bajo su barbilla pálida y menuda la levantó hacia él. Aylana sintió que toda su voluntad la abandonaba. Lo vio inclinarse hacia sus labios y cerró los ojos.

***

Se había ofrecido a él.

Se había entregado a él.

Sin reservas, sin restricciones.

Por fin.

James estaba exultante. Se agachó ligeramente y acercó sus labios a los de ella: estaba tan cerca que podía sentirlos temblar. Se detuvo un segundo, dos, quizá tres, pero ella no se apartó. Tenía los ojos cerrados: su cuerpo, presa de un sensual abandono, se había rendido al placer. El deseo, hasta entonces contenido y controlado, se derramó en él como una marea implacable. La sangre le corría por las venas con la violencia de la lava fundida. James le bajó una mano por la espalda y fijó la otra en su nuca antes de arrastrarla a un beso impaciente, vibrante de pasión, dulce y salvaje al mismo tiempo. Aylana, impotente, se entregó a su boca hambrienta y gimió de alivio.

A James le habría gustado tomarse su tiempo, introducirla en todos los placeres con parsimonia. Convertir su cuerpo en una composición, una obra de arte, un cuadro. Tocar todas las melodías, pintar con todas las sombras que tenía en su paleta del placer y que deseaba dedicarle a ella. Revelarle todos los secretos carnales, sus delicias más insospechadas, e inventar aún más —si cabía— solo para ella. Pero todo eso tendría que esperar. Por el momento, tenía un hambre voraz. La anhelaba, y su apetito famélico no daba cabida al esteta del amor que sabía que llevaba dentro.

En aquel momento, tan solo ansiaba hacerla suya y hacerlo de inmediato, verla convertirse en mujer, sentirla a su alrededor. Ansiaba deshacerse del fuego que le recorría las venas y amenazaba con consumirlo, cuanto antes, sin mayor dilación, si es que no la tomaba en el acto. En aquel momento, solo quería poseerla. Por eso, cruzó la barrera de sus labios e invitó a su lengua a un duelo hechizante.

Sus manos fueron recorriendo sus ropajes, buscando cordones, tiras y pequeñas hileras de botones. En tan solo un instante, estaba desnuda ante él: blanca, tierna y venusina. La tumbó en la cama y, sin despegarse de sus labios, se colocó encima de ella. Buscó sus caderas con los dedos para luego acariciarle la cintura, el costado, las costillas. Finalmente, rodeó uno de sus pechos con la palma de la mano. Era redondo, pequeño, delicado. Ella gimió y arqueó la espalda hacia él de forma instintiva. James abandonó su boca al fin y dejó que sus labios, firmes a la par que sedosos, recorrieran su barbilla, su cuello, su escote, con lo que dejó un surco incandescente que consumía su carne nacarada.

Los labios de James se encontraron con los dedos de la joven, y entonces dejó que su aliento encendiera el tierno valle entre sus senos, aunque solo fuera por un instante. Sus pezones se endurecieron. Aylana gimió y se tensó hacia él, que posó su boca húmeda sobre un pezón

punzante. El cuerpo de la joven se alzó con una violenta sacudida. Él ejerció presión con ambas manos para obligarla a permanecer en el sitio y se llevó sin piedad el pezón a la boca. La sintió retorcerse bajo su cuerpo y decidió torturarla: se lo chupó y lamió con crueldad hasta arrancarle el primer grito de la garganta. Aylana temblaba de deseo y él no tardó en sentir un calor acuoso que surgía de su sexo. Con una mano, descendió hasta su vientre, luego aún más abajo, acarició su capullo floreciente con la palma de la mano y, con infinita cautela, introdujo un dedo en su sexo. Su néctar lo humedeció y la frágil carne virgen se contrajo instintivamente a su alrededor. Todo su cuerpo le urgía a tomarla allí mismo, a poseerla, a llevarla al éxtasis. Y su fatua virilidad ardía por hundirse en ella con urgencia, ardor y brío.

Iba a volverse loco.

Impaciente, se quitó la camisa y se desabrochó febrilmente los pantalones. Su miembro, que durante demasiado tiempo había estado constreñido, se liberó al fin: el alivio fue inmediato. James se deshizo a toda prisa de lo que le quedaba de ropa, renegó de sus botas y las lanzó a la otra punta de la habitación, antes de volver a tumbarse encima de ella.

Aylana, colmada de placer, deseo y todo tipo de emociones y sensaciones, gimió ante su contacto. Tenía la vista nublada, el pelo enmarañado y los labios hinchados. Sin más dilación, él encajó su sexo en el hueco de sus muslos, en los húmedos pliegues de su jardín secreto, que apartó con un gesto delicado y apetente. Como si hubiera adquirido consciencia propia, su miembro viril se introdujo con destreza en su carne íntima y delicada. James se deslizó con facilidad en su interior hasta que halló la prueba de su inocencia. Para él, fue como si un rayo lo atravesara: había sido el primero. Puede que lo sospechase de antemano, y es más, que lo hubiera sido para otras mujeres, pero nunca se había sentido tan poderoso.

Era el primero. El primero en pasar por aquel lugar, en descubrir una tierra ignota. El primero en trazar un camino, la senda del placer, de la intimidad más secreta, de la felicidad de aquella mujer. Él sería el primero en darle placer, en hacerla perder el control de su cuerpo, puede que incluso en hacerla gritar. Por eso, James cogió a Aylana por la nuca, clavó los ojos en sus iris velados, buscó allí un destello de su voluntad y la penetró hasta la parte más honda de su intimidad. Aylana, con los pechos erectos y la espalda arqueada, abrió los ojos de par en par y se quedó muda de asombro. Sin dejar de mirarla, James se retiró ligeramente y volvió a penetrarla. Esta vez, sus muslos enjutos se apretaron contra él. Volvió a recular y, con una acometida vigorosa de su miembro, la penetró con fuerza. Ante aquella embestida, Aylana cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y gritó.

Era todo lo que había soñado. James se tensó y se afanó a entrar y salir de ella con creciente intensidad. Pronto ella siguió su ritmo, se entregó sin darse cuenta a un compás primitivo, auténtico y ancestral al que él la invitaba a unirse. El vaivén pélvico de Aylana, sus flamantes piernas que se entrelazaban con las de él y sus pezones endurecidos que se frotaban con sus pectorales pronto minaron el poco control que le quedaba sobre sí mismo. Sus arremetidas se volvieron hercúleas, sus idas y venidas, más raudas. En cuestión de minutos, la delicada vaina de Aylana se tensó a su alrededor. Entre sus convulsiones, James se prendió fuego. Tal vez él estuviera a punto de estallar, pero ella estaba descubriendo el placer supremo. James apretó los dientes, cerró los ojos y aumentó el ritmo. Temía perderse y olvidarse de sí mismo en su maravilloso calor de mujer.

Entonces ella gritó. James la mantuvo en la cima del placer todo el tiempo que pudo y, justo cuando estaba a punto de unirse a ella en el éxtasis, salió de su sexo con un gemido y, con el cuerpo tembloroso por los espasmos, derramó su semilla sobre las sábanas.

***

Unos mechones rebeldes creaban sombras en su frente. El cabello castaño le confería un encanto pícaro. Al igual que el elegante arco de sus cejas, su nariz recta y equilibrada y las risueñas arrugas de sus ojos. O su boca sensual, burlona y traviesa, el lienzo para su eterna sonrisilla, retratada con la dosis justa de descaro. ¿Las proporciones de su rostro? Ideales, perfectas.

Lo tenía todo.

Todo, hasta unas manos viriles con las uñas bien cuidadas, unas clavículas poderosas con líneas marcadas, una anatomía aristocrática y una esbelta musculatura. Sus abdominales perfectamente cincelados, el relieve escultural de sus brazos, el cabrio insolente que escondía bajo la sábana… Y luego estaban sus cicatrices: dos redondas en el hombro, una línea recta en el costado. Dos balas y un tiro de bayoneta. Las únicas imperfecciones de aquel cuerpo de Apolo. Y aquella despreocupación, aquella seguridad y dejadez casi adolescente que ella había captado en su porte, en el drapeado[3] de la tela y hasta en las comisuras de sus labios.

Una mirada experta. Unas facciones bien plasmadas. La obra de una artista consumada.

James, impresionado, levantó la vista.

—Cada día me sorprendes más, Aylana —No era cuestión de seguir tratándola de usted. La joven enrojeció ante el cumplido. James le rodeó la cintura con un brazo y le acarició la cadera por encima de la bata. La prenda era suya, y aunque era demasiado grande para ella, adoraba verla en su cuerpo—. ¿Me lo firmas?

Ella volvió a concentrarse en su trabajo, retocó un último detalle, añadió un par de sombras y lo firmó con su nombre, precedido de la fecha. Luego le devolvió el dibujo a James, que se levantó y la besó.

—Gracias, *milady*…

Aylana sintió una punzada de amargura en el corazón.

—No soy una dama.

Él la rodeó con los brazos y apoyó la frente en la suya.

—No, pero créeme, dibujas mucho mejor que nadie que yo haya conocido.

Una cifra de personas bastante notable… —pensó ella, de repente más malhumorada que halagada.

James le besó la punta de la nariz y, con la sábana aún atada a la cintura, dejó el dibujo junto a su licorera.

—Así podré contemplarlo todas las noches antes de mi brandi. O de un buen *whisky*, según el caso —Su tono era despreocupado, como de costumbre. Sus movimientos, fluidos y seguros, como siempre. Su caminar rebosaba elegancia, aplomo y soltura. James se dio la vuelta y, por un momento, su rostro recuperó el aspecto juvenil de un adolescente, como solía ocurrirle cuando bromeaba—. Me resulta muy excitante que me haya dibujado una mujer. Me parece… sumamente erótico.

Aylana no se atrevía a hacer la pregunta que le quemaba en la garganta. Tenía demasiado miedo de que su respuesta la decepcionara, así que se sorprendió al indagar:

—¿Ha sido la primera vez?

—Sí.

No había dudado, así que se sintió aliviada. Él no se dio cuenta, gracias a Dios —y ni siquiera parecía sospechar sobre la importancia de su respuesta—. Estaba ocupado observando la sanguina por duodécima o decimotercera vez consecutiva.

Después de hacer el amor por primera vez, James la había retenido en su cama. Luego, le había hecho el amor tres veces más. Se habían quedado dormidos juntos, exhaustos —Aylana

acurrucada contra él— y se habían despertado al alba en la misma posición.

James —¡un claro madrugador, después de todo!— la había acariciado de nuevo y la había poseído una vez más. Y otra. Y otra más. Parecía estar a punto de atacar de nuevo cuando el estómago de Aylana empezó a rugir. Él se rio y se levantó. Le ordenó que se quedara allí y regresó unos instantes después con una bandeja bien surtida en las manos. Rosbif frío, pechuga de pavo, un borgoña y una carlota de fresas[4].

Aylana, roja de confusión, se dio cuenta de que él lo tenía todo previsto. Había planeado hasta el último detalle.

Cielos, ¿tan predecible era? ¿Se había convertido en una de esas chicas veleidosas, tan fáciles de seducir como para anticipar el momento exacto en que sucumbirían?

Sin embargo, no dijo nada. Después de todo, había sido consentido… y había vuelto a por más. Su cuerpo le pedía más. Su corazón le pedía más. Su conciencia, sin embargo, rogaba piedad. Habían comido, y más tarde, él le había hecho el amor de nuevo. Luego se habían vuelto a dormir, y a media tarde, se habían levantado de la cama de una vez por todas. James aún quería hacerlo de nuevo, pero Aylana había insistido en cumplir su parte del trato, así que se había puesto manos a la obra. Y ahora, James tenía su desnudo. Bueno, su medio desnudo. Y no podía dejar de elogiarla, lo cual, viniendo de un hombre apasionado como él, la halagaba más de lo debido.

El libertino se acercó e hizo ademán de separar las solapas de su bata.

—James…

—Te deseo —Le descubrió el hombro y, embelesado, la contempló en silencio. Era blanca, cremosa, opalescente. Acarició a Aylana distraídamente con la yema del pulgar y la miró intensamente a los ojos con sus iris glaucos—. Eres preciosa.

Como con cada cumplido, con cada señal de deseo, con cada muestra de atención genuina, Aylana sintió que se le aceleraba el corazón. Sonrió tímidamente y levantó hacia él sus dos ojos claros, velados por la pasión, perfectamente inocentes, límpidos y puros. James se preguntó por un breve instante si alguna vez podría cansarse de ella. De admirarla. De contemplarla. De hacerle el amor.

Debía tener cuidado. Había estado a punto de olvidarse de sí mismo, de liberarse en ella. Siempre se había enorgullecido de conocer su cuerpo y, por ende, de saber cuándo retirarse, pero nunca había estado tan tentado de quedarse dentro de una mujer hasta colmar su placer. Cosa que, por supuesto, jamás haría. Había que ser necio para correr un riesgo así. Sin embargo, tenía que admitir que, a veces, la tentación había sido desmesurada. No podía dejar que Aylana albergara su semilla —por el bien de ella y el suyo propio, claro—, pero había algo increíblemente frustrante en derramarla en la palma de su mano o en la sábana, algo que nunca le había molestado tanto como cuando estaba en brazos de la joven.

Debía ser prudente.

—Bueno, yo… supongo que será mejor que me vaya…

James se apartó y la miró fijamente, como si no la entendiera. Una sombra de decepción se apoderó de sus ojos esmeralda.

—¿Por qué?

—Bueno, porque… —La verdad es que no quería irse. Pero alguien tenía que poner fin a aquel lapsus de perversión, sobre todo porque los sirvientes de James no podían haber desaparecido de la faz de la tierra y, aunque hubieran tenido un día libre (cosa que se había visto obligada a suponer), probablemente volverían pronto—. En fin, porque es tarde y… no debería estar aquí. ¿Dónde están tus sirvientes?

James sacudió la cabeza y la cogió por la cintura.

—Solo tengo un lacayo. Bueno, y a Clerk, claro. No necesito más. Le he dado a Bigs un poco de tiempo libre y no volverá hasta que yo se lo diga.

—Oh…

¿Tan predecible era que él le había dado el día libre a su lacayo personal? Cielos, ¿había caído tan bajo? Su madre debía estar revolviéndose en su tumba.

A no ser que James estuviera tan seguro de su talento que pudiera repetir aquel numerito una y otra vez, con independencia de quién fuera la víctima. Se le encogió el corazón de pensarlo, pero una vez más, no dijo nada. Sabía exactamente con quién trataba, dónde se había metido, y no iba a quejarse, no cuando…

—Por favor, Aylana, quédate conmigo esta noche. Déjame darte más placer.

James se arrimó a ella y empezó a jugar distraídamente con un mechón de su pelo suelto. A menos que, de nuevo, no fuera puro embeleso, sino un gesto deliberado. *Qué ruin*. Aylana no dudaba que James era perfectamente consciente del efecto que cada uno de sus movimientos tenía sobre ella. Al igual que, probablemente, sucedía con el resto de las mujeres. Su voz se hizo más ronca, más grave, más profunda. Su mirada, más sensual, más persuasiva y prometedora. Aylana supo entonces que había perdido la partida.

Otra vez.

—Quédate conmigo esta noche —insistió—. Esta y todas las demás…

***

Y eso fue lo que sucedió. Pasó una semana.

La mañana del tercer día, Aylana se sorprendió al ver llegar sus pertenencias. James las había mandado a buscar sin siquiera consultarla. En aquel momento, ella le reprochó que no la hubiera avisado, sobre todo porque había prometido a la posadera que le pagaría al principio de la semana. Pero James se había ocupado de todo. Había costeado la pensión completa de un mes y la propia señora Crofts había empaquetado las pertenencias de Aylana. Hasta entonces, la joven no había echado en falta sus cosas, ya que había pasado las últimas sesenta horas desnuda o en una de las batas de James: él apenas le había dado la oportunidad de ponerse otra cosa.

La mañana del cuarto día, acordaron volver a salir a tomar el aire. Vagaron por Mayfair, de tienda en tienda, pero sin comprar nada. Aylana se negaba en rotundo a que él la cubriese de regalos, aunque fuera tan solo con uno de los embriagadores perfumes de *Floris*, de cuyo escaparate manaba la sensual esencia de bergamota y azahar. Luego pasearon por Green Park, hojearon las estanterías de la librería *Hatchard*, en el corazón de Piccadilly, y admiraron las obras de un acuarelista. James fue a comprar *stogies*[5] a una tienda muy chic de New Bond Street en la que elaboraban productos conforme al gusto del cliente, y luego regresaron a casa para comer —una vez más— de una bandeja en el dormitorio. Hacía que le trajeran la comida de Eastlake Hall, donde la cocinera, la señora Whigs, parecía muy versada en el arte de abastecer el picadero en el que este vivía.

Al quinto día, fueron a visitar a John de nuevo. La experiencia resultó ser tan aterradora que Aylana tardó todo el día en recuperarse. James tuvo que usar todo su encanto —y Dios sabe que lo tenía— para que ella volviera a pensar en cosas más felices, y en hacerlas, para el caso. Pero hasta que la oyó chillar de placer no obtuvo la confirmación de que la había sacado de la nube de melancolía.

El sexto día, Aylana empezó a preocuparse por el baile de Brighton. Estaba segura de sus modales, por supuesto, pero ser una dama de compañía hecha y derecha en la campiña no tenía

nada que ver con un baile en una residencia real. Además, no era muy buena bailarina: había tenido pocas oportunidades de practicar durante el tiempo que había estado al servicio de la dulce —pero muy anciana— lady Kathleen, y por supuesto, ninguna durante sus años de enseñanza en el internado. Suponía que James, en cambio, sería un excelente jinete y bailarín, de eso no le cabía la menor duda. Debía de moverse por la pista de baile como un dios del Olimpo y era evidente que ese envidiable talento le habría servido más de una vez en sus intentos de seducción.

Iba a hacer el ridículo. No soportaría caer tan bajo en la estima de su amante. No resistiría si él ya no la miraba con admiración, si se apartaba de ella o se dejaba hechizar por alguna elegante pareja de baile en una cuadrilla. O, peor aún, en un vals.

James percibió su nerviosismo y consiguió que se sincerara. Por supuesto, ella no le contó sus recelos más profundos y secretos, pero sí le confió sus temores sobre saltarse el protocolo, cometer un error o incurrir en un desacierto. Una vez más, él lo había previsto todo, y ella casi se sintió ofendida. *¿Parecía tan torpe, tan ajena a la etiqueta?* En todo caso, la esposa de uno de sus amigos más íntimos, lady Amanda, hija de un conde y antigua marquesa, se había mostrado dispuesta a explicarle las pequeñas sutilezas de su mundo, así como de responder a todas sus preguntas. Al parecer, esta ya se había ocupado de la educación de su joven cuñada —también plebeya, y del East End, para colmo— y no tenía igual cuando se trataba de instruir a jóvenes para eventos sociales.

Esa misma tarde, Amanda la invitó a tomar el té. Acordaron reunirse de nuevo al día siguiente, y al siguiente, y así sucesivamente, para tomar el *high tea* a las seis de la tarde, hasta que Aylana se sintiera totalmente segura y preparada para el baile de Brighton. James fingió fruncir el ceño ante la idea de tener que prescindir de su compañía durante dos horas al día, pero Aylana dudaba que hablara en serio: después de todo, lo hacía en raras ocasiones.

Finalmente, el séptimo día, la joven regresó a casa radiante tras su segunda «cita social». Amanda era una joven encantadora y Elisa, su cuñada, ahora condesa de Sussex, se había unido a su tentempié entre señoritas (y señoras) con un entusiasmo contagioso. Aylana no podía dejar de alabar los encantos de lady Amanda, una mujer tan sencilla y elegante al mismo tiempo, tan distinguida y amable… Tanto fue así que James, para cambiar de tema, no tuvo más remedio que llevarla al dormitorio, tumbarla en la cama y hacerle el amor sin más preámbulos.

Con todo, después de aquel acto de placer, Aylana volvió a darle vueltas al asunto. Estaba tumbada al lado de James y sus brazos la rodeaban. Con los ojos muy abiertos en la penumbra, arrullada por la respiración de su amante, que ahora dormía, no pudo evitar pensar en Amanda.

Era tan hermosa. Tan etérea y vaporosa. Era muy sencillo: tenía la elegancia en el gesto, la delicadeza, todas las sutilezas de los bien nacidos. Y era de alta alcurnia. Aylana quería ser como ella, aunque solo fuera por un instante, para sentirse más cerca de James.

Si hubiera formado parte de su mundo, si hubiera sido tan hermosa, tan refinada, tan… aristocrática como Amanda, ¿habría sido capaz… de inspirarle algo más que puro deseo? ¿De hacer que la amara? ¿De hacerle anhelar… un futuro con ella?

La respuesta, sin embargo, era obvia: James no veía el amor o el matrimonio como una opción posible. La pequeña farsa del pícnic se lo había demostrado: lady Hitchbird era exquisita, una marquesa, una mujer resplandeciente. Y aunque estaba claro que había disfrutado con ella de los mismos placeres que ahora ellos compartían, James le había dejado muy claro que su reinado no duraría mucho más —si es que no había terminado ya— y que jamás se casaría con ella. O al menos, eso había dicho cuando la coqueta se había marchado.

Aylana suspiró. James no era hombre de una sola mujer, con independencia de su posición

social. Ella lo sabía: por mucho que se disfrazara de princesa otomana, él jamás…

¡Santo cielo! ¡El baile de máscaras! ¡El disfraz!

James gimió en su duermevela.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan inquieta?

—Es que… con todo lo que ha pasado, acabo de darme cuenta de que no tengo traje para el baile de máscaras del rey y…

James la abrazó y la estrechó contra él entre suspiros soñolientos.

—No te preocupes. Ya me he ocupado de todo —Ella quiso apartarse, pero él la sujetó con firmeza—. Deja de moverte.

—No quiero que me regales un…

—Sé que no quieres, pero no rechistes. Si te hace sentir mejor, no pagaré ni un chelín —James no tuvo que abrir los ojos para darse cuenta de que ella lo miraba con recelo—. Confía en mí —gruñó a punto de rendirse a los brazos de Morfeo.

—La confianza es un bien escaso y, ¿sabes? Cuando se es digno de ella, no es necesario pedirla —replicó ella con suspicacia.

—Eso me enseñará a no retozar con filósofas… —replicó él a fin de satisfacer las conveniencias.

—No quiero que…

—He dicho que confíes en mí. Lo tendrás en dos días. Ahora duérmete o te haré el amor.

Pero Aylana no se durmió, así que James hubo de castigarla sin contemplaciones.

---

[1] *N. de la T.* Mesas que suelen estar arrimadas a la pared.

[2] *N. de la T.* Traducción no oficial: *El nuevo libro de la decoración.*

[3] *N. de la T.* Según el DLE, drapear es «colocar o plegar los paños de la vestidura, y, más especialmente, darles la caída conveniente». Es un término que se utiliza en pintura y escultura.

[4] *N. de la T.* Tarta de origen francés elaborada con una base de bizcochos de soletilla. No se hornea, sino que se sirve en frío.

[5] *N. de la T.* Marca de puros refinados.

IX

El Theatre Royal de Drury Lane, en el corazón de Covent Garden, era el teatro más grande de Londres, el más grande de Europa y también del mundo.

Gracias a sus flamantes columnas de hierro que sustituían a las de madera y a un escenario descomunal de veinticinco metros de largo por veintiocho de fondo, podía albergar a tres mil seiscientos espectadores en cinco niveles de galerías, así como a equipos de producción integrados por decenas de figurantes.

Un gigante.

Un monstruo.

El edificio laico más alto de Londres.

James, como buen aristócrata, sabía moverse por el interminable laberinto que formaban los bastidores: conocía hasta el armario más pequeño, el almacén de atrezo más minúsculo… y, por supuesto, los camerinos de las bailarinas del balé de Moscú cuando estaban de visita. Avanzaba a paso decidido y trazaba el camino entre la multitud delante de Aylana, que le seguía.

Unas bailarinas calentaban apoyadas en la barandilla de una escalera con molduras de madera. Otras giraban sobre sí mismas por los pasillos, y se sonrojaban, tímidas, cuando alguna de sus piruetas las arrojaba —muy a su pesar, sin duda— a los brazos de James. A unos cuantos pasos, los peones retocaban un decorado de cartón piedra, clavos y martillos en mano. Más allá, Pantaleón, Pierrot y Arlequín[1] debatían sobre la última ópera que estaba en boca de todos. Los bailarines estiraban. El regidor del teatro corría de un grupo a otro empuñando el programa semanal. En el borde del escenario, los tramoyistas se afanaban en accionar tornos y poleas. En una sala, los actores ensayaban con el guion en la mano, al menos cuando el director y el autor del melodrama en cuestión se lo permitían, enfrascados como estaban en una pugna con reglas y manuscritos enrollados en lugar de armas. En la sala contigua, un barítono practicaba sus escalas al compás de un pianoforte lacado en negro. Y por supuesto, allá por donde pasaban, actrices, cantantes y faranduleras (desnudas en mayor o menor grado) dirigían miradas sugerentes al apuesto aristócrata que se paseaba entre ellas, algunas con un evidente aire de *déjà-vu*… O de *déjà-connu*[2].

Aylana, intimidada y con los ojos como platos, lo seguía en silencio entre aquel guirigay. A su alrededor reinaba el caos habitual de las bambalinas del teatro, un barullo incesante de notas musicales, fragmentos de discurso, líneas de sainetes, el *toc*, *toc* de una aldaba y un sinfín de gritos, a veces entusiastas, otras veces insultantes. Por todas partes se respiraba una mezcla opresora de olores irritantes: el sudor, las lámparas de gas, la cera derretida, el maquillaje, el cartón empapado, las cortinas de terciopelo, las habitaciones mohosas y los trajes polvorientos… todo llevaba demasiado tiempo descuidado. Aylana estaba un tanto agobiada, pero hizo acopio de todo su valor para pisarle los talones a James. Finalmente, tras lo que pareció un viaje de ida interminable, el sangre azul abrió una puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Un probador lleno de lámparas de aceite, candelabros y espejos basculantes. Broches, dijes, volantes y colgantes. Y esa tufarada sofocante a pólvora, a libros viejos, a desván, que aún persistía.

Allí, una mujer coronada por un sombrero de plumas se dio la vuelta. Al ver al aristócrata, se le iluminó el rostro.

—Señor Eastlake, ¡es un placer verlo! Hacía mucho tiempo que no nos honraba con su presencia.

—Oh, no hace tanto, Diana… Un mes como mucho.

—Ya sabe que un día sin usted es una eternidad —bromeó, para consternación de Aylana.

James se limitó a sonreír y extendió el brazo para que la joven se acercara.

—Aylana, esta es Diana, la diseñadora de vestuario de Drury Lane. Es toda una maestra en el arte del disfraz.

—Y no únicamente en eso, espero… —susurró la modista.

—Diana, esta es la señorita Shaye. Es una amiga mía.

Una amiga…

Aylana se sintió amargamente decepcionada. Después de los tórridos momentos de pasión en los que se habían embarcado desde hacía una semana, por no mencionar sus aventuras artísticas y sociales… *¿Eso era todo? ¿No significaba nada más para él? Aunque, en realidad, ¿qué otro término le habría convenido? ¿Acaso podía esperar otra cosa?* «Amiga» era una palabra que podía significar «amante»… o no. Por otro lado, Aylana no quería ser vista como la favorita del momento de cara al público.

—Encantada de conocerla, señorita Shaye —dijo Diana con la cabeza ladeada. Parecía sincera (y, por ende, una mujer dada a la conversación)—. ¿Y bien, señor Eastlake? ¿A qué se debe el placer de esta visita improvisada?

James le acarició la espalda a Aylana, un gesto con el que mostró la intimidad que compartían y la protección de la que ella gozaba, y dijo con suavidad:

—Me gustaría que compartieras tu talento con ella.

—¡Oh…!

—Necesita un traje a medida para un baile de máscaras. Un disfraz.

Aylana se volvió hacia él.

Por eso estaban allí…

—Sin problema.

—Para dentro dos días, si puede ser.

—Una vez más, sin problema. Podríamos empezar con las pruebas de vestuario ahora mismo, si le parece.

—Para eso hemos venido. ¿Tienes tiempo?

—Solo una hora. Una hora y media, quizá, como mucho. Luego llegará el caos, ya lo sabe.

—De acuerdo, entonces. Me gustaría que…

James se acercó a ella y le susurró al oído unas instrucciones que, por desgracia, Aylana no consiguió captar. Un tanto molesta porque la dejaran de lado —*después de todo, ¿no hablaban de su disfraz?*— hizo un esfuerzo encomiable por no fruncir el ceño.

La diseñadora de vestuario sonrió, asintió una vez, luego otra, le dirigió una mirada traviesa y, finalmente, cuando este volvió a su lugar inicial, sonrió con complicidad.

—Eso haré, señor Eastlake.

—Perfecto. Hasta dentro de una hora, entonces.

Aylana se volvió bruscamente hacia él.

—¿Se marcha?

Él sonrió. Como era de esperar, ella había vuelto a tratarle de usted en público. Como si no se hubieran explorado decenas de veces en el sentido más bíblico de la palabra. Como si no hubieran pasado sus noches —y sus días— dándose más placer del que era humanamente posible… o recibiendo los favores del otro.

—¿Prefieres que me quede a ver cómo te desnuda?

Ella enrojeció de forma abrupta y Diana —una mujer decididamente abierta de mente, por lo que Aylana se preguntó dónde quedaba su moral— sonrió con complicidad.

—No, yo…

James le cogió la mano y depositó un beso en ella.

—En ese caso, no hay más que hablar. Nos vemos dentro de una hora. No te preocupes: estás en buenas manos. ¿Cuidarás de ella, Diana?

—Puede contar conmigo, señor Eastlake.

Tras una última mirada coqueta —o eso creía haber visto Aylana—, James dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí.

—¡De acuerdo! Ahora solo quedamos usted y yo, señorita Shaye…

***

Aylana estaba furiosa.

El escote del vestido era pronunciado, tenía los hombros al descubierto y el corsé se ataba por delante. Era capcioso hasta el extremo. Unas mangas abullonadas blancas. Unas faldas largas de color verde oscuro. Un pequeño delantal blanco cosido en la parte delantera. Y en el cabello, dos trenzas gruesas embellecidas con cintas y un sombrero de fieltro marrón con una pluma de faisán en lo alto de la cabeza.

La habían disfrazado de criada —o más bien, de mujer de mala vida[3]— de una opereta centroeuropea.

—Creía que eras un hombre de buen gusto —atacó de inmediato cuando James entró por la puerta.

Al aristócrata le brillaban los ojos: detalló sus curvas de arriba abajo, y luego de abajo arriba.

—No creo haber visto jamás una obra de arte tan hermosa.

—Probablemente haya pasado demasiado tiempo en mancebías y otros lugares indecentes como para tener la menor idea de cómo viste una mujer decente, señor.

—¿Y qué es una mujer decente, Aylana? —preguntó con voz dulzona mientras la miraba a los ojos.

Era evidente lo que insinuaba. Aylana le habría arrancado la lengua de cuajo. En su lugar, levantó la barbilla y lo miró fijamente, a penas capaz de contener su rabia.

—¿Intenta humillarme?

James levantó una ceja sorprendido.

—No, en absoluto. ¿Por qué iba a hacerlo?

—No sé, ¿para recordarme que pertenezco a una casta inferior a la suya, tal vez?

Por un momento, la máscara de puro sarcasmo de James se resquebrajó. Sin embargo, el sangre azul no tardó en volver en sí para preguntarle en tono engatusador:

—¿Preferirías un disfraz de princesa oriental…?

Ella se encogió de hombros y lo miró con desprecio.

—¿Con mi color de pelo?

James sonrió con descaro.

—Exacto. Tu hermoso cabello combina a la perfección con el disfraz que he elegido para ti —Ella frunció los labios y él, simplemente por el placer de verla bullir de ira, no pudo evitar añadir—: A mí me parece perfectamente creíble.

Estaba tan hermosa cuando se enfadaba…

James se regocijó en sus palabras, pero ella pensó en abalanzarse sobre él. Habría…

Señor, era de una belleza sin igual.

Su naricilla blanca se movía con furia, sus pecas relucían en su rostro y sus ojos se habían cubierto de infinidad de destellos plateados, brillantes como el filo de un cuchillo.

—Cuanto más la miro, más orgulloso me siento de mí mismo. Una obra maestra —añadió en un tono más provocador que nunca.

—Si me lo permite, es obra mía, no suya, señor Eastlake —intervino Diana, que no se perdía nada de lo que estaba pasando.

—Pero ha sido idea mía.

La diseñadora de vestuario se echó a reír. Aylana no conseguía recobrar el temple. A aquel comentario siguió un silencio elocuente.

—¿Entonces se quedarán con el disfraz? —preguntó finalmente la modista, echando un vistazo al enorme reloj de pared que había en un rincón de la habitación.

—Sí, nos lo llevamos —dictaminó James con autoridad—. No te preocupes, Aylana. Esta noche, en cualquier caso, disfrutarás de los privilegios de una dama. ¿Diana…?

—Ahora mismo, señor Eastlake.

Aylana los miró asombrada. James salió de la habitación y la diseñadora volvió al trabajo. Le quitó el disfraz —no sin volver a decirle que estaba «para comérsela» con él, algo que Aylana no consideraba precisamente conveniente— y le deshizo las tupidas trenzas. Luego se puso a rebuscar en un enorme armario: apartó montones de baratijas, faralás[4] y todo tipo de floripondios. Más tarde escarbó en un ropero, cogió algo de ropa de una percha y se dispuso a vestirla con otro traje.

—¿No voy a volver a ponerme la ropa?

—Esta noche no, querida.

En menos de media hora, la transformación fue completa. La joven doncella de opereta dio paso a una dama londinense a la última moda. Un vestido de tafetán gris claro; un escote cuadrado bordado con perlas, muy abierto en los hombros, pero en definitiva, casto; un chal de cachemira en un color más oscuro; un bolso de satén blanco; guantes largos a juego que le llegaban hasta los codos; zapatos de tacón de marfil con costuras de plata; y, en el pelo, un moño imponente del que solo escapaban algunos rizos cobrizos, retocados con destreza y rematados por una diadema brillante.

Movido por una especie de instinto, James llamó a la puerta en ese preciso instante.

—¡Está lista! —gritó Diana por encima del hombro mientras trataba de disciplinar un mechón de pelo de la joven (demasiado rebelde para su gusto).

James abrió la puerta y se quedó helado.

—Estás… resplandeciente —dijo finalmente en un suspiro.

Aylana se sonrojó ante el cumplido.

—Estabas jugando conmigo, ¿verdad?

Había vuelto a tutearlo. Una clara señal de alivio. *Pero ¿por qué decía eso?* James no comprendió de inmediato a qué se refería y dio un paso hacia ella.

—¿Cómo?

—Hablo del baile… Es esto lo que llevaré puesto, ¿verdad? Me estabas tomando el pelo con el otro traje, ¿me equivoco?

Para su consternación, James negó con la cabeza.

—No, tu disfraz para el baile es el de doncella. Pero este… —Volvió a acercarse a ella y le rozó la mejilla—. Este es tu traje para esta noche.

—¿Para esta n…?

—Sí, pero espera: falta algo.

James se sacó un estuche del bolsillo. Aylana se dio cuenta entonces (y solo entonces) de que él también iba vestido para la ocasión. Llevaba un chaqué con un botón de camelia cosido en la solapa. Ni siquiera se había dado cuenta con tanta ira. James abrió el largo estuche de terciopelo negro y Aylana contuvo la respiración: dentro resplandecía un río de diamantes. Incluso Diana abrió los ojos como platos.

—Oh, no, James…

Este le poso un dedo en los labios, con lo que reprimió cualquier intento de resistencia.

—No tienes por qué quedártelo. Me gustaría que lo hicieras, pero… al menos póntelo esta noche. ¿Me permites?

Sin esperar respuesta, James la giró con dulzura hacia un espejo y ocupó su lugar detrás de ella. Luego, con pericia, le colocó el collar en la garganta y le abrochó el cierre en la nuca. Aylana ni siquiera se atrevió a respirar. El tacto frío de las piedras sobre su piel desnuda era una sensación nueva, desconocida, que además contrastaba con las palmas ardientes de James, que reposaban sobre sus hombros desnudos.

—Eres sublime, Aylana —le susurró al oído, rozándole la espalda con tal sensualidad que un largo escalofrío de anhelo le recorrió la espina dorsal.

—James, no puedo… —se obligó por fin a articular palabra, no sin cierta dificultad.

—Aylana, parece hecho para ti. Al menos llévalo esta noche. Por favor.

Como para animarla, Diana, con los ojos brillantes de codicia, asintió febrilmente.

—Pero ni siquiera me has dicho a… ¿Adónde vamos?

—A ninguna parte —Aylana se dio la vuelta y lo miró sin comprender. Él le acarició la mejilla y ella tuvo que obligarse a no abalanzarse sobre sus labios—. Ya estamos donde debemos estar.

***

A su alrededor, todo era estuco, mármol, baño de oro y terciopelo de Damasco. Lámparas de araña relucientes. Tapices irisados. Brocados rojos y dorados. Frescos y frontones. Y además, collares de esmeraldas, capas vaporosas con ondulaciones de zafiro, vestidos confeccionados con hilo de plata e innumerables medias perlas, pendientes engastados con piedras preciosas que captaban la luz, empuñaduras de bastones hechas de oro, torrentes enteros de encaje, coloridas mareas de tul, distinguidos sombreros de copa y fracs de *Meyer & Mortimer*.

Aylana iba cogida del brazo de James. Se sentía diminuta. Habían salido del teatro, doblado la esquina de Drury Lane, subido por Russell Street y luego habían girado por Catherine Street para entrar de nuevo en el edificio, pero esta vez no por la puerta del escenario. James le compró un programa y la llevó a su palco. Pidió champán, *petits-fours*[5] y una bandeja de dulces y dejó que el lacayo cerrara la puerta tras ellos. La joven, de pie en medio de los asientos, admiraba las vistas mientras contenía la respiración.

El escenario era gigantesco. Contempló el patio de butacas de abajo y las lámparas de araña que colgaban del techo. Por todas partes —delante de ellos, encima de ellos, alrededor de ellos —, otros palcos y balcones guardaban (como si fueran joyeros) los tesoros más preciados de la aristocracia británica, e incluso para algunos, de la aristocracia europea. Condes. Duques. Príncipes. Marqueses. Embajadores. Había también mujeres a la vanguardia de la moda. Viudas de gusto desfasado. Debutantes en busca de marido. Y en los brazos de ciertos caballeros, *demi-mondaines* de todo tipo. Aylana tuvo de pronto la desagradable sensación de pertenecer a ese último grupo.

Habían llegado temprano. *Orfeo y Eurídice* de Gluck empezaría en media hora y James no era de los que se presentaban con antelación. Pero tampoco se perdía nunca una representación en Drury Lane —y mucho menos una ópera en italiano o una función de los Camporese— y temía que, si deambulaban más de la cuenta, Aylana cambiase de opinión. Para el caso, estaba seguro de que le gustaría la ópera.

La invitó a sentarse en una butaca delantera y, en ausencia de otra dama —no había invitado a nadie más esa noche—, tomó asiento junto a ella. Entonces le entregó unos pequeños binoculares de teatro de carey y Aylana, que por fin se había dejado llevar por la emoción, recorrió la sala, que se estaba llenando poco a poco.

La joven no tardó en darse cuenta de que la alta sociedad acudía a Drury Lane más para ser vista que para asistir al espectáculo, con independencia de cuál fuese. La gente se espiaba de un palco a otro, las entradas circulaban, los espectadores se saludaban entre sí… Algunos se reencontraban y otros iban a presentar sus respetos. Ciertas personas asentían discretamente y acordaban encontrarse en el vestíbulo. Otras comentaban las últimas críticas en *The Times*. Y unos cuantos —los más numerosos, en realidad— se observaban a escondidas.

Aylana se percató de que varias miradas femeninas se dirigían regularmente hacia el palco de James. *Puro desencanto.* Las damas se abanicaban con garbo cuando desviaban la vista en su dirección. Algunas soltaban risitas y se ajustaban el escote para ofrecer al aristócrata una vista aún mejor. Una multitud de bellezas, cortesanas y busconas de todo tipo, que seguramente la habían precedido en su cama, o que no aspiraban a más…

Era inaguantable. Aylana bajó bruscamente los binoculares, incapaz de soportar aquella imagen. James, sin embargo, parecía perfectamente tranquilo. Incluso lo descubrió dedicando a su horda de admiradoras una sonrisa de rompecorazones, que cómo no, les arrancó un suspiro colectivo. La joven creyó oírlo desde su asiento.

Cielos, ¡estaban locas por él! ¡Y el muy grosero lo sabía! ¡Para colmo, había dos cortesanas que la miraban con ojos envidiosos…!

Aylana sintió que una ráfaga de celos causaba estragos en su interior. Era demasiado. Estaba pensando en abandonar su asiento y salir huyendo cuando se oyeron unos golpes discretos en la puerta del palco.

—El marqués de Marwood, señor Eastlake.

James suspiró. No le apetecía en absoluto aceptar una visita de cortesía de Marwood. Era un rufián de lo más insistente, pero difícilmente podía negarse, no a menos que quisiera armar un escándalo, cosa que no le apetecía en absoluto, y menos en presencia de Aylana.

Así pues, el marqués hizo su entrada flanqueado por su séquito de aduladores, una tropa de pedantes que siempre parecían orbitar a su alrededor. Tan inútiles como serviles, esos estirados vivían a su costa a cambio de alimentar infinitamente su vanidad desmedida.

—Muy buenas noches, Eastlake —saludó el intruso con voz melosa.

—Marwood…

Se hizo el silencio. Aylana estaba inquieta. Se apoyaba en un pie, luego en el otro. Era evidente que James no tenía intención de presentarlos. *¿Acaso se avergonzaba de ella? ¿Le vejaba que un marqués lo viera con una mujer como ella?* El extraño no dejaba de mirarla: sus ojos se deslizaban por su cuerpo como una serpiente repta por la arena. Un fulgor demoníaco iluminó sus iris oscuros.

—¿Quién es esta belleza? ¿Nos la ha estado ocultando, Eastlake…?

James apretó los dientes y puso una mano en la espalda de Aylana.

—Aylana, te presento a lord Horkins, marqués de Marwood. Marqués, esta es la señorita

Shaye —concluyó secamente con una gélida cortesía que, evidentemente, le costaba sobremanera.

Aylana dobló la rodilla en una elegante reverencia, pero ni tan siquiera tuvo tiempo de incorporarse: el marqués le cogió la mano sin que ella se la hubiera tendido —con lo que James se puso rígido a su lado— y la besó de una forma que a ella le pareció obscena y desagradable.

—Mis respetos, señorita Shaye… —murmuró con cierta dulzura.

Pero como sostuvo la mano de ella un poco más de lo necesario, James entró en acción:

—¿Acaso no sabe dónde se encuentra su palco, Marwood?

La invitación a que se marchase era bastante evidente. El marqués, sin embargo, fingió no haber entendido y contestó con indiferencia, sin apartar los ojos de Aylana:

—Ah, por supuesto que sí. Está donde siempre, en el segundo piso.

Aquel hombre la ponía nerviosa. Sin duda intentaba seducirla, pero su mirada lujuriosa hacía que se sintiera terriblemente incómoda.

—En ese caso, le sugiero cordialmente a que vaya a reclamar su lugar, Marwood. El espectáculo está a punto de comenzar.

Esta vez, la ofensa fue de talla mayor. El tipo de afrenta que, si el ofendido era receloso, bien podría resolverse en un prado, a veinte pasos de su oponente, con una pistola en la mano. Sin embargo, el marqués se giró hacia James con una sonrisa irónica y burlona en los labios.

—Vamos, vamos, viejo amigo, relájese… Sabe muy bien que no deseo hacerle competencia. En su lugar, esperaré prudentemente a que vuelva a poner a la señorita Shaye en el mercado.

Esta vez, James lo agarró por el cuello y lo estampó contra la pared de su palco. Varias personas en el patio de butacas y en los palcos de enfrente siguieron con atención el altercado (o más bien, los movimientos de James). Un bisbiseo temeroso recorrió la asamblea. En cuestión de segundos, todas las cabezas se fijaron en ellos y se hizo el silencio.

—Retire su comentario, Marwood. Y ya que está, pruebe a disculparse.

Rojo de vergüenza, el marqués sonrió; una sonrisa que probablemente pretendía ser a la vez confiada y sarcástica.

—Por favor, Eastlake, no se ofenda tan rápido…

—Dese prisa.

El tono de sus palabras era frío, gélido, incisivo, tajante.

No había escapatoria: el marqués no tendría más remedio que obedecer… o desafiar a James a un duelo en un claro remoto. Toda la sala estaba pendiente de sus palabras.

—Vamos, amigo mío, no nos dejemos llevar —insistió Marwood—. Tiene usted mis más sinceras disculpas.

—No, Marwood, dígaselo a ella, no a mí.

La situación se estaba volviendo crítica. James le estaba pidiendo a un marqués que se disculpara ante una plebeya. Aylana, atormentada, quería atravesar el suelo del palco, colarse por los recovecos del patio de butacas, ver la tierra abrirse bajo sus pies y desaparecer para siempre.

Pasó un segundo. Dos. Tres. Diez. Todo el teatro contenía la respiración.

—Retiro mis… desafortunados comentarios, señorita Shaye.

James tiró del cuello de su camisa y acercó el rostro del marqués al de la joven.

—Hágalo como es debido, Marwood…

El otro tragó saliva y se humedeció los labios. Parecía estar sopesando sus opciones, incluido el duelo. Pero nadie, ni siquiera él, quería vérselas con James en un prado.

—Mis disculpas, señorita…

Un nuevo runrún se extendió por la sala. *¿De alivio? ¿De aprobación? ¿De reproche?*

Entonces sonó el gong: salvados por la piadosa campana. James soltó al marqués, pero no apartó la mirada en ningún momento de su adversario.

—Lárguese de aquí.

No hizo falta decírselo dos veces. Marwood se marchó a toda prisa. Su séquito de jóvenes gallos —claramente inservibles— le pisaba los talones.

Aylana, estupefacta, se quedó mirando a James en silencio: era la primera vez que lo veía enfadado. Quiso volver a sentarse, aunque solo fuera para apartarse de las miradas de algunos, pero el aristócrata ya no estaba de humor para tanto teatro. Probablemente, era la primera vez que le sucedía algo así, y por ello, añadió:

—Vamos, Aylana. Marchémonos de este lugar.

---

[1] *N. de la T.* Personajes comunes de la *Comedia del arte*.

[2] *N. de la T.* Del francés, literalmente «ya conocido». En este caso, se refiere a que ya habían tenido ciertas experiencias con James.

[3] *N. de la T.* En francés, *gourgandine*, que también se trata de un corpiño que se ciñe al escote delantero (gurgandina).

[4] *N. de la T.* Según el DLE: «Volante compuesto de una tira de tafetán u otra tela y que, plegado y cosido por la parte superior y suelto o al aire por la inferior, rodea las faldas, vestidos y enaguas femeninos, especialmente en algunos trajes regionales».

[5] *N. de la T.* En ocasiones, frivolidades y canapés, pero también galletas.

X

Desde que unos años atrás el bloqueo de Napoleón había llegado a su fin, la juventud de clase alta del Reino Unido había vuelto a disfrutar de un acceso pleno, libre y sin restricciones a los placeres y sabores de todo el continente: la Costa Azul, las delicias de Italia, las maravillas de Grecia y tantos otros caprichos a los que entregarse en el *Grand Tour*[1] de Europa, del que habían estado privados durante casi veinte largos años.

Por otra parte, Torquay, Weymouth y, sobre todo, Brighton, destinos que habían florecido como centros turísticos alternativos durante el Imperio napoleónico, seguían a rebosar. Los británicos hambrientos de ocio se habían visto obligados a buscar opciones de disfrute que no implicaran salir del país. Pronto se dieron cuenta de que el sur de Inglaterra, y en particular el suroeste —con su clima suave, sus horas de luz, sus colores más cálidos y sus agradables playas de arena— era una alternativa igual de satisfactoria al Mediterráneo. Artistas y dibujantes acudieron allí rápidamente, y el éxito de la «Riviera inglesa[2]» no llegó a decaer, ni siquiera tras la reapertura de los grandes destinos europeos.

Y desde que Jorge IV había decidido tratarse la gota en Brighton —allá por 1783— y construirse un palacio digno de *Las mil y una noches*, aquella ciudad, más que ninguna otra estación balnearia, atraía a las masas. Es más, gozaba de una clara ventaja respecto de Dorset, Devon o Cornualles: estaba muy próxima a la capital. A solo setenta millas de Londres, Brighton era mucho más accesible que Torquay (y mucho más conveniente en materia de curas que la propia Bath). La gente iba a disfrutar del paseo marítimo, se exhibía en la elegante marina, callejeaba, iba de compras, se sentaba en una terraza… y, de paso, escapaba de Londres y sus trabas.

De hecho, eso era lo que James había ofrecido a Aylana durante los últimos tres días. Por el día, helados, sorbetes y paseos por la playa… Y por la noche, gemidos, suspiros y placer en la villa que había alquilado para su estancia. Después del incidente de Drury Lane, el aristócrata había decidido salir hacia Brighton cuanto antes. En lugar de pasar sus últimos días de libertad en Londres y dejar el trayecto al mar para el día anterior al baile, había optado por alejar a Aylana del calor asfixiante de la capital… y de zafios como Marwood. La joven, por su parte, no había protestado: parecía bastante turbada por los acontecimientos de la velada y no había dicho ni una palabra en todo el camino de vuelta a casa. A James le había hecho falta toda su inventiva —y su poder de persuasión— para ahuyentar los recuerdos, algo que finalmente había conseguido a base de sudor, tormentos carnales y embestidas rebosantes de vigor.

Luego había mandado llamar a su lacayo y a una doncella de Eastlake Hall. No importaba cuántas veces Aylana le hubiera dicho que era perfectamente capaz de ocuparse de su equipaje —o más bien, de su única maleta— por sí misma: él se había negado a escuchar. Sin embargo, había cedido ante las insistencias de la joven, que estaba decidida a cambiar su disfraz. Parecía tan incómoda con aquel escote pronunciado (aunque, a su juicio, le quedaba como un guante) que había preferido no hacer de su noche un calvario, *a fortiori* en la corte del rey. Además, había llegado a la conclusión de que, dado el incidente de la noche anterior, tal vez fuera mejor no hacerla demasiado atractiva tampoco. De lo contrario, le resultaría difícil repeler las garras de individuos similares a Marwood.

Al día siguiente de buena mañana —en ocasiones, James era capaz de obrar milagros—

volvieron a visitar a Diana.

Él pretendía hacer de Aylana una cortesana italiana.

Ella se había negado.

¿Y la marquesa de Pompadour?

No, tampoco.

Entonces… ¿de quién se disfrazaría?

La joven sugirió un disfraz de reina Isabel: abotonado hasta la barbilla y, además, con gola[3].

James puso una cara tan hosca que ella se echó a reír.

¿Y una dama noble de la Edad Media?

A juzgar por su reacción, aquella opción no era mucho mejor.

Al final, concordaron en una túnica de diosa del Olimpo sin mangas, con un cinturón de brocado rojo y dorado, un escote en V (aunque no demasiado pronunciado), una estola cosida al hombro derecho, fíbulas doradas en los tirantes y unas *vittae*[4] en el cabello. Un estilo añejo y refinado, un ligero brocado en los tobillos a conjunto con el cinturón y una discreta abertura en la pierna izquierda, hábilmente oculta entre los pliegues y la caída de la tela, pero lo suficientemente visible para avivar las fantasías de James.

Acto seguido, emprendieron camino. Se llevaron a Clerk, a Bigs y a la doncella de Eastlake Hall consigo, ya que James insistía en que debía haber una mujer dispuesta a ayudar a Aylana a vestirse cuando llegara el momento.

Habían sido tres días de pura felicidad. Tres días de encuentros carnales ardientes y apasionados, de noches enteras deleitándose mutuamente en impetuosos combates cuerpo a cuerpo —a veces lentos y armoniosos; otras, raudos y frenéticos— y quedándose dormidos el uno contra el otro, saciados y satisfechos.

Aylana sabía que hacía tiempo que había superado el punto de no retorno. Sin embargo, había dejado de resistirse a las imperiosas necesidades de su cuerpo. Ya no luchaba contra los vibrantes sentimientos que James le inspiraba. No negaba lo evidente, más que nada porque era imposible, sencillamente imposible, no enamorarse de aquel hombre. Se había prendido de él de una forma desesperada, insana, irremediable. Y aunque sufría los violentos ataques de celos que a veces derivaban de su escandaloso comportamiento —le bastaba con pensar en todas aquellas mujeres que habían estado en su lugar y que seguían atrayendo su atención—, no por ello había dejado de entregarse a las tumultuosas olas de lujuria que habían arrasado con su pudor, su virtud, su conciencia… básicamente, con todo.

Solo quedaba su pasión, su amor, su deseo, aquella llama deslumbrante, los momentos que compartían a solas. Y el día que él la abandonara, no quedaría nada. Aylana lo sabía y lo había aceptado. En cualquier caso, no tenía elección: no era rival para él. No podía resistirse a él, alejarse de él. Tan solo reclamaba su cuerpo.

Y lo hacía cada noche, cuando él se esforzaba sobremanera por mostrarle sus talentos y descubrirle el placer sensual que residía en haber nacido mujer. Lo hacía cuando la llevaba a la cima del deleite con una facilidad desconcertante y cuando la cubría de regalos, cuando se aseguraba de que el armario de su habitación estuviera siempre bien surtido o la protegía del mundo exterior. También lo deseaba porque se había entregado por completo a su causa y a la de su hermano: la acompañaba y la apoyaba de todas las formas imaginables. O porque, en el clímax de su unión carnal, le susurraba palabras de amor sumamente eróticas. Aylana las guardaba cuidadosamente en un rincón de su memoria, como un tesoro muy preciado, para poder escucharlas una y otra vez el día en que él ya no estuviera allí para decírselas. Lo amaba porque jamás interrumpía sus momentos de intimidad, salvo para esparcir su semilla encima de ella —

nunca dentro—, momento en que ella volvía a la triste y cruda realidad.

En definitiva, lo amaba: su corazón, su alma, su cuerpo solo vivían a través de él. Pero algún día, él lo destrozaría todo sin pensárselo dos veces y aun así, ella jamás se arrepentiría de haberle dado tanto.

—Aylana, ¿estás lista?

La joven salió de su ensoñación y jadeó.

—Eh… ¡casi!

Había llegado la gran noche. Estaba muy preocupada. Conforme pasaban los minutos no sentía los signos de la excitación —aquellos que cualquier otra joven en su lugar habría manifestado—, sino los pérfidos indicios de la ansiedad. Después de todo, aquella noche estaría a puerta cerrada entre decenas (quizá cientos) de miembros de la clase dirigente. Aquella noche conocería al rey y, por ende, faltaban horas para que se decidiera el destino de John.

Estaba aterrorizada.

Aylana aceptó los últimos retoques que la doncella decidió hacerle en el pelo —después de todo, era muy agradable que la mimaran— y, con toda la dignidad posible, se reunió con James, que la esperaba en el salón. De repente, sentía curiosidad por descubrir el disfraz que este habría elegido.

Al verlo, no se decepcionó en absoluto. La joven soltó una carcajada.

—¿Robin Hood? ¿En serio?

Tenía que admitir que lucía espléndido con aquel disfraz: decididamente irresistible. Sin embargo, era evidente —para no variar— que el descaro había regido su elección, y esta vez, no era tanto una cuestión de coquetería. Con todo, su atuendo esculpía maravillosamente su figura, desde su estrechísima cintura hasta los esbeltos músculos de sus piernas.

—¿No es una elección poco habitual para un hombre de semejante fortuna?

—Al contrario, ¡nunca me he sentido tan a gusto en mi piel! —exclamó feliz antes de tenderle el brazo—. ¿Nos vamos, mi bella Afrodita?

—No soy Afrodita. Esta noche soy Temis, porque espero obtener justicia. Y sobre todo, la clemencia del rey.

James asintió. De repente, estaba muy serio.

—Imploremos a Zeus, entonces.

***

La residencia costera de Zeus era, a decir verdad, más similar a un enorme pastel de bodas que a los montes del Olimpo. Porque, con su increíble trabajo de repostería arquitectónica que mezclaba sin pudor elementos mogoles, indios, chinos e islámicos, el Brighton Pavilion de Su Majestad, diseñado a su imagen y semejanza —excéntrico, extravagante y desproporcionado—, ya no tenía nada (pero absolutamente nada) de clásico. La villa original había sido sustituida por un ruinoso despropósito —*¿Quizá aún más de lo esperado?*— y, durante la Regencia, se había convertido en un auténtico templo para las fiestas mundanas y subidas de tono.

Allí se celebraban suntuosos festines que duraban hasta el amanecer, se veían decoraciones orientales recargadas, lámparas de araña que pesaban más de una tonelada y colgaban a nueve metros de altura, un flamante comedor decorado con dragones, una vajilla para banquetes valorada en sesenta mil libras… El rey disponía de un auténtico ejército: ciento ochenta sirvientes y cocinas inmensas que le encantaba enseñar. El monarca jamás hacía nada convencional. Una cuarta parte del palacio estaba dedicada a la comida. El asador era lo bastante grande como para alimentar a cien invitados famélicos y la alta sociedad aún recordaba el día en

que el Pavilion había pasado a la historia: una vez, Jorge había hecho servir a sus invitados un menú de cien platos.

Por no hablar del maestro de los placeres culinarios, Antonin Carême, que no tenía parangón cuando se trataba de rivalizar con los excesos del propio rey: pasteles de varios metros de altura hechos de turrón, azúcar, merengues crujientes y mazapán; dulces esculpidos al estilo de los templos griegos, las pirámides egipcias y las ruinas de la antigüedad; tratados de cocina ilustrados con decenas de platos dibujados por el propio chef —quien solía decir que, en realidad, la cocina no era más que una rama de la arquitectura—; y una ambición solo igualada por su talento. Aquel hombre había pasado de la mesa de Napoleón a la de Talleyrand, y claramente acabaría, en sus palabras, sirviendo al mismísimo zar de Rusia o al emperador de Austria. Tanto era así que le conocían como «el rey de los chefs y el chef de los reyes». Como mínimo, Jorge y él se habían encontrado: compartían la afición por la escultura, la ensoñación y la desmesura. Cuando cayó el Usurpador, Jorge —cuyo gusto por las reliquias napoleónicas era bien conocido— se había alegrado mucho de recuperar a su chef. Y Carême era, a fin de cuentas, una forma más de eclipsar a su rival y reclamar lo que antaño le había pertenecido. Sin embargo, aquello era a un alto precio: a pesar de compartir gustos, las relaciones entre el gran chef y Su Majestad eran tumultuosas. Después de todo, los chefs franceses siempre habían sido problemáticos.

Pues bien, como decíamos, en el Brighton Pavilion todo eran excesos. Era un lugar elefantino y polémico. Para empezar, por el estilo arquitectónico del edificio; después, por el tipo de guateques que allí se celebraban; y finalmente, por la personalidad de quien los organizaba: el príncipe regente, ahora rey. La controversia giraba de igual modo en torno a los bailes de máscaras que a menudo celebraba allí, con sus centenares de invitados elegidos a dedo, su sistema de invitaciones secretas, sus grandiosos fuegos artificiales y sus libaciones excesivas, que llevaban a la gente a decir, desde fuera, que aquellas fiestecitas solo lo eran en apariencia; y que, en realidad, eran más bien orgías.

Y para ser honestos, parecía que era el caso. Más allá de la ostentación y de las preciosas sedas que se extendían por todas partes; más allá del fulgor de las perlas esparcidas y del roce sensual de las telas de lujo; más allá de las joyas que brillaban a la luz de las velas y de los farolillos clavados en las macetas de los árboles; más allá de la atmósfera de cuento de hadas y las notas frenéticas procedentes de la orquesta; más allá del tintineo de las flautas[5] y las copas de champán; más allá de las bandejas de ostras, los bocados de caviar y los *verrines*[6] de todo tipo… había lujuria. Delirio. Libertinaje.

Parejas tumbadas en alcobas llenas de sombras; risas cristalinas, sugerentes y juguetonas; cuerpos reclinados en otomanas que se balanceaban con languidez; círculos de juego febriles donde se apostaban asombrosas sumas de dinero; besos de embriaguez; bailes de grupo frenéticos y gemidos de placer procedentes de todas partes.

Una auténtica bacanal.

En una mesa, Enrique VIII jugaba a los dados con Séneca, Scheherezade y Luis XIII. En un rincón oscuro y aislado, César charlaba con Cleopatra —cómo no— y Robespierre, con María Antonieta (una combinación mucho menos evidente). María de Médici conversaba con un marajá; una doncella irlandesa —*¡Ajá! ¡Lo sabía!*— y un corsario del Caribe parecían divertirse en un banco junto a la pared; y cuatro Isabel I (menos mal que le había dicho que no a ese disfraz, o la habría perdido entre la multitud) bebían ponche alegremente.

Aylana, aferrada al brazo de James, se preguntó de repente dónde se había metido (una vez más). Para tranquilizarla, Robin Hood quiso sacarla a bailar. Sin embargo, la joven temía sentirse

torpe y rígida (y ridícula) dada la gracia y destreza de su apuesto acompañante, así que prefirió rechazar su propuesta, mirar a su alrededor y buscar al rey en la estancia.

Pero no había forma de localizar a Jorge IV. En su lugar, vio a dos Napoleón Bonaparte (uno de los cuales, pequeño y barrigudo, resultaba especialmente creíble), una pastora (al parecer, era un disfraz para una dama de clase alta), dos Carlos I de España, una magnífica sultana e incluso una atrevida Juana de Arco (que, si no tenía cuidado, bien podría acabar en las brasas).

Decepcionada, giró la cabeza a derecha e izquierda en busca de la personalidad más notable de la sala. James, que medía un metro ochenta, también escudriñó a la multitud con sus hermosos ojos entrecerrados en la penumbra, pero el rey Jorge seguía sin aparecer. Tampoco estaba Zeus ni ningún soberano de Inglaterra, aparte de Enrique VIII, claro.

Quizá el monarca estuviera buscando gozo sexual en alguna antecámara vecina, algo que James se cuidó de no explicarle a su acompañante, pero de lo que, en realidad, se alegraba. Al fin y al cabo, si los apetitos sexuales del rey se complacían antes de que le presentara a Aylana, la velada iría mucho mejor.

Estaba a punto de sugerir a la joven tomar un refrigerio cuando el chirrido de un cohete anunció el primer espectáculo de fuegos artificiales. Los invitados que no estaban ocupados con otras actividades más estimulantes se precipitaron hacia los altos ventanales que daban a la terraza e invadieron los jardines. Al ver que Aylana abría los ojos de sorpresa (momento en que se percató de que ella jamás había visto algo igual), la atrajo hacia sí con una sonrisa. Aquella distracción más que bienvenida la ayudaría a ser paciente.

El cielo se iluminó con destellos multicolores: miles de estrellas fugaces rojas, verdes y azules brillaban en la oscuridad. Aylana levantó la cabeza y observó espectáculo con los ojos ilusos de un niño. James, ligeramente rezagado, la miró con ternura. Tenía el perfil más exquisito, delicado y finamente dispar que había visto jamás. Una piel tan cremosa como se pudiera desear. Ojos casi translúcidos en la noche, como los de un gato. Unos ojos únicos. La nívea luz de la luna proyectaba sombras —sutiles, hechizantes y encantadoras— en el valle opalino que separaba sus blancos pechos. Era hermosa. Le conmovía. Habría henchido de gozo a los retratistas de Mayfair.

De repente, una silueta familiar apareció detrás de su delicioso perfil, en algún lugar a lo lejos. James levantó la cabeza y observó entre el gentío. Allí estaba. Grandioso, puede que medio borracho, pero estaba. En carne y hueso.

James sintió que se le aceleraba el pulso. Se había encariñado con Aylana y ahora estaba desesperado por conseguir lo que tanto deseaba. En realidad, dudaba que pudiera soportar su dolor, su pesar, su decepción. No quería verla sufrir. Tenía que tantear el terreno, explorarlo, evaluar el estado de ánimo del rey, quizá estimular su humor, agasajarlo si era necesario. Lo que fuera con tal de facilitarle las cosas a su acompañante. James le puso una mano en la espalda y se inclinó para decirle al oído:

—Quédate aquí un momento. Enseguida vuelvo, ¿de acuerdo?

Fascinada por el espectáculo que se desplegaba ante sus ojos en los cielos, Aylana asintió mecánicamente. Era ensordecedor: nunca había oído semejante estruendo, pero aun así, le parecía extraordinario. Los había por todas partes: verdes, dorados, blancos… No sabía hacia dónde mirar. Era como si… como si miles de millones luceros explotasen a la vez. No, era como una lluvia de diamantes, zafiros y rubíes que caía sobre el Pavilion.

—Será mejor que tenga cuidado, querida… —Aylana giró la cabeza, sorprendida. Una mujer de unos cuarenta años, vestida como Isabel I (¡sin duda era ella!), estaba de pie a su izquierda, con la cabeza erguida y una copa de champán en la mano—. Soy lady Clagham.

Aquella mujer se presentó como si nada y Aylana respondió con una breve reverencia.

—Aylana Shaye.

—Encantada, señorita Shaye. No tengo el placer de conocerla, pero sí conozco a su… cita de esta noche.

—Oh.

A decir verdad, Aylana apenas sabía cómo interpretar sus palabras sibilinas.

—Parece usted una joven agradable, señorita Shaye. No debería estar con… alguien como el señor Eastlake —Aylana se sonrojó—. Es usted una chica decente, eso es obvio. Tome distancia, querida, y hágalo rápido, o podría costarle caro. He visto cómo la mira. Los hombres como Eastlake no conocen límites. Y él la devora con los ojos.

Aylana, presa de un torrente de sentimientos contradictorios, optó por una respuesta cautelosa.

—En realidad, yo… tuve el placer de conocerlo hace algún tiempo. A mí me parece un hombre muy gentil y…

—¿Gentil? —Lady Clagham la miró si fuera un polluelo atolondrado antes de comentar:—. ¿Con esos ojos?

Cierto. Quizá no fuese la mejor forma de expresarlo. O la más convincente.

—Sí, bueno… he oído que… tiene un pasado de… seductor, si a eso se refiere.

Lady Clagham sacudió la cabeza, consternada.

—Nada más lejos de la realidad.

Aylana no sabía qué decir: cada vez estaba más incómoda. De hecho, no sabía si realmente quería escuchar los consejos de lady Clagham (pese a que parecía regirse por buenas intenciones) o si era mejor huir como alma que lleva el diablo. La dama bebió un sorbo de champán y chasqueó discretamente la lengua.

—Lo cierto es que es mucho peor, mi pobre niña. Por la simple razón de que, aquí, esta noche, solo hay libertinos. Lo que me lleva, por cierto, a preguntarme por su presencia en este lugar… No se parece en nada a una cortesana, pero no importa. Y luego, claro… el señor Eastlake no es solo un libertino. Es un libertino con «l» mayúscula —Como Aylana no parecía entenderlo, lady Clagham dio otro sorbo al champán y continuó—. Un libertino habla mucho de sí mismo, cree que es peligroso para las mujeres, se interesa por el qué dirán. Se preocupa por su imagen y su reputación. Un Libertino (con mayúscula, señorita Shaye) no necesita hablar de sí mismo. Los demás lo hacen por él. No le importa su reputación ni lo que diga la sociedad. Y no cree que sea peligroso para las mujeres: sabe que lo es.

Aylana apartó la mirada con pesar.

¿Por qué todo tipo de personas —en cualquier momento o circunstancia— seguían cruzándose en su camino para recordarle su naturaleza disoluta? Lo único que ella quería era disfrutar de su felicidad con James, por efímera que fuera. ¿Por qué se obcecaban en recordarle lo poco que le importaba ella en realidad? ¿Lo insignificante que era para su corazón o en su mundo?

—Se lo digo como amiga, señorita. Las mujeres como yo no tememos a los hombres como él. Jugamos a lo que ellos juegan. A veces nos quemamos, sí, pero para una joven como usted… No, definitivamente, evítelo. Búsquese un buen hombre.

—Gracias por su amabilidad, lady Clagham.

Al decir estas palabras, Aylana creyó que sonaba como una pícara consumada.

¿Pero cómo podía decirle a lady Clagham que ya era demasiado tarde, que no había vuelta atrás?

Lady Clagham asintió.

—Espero que no le importe que… me entrometa en asuntos que no me conciernen.

—Oh, no, yo… —*Para el caso, ¿cómo podría culparla?* No había ni un atisbo de malicia en la voz ni en los ojos de aquella buena mujer. Una mujer que, en realidad, admitía que se sentía como en casa en aquellas fiestas dionisíacas, pero que en cualquier caso, creía necesario advertir a una joven como Aylana, a la que aún no habían corrompido (o eso creía ella) los de su propia estirpe; los hombres, en particular—. Por cierto, tengo curiosidad, señorita. ¿Qué hace una chica joven y guapa como usted en el Brighton Pavilion? El señor Eastlake no la habrá traído a la fuerza, ¿verdad?

—Oh, no, lady Clagham, de hecho, él…

—¿Señorita Shaye?

Aylana se giró. Un lacayo en librea estaba detrás de ella con una bandeja de plata en la mano.

—Sí, soy yo. ¿Qué sucede?

—Este mensaje es para usted, señorita —le indicó el lacayo mientras le tendía una bandeja.

Era una hoja color crema, doblada en cuatro.

—Oh, gracias, señor…

Lady Clagham enarcó una ceja asombrada.

¿Quién le daba las gracias a un lacayo, y para colmo, lo llamaba «señor»?

Aylana, con gesto inseguro, cogió la misiva. La desdobló y, como estaba muy oscuro, se la acercó a los ojos. Era una nota de James. Se le aceleró el corazón y no pudo evitar sonreír. Lady Clagham sacudió la cabeza y chasqueó la lengua con reproche.

—Le ha pedido que se una a él, ¿verdad?

Incapaz de mentir, ni siquiera de ocultar su emoción, Aylana asintió.

—Dice que vaya a… la sala de música.

—No lo haga, señorita. Es un consejo de amiga. Una vez estén a solas, hará lo que le plazca con usted. No podrá decirle que no. Créame, quédese aquí, en público, rodeada de gente. O mejor aún, abandone la fiesta.

Era evidente que lady Clagham conocía a James. Y había admitido que ella misma era incapaz de resistirse a sus encantos. Por desgracia, con independencia de lo que aquello dijera de ella, Aylana no podía evitar sucumbir.

—Lady Clagham, yo… Verá, James me está ayudando con algo.

La aristócrata enarcó una ceja incrédula.

—Si me pregunta, más bien será usted quien ayude a ese granuja a conseguir lo que quiere.

—Lady Clagham, se lo ruego, yo… ¿Sabe dónde está la sala de música?

La dama suspiró con aire de derrota.

—Como guste… Está detrás del salón.

—Oh…

—Se arrepentirá de esto, señorita Shaye. Las señoritas como usted siempre se arrepienten.

Siguió un silencio.

—Lady Clagham, disculpe, pero… ¿podría decirme dónde está el salón?

—Detrás de la sala de billar —Desesperada, Aylana miró el trozo de papel que tenía en las manos. Eso no la ayudaba mucho. Lady Clagham volvió a suspirar—. Entre por la puerta que ve ahí al fondo. Atraviese la antesala. Luego el comedor. Después pase por la sala de billar. Verá el salón y, por último, la sala de música.

—¡Gracias, *milady*! Muchas gracias.

Aylana giró sobre sus talones y atravesó de nuevo las puertas de cristal que daban al salón de

baile. Lady Clagham la siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido y luego volvió a llevarse el champán a los labios. Con ojos apagados, se quedó absorta contemplando el enlosado la terraza. Resignada, suspiró de nuevo.

Una joven más… perdida.

***

—¿James? —Aylana, con el corazón palpitante, dio un paso cauteloso hacia la estancia, que estaba sumida en la penumbra. Tan solo la luz de la luna, que brillaba a través de las ventanas, proyectaba lagunas irisadas aquí y allá sobre los instrumentos musicales, el parqué, los bibelotes y los muebles—. James, ¿estás ahí?

Con los ojos clavados en el suelo, había abandonado discretamente el salón de baile para seguir las instrucciones de lady Clagham. Había cruzado la antesala, pasado junto a todo tipo de parejas, ilegítimas o no, cuerpos abrazados, amantes en pleno acto. Había avanzado pegada a las paredes del comedor y esquivado un duelo con tacos de billar. Había dejado que Luis XVI y Ricardo Corazón de León se maravillaran de su presencia en un salón de caballeros y, finalmente, había recorrido el salón (que estaba desierto) para llegar a la sala de música, en la que tampoco había nadie.

Era del todo inusual, pero James le había dicho que…

Aylana suspiró de frustración. Era una estúpida. Había esperado que él hubiera ido a hablar con el rey para concertar algún tipo de reunión para los tres, lo cual…

Se adentró en la estancia. *La había citado; era un hecho. Claramente, aparecería, puede que incluso con Su Majestad. Debían de haberse retrasado y… ¡Santo cielo! ¡Había llegado la hora!* Febril, se acercó a un enorme espejo que había sobre la repisa de una de las dos chimeneas y se miró el cabello.

Una puerta se cerró a sus espaldas. Aylana, sobresaltada, se dio la vuelta. Un hombre avanzaba hacia ella entre las sombras de la noche.

—¿James?

No. No era James. Aquel hombre no era tan alto y su disfraz parecía distinto. El intruso se acercó de nuevo e, instintivamente, ella retrocedió. Finalmente, la sombra llegó a un claro de la sala de música. Su rostro siniestro se hizo evidente a la luz de la luna.

¡El marqués de Marwood!

—Buenas noches, señorita Shaye…

Aylana sintió que el pánico la invadía.

—¿Dónde… dónde está James? —preguntó, aunque la respuesta era obvia.

El marqués se encogió de hombros.

—Con otra mujer, o puede que con el rey. La verdad es que no me importa —Dio otro paso hacia ella—. Pero una cosa es segura, aquí no está.

La joven tragó saliva y, por precaución, se colocó detrás de un sillón. De repente, sintió frío y un pinchazo ansioso le comprimió el pecho. Con todo, se armó de valor y le mostró la hoja de papel que aún sostenía en la mano.

—Me ha escrito, ¿sabe? Llegará en cualquier momento.

—No, señorita Shaye —El marqués apoyó una mano con un enorme anillo de sello en el respaldo del sillón y empezó a caminar a su alrededor. Ella se giró en la misma dirección que él —. No va a venir.

El marqués pronunció esas palabras con una voz apagada. Sus ojos eran funestos y su mentón, imponente. Aylana, horrorizada, se dio cuenta de que James no le había escrito. No

había quedado con ella en aquella sala, y para colmo, desconocía su paradero. Su corazón empezó a latir tan deprisa que sintió que resonaba por toda la estancia.

—Ese canalla me humilló… —continuó el marqués mientras ambos rodeaban la silla despacio, como un depredador y su presa—. Y es todo por tu culpa, pequeña furcia.

De repente, la mano de aquel gañán surgió de la oscuridad y la agarró del brazo. Aylana ahogó un grito y cayó hacia delante. El muy sinvergüenza le propinó una bofetada magistral antes de que esta se desplomara sobre los cojines, con lo que le provocó un hipo de dolor. Luego la agarró con ambas manos y la arrojó violentamente a un banco. Al precipitarse, Aylana agitó las manos en el aire, pero no pudo encontrar nada a lo que agarrarse. Cayó con fuerza encima del asiento y un dolor punzante le atravesó el hombro. El marqués se arrojó sobre ella y, por reflejo, ella levantó ambas piernas para defenderse. Una de ellas solo le rozó el brazo, pero la otra le golpeó en el estómago, lo suficiente para dejarlo sin aliento y permitir que Aylana rodara sobre un costado, cayera de rodillas al suelo y se arrastrara un par de metros antes de apoyarse en una mesita de mármol para ponerse en pie.

La joven se dio la vuelta a tiempo para ver cómo Marwood cargaba de nuevo contra ella. Sin pensarlo, ella reculó, cogió un jarrón de un velador y se lo lanzó con todas sus fuerzas. Pero el ágil marqués consiguió esquivarlo. El jarrón cayó al suelo y se hizo añicos con un estruendo ensordecedor. Aterrorizada, Aylana corrió hacia la puerta, pero el marqués fue más rápido y le cerró el paso. Fue a tocarla, pero ella lo esquivó contorsionando el hombro antes de buscar refugio detrás de un arpa. La joven vio otro jarrón sobre una consola detrás de ella, lo agarró con ambas manos y, cuando él rodeó el instrumento, se lo arrojó a la cara. Desgraciadamente, Marwood levantó el brazo *in extremis* para protegerse el rostro y, hecho una furia, desvió el objeto en pleno vuelo, que se estrelló contra la pared. Sus fosas nasales se encendieron y cuando levantó la cabeza, vio un violín —*¿un violín?*— volando en su dirección. Esta vez, el marqués levantó ambas manos y el instrumento se hizo añicos al chocarse con una consola.

Le siguió un candelabro. Luego, una estatuilla de bronce. Una palmatoria de plata. Un jarrón japonés. Un aguamanil de cristal de Bohemia. Aylana intentaba escapar. El corazón le latía en la garganta y tenía un fuego abrasador en los pulmones. Arrojaba todo lo que estaba a su alcance: figuritas, candelabros, miniaturas… todo. Justo cuando él pensaba que la había alcanzado, ella tumbó un atril a su paso, saltó por encima y volvió a sortear —por arriba y por abajo, de forma alterna— una silla, un metrónomo, una banqueta de piano y un pequeño reloj de péndulo. Pero entonces, Marwood consiguió acorralarla.

Aylana sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Solo una mesa y dos sillas la separaban de él. Loco de rabia, su agresor lanzó la primera contra un pianoforte con un simple revés. La madera se hizo añicos en una cacofonía de notas discordantes. Una de las sillas siguió su ejemplo y desencadenó una serie de sonidos quejumbrosos en el piano. La joven agarró la última silla y la agitó delante de ella, pero él la cogió por las patas y la levantó con una fuerza sobrehumana, antes de estrellarla contra la pared en el mismo lugar donde Aylana estaba unos segundos antes. La joven se había dejado caer en el sitio. Gritaba de pavor y tenía los brazos cruzados sobre la cabeza.

A punto de echar espuma por la boca, Marwood la agarró por el pelo y la levantó con violencia.

—¡Ya te tengo, fulana!

***

—¿Aylana?

James, un poco preocupado, dio otra vuelta por la terraza. ¡Un auténtico suplicio, con todas esas máscaras, disfraces, volantes…!

¡Maldición, si era muy fácil encontrarla…! Una silueta blanca y vaporosa… Un ligero drapeado, un andar etéreo, un cabello de lo más vistoso… Por no hablar de ese cuerpo delgado que él había amado tantas veces… o de esa piel que brillaba a la luz de la luna… No era tan difícil localizarla, ¿verdad?

James empujó a Lancelot, Ginebra y Cicerón, apartó a Nerón de su camino y finalmente chocó con Poseidón, que dejó caer su copa de champán. El estrépito de los cristales decuplicó su ansiedad.

—Por el amor de Dios, ¡tenga cuidado!

Algo iba mal. Claramente, algo no cuadraba. Aylana nunca habría ido a buscar al rey sin él, y además, le había dicho que no se moviera.

¿Dónde demonios se había metido?

Inquieto como estaba por poner a prueba la paciencia del monarca, que le había seguido hasta el lugar donde había dejado a Aylana apenas unos minutos antes, James se dirigió de nuevo a Su Majestad y entre reverencias y aspavientos —*¡no era el momento de contrariarle, por Dios!*— le pidió que por favor le disculpase. Luego le dijo que era probable que la joven hubiera ido al excusado.

—¡Bueno, en ese caso, encuéntrala, mi querido Eastlake! Me has contado maravillas de ella… Estoy deseando conocerla. Así pues, creo que te seguiré, de ese modo haré algo de ejercicio.

Pero James no tenía tiempo que perder. Jorge estaba gordo y apenas podía moverse. Cada vez más preocupado, fue corriendo hacia las salas de descanso contiguas al salón de baile y abrió la primera puerta de inmediato. Unos gritos de indignación le recibieron, pero no vio a Temis por ninguna parte. Sin molestarse siquiera en cerrar la puerta, pasó a la siguiente. Y luego a la siguiente.

Por Dios santísimo, ¿dónde se había metido?

Tras la primera puerta, unas *ladies* se empolvaban de nuevo de la nariz. Más allá, un par de costureras de servicio remendaban los vestidos de unas damas. Y luego, frente a un espejo, otras se retocaban los pómulos, se ajustaban el escote y se arreglaban el pelo. Cuando la última puerta se abrió y descubrió una estancia tan decepcionante como las demás, James sintió que un sabor agrio le invadía la boca: era el regusto del miedo. Tenía un presentimiento.

—Buenas noches, señor Eastlake. ¿Busca algo en concreto?

El tono era burlón, casi mordaz. En realidad, era comprensible: James no tenía nada que hacer en el aseo de damas.

—Buenas noches, lady Clagham. Disculpe, no tengo tiempo para… aunque, de hecho… De hecho, estoy buscando a alguien.

—¿A la señorita Shaye, tal vez…?

James se quedó mirándola, estupefacto.

¿Lo había entendido bien?

—Oh… ¿Cómo lo ha sabido?

Ella se encogió de hombros y guardó la polvera en el retículo, que extrañamente, hacía juego con su vestido renacentista.

—Hablamos antes. Creía que estaría con usted…

—¿Conmigo?

—Bueno, sí, con usted. Dada su… —Le lanzó una mirada de reproche—… invitación.

—¿Mi invitación?

Durante un breve instante, se miraron sin comprender, un tanto desconcertados. De repente, una terrible duda se infiltró en la mente de James.

Dios, ¡no! No podía ser… Aquello… ¿La habían invitado a unirse a la fiesta? ¿Era posible que…? ¡El Pavilion tenía decenas de habitaciones!

—Lady Clagham, ¿sabe dónde está?

—¿La señorita Shaye?

—¡No, la emperatriz de Austria…!

Ella lo miró, sorprendida. James era un mujeriego, pero uno muy refinado. Nunca le había faltado caballerosidad o cortesía… y mucho menos, compostura.

—Eh, yo… Bueno, es evidente que no. ¡Pensaba que estaba con usted, y obviamente, no es el caso!

—¿A dónde le dijeron que acudiera? —gritó.

Había perdido todo el control.

De repente, lady Clagham pareció comprender.

—Oh, Dios bendito, ¿no fue usted quien…?

—¿Qué está pasando aquí? —gritó Jorge mientras avanzaba hacia ellos.

—¿Dónde está, lady Clagham?

—En el salón de dibujo… ¡No! ¡En la sala de música! Le dijeron que fuera a la sala de…

Pero James ya se había ido. Tenía un nudo en el estómago, uno forjado por el temor. Corrió hacia la puerta que daba a la antecámara. La abrió sin previo aviso, tiró al suelo a un lacayo —que arrojó una bandeja de *petits-fours* directamente sobre el escote de Nefertiti— y corrió hacia el comedor.

***

Aylana, con las manos entrelazadas donde Marwood la había agarrado del pelo, gritaba. Su agresor tiraba de ella con extrema violencia y ella sentía como si en cualquier momento fuera a arrancarle parte del cuero cabelludo.

—¡Vamos, chilla, ramera! ¡Chilla mientras puedas! Me encanta oírte.

Marwood sacudió el brazo y la tiró de nuevo al banco, boca abajo esta vez. *A él no se la jugaban dos veces seguidas*. En el calor del momento, le arrancó un mechón de pelo. Ella gritó de dolor e intentó darse la vuelta, pero él ya estaba encima de ella.

—¡JAAAMES! —gritó al fin, desesperada —Pero Marwood, febril, ya le estaba subiendo las faldas por encima de las posaderas. Lo hizo con una prisa animal y le acabó rasgando la tela—. ¡JAAMES!

Aylana, impotente y magullada, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Marwood le arrancó los botones de los pololos, volvió a agarrarla del pelo con una mano y tiró de su cabeza hacia atrás, mientras con un brutal rodillazo le separaba los muslos.

De repente, se oyeron voces en el pasillo. El sonido de un enfrentamiento, golpes, gritos.

—¡Aylana!

—¡JAMES! ¡JAMES!

—¡AYLANA!

Un golpe sordo contra la puerta, seguido de un segundo.

Cielos, ¡aquel monstruo había cerrado la puerta a cal y canto!

Marwood hizo un mohín, le soltó el pelo y la agarró por las caderas con ambas manos. En pleno ataque de pánico, Aylana sintió que él tiraba de ella hacia atrás y la ponía a cuatro patas.

Desesperada, se giró hacia un lado, pero él le dio una patada en las costillas y ella se desplomó con un gemido.

—Bueno, ya ves… ¡Querer es poder! —exclamó él, al borde del orgasmo, disfrutando de la visión del trasero desnudo y expuesto de la joven—. Tu querido James se arrepentirá de lo que hizo… ¡Como que me llamo Marwood!

De repente, un estruendo infernal. El marqués levantó la vista: James, movido por la urgencia, había arrancado los goznes de la puerta de cuatro metros y medio de altura, que se había despedazado *ipso facto* con una estridencia caótica. James apareció en el suelo, entre los restos de madera. Aturdido, se puso en pie de un salto… y se abalanzó sobre él. Agarró a Marwood, aprovechó el impulso y lo arrastró hacia abajo con él. Los dos hombres volcaron una mesita y rodaron por el suelo. De repente, una lluvia de golpes. En las costillas, la cara, el estómago, las sienes… por todas partes. James se olvidó por completo de la forma de proceder, el dominio y el control: lo único que le importaba era golpear, golpear y volver a golpear.

Aylana se cubrió las piernas con la túnica. Lloraba y temblaba con violencia. En ese preciso instante, llegó la caballería. Varios caballeros, atraídos por el ruido, salieron corriendo desde la sala de billar. Pasaron por encima de los cuerpos gimientes de tres secuaces de aquel maleante, que se arrastraban junto a la entrada, y se metieron en la refriega. Finalmente, consiguieron separar a los dos hombres. El resultado: unos cuantos labios partidos y ojos morados. Pero James, con una furia sin igual, no había dicho su última palabra.

—¡Esta vez ha ido demasiado lejos, Marwood! Tizona[7], espada o pistola, ¡escoja su arma!

—Pistola.

—¡Perfecto! Nos encontraremos mañana al amanecer en Primrose Hill.

—¡NO! —Todas las cabezas se volvieron hacia la voz atronadora que hacía eco en la sala—. ¡Santo cielo, mi jarrón Ming…! —añadió con un hipo de asombro.

El rey Jorge, sin aliento y rubicundo, estaba de pie en la puerta, o mejor dicho, en lo que quedaba de ella. Durante un breve instante, su mirada atónita recorrió la sala. Algunas personas le imitaron y solo entonces descubrieron el caos que reinaba allí.

Jarrones rotos. Muebles volcados. Patas de mesa arrancadas. Sillas desarmadas. Teclas de piano rotas. Un violín agonizante. Objetos de coleccionista hechos pedazos. Y por todas partes, fragmentos de porcelana, vidrio, cristal y loza.

—Santo cielo, ¿qué ha pasado aquí?

Las palabras del rey perecieron en sus labios cuando su mirada se posó en la joven acurrucada en el banco. James, con la mandíbula desencajada y ojos iracundos, movió bruscamente el hombro para liberarse del agarre de los tres hombres que lo habían rodeado y luego dijo:

—Majestad, solicito su permiso para resolver esta disputa en un claro del bosque.

—Denegado. Os prohíbo que os matéis unos a otros. ¡Estas prácticas bárbaras deben terminar! ¿Me oís? —Entonces sus ojos se posaron en el alborotador, que con un diente astillado y la ceja ensangrentada, intentaba recuperar el aliento—. Marwood, ¡fuera de mi vista!

Todas las miradas se centraron en el culpable, una amenaza neutralizada. El hombre, humillado una vez más (como si no fuera suficiente con tener el sexo al descubierto), se agachó, se agarró los pantalones con una mano y se los subió hasta la cintura.

—¡Vete, Marwood! —repitió Jorge con voz de ultratumba—. Ya no eres bienvenido aquí. Nunca más.

Por un breve instante, James, desilusionado, se preguntó si Marwood había sido desterrado por intentar cometer una violación… o por masacrar los instrumentos del rey. Pero Su Majestad,

que había recuperado el aliento —al menos, en parte—, se acercó a Aylana con una mano en el vientre y otra en el corazón, probablemente para asegurarse de que aquel músculo aún latía.

La joven, conmocionada, no pareció darse cuenta de que el soberano estaba allí hasta que estuvo a solo tres pasos de ella. Entonces hizo amago de levantarse y James se acercó para ayudarla. Le rodeó la cintura con un brazo y la cogió por el codo con el otro. Con un gran esfuerzo, ella consiguió hacer una reverencia.

—Por favor, yérgase, niña. Yérgase, vamos. Es usted encantadora. ¿Cómo se llama?

—Aylana Shaye, Majestad —susurró la joven con voz apenas audible.

El soberano enarcó una ceja como si de pronto todo cobrara sentido.

—¿Es tu protegida, Eastlake?

—Sí, Alteza.

—Bien, señorita Shaye, acepte nuestras disculpas por este… desafortunado incidente. Nos gusta pensar que nuestros invitados suelen disfrutar mucho más con nosotros. Por favor, dígame cómo podemos compensar este… desventurado percance.

Aylana le miró con los ojos llorosos. Luego se giró hacia James, que la miró con ternura y confianza y, con un pequeño gesto de la barbilla, la alentó a hablar con franqueza ante su soberano.

—Salve a mi hermano, por favor, Alteza… —Ella se tambaleó y James estuvo a punto de estrecharla entre sus brazos. Pero finalmente, la joven se mantuvo en pie, e incapaz de contener las lágrimas, volvió a mirar al rey—. Se lo ruego, déjelo vivir.

Jorge la observó durante unos instantes, luego se volvió hacia James. Por último, miró a su alrededor. La visión debió de resultarle insoportable, porque se giró sobre sus talones y finalmente añadió:

—De acuerdo.

***

Casi la había violado. Ese cerdo se había atrevido a atacarla. Unos segundos más, unas milésimas de segundo más y…

Y habría sido demasiado tarde. Habría permitido que sucediera lo impensable, lo irreparable. A James se le revolvió el estómago. Metió a Aylana en el coche y luego se subió él mismo. Golpeó la pared que los separaba del cochero y el carruaje se puso en marcha.

En realidad, James estaba tan horrorizado por lo que casi le había ocurrido a Aylana como por la violencia de su propia reacción. Durante unos instantes, tal vez uno o dos minutos, había perdido la cabeza. Angustia. Pánico. Furia. Rabia. ¡Y esa violencia nunca vista! ¡Esa máxima expresión de odio!

¿Qué le había pasado?

Entonces se acordó de Jay el día en que había luchado por su esposa —bueno, por la mujer que se convertiría en su esposa— en el sótano de *White's*. Un derramamiento de sangre. Una carnicería. *¿Había sido presa del mismo ataque de locura? ¿Había querido masacrar a su agresor? ¿Había pensado en… matarlo?* No, aquello era diferente. Jay amaba a Amanda, por mucho que ese día no lo hubiese reconocido. Es más, se había casado con ella poco después. No tenía nada que ver con su caso. James no… Él solo…

James apreciaba a Aylana, eso era seguro. Y le guardaba cierta estima, lo cual era mucho decir. Demasiada, incluso. Algo desaconsejable. Además, quería que fuera feliz. Quería protegerla. Le gustaba pasar tiempo con ella, tenerla en su cama, en sus sábanas, en sus brazos. Le encantaba hacerle el amor. Se deleitaba con su fragancia y disfrutaba de su frescura y su

forma de pensar. Le gustaban tantas cosas de ella… Su cuerpo, evidentemente. Y su sensibilidad. Y su sensualidad, auténtica, natural, recatada, pero sin artificios. Su mera presencia bastaba para electrizarlo, y cuando no estaba con ella, se volvía acerbo. Era como si sufriera una especie de… carencia. Le picaba, le roía por dentro. Adoraba cada segundo, cada minuto que pasaba con ella, y no quería sentirla en ningún otro sitio. No quería que se fuera, no, deseaba…

En fin, eso era todo. Nada que ver con el amor, claro está. James no se enamoraba. Nunca se había enamorado. Entonces, ¿de dónde había salido esa rabia, ese miedo que le había retorcido las entrañas y que jamás había aflojado el agarre? ¿Y aquella reacción completamente súbita, difícilmente creíble? Él, que nunca perdía los estribos… ¿Quién, sino él, valoraba tanto el desapego incuestionable del que siempre había hecho gala con cada una de sus conquistas?

Cierto. Había cometido el error de encariñarse con la joven. Al fin y al cabo, sí: ella le conmovía y quería prolongar su aventura más de lo que hubiera sido sensato. Y le resultaba difícil imaginar dejar de desearla, cansarse de ella o sentir la misma atracción por otra persona ahora que la había probado. Pues nada. Que así fuera, entonces.

Pero aun así, ¡qué arrebato! ¡Qué pérdida de control! Un comportamiento tan primitivo no era infrecuente en un hombre como Stenson… ¿Pero en él? ¿En James Eastlake? ¿Él, que incluso en plena batalla, en el tormento, en la guerra, nunca había sucumbido al pánico? ¿Él, que en medio de una matanza sin nombre, siempre había mantenido su agudeza, su valor, su racionalidad?

Era absurdo. Absolutamente inaudito. Y muy inquietante.

Además, la rabia no le abandonaba. En su interior había una tensión sin igual que esperaba el momento para salir. ¡Esa agitación infernal que tanto había reprimido! Esa fuerza contenida, esa frustración sin mesura. Si no fuera porque acababan de hacerle daño, no habría tardado en lanzarse a los labios de Aylana. Como un animal. Como una bestia. La habría tomado con un vigor sin precedentes, hasta hacerla gritar de placer, una y otra y otra vez, allí, en el coche, entre los dos bancos. Lo habría hecho hasta canalizar el último ápice de su furia; hasta liberar toda esa ferocidad desencantada y dispuesta a brotar a la superficie.

Lo habría hecho hasta… hasta… hasta saciar su sed.

Porque estaba sediento, famélico, ansioso de ella. Todo el tiempo. Y especialmente ahora, en un momento en que casi le había fallado como un miserable. Necesitaba enmendar su error. Debía asegurarse de que ella todavía estaba allí. De que aún era suya. De que aún había vida en ella y de que consentía su cercanía. De que todavía tenía un efecto sobre ella y gemiría cuando le diese placer. Debía cerciorarse de que ella era suya, suya y de nadie más. Y de que ella lo supiese… y lo desease.

Pero no podía. Ella todavía estaba en estado de *shock*, y si en aquel momento se le hubiera ocurrido aprovecharse de su debilidad, él habría obrado como un mezquino de la peor calaña. Y sin embargo, ¡Dios sabe que la deseaba! Dios sabe que todo su cuerpo, tenso y crispado, no pensaba en otra cosa que en adentrarse en el de ella. ¡Dios sabe que su miembro, oprimido por su disfraz, era víctima del tormento!

James, descompuesto por el deseo, la necesidad y la culpa, miró a la joven que tenía justo al lado. Para su sorpresa, vio que ella lo miraba con intensidad. Sus ojos reflejaban una indudable felicidad.

¿Era feliz?

—Pareces angustiado —dijo ella con un hilo de voz mientras le acariciaba la mandíbula tensa.

El tacto de sus dedos sobre su piel lo excitó y sintió que su sexo se endurecía aún más. No

dispuesto a dejarse torturar ni a perder de nuevo el control, le cogió la mano y le besó las yemas de los dedos.

—¿Y tú? ¿Acaso no lo estás? —respondió él, sorprendido.

—No —Ella se arrimó a su cuerpo y, pese a las capas de tela que los separaban, el roce de aquellos senos en su torso le embriagó. James hundió los dedos en el asiento y contuvo la respiración—. Estoy contenta.

—Pero te acaban de…

—¡John vivirá, James! —Aylana lo miraba con tal jovialidad que por un breve instante sintió celos (una reacción de lo más egoísta) de no ser él quien hubiera salvado a su hermano—. Y todo gracias a ti —añadió mientras le rodeaba el cuello con las manos y se acercaba a sus labios. Los pechos de la joven volvieron a rozar los de James y su virilidad reaccionó con ardor—. Todo gracias a ti —repitió ella, apretándose contra él y acariciándole lánguidamente los labios—. Gracias a ti, James Eastlake.

Gracias a ti, James… El hombre a quien amo, a quien deseo. Tú me has salvado. Mi alma te pertenece y quiero ser tuya el resto de mi vida. ¡Gracias a ti!

No.

La joven volvió a besarlo —esta vez con fiereza—, y en un arrebato febril, hundió la mano en su cabello para que sus frentes descansaran en la del otro. James se puso aún más rígido. La excitación reciente, el torbellino de emociones y las secuelas de la velada la estaban volviendo peligrosamente lujuriosa. Atrevida. Casi eufórica. No sabía lo que hacía.

Si seguía así, él… él no podría…

De repente, James sintió que la mano de Aylana bajaba por su torso, se deslizaba por su abdomen… y se cerraba sobre su sexo, que, totalmente erecto, estiraba la tela de su disfraz: iba a dar de sí las costuras. Puso su mano sobre la de ella de inmediato e intentó retirarla, pero ella se resistió, se aferró con fuerza a él y entre gemidos, lo besó con ímpetu.

—¿Pero…? Aylana, ¿qué haces?

—Te deseo —susurró ella con voz ronca, acariciándole la entrepierna con cierta impaciencia —. Te quiero dentro de mí. Tómame, James. Tómame aquí mismo, te lo suplico.

Era demasiado. Lo que había sucedido aquella noche, el deseo que bullía en su interior, la iniciativa de la joven, la tensión que crecía en su interior como la marea alta: implacable, incontenible… demasiado. James le puso las manos a ambos lados de la cara y la besó con una ferocidad despiadada. Incapaz de contrarrestar semejante despliegue de fuerza, Aylana se vio arremetida contra la pared del coche. Por un breve instante, en la emoción del momento, sus bocas se separaron, solo para lanzarse una contra la otra con renovado entusiasmo. James le palpó con impaciencia los brazos, los hombros y el pecho; luego se apresuró hasta la parte inferior de su túnica y se la subió por los muslos con fervor.

Aylana se tumbó en el banco y, sin dejar de devorar sus labios, James desabrochó con pasión la parte inferior de su disfraz. Su sexo erecto, tirante y doloroso, se liberó. Al fin halló el consuelo. Presa del pánico, notó que su excitación era tal que el mero roce de la mano de ella en su miembro, ahora al descubierto, casi le había hecho liberarse. Pero entonces Aylana arqueó la espalda: era una invitación a poseerla con urgencia. Se volvió loco. La joven tan solo quería que la penetrara y la llenara por completo. Deseaba que la hiciese suya, que la poseyese de nuevo para así confirmarle, una vez más, que le pertenecía y le pertenecería siempre.

Tal era su deseo que James se vio incapaz de hacer dos cosas a la vez. Sus labios se separaron y él guio su sexo entre los muslos de Aylana. Ella le apoyó la mejilla en la palma de la mano por el simple placer de sentir aquel calor en su rostro y, con un suspiro anhelante, se

levantó para encontrarse con él. James gimió de placer y la penetró de golpe. Intentó calmar su corazón palpitante y, al sentir todos sus músculos tonificados, se retiró para volver a penetrarla con más fuerza. Aylana gimió bajo la violencia de la embestida y se lanzó contra él, ansiosa por recibir su rigidez tórrida y aterciopelada.

—Sigue, James —consiguió articular entre dos jadeos de deleite—. ¡Sigue, sigue!

Todos los sentidos de James estaban alerta. La agarró por las nalgas y la levantó de golpe mientras él se incorporaba. Duro como una roca, su sexo continuó con un vaivén hondo: sus acometidas eran cada vez menos espaciadas.

—¡No pares, James, no pares! —añadió ella.

En la fiebre del acto, uno de sus senos escapó de su prisión de tela. Enardecido, James se lo agarró y, sin soltar las nalgas que tenía presas con la otra, aumentó el ritmo. Aylana gemía, gritaba y se retorcía al compás de sus impulsos, como si le incitara a penetrarla más profundamente. James sintió que su deseo tomaba el control, que adquiría un cariz decididamente carnal y que aquel momento era ajeno a todo uso de razón. Pronto no hubo el menor cálculo, ni la menor ciencia, ni la menor pericia en sus movimientos. Sus embestidas se hicieron más intensas; su respiración, ronca; sus gemidos, más fuertes.

—¡No te detengas, James, sigue!

El sangre azul tenía la frente empapada en sudor. La agarró de las muñecas y, con un salvajismo inusitado, se tensó de nuevo, se hundió en ella y la hizo suya. En el proceso, desencajó el asiento de la pared del habitáculo. Ni siquiera era capaz de saborear la voluptuosa calidez de la feminidad de Aylana. Ya no era él quien la poseía, sino al revés. Y cuando sintió sus músculos íntimos tensarse a su alrededor, supo que iba a explotar.

—¡Te amo, James!

Fue como un latigazo final. James reculó parcialmente, luego echó el cuello hacia atrás… y se hundió en lo más profundo de su sexo.

Un grito. Un gemido. Y la sacudida de placer más abrasadora que jamás había sentido.

---

[1] *N. de la T.* Costumbre extendida entre el siglo XVII y principios del XIX que consistía en viajar por Europa, especialmente a Italia, y que se reservaba especialmente a los jóvenes europeos de clase alta que tenían medios y rango suficiente para ello, una vez cumplían la mayoría de edad.

[2] *N. de la T.* Por analogía con «Rivera francesa», una expresión que en español se considera un calco del inglés y que preferiblemente se traduce por «Costa Azul».

[3] *N. de la T.* Según el DLE, «Adorno del cuello que se hacía de lienzo plegado y alechugado o de tul y encajes».

[4] *N. de la A.* Cintas para sujetar el cabello de la Antigua Roma (utilizadas sobre todo por las vestales).

[5] *N. de la T.* Un tipo de copa.

[6] *N. de la T.* Especie de postres servidos en pequeños recipientes de vidrio.

[7] *N. de la T.* También conocida como «espada ropera».

XI

Tenía que decírselo. Tenía que hablar con ella. Tenía que preguntárselo. Cuanto antes, allí mismo, en ese preciso instante. Antes de que fueran a Newgate. Antes de que liberaran a John. Antes de que hermano y hermana decidieran juntos qué hacer, antes de que acordaran volver a casa, antes de que regresaran a Somerset, antes de que…

No quería que se fuera. Dios sabe que le dolía admitirlo. Dios sabe que le atormentaba, pero ya no podía negarlo. No desde la noche del Brighton Pavilion. No desde lo que casi había sucedido en la sala de música. Y en particular, no desde lo que había pasado en su propio faetón.

Quería que se quedara con él, en su casa. Quería que lo suyo durase. Quería ver su pelo enmarañado, sus ojos soñolientos, su rostro al despertar. Quería pasar con ella sus noches, sus días, oírla reír y colmarla de regalos. Quería hacerle una galería, un estudio donde dibujar. Lo que ella quisiera. Y lo mismo para su hermano. Lo que fuera para que ella se quedase.

Porque aún no estaba listo para dejarla marchar, para dejarlo todo atrás. Tampoco para empezar de cero, para conquistar a otras mujeres, para seguir con su vida. No, aún no. La necesitaba, la anhelaba: su presencia, sus ojos, su cuerpo… Deseaba sentirla contra él por las noches, tener la seguridad de que allí estaría a la mañana siguiente…

Era probablemente la decisión más dolorosa que había tenido que tomar en su vida. Pedirle a una mujer que se quedara, que viviera con él. Que compartieran una rutina, al menos por un tiempo más. Pero si ella partiese de inmediato, él… No. No podría soportarlo. Era demasiado pronto. Unas semanas más, unos meses más y luego, seguramente…

—¿Nos vamos, James?

Ella estaba allí, lista y radiante, con un sencillo vestido de algodón azul y una capellina de un tono más claro sobre su pelo cobrizo.

—Aún es pronto.

Aylana sonrió ilusionada.

—Sí, pero… ¡como puedes imaginar, me urge!

¿Le urgía? ¿Tenía prisa por marcharse? ¿Por seguir con su vida? ¿O tal vez por…?

—¿Aylana?

—¿Sí? —James se acercó a ella y le cogió las manos. Le costaría pronunciar aquellas palabras, pero si no lo hacía, probablemente ella seguiría su camino… demasiado rápido para su gusto. Tal vez hoy. O mañana, o quizá…—. No hemos hablado de… lo que va a pasar a continuación. Ahora.

La sonrisa de Aylana se desvaneció. Obviamente, ella también había estado pensando en ello, y sabía exactamente a qué se refería.

—No, tienes razón. No hemos hablado de ello —Tragó saliva y evitó mirarlo.

Ya está: se había acabado. John se había salvado de la horca. Y ahora James iba a pedirle que se marchara. Había cumplido con su palabra (y con creces), había hecho más de lo que ella esperaba y su aventura estaba llegando a su fin. No le culpaba. Al fin y al cabo, siempre supo que acabaría así.

—Yo… Aylana, quiero que te quedes. Aquí, en Londres. Conmigo.

James se habría abofeteado a sí mismo. Él, que se había pasado toda una vida puliendo un talento consumado para conquistar mujeres, darles placer y luego dejarlo estar con delicadeza —

y a ser posible, sin gritos, chantajes ni lágrimas de la otra parte, lo cual no siempre era fácil—, allí estaba ahora: febril, tembloroso, paralizado como un joven pimpollo que suspira por su amada. Era insoportable. Humillante a decir basta. *¿Y si decía que no?* Por un instante, se le aceleró el corazón. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza la posibilidad de una negativa.

Qué amarga humillación, si…

—Po-podrías tener una galería… un estudio… Tu hermano podría descansar aquí, dormir en una de las habitaciones, al menos hasta que…

¡Inepto! ¿Acaso había existido un pretendiente más embaucador que él? ¿Más ansioso por defender su causa?

Aylana, con el corazón palpitante, intentó entenderlo.

¿Le estaba pidiendo que…?

—¿Me estás pidiendo que sea tu amante, James? ¿Tu concubina? Quiero decir, yo… bueno… En fin, los dos hemos… ¿Sabes lo que quiero decir?

En resumen: ¿le estaba ofreciendo mantenerla? ¿Compartir su cama con ella? ¿Sus días, sus noches? ¿Acompañarle durante un periodo de tiempo indeterminado?

James parecía avergonzado. Se pasó una mano nerviosa por el pelo y se tiró febrilmente de la corbata.

Dios, ¡qué calor tenía!

—Bueno… no es una palabra muy… adecuada. Pero sí, en cierto modo…

Aylana, presa de un torbellino de emociones tan confusas como incoherentes, no sabía cómo reaccionar. Una parte de ella bailaba de alegría. La otra gritaba de desesperación. Y sin embargo, debería haberse alegrado, sin reservas ni salvedades. James le estaba ofreciendo todo lo que estaba a su alcance dentro de los límites de la decencia: su dinero, su cuerpo, su comodidad, sus placeres.

Pero no su corazón ni su alma.

Y ella no le culpaba. No se emparejaba a un purasangre con un vulgar rocín, al igual que un gato callejero jamás debía acabar con un gato persa. James tenía riqueza, belleza, estatus y un apellido. Las mujeres coqueteaban con él, a veces de forma escandalosa; los hombres buscaban su compañía, incluso aunque él los rechazase. Dinero, prestigio, garbo, carisma… lo tenía todo.

Él lo tenía todo… ella no tenía nada.

Él lo era todo… ella no era nadie.

¿Qué podía esperar?

Algunas personas habrían matado por disfrutar de la protección de un benefactor como él. Y ella no era capaz de rechazar su piadosa oferta por la sencilla razón de que lo amaba. Dios sabe que lo amaba, con cada fibra, cada pedacito, cada chispa de su ser: en cuerpo y alma. Lo que él le proponía era más que indecente, pero para el caso, sus experiencias ya atentaban contra el pudor. Había sacrificado su honor, su educación, sus principios (y con ello, su virginidad) por él. Pero si tuviera que volver a hacerlo, lo haría sin dudarlo.

Porque lo amaba. No podía dejar de amarlo. Siempre lo amaría.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

De todos modos, ella ya estaba perdida. James la había convertido en su amante oficiosa, y ella se había revolcado en el pecado sin reparo. Ahora tan solo le proponía… regularizar su situación. Ofrecerle una… digamos, posición más ventajosa. Oficial. Algo que, probablemente, hubiese hecho con muchas otras antes que ella. Acabaría cansándose, por supuesto: su pasión tenía límites y las historias así nunca acababan bien, al menos no para la parte femenina. Inevitablemente, tarde o temprano, acabaría deseando a otra, o incluso contrayendo nupcias con

una mujer de su estatus —pues, aunque se declaraba poco dispuesto a casarse, su deber y su honor se lo recordarían un día u otro—. Se uniría a una mujer digna de él, de la clase alta. Una mujer hermosa, sin duda, tan hermosa como lady Hitchbird. Alguien que le diera hijos. Una mujer a la que quizás no amara —*para el caso, ¿se había enamorado James alguna vez?*—, pero a la que respetaría. Una mujer que perteneciera a su mundo. Una dama que le comprendiera.

Sin embargo, Aylana lo amaba sobremanera. No se veía capaz de negarle nada. Habría hecho cualquier cosa por él. Y lo que es más, no podía separarse de sus brazos, tomar la decisión de partir.

James, cada vez más nervioso, tiraba ahora de su corbata con fuerza: la tenía hecha un gurruño.

—¿Qué me dices, Aylana?

La joven se acercó y se hizo un hueco en sus brazos. Apoyó la cabeza en su pecho y le rodeó la cintura antes de añadir.

—Quiero quedarme contigo, James, de verdad…

Aunque solo fuera por unas semanas. E incluso si eso significaba una ruptura más dolorosa cuando llegase el momento.

James suspiró aliviado, le levantó la barbilla y la besó en los labios.

***

Jorge había sido coronado el 19 de julio de 1821 en la abadía de Westminster. Contra todo pronóstico, el evento había sido tan grandioso como popular. Puede que Jorge no tuviera madera de rey, pero sin duda tenía un don para lo dramático. La suya había sido, sin duda, la ceremonia de coronación más hermosa que jamás se había celebrado.

Un éxito, a pesar de su coste exorbitante. Y a pesar (sobre todo) del escándalo que casi había acabado con su prestigio. La esposa del rey, Carolina, se había topado con las puertas cerradas de la abadía. Había intentado ignorar los mandatos de su marido y se había presentado allí dispuesta a lucir la corona que le correspondía. Sin embargo, por orden de Jorge, había sido expulsada como una indeseable más. Es más, el soberano se había pasado la ceremonia guiñándole un ojo de forma sugerente a su amante del momento…

Impactante.

Carolina cayó enferma el mismo día del ultraje. Tres semanas después, el 7 de agosto, murió, no sin fuertes y claras acusaciones de envenenamiento. Otra estacada para el monarca, una que podría haberle hecho más daño que sus locuras del pasado… si se hubiera demostrado y se hubiera corrido la voz, claro. Pero la temporada llegaba a su fin. Las carreras, las recepciones en sociedad, los actos benéficos, los bailes más codiciados… todo había terminado. La nobleza abandonaría Londres y su sofocante calor para trasladarse a sus residencias en la campiña. Entonces se inauguraría la temporada de caza: los aristócratas se invitarían entre sí, se harían notar, se sumirían en los preparativos… Mayfair se vaciaría, y Marylebone y St James, también.

Conque sí: la mujer que debería haber sido reina había fallecido. Sin corona ni homenajes, casi en un estado de indiferencia generalizada. Pero John se había salvado. Aylana pensó que iba a estallar de felicidad, alivio y gratitud cuando lo tuvo en sus brazos. Lo habían llevado a casa de James, lo habían acostado en una habitación que más bien parecía la sala de un museo —la dedicada al arte antiguo— y lo habían cuidado. Los sirvientes de Eastlake Hall lo habían lavado, Aylana había permanecido junto al lecho, James había mandado llamar a los médicos, lo habían alimentado con caldos, luego con sopas y, poco a poco, con deliciosas bandejas de comida de las cocinas de Eastlake Hall. John había recuperado las fuerzas y, cada día que pasaba, a Aylana le

parecía que su piel volvía a adquirir un tono más humano. Ah, y había dejado de toser. El día anterior, James había llamado a un peluquero, un barbero y un sastre. Una vez más, no importaba cuántas veces Aylana le hubiera dicho que John y ella se las apañarían solos: él se había negado a escuchar.

John nunca había tenido mejor aspecto. James había mandado que le confeccionasen cuatro trajes (muy a su pesar, lo más sencillos posible) y Aylana, que seguía resistiéndose con fiereza a cualquier intento de regalo por su parte, no había tenido valor para rechazar aquello que le ofrecía a John, que acababa de salir del corredor de la muerte y aún no había recuperado su derecho a la pensión de veterano.

¡Dios, qué lentos eran los trámites…!

Conque sí: Aylana era feliz. Extremadamente feliz.

Su hermano había sobrevivido: nunca había tenido mejor aspecto ni una expresión tan vivaz en el rostro, y ella vivía con el hombre al que amaba. Compartían sus noches, sus días y le amaba en secreto. Poco a poco, se había establecido una alegre rutina: una mezcla de placeres y escapadas, de momentos de paz y tórridos encuentros. Solo se separaban dos o tres veces por semana, cuando James iba al club de boxeo, al campo de tiro o a *White's*. Aylana aprovechaba ese tiempo para llevar a John a dar un tranquilo paseo por Hyde Park, o para ir a casa del señor y la señora Stenson —en la ausencia del señor, en realidad, pues o estaba boxeando o bebiendo con James—, donde tomaba el té con su encantadora esposa, que la invitaba expresamente y siempre la recibía con entusiasmo.

A menudo, James cenaba los viernes en casa de su amigo Ashford, y en una ocasión, la había invitado a conocer a Alexander y a su mujer, Jade. No obstante, ella no se había atrevido a aceptar. *¿Comer en la mesa de un conde? ¿Como la favorita oficial de James?* Era demasiado para ella. De hecho, su principal inconveniente era que se sentía una *lorette*[1] consumada. Dormía en su cama y se entregaba a él sin restricciones cada noche. Él, por su parte, se negaba a que pagara nada con sus ahorros y la colmaba de tantas maravillas, dulces, bellezas, vestidos y artículos de tocador que era casi humanamente imposible rechazarlos todos. Además, la noticia de su aventura había empezado a circular por Mayfair.

James no lo ocultaba. La presentaba a cualquier conocido con toda naturalidad, siempre le daba el brazo en público y le ponía una mano detrás de la espalda cuando admiraban un cuadro. Era dulce, atento, bromista… Lo suyo habría sido perfecto si ella no hubiera tenido esa desagradable sensación de ser solo un caprichito pasajero, así como la profunda convicción de que su felicidad habría sido muy distinta, plena y completa, si él la hubiera amado lo suficiente como para… para… para pedirle…

Aylana se dio una bofetada. *¿Cómo podía ser tan estúpida?* Sabía que nunca sucedería. *¿Por qué hacerse daño, entonces? ¿Por qué esperar algo que no llegaría, que nunca sucedería?* Pues porque… porque no podía evitar rendirse a la esperanza. *Cómo no.* La inútil, vana y grotesca esperanza de que algún día él la amase lo suficiente como para pedirle que le perteneciera. Para siempre. Dios mediante.

¿Cuántas veces había tenido esa sensación? La sensación de que ella era suya, de que él la reclamaba como tal. En el teatro, en Brighton, en el coche, en…

Y sin embargo… Sin embargo, ella no era nada. Nada más que su amante. Tan solo otro romance en su larga sucesión de conquistas. Lo había esperado, anhelado. Había aguardado… Pero James nunca le había dicho que la amaba. Ella, sí. Varias veces, además, desde que se había olvidado de sí misma aquella noche en el carruaje, en el tormento de su orgasmo. Se lo había gritado. Y varias veces más, cuando él la llevaba al culmen del amor; cuando le daba tanto placer

que ella perdía el sentido, se abandonaba al gozo y ambos fingían (al despertarse) que no había pasado nada, que ella no había dicho nada, que él no había oído nada. Aylana sospechaba que él no quería oírlo, que no le convenía. Así que, durante el día, como si fuera la dueña de su destino, la joven no decía nada. Pero por la noche… por la noche, lo sentía tan cerca, tan prendido de su feminidad… Ambos se comunicaban con tanta pasión que, a menudo, ella perdía toda cautela.

Pero él…

Él, nunca.

Ni una sola vez.

Y por ello, la joven tenía el corazón compungido.

Y había otro asunto más: un torrente de pensamientos que a veces la asaltaban y no dejaban de atormentarla. Habían hecho el amor todas las noches (y a menudo, también todas las mañanas) desde aquella tarde en que ella se había presentado en su casa para pintar su retrato. Noche y día, día y noche, así desde… —Hizo un recuento mental y no, no se equivocaba—. Desde hacía ocho semanas. Y no había estado indispuesta ni una sola vez. No había sangrado. Algo iba mal.

No obstante, James siempre había tomado precauciones. Nunca había derramado su semilla en su interior —una prueba más, si es que hacía falta alguna, de su preocupación por no estar atado de pies y manos a ninguna mujer (al menos, no a ella)— y siempre se retiraba en el momento del éxtasis. Siempre, por lo que…

Aylana se quedó inmóvil.

No, no siempre. Sucedió una vez. Una sola vez.

En el coche, en Brighton, después del baile. Esa era la única vez que se había olvidado de sí mismo y se había liberado dentro de ella.

¿Era posible que…? ¡Santo cielo! ¡Una única vez! ¿De verdad podía suceder? No, no podía ser. ¿Pero y si…? ¡No! Por todos los santos, y si era el caso, ¿qué les depararía el futuro a ella y a su hijo?

—¿Señorita Shaye? —Aylana se sobresaltó y borró la preocupación de su rostro antes de darse la vuelta con una sonrisa. Bigs, el mayordomo de James que ejercía en nombre de todo un servicio, se aclaró la garganta en el puño—. La duquesa viuda de Eastlake, señorita Shaye.

—¡Oh!

He ahí la prueba definitiva de su insignificancia: la madre de James ni siquiera había pedido que la invitaran a pasar. Simplemente se había anunciado: sabía que la recibirían. De hecho, ya estaba allí, cruzando la puerta del salón. Aylana hizo una reverencia exagerada. Había enrojecido por el bochorno y le costaba mirar a su visitante a los ojos. Porque allí estaba ella, con un sencillo atuendo de interior, el pelo suelto —un claro indicio de su intimidad con el señor de la casa— y descalza. Una mujer de baja virtud en todo su esplendor. La joven despreocupada y desmelenada que se acostaba con su hijo. Así de simple. Aquella que disfrutaba de su generosidad día tras día.

Aylana estaba intranquila. La primera (y única) vez que había visto a la duquesa parecía una joven perfectamente decente, recién llegada de Somerset y en busca de ayuda. Pero ahora no era más que una depravada. Una mujer de vida alegre. Una mantenida cualquiera.

—Me temo que J… el señor Eastlake no está, Su Gracia —anunció en un arrebato de coraje.

—Me consta. Está cruzando espadas con Ashford.

—¡Oh! —*Brillante réplica.* Aylana se alisó la parte delantera del vestido y fue alternando el apoyo entre un pie y otro—. En ese caso…

—He venido a verla.

—¡Oh!

¡Desde luego…!

Furiosa consigo misma, Aylana hizo un gesto hacia una poltrona para invitar a la viuda a sentarse.

—No, gracias. Seré breve —La rígida duquesa se puso unos quevedos y miró a la joven de los pies a cabeza, y luego de la cabeza a los pies, como un especialista examinaría una nueva especie zoológica… solo que con menos curiosidad y más desprecio—. Señorita Shaye, seguramente se haga una idea de por qué estoy aquí a estas horas, cuando normalmente tengo el placer de tomar el té con damas que son, en su mayoría, bastante respetables.

Aylana entendió el insulto. Al fin y al cabo, se lo merecía.

—No, *milady*, no sé por qué tengo el honor de recibirla…

La viuda soltó una risita.

—Las plebeyas como usted siempre se andan con rodeos. O se hacen las inocentes —Aylana permaneció en silencio. Estaba roja de vergüenza. La viuda, en cambio, se enderezó y golpeó el suelo con su bastón—. Señorita Shaye, esta farsa ya ha durado demasiado. Todo Mayfair sabe lo que hay entre usted y mi hijo.

Por un instante, Aylana imploró al cielo que un rayo cayera en el número 7 de Upper Brook Street. Que la tierra se abriese bajo sus pies… y se la tragase para siempre.

—Permítame decirle algo —insistió la viuda—: Se está avergonzando usted sola, señorita. Lo único que conseguirá es concebir un niño y esa será la desgracia entre los suyos —Aylana se llevó inconscientemente una mano al vientre y su corazón empezó a latir con furia. *¿Realmente podía estar…?*—. No se haga ilusiones. James no va a casarse con usted. Ni hoy, ni mañana, ni nunca.

Con voz tímida y la mano aún en el estómago, Aylana sintió que su respiración se volvía más errática.

—Si estuviera en estado de buena esperanza, tal vez…

—¡Pobre estúpida…! Si (y repito: solo si) tuviera la desgracia de traer al mundo la pérfida prueba de su indecente moral, sería un bastardo más. ¡Un bastardo sin futuro, víctima del rechazo y el escarnio! Un cadete más que se uniría a las filas de todos los que ya pueblan nuestras tropas.

Aylana sacudió la cabeza. No podía creerlo.

—James nunca…

—¡James no la ama, señorita Shaye! Y nunca lo hará, se lo aseguro —La viuda soltó un suspiro teatral, alzó la vista al techo como si implorara misericordia divina y luego miró a Aylana con una expresión de desdén. Para ella no habría complacencia—. ¿Ha pensado siquiera una vez en lo que diría su madre, señorita Shaye?

Aylana apartó la mirada.

—Ella ya no está entre nosotros.

—Pues alégrese de ello. Al menos así no presenciará su humillación.

Siguió un pesado silencio, perturbado únicamente por el tictac del reloj. Finalmente, al cabo de lo que pareció una eternidad, Aylana levantó la cabeza y, con expresión penitente, miró a la viuda a los ojos.

—¿Qué quiere de mí, lady Eastlake?

—Quiero que se aleje de mi hijo ahora mismo. De inmediato. No pertenecen al mismo mundo, señorita Shaye, y como mantenida, es usted pésima. Vuelva al lugar de donde vino, encuentre su camino y deje que James siga con su vida y cumpla con su deber.

—¿Con su… deber?

—James debe honrar el apellido Eastlake y perpetuar el linaje, señorita, como sus hermanos y como cualquier aristócrata que se precie.

—Pero… James no quiere…

—Me es irrelevante si quiere o no —Un brillo maquiavélico iluminó los ojos de la duquesa viuda—. Además, ya se ha prometido.

De repente, su corazón dejó de latir. Aylana sintió que le faltaba el aire.

—¿Cómo… cómo dice?

La viuda saboreó el momento y enderezó la barbilla.

—Le digo que James ya está prometido. Pronto se anunciará la fecha de las nupcias. Es solo cuestión de semanas, quizá de días.

No. Era imposible… James no lo había mencionado… Él…

—¿Con quién? —Se oyó susurrar con un hilo de voz.

Un breve silencio. Luego la viuda contestó:

—Lady Hitchbird.

¿Lady Hitchbird? Era imposible. ¡Imposible! Imp…

—¿Desde cuándo…?

—Desde hace tres meses.

No era verdad. ¡Mentira! Él le había dicho que…

—James nunca pedirá su mano en matrimonio, señorita —añadió la viuda—. Le aconsejo que deje Londres y sigua con su vida antes de que sea demasiado tarde. Tome… —La viuda sacó un pagaré de su retículo—. Tenga. Cinco mil libras. Una cifra más que suficiente para una joven como usted. Suficiente para vivir más que cómodamente el resto de su vida, incluso si tiene la desgracia de llegar a los setenta.

Aylana se puso rígida. Sus ojos se ensombrecieron.

—No quiero su dinero.

—No diga tonterías. Bien que buscaba el de mi hijo, ¿no es cierto?

—¡No! Yo no…

—Coja el dinero y desaparezca. Es lo mejor para usted.

—Guárdese el pagaré o rómpalo. No lo aceptaré.

La viuda dudó, pero finalmente, se encogió de hombros y volvió a guardarse la letra de cambio en el bolsillo.

—Como quiera. Pero luego no venga mendigando cuando le cierren la puerta en las narices. O cuando cualquier hombre o patrón (¡imagínese en un internado para señoritas!) se desentienda de usted. Muy buenos días —La viuda giró sobre sus talones y se alejó. Cuando llegó a la puerta, se dio la vuelta, como si un pensamiento repentino rigiera sus actos—. Ah, y otra cosa: le prohíbo que vuelva a hablar a mis hijas de sus… ideas de enajenada. Es más, le prohíbo que vuelva a hablar con ellas o que venga a mi casa. Les llenó la cabeza con no sé qué historias para volverlas aún menos dóciles de lo que eran. Como comprenderá, no le estoy precisamente agradecida. Usted no es bienvenida en Eastlake Hall. Nunca lo será. ¿Le ha quedado claro?

Dicho esto, la viuda se esfumó. Aylana se quedó sola, desesperada, vacía.

—Tiene razón, ¿sabes?

La joven levantó la cabeza. Tenía los ojos empañados por las lágrimas. Su hermano, todavía un poco débil, estaba apoyado en el marco de la puerta.

—¿Lo has oído todo?

Se encogió de hombros.

—Mi habitación está justo al lado.

Abrumada por su confesión (como si fuera necesario aumentar la desazón), Aylana se dejó caer sobre el reposabrazos de un sillón.

—No quiero irme, John…

Su hermano se sentó frente a ella y le cogió la mano entre las suyas.

—Sí, pero… Lana, ¿alguna vez James te ha planteado… la cuestión del matrimonio?

Ella negó con la cabeza, más desesperada que nunca.

—No… —Siguió un largo silencio. De aquella simple palabra se infería algo muy evidente —. Pero le amo…

John le acarició la palma de la mano con su pulgar calloso.

—Y él también te ama, pero…

—No lo tengo muy claro… —dijo.

—No hay lugar a dudas —Ella lo miró con los ojos llorosos. Le habría gustado creerle, sin embargo…—. Lana, un hombre que se acuesta con una mujer tan a menudo y durante tanto tiempo tiene que estar enamorado.

Aylana abrió los ojos de par en par y lo miró, abochornada e incómoda.

—¿Cómo sabes que nosotros…?

—Es evidente —La joven lo miraba sin comprender. Parecía confundida y horrorizada, pero su hermano se explicó—. Tus mejillas siempre están sonrosadas. Tienes los labios hinchados y la barbilla ligeramente irritada. Estás más radiante que nunca. Además, os he oído más de una vez —añadió con una sonrisa, tratando de animarla—. No sois especialmente discretos… —John no consiguió el efecto que buscaba. En su lugar, la joven se cubrió la cara con las manos—. Aylana, ese hombre te ama y no te ha pedido matrimonio. Algo no va bien, admítelo.

Eso fue demasiado. Aylana se puso en pie de un salto y gritó de rabia, de dolor, de tristeza.

—¡Lo que pasa es que no hemos nacido en el mismo mundo, John!

—¡Pero él te ama!

—Pues no debe de amarme lo suficiente, ¡qué quieres que te diga!

—O puede que ya se haya prometido a otra mujer. Eso es lo que creo —La joven se echó hacia atrás en el asiento y se llevó las manos a ambos lados de la cabeza. John, con el corazón en un puño, se acercó a ella y le acarició la espalda. Ella sollozaba—. Mira todo lo que ha hecho por ti, por mí… por… En fin, e evidente que te ama. Y si no te lo dice… si no se declara… es porque no puede. Porque ya está prometido a otra. No puedes seguir así, Lana —La joven lloraba a lágrima viva. Él la atrajo hacia sí y ella se apoyó en su hombro—. No quiero verte sufrir, hermanita. Dime qué quieres hacer. Dime qué debo hacer…

Aylana jamás había sufrido tanto. Era incapaz de pensar. Tenía el corazón roto y el alma hecha trizas. Amaba a James más que a su vida, pero el estatus y el linaje siempre los separarían. Es más, era obvio que él no tenía intención de casarse con ella. Habían disfrutado juntos, se habían divertido… pero eso sería todo. Nunca le daría más. Nunca se casaría con ella. Y cualesquiera que fueran sus razones, ella las respetaría. Lo único que debía hacer era aceptarlo de una vez por todas. De todos modos, no tenía elección.

Nunca la había tenido.

***

James estaba feliz. Había derrotado a Alexander… ¡Y con maestría, además! Había cenado con sus amigos, se había burlado de Jay cuando les había anunciado que iba a ser padre —*¡pobre hombre!*— y ahora estaba de camino a casa. Iba a volver a ver a Aylana, esa exquisita mujer a la que adoraba y que seguramente le estaría esperando postrada en el lecho: desnuda, despierta,

disponible.

Oh, Dios: James adoraba a Aylana. Le encantaba su compañía. Disfrutaba del tiempo que pasaban juntos, de su rutina y sus costumbres. Y en aquel momento, más que nunca, James adoraba su vida. Por mucho que indagara en sus recuerdos, no conseguía localizar ningún momento en el que se hubiera sentido tan feliz. Aylana le llenaba en todos los sentidos: era ocurrente, generosa, amaba el arte tanto como él… y jamás había sentido tanto placer al hacer el amor a una mujer. Es más, cada vez le resultaba más doloroso retirarse en el momento crítico, derramarse fuera de su cuerpo, no honrarla hasta el final. Era muy sencillo: la frustración era tal que más de una vez había pensado en olvidar toda cordura y experimentar su unión en todo su esplendor.

De hecho, lo había hecho una vez. Aquella noche en Brighton había enloquecido. Su deseo era tal que había perdido el control de su cuerpo. Se había embriagado con ella, con su piel, con su alma y, por ende, se había volcado en un éxtasis sin igual. Nunca había experimentado un placer tan extremo. Tal dicha. Un momento tan íntimo.

Y la idea de no sentirlo una vez más le volvía loco.

Pero al menos la tenía cada noche. Cuando volvía de la sala de esgrima de Angelo, del gimnasio de boxeo y de *White's*, allí estaba. Siempre. Al igual que Jay tenía a Amanda, o que Alexander tenía a Jade. *Dios, ¡qué delicia…!* Jamás creyó que experimentaría tanta felicidad con una mujer. Tanto placer, tanta satisfacción, con la misma joven: bajo su techo, en su cama, en sus brazos, día tras día.

Había caído la noche. Hacía calor. James, radiante, empujó la puerta de su mansión. Estaba oscuro como boca de lobo. Tan solo había penumbra y silencio. *Qué extraño, Aylana siempre le dejaba dos o tres velas en el vestíbulo…* Se adentró ligeramente, se quitó la levita, la dejó en el respaldo de una silla y aguzó el oído. Aquel silencio le resultó insólito. Nunca le había parecido tan pesado, tan opresivo. Algo no iba bien. *Pero ¿el qué?* Avanzó por el pasillo, echó un vistazo al salón y abrió de un empujón la puerta de su dormitorio.

—¿Aylana?

---

[1] *N. de la T.* En el siglo XIX, una *lorette* era una mujer elegante que vivía a base de mantener relaciones con hombres de cierta clase social.

XII

—*En garde! Prêts? Allez!*

Un último enfrentamiento.

Alexander se atrevió con una balestra y James evitó por poco la punta de su tizona. El conde emprendió otro ataque a la velocidad del rayo, pero su oponente contraatacó, efectuó una parada y luego intentó con dificultad una contraofensiva: trató de dar una estocada directa al pecho del conde de Ashford, quien la esquivó con destreza antes de responder a su táctica. James, que pretendía conservar una posición próxima a su contrincante, estaba perdiendo terreno. Alexander rompió la medida[1] y volvió a atacar.

—¡Preste atención a la parada, *signore* Eastlake! —oyó gritar al maestro de armas a su derecha.

Efectivamente, había bajado demasiado el hombro justo después de la parada y, por ello, su brazo mostraba signos evidentes de fatiga.

Un batimiento[2]. Ligamientos[3]. *In quartata*[4]. Fintas, estocadas, paradas.

—¡Yérgase, *signore* Eastlake! ¡Los hombros!

Demasiado tarde. Con un hábil movimiento, Alexander convirtió un ataque en una finta, un falso ataque cuando menos efectivo, porque poco después, asestó el golpe final.

—*Touché!*

Mejor así. James ya había tenido bastante. Saludó a su oponente con la empuñadura del arma a la altura de los labios, la hoja en alto y los talones juntos, y se dirigió al vestuario.

—Pareces distraído, Eastlake… —comentó Alexander cuando lo alcanzó, con la máscara bajo el brazo—. ¿Algún problema?

—No, ninguno.

Su tono era inapelable, sentencioso y obstinado. Alexander enarcó una ceja muy aristocrática, pero James ni siquiera lo miró. En su lugar, se quitó la máscara, la chaqueta acolchada y las calzas con una serie de movimientos bruscos y los ojos fijos en sus pertenencias.

—¡Vamos, viejo amigo, no engañas a nadie…!

Alexander se quedó quieto y olfateó discretamente el aire alrededor de James.

¿Olía a alcohol? ¿Más concretamente, a whisky*? ¿A esas horas?*

James cogió su camisa.

—¿No esperas a Holson? —añadió el conde extrañado.

El otro se encogió de hombros y se metió la camisa en los pantalones.

—Para lo que sirve el muy… —James se puso el chaleco, la levita y las botas (no sin maldecir en el proceso), pero le costó varios intentos anudarse la corbata—. ¿Dónde diablos está ese bufón? ¡Holson!

Alexander se lo quedó mirando, perplejo. James rara vez maldecía, nunca se impacientaba y perdía los estribos con menor frecuencia, y menos por una corbata. Además, estaba seguro de que olía a alcohol. Él jamás bebía antes de un combate.

—Eastlake, hace casi dos meses que no eres tú mismo. ¿Qué te ocurre, amigo?

James se tiró nerviosamente de la corbata, se la desató y, en un arrebato de ira, la arrojó con rabia al suelo.

—¡Maldito trapo inútil!

—De acuerdo, veo que estás de humor para hablar. Vamos, un buen *whisky* te relajará. Otro, quiero decir… Probablemente Stenson ya nos esté esperando. Espero que haya reservado nuestra mesa.

James sacudió la cabeza y colgó su indumentaria en una percha.

—No, gracias, esta noche no me apetece. Estoy cansado, prefiero irme a casa.

—¡Pero eso ya lo dijiste la semana pasada! Y la semana anterior…

—Sé lo que dije.

Y ante los ojos perplejos de Alexander, James giró sobre sus talones y se fue.

***

Su vaso tintineó en el velador de caoba. James miró fijamente a un punto invisible en el horizonte. La estancia estaba sumida en penumbra. La luz de la luna dibujaba extrañas formas en las paredes. El alcohol le estaba nublando el cerebro. *Mejor así. Unas copas más y dejaría de pensar.* Se levantó y fue haciendo eses hacia el armario de los licores.

Dos meses. Hacía ya dos meses que se había ido. Sin una palabra, sin una mirada, sin despedirse. Dos meses desde que le había dejado allí, como el necio que era, sin el menor remordimiento. Le había demostrado que era un completo idiota, nada más que un compañero de cama de clase acomodada que le había sido útil. Aylana había acudido a él y le había utilizado. Le había pagado de forma carnal a cambio de lo que quería en realidad: liberar a su hermano. Y en cuanto este se había visto capaz de aguantar el trayecto de vuelta, se había ido. Lo había salvado a sus expensas y entonces…

Aún le costaba creerlo. Aylana lo amaba, lo habría jurado. Se lo había dicho varias veces, cuando la estrechaba entre sus brazos y la llevaba a las cumbres del gozo. Lo había sentido. Sus palabras deberían haberle asustado, y en circunstancias normales, habría huido de ella como un maníaco, pero lo cierto era que le encantaba. Adoraba que lo amase. Necesitaba que lo amase y lo necesitaba porque… porque…

Porque él también la amaba. Así de sencillo. Y no podía concebir que aquel amor no fuera correspondido. Él, James Eastlake. Él, que nunca había amado, que rehuía el amor como si de la peste se tratase. Él, James Eastlake, había caído de lleno en la trampa que había intentado evitar desesperadamente toda su vida: la de prenderse de una mujer, quererla, enamorarse de ella. Había picado en el anzuelo que suponía unirse a un alma para el resto de su vida.

E irónicamente, él, que siempre había temido casarse por su dinero, había perdido la cabeza por una plebeya, que además, lo había engañado sin escrúpulos.

Pero ¿por qué ella? ¿Por qué Aylana? ¿Porque no era nadie? ¿Porque era precisamente la peor decisión que podía haber tomado a los ojos de su madre, que llevaba años insistiendo en el matrimonio hasta la saciedad? ¿Porque era la última mujer que la duquesa habría elegido para él? ¿Por pura provocación? ¿Por rebeldía? No, claro que no.

Se había enamorado de ella por cómo era, simplemente. O, mejor dicho, por cómo le había hecho creer que era. Una joven inocente, ingenua y auténtica. Le había fascinado su franqueza, su frescura, su naturalidad, su familiaridad. Y su sensualidad tímida, luego más atrevida, y después, más codiciosa. Su forma de gemir. De entregarse a él. De olvidarse en sus brazos. De darle la impresión de que él era, y siempre sería, el único. Él y nadie más.

Pero ¿qué era real de todo aquello? ¿Había una pizca de verdad, de sentimiento, en su farsa? ¿Alguna vez había sentido algo por él? ¿Algo auténtico? ¿Aparte del interés por lo que había hecho por su hermano? ¿Por su influencia sobre el rey? ¿Por sus contactos? ¿Era eso todo lo que él había sido para ella: un instrumento, un medio para lograr su fin? Una máquina

de placer, tal vez, porque después de todo, ¿por qué no mezclar el gozo con el provecho?

No obstante, todo en él se negaba a aceptar esa posibilidad. Todo en él se rebelaba ante la mera idea de arrebatarle su pureza, su dulzura, su ternura y su integridad. Ella era tal y como la había conocido, lo habría jurado.

Pero entonces, ¿por qué había huido? ¿Por qué se había esfumado? Había dicho que sí. Había aceptado…

Sus ojos se posaron en el retrato que ella había pintado para él. En un arrebato de ira, desgarró el dibujo y lanzó los pedazos contra la pared. Luego descorchó su última botella de *whisky*. *—¡Por el amor de Dios, ese incompetente de Bigs no sabía anticiparse! ¿Acaso iba a tener que comprar el alcohol él mismo?—* y se sirvió otro vaso hasta el borde. El cálido gorgoteo de la bebida le reconfortó. Así se relajaría. Y tras emborracharse, él…

No. Después de emborracharse, no haría nada. Se iría a la cama. Ya había accedido a verse con un par de mujeres, solo para distraerse, y lo único que había conseguido era quedar como el rey de los cretinos. Después de una cena a la luz de las velas con Tatiana, una guapa bailarina rusa que estaría de gira por Londres durante todo el mes de octubre, se había marchado de repente, cansado y aburrido, incluso antes del postre. Había sido incapaz de cumplir con el resto del programa, y a modo de disculpa, le había enviado un perfume parisino a la mañana siguiente. En cuanto a su segunda cita, esta vez con lady Hitchbird, la había acabado anulando a cambio de un collar de perlas.

Lo único que quería era que Aylana volviera. Que todo se quedara en un malentendido. O más bien, en una larga pesadilla de la que por fin despertaría. Aylana jamás dejaría su cama, ni su casa, ni Londres. Se despertaría y allí estaría ella, tumbada a su lado, profundamente dormida.

Toc, toc, toc.

James se levantó de un salto.

Era ella. Podía sentirlo. Lo sabía. ¡Había regresado! Justo cuando pensaba en ella…

Fue tambaleándose hacia la entrada, se tropezó con una alfombra, golpeó una consola, derribó un jarrón (y ni siquiera intentó cogerlo, algo que habría demostrado que aún tenía ciertos reflejos, y por ende, que estaba lúcido) y se abalanzó sobre la puerta. El pomo se resistió. Le llevó unos ocho segundos de forcejeo darse cuenta de que estaba puesto el cerrojo, pero finalmente, abrió la puerta, que se estampó contra la pared. El estruendo, multiplicado por diez por los efectos del alcohol, le hizo echar la cabeza hacia atrás y llevarse una mano agarrotada a la frente. James se apoyó en el marco de la puerta, esperó a que se le pasara el mareo y a que sus ojos se situaran en su órbita habitual y, por fin, reconoció a sus visitantes.

James se desmoronó y dejó caer los hombros.

—Yo también me alegro de verte, Eastlake. ¿Esperabas a alguien, tal vez…?

James farfulló y se dio media vuelta.

—¿Te importa si nos unimos a la fiesta? —preguntó Jay, que obviamente no esperaba una respuesta como tal, pues ya caminaba detrás de Alexander—. Parece que te lo estás pasando bien…

El anfitrión no contestó y se dejó caer en un sillón, con lo que derramó la mitad de su vaso sobre una alfombra persa y contuvo un improperio.

—Como ya no nos honras con tu presencia en *White's*, Stenson y yo hemos decidido honrarte con la nuestra. En tu propia casa, ya que apenas se te ve en cualquier otra parte. ¿Puedo?

Alexander señaló el armario de licores. James gesticuló con dejadez y le dejó claro que le traía sin cuidado lo que hiciera. Mientras Jay encendía unas velas, el conde abrió el mueble.

—¡Diantres! Casi has agotado tus existencias, amigo —continuó—. Vas a tener que hacer

algo al respecto si quieres seguir emborrachándote como es debido. El suministro no es un detalle que se deba descuidar en estos casos… —James, con la mirada perdida, no respondió. De repente, Alexander se agachó—. ¿Y esto, Eastlake? ¿Me vas a explicar qué es?

James le dirigió una mirada hastiada. El conde sostenía los trozos desgarrados de la sanguina.

—Sí, ¿qué es eso? —dijo Jay acercándose a él.

Alexander colocó los papeles sobre la mesa y armó el rompecabezas.

—Me da la impresión de que es un retrato de nuestro querido Eastlake. ¡Brillante! Un buen trabajo, amigo mío. ¿Quién te lo ha hecho?

James se llevó el *whisky* a los labios y dio un buen sorbo para armarse de valor. Estaba demasiado cansado y borracho para echar a sus amigos, sobre todo a Stenson, pues el tipo tenía una fuerza hercúlea, y sabía que le costaría soportar su presencia durante varias horas.

—Aylana.

Alexander y Jay se miraron entre sí.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Jay asintió.

Alexander se sirvió un *whisky* y Jay, un brandi. Al parecer, no había ginebra. Luego, se acomodaron en dos sillones frente a su anfitrión.

—¿Por qué no nos cuentas lo que ocurre, Eastlake?

Hacía siglos que casi nadie sabía nada de James y, a falta de un servicio merecedor de tal nombre (no tenía criados ni pinches de cocina), la información que se filtraba al mundo exterior sobre el estado del dueño de la mansión era más bien escasa.

Los segundos pasaron: largos e interminables. Un minuto entero, luego otro. Jay y Alexander, con los ojos fijos en James, esperaron en silencio. Eran pacientes, tercos y estaban dispuestos a descubrir el mal del que sufría su amigo. Era obvio que no estaba en sus cabales, y nunca lo habían visto beber tanto. Perdía los estribos en los combates de boxeo, cometía un error tras otro cuando cruzaban espadas, estaba despistado, no tenía paciencia y actuaba con nervio e impulsividad. El James jovial, flemático y deliciosamente inmaduro ya no existía. En su lugar, había otro hombre, ausente, taciturno y —en ocasiones— iracundo. Debían averiguar qué le ocurría. De lo contrario, no podrían ayudarle.

Pasó otro minuto. James dio vueltas a su *whisky* y luego dejó que su mirada vagara por el suelo, por las paredes, para luego volver a centrarse en el vaso, en sus pies…

—Se ha ido —dijo por fin con voz apagada.

Alexander y Jay se miraron entre sí.

—¿La pequeña Shaye?

—Sí.

Otra mirada.

—¿Y…?

—Nada.

Silencio.

—Ashford, amigo mío, yo diría que nuestro hombre está enamorado.

—Secundo la moción.

—Nuestras condolencias, amigo —se burló Jay, que intentaba hacerle reaccionar.

Pero James no estaba de humor para bromas. Y Alexander, tampoco. Porque, a diferencia de Jay, conocía a su amigo desde hacía mucho, el tiempo suficiente como para comprender que, para él, aquello era una verdadera tragedia.

—¿Sabes adónde ha ido?

James se encogió de hombros.

—Probablemente a Somerset.

—Deberías ir a buscarla.

James negó con la cabeza.

—No me ama.

Jay chasqueó la lengua y volvió a dejar el vaso sobre la consola.

—Me sorprendería que fuera el caso. Según Amanda, esa niña estaba… ¿Cuáles fueron sus palabras? ¡Ah, sí! «Locamente enamorada de ti». ¡Y además eres un aristócrata, por Dios!

—Sí, justo. Solo le interesaba mi dinero … Bueno, eso y mis contactos. Sobre todo mis contactos.

Jay volvió a sacudir la cabeza.

—Eso no es lo que me dijo Amanda.

—¡Tu mujer es un encanto, Stenson! Una romántica empedernida. Te diría cualquier tontería…

Un silencio litúrgico siguió sus palabras. No era del todo falso: Amanda era una joven muy tierna, todo el mundo lo sabía. Y aunque no se había entregado a Jay con ese fin, era evidente que ella misma habría hecho lo que estuviera en su mano para salvar a su hermano menor, George, cuando este la había necesitado.

—¿Cómo estás tan seguro de que no quiere saber nada de ti?

—Porque se lo pedí. Y ella dijo que sí… pero luego se fue sin despedirse.

Jay y Alexander se miraron, desconcertados.

—¿Se lo pediste? ¿A qué te refieres? ¿Le pediste matrimonio?

James levantó la cabeza y los miró por turnos, como si acabaran de salir de un manicomio.

—¡Pues claro que no!

Los dos volvieron a mirarse entre sí. Probablemente hubieran descubierto la clave del misterio. Aquello era típico de James.

—¿Y te sorprende que se haya ido?

James negó con la cabeza y volvió a llevarse el vaso a los labios.

—No… no se fue por eso. Nosotros estábamos bien juntos, sin más y…

—Eastlake, amigo mío, te he conocido menos cobarde. ¡Y en el campo de batalla, incluso!

—De todos modos, aunque le pidiera que se casase conmigo, se negaría…

—Amigo, para ser un hombre de lo que yo juzgaría una clarividencia extrema cuando se trata de los problemas de los demás, eres terriblemente estúpido a la hora de lidiar con los tuyos.

—¡Me utilizó! Las cosas iban maravillosamente bien entre nosotros, o eso creía, ¡y se fue! ¡De repente! ¡Sin mirar atrás! Ni siquiera se llevó las cosas que le regalé…

Alexander y Jay lo miraron incrédulos.

—¿No se las llevó?

James echó la cabeza hacia atrás, vació el vaso y lo dejó sobre la mesa.

—No, caballeros. De hecho, no es que aceptara muchos obsequios de por sí. Pero de todos modos, no los juzgó tan importantes como para llevárselos. Así que permitidme que ponga en duda que quiera casarse conmigo.

Alexander sacudió la cabeza como un hombre sensato que intenta hacer entrar en razón a un lunático.

—¿No se ha llevado tus regalos y aun así crees que se ha aprovechado de ti?

James tuvo que admitir que su razonamiento no era del todo impecable. Pero los hechos estaban ahí: Aylana lo había abandonado con una brusquedad inaudita, a sus espaldas, sin mediar

palabra, y eso le había roto el corazón. Había llegado a casa una noche, ebrio de alegría al imaginarla en su cama, cuando en realidad, la cama estaba vacía. Y desde entonces, todas las noches lo había estado. Aún seguía sin entender por qué.

—Eastlake, ¿la amas? Dilo, ¡por el amor de Dios! —gritó de repente Jay, que no conseguía entenderle.

James tenía la mirada perdida. Sus iris vagaban entre sus dos amigos.

—Más que a nada en este mundo —dijo en un suspiro.

Un silencio monacal acogió sus palabras. Y entonces:

—¿Y por qué no le pediste la mano mientras aún estaba aquí? ¿Por qué no lo intentaste?

Alexander negó con la cabeza. Jay solo conocía a James desde hacía tres años, quizá cuatro. Él, en cambio, lo conocía de toda la vida, o prácticamente desde siempre. También había conocido a su madre, la extenuante duquesa de Eastlake, ahora viuda. Y a sus hermanas, que de por sí hacían que uno no quisiera casarse jamás con una mujer. Eran agotadoras, por no decir insoportables. En resumen, hacía años que James aborrecía el matrimonio, incluso más que el propio Alexander. Y había estado tan ocupado coleccionando conquistas —tanto por gusto personal como para quitarse a su madre de encima— que había olvidado el significado de la palabra «amor». James vivía sin ataduras. Sin sentimientos. Sin compromisos. Al menos, hasta hoy. Hasta que Aylana había aparecido.

—Porque estaba muerto de miedo —respondió Alexander en su lugar con voz apagada.

Jay miró a James, sin duda esperando que lo negara.

¿Cómo? ¡Aquello era inconcebible! Él mismo había sido todo un vividor, pero cuando había conocido a Amanda, la pregunta no había sido si quería casarse con él, sino cuándo, dónde y cómo.

—Estábamos bien así. Éramos tan felices… pero ella nunca me dijo que… Bueno, nunca dio a entender que… que estuviera esperando…

—Eastlake, si ella ha recibido una buena educación (algo que, de hecho, Amanda me ha confirmado), no es de extrañar que no haya mencionado el tema. Una joven de buena familia nunca rogaría que le pidieran matrimonio. Lo esperaría pacientemente. Moriría porque no le hicieran la pregunta, pero nunca se rebajaría a mendigar. O a pedir que la rescataras ni nada por el estilo. No me sorprende que no te dijera nada al respecto.

—¿Y una joven de buena familia huiría así, de un día para otro, sin avisar? ¿Una joven de buena familia me dejaría aquí tirado, como el mayor de los necios, sin darme la oportunidad de…?

El recuerdo estaba ahí: desgarrador, doloroso, incisivo. Era como una puñalada en el corazón. La casa vacía. La cama vacía. Su vida… vacua de sentido. El recuerdo estaba allí y se había apoderado de su ser.

—Tal vez sucedió algo, Eastlake. Algo que hizo que de repente decidiera…

—Sí, caballeros, claro que sucedió algo —interrumpió James, poniéndose en pie y tambaleándose con valentía hacia el armario de los licores—. Yo mismo os lo diré: Aylana se dio cuenta de que su hermano estaba a salvo. De que podía volver a andar, a trabajar, a viajar, a valerse por sí mismo. Y de que no me amaba. Se dio cuenta de todo eso porque es una joven muy inteligente, y por eso mismo, se largó. Ni siquiera consideró oportuno informar a mi amable persona. Eso fue lo que pasó.

***

Un gallo cacareaba. Un enorme percherón gris tiraba de un carro de heno. Una bandada de

gansos cruzaba la plaza principal. Detrás caminaba un pequeño pastor con su bastón. Unas cuantas mujeres manoseaban peras en unas cajas, giraban lechugas y recogían nabos. Y los muchachos del pueblo, atareados entre recado y recado, con la gorra en la cabeza, saltaban por encima de los barriles, trepaban por los paños de yute y, en un precario acto de equilibrismo, bordeaban el brocal del pozo. Los niños reían, los granjeros bromeaban.

La vida era tranquila en Sherryton. Tranquila, pacífica y sin incidentes. Era un pueblecito encantador.

Era día de mercado y Aylana, con una cesta de mimbre bajo el brazo, había ido a hacer la compra de la semana. Unos cuantos tallos de zanahorias y puerros sobresalían del paño de cocina que cubría sus compras, y el dulce aroma de la hogaza de salvado con la que acababa de hacerse le acariciaba las fosas nasales como un ungüento calmante. Aquello era un remanso de paz, lejos del ajetreo y el bullicio de Londres, lejos del torbellino de placeres y también… de sus penas.

Y, sin embargo, el dolor de la joven parecía no cesar. Llevaba casi tres meses sufriendo una enfermedad que no tenía cura: el desamor. Pero había hecho lo correcto; estaba segura. James estaba prometido a otra persona y, para no variar, su amorío solo le había servido para distraerse de la tediosa perspectiva del matrimonio. Y aunque la hubiera amado, aunque solo fuera un poco, y aunque hubiera sido libre, había perdido la partida. Al fin y al cabo, la distancia social entre ambos era inconmensurable y, en cualquier caso, ella era incapaz de competir a largo plazo con una belleza sofisticada como lady Hitchbird. Además, en Londres siempre habría hombres que la tratarían como Marwood, que la verían como una plebeya; una facilona a la que convertir en su amante, pero desde luego, no en su esposa, y con la que, por solo unos chelines (o a la fuerza, incluso), uno podía permitirse un momento de placer.

Nunca la habrían aceptado. Sus amigos más íntimos podrían haberla tolerado, sí. Seguramente, Stenson, ya que él mismo era un plebeyo, y Ashford probablemente, también, ya que era amigo del primero, pero ¿los demás? Incluso si James hubiera querido casarse con ella, no habría podido aceptar. Les habrían cerrado la puerta en las narices. El aristócrata conservaría sin duda el apoyo del rey, pero no el de sus hermanos, y menos aún el de su madre. Y ella no tenía derecho a separarlo de su familia.

De todos modos, todo estaba en su contra. El estatus, la fortuna, el linaje, el prestigio… todo. Todo excepto el arte, claro. El arte los había unido. Pero eso no era suficiente.

¿Y si él aún la amaba? ¿Y si lo hacía de una forma tan apasionada, tan desesperada como ella?

No. Le había mentido sobre lady Hitchbird y, aunque no lo hubiera hecho… no había lugar para ella en su vida. En su mundo. En la alta sociedad. Él había nacido con una cuchara de plata en la boca, y ella no era nadie. Tan solo una campesina que iba al mercado de Sherryton Square los domingos y, durante la semana, trabajaba como tutora en casa de un burgués adinerado en Taunton.

¿Pero por cuánto tiempo más?

Sus temores se habían confirmado. Su vientre empezaba a redondearse, y pronto, a pesar de los vestidos entallados y las siluetas curvas que aún permitía la moda de la Regencia, su voluptuosidad sería visible. Sin duda, el señor y la señora Wilford no querrían a una fulana como tutora de sus hijas y la despedirían sin previo aviso. La noticia se extendería como un reguero de pólvora por toda Taunton y, como había predicho la viuda, ya no la querrían en ningún sitio. Nadie respetaba a una madre soltera, ni tampoco a su hijo bastardo.

¿Qué sería de su hijo?

A Aylana se le partió el corazón y, por un momento, estuvo tentada de apoyarse en la pared

para sobrellevar la pena. Si lo hubiera sabido, nunca habría ido a Londres. Si hubiera sabido que se quedaría encinta fuera del matrimonio y que condenaría a su hijo a una vida sin futuro, jamás habría salido de Sherryton.

No: mentía. Se habría ido de todos modos. Por John. Habría hecho cualquier cosa por él. Si hubiera sido necesario, habría sufrido mil penas para salvarlo de la horca. Por otra parte, John le había prometido que la ayudaría. Que cuidarían a su hijo juntos, en su casita. Que serían felices, que mimarían al niño y que él lo criaría como si fuera suyo.

Su hermano al fin volvía a cobrar su pensión de veterano y, de vez en cuando, se las arreglaba para hacer recados: pequeñas entregas y tareas que solo requerían un brazo. No era mucho, era más bien poco, sobre todo si Aylana no encontraba otro trabajo, ya que pronto habría una tercera boca que alimentar, pero se las arreglarían. Llevarían una vida austera, ligeramente apartada, en una casita de campo en Somerset. Y con eso estarían bien. Después de todo…

¿No había llevado la propia Mary Wollstonecraft una vida poco convencional? ¿No había tenido ella misma varias aventuras? ¿No había dado a luz a dos hijos fuera del matrimonio y de dos padres distintos? ¿Y no había acabado, para colmo, casándose con un anarquista?

En cualquier caso, sería lógico que empezasen a circular rumores difamatorios sobre ella. Porque a veces, cuando se miraba al espejo de perfil y se fijaba en el tierno bulto de su vientre, se sentía la persona más cobarde y pervertida que existía. No obstante, quería a ese niño con toda el alma. Lo quería como si siempre lo hubiera deseado, como si fuera su orgullo y su alegría, como si fuera todo lo que le quedaba en el mundo.

Porque era el hijo de James. El hijo del hombre al que amaba y siempre amaría.

---

[1] *N. de la T.* En esgrima, «romper» o «romper la medida» es ejecutar un movimiento retrógrado del pie trasero, seguido de un movimiento equivalente del pie delantero.

[2] *N. de la T.* Acción de golpear la hoja del contrincante con la propia.

[3] *N. de la T.* Toma del hierro en la que un contrincante se apodera de la hoja del adversario para llevarlo de una línea alta a la línea baja opuesta o viceversa.

[4] *N. de la T.* Término italiano que hace referencia a un tipo de esquiva que acaba con un contraataque en posición de cuarta.

XIII

—¡Jimmy!

—¡Cielos! ¡Cuánto tiempo….!

Cassie se lanzó al cuello de su hermano, y justo después, su cuasigemela hizo lo mismo.

¡Santo Dios! ¿Tanto tiempo había pasado? Lydie había engordado por lo menos seis kilos.

—Tú… ¡Eres vil y desconsiderado! ¡Tres meses sin venir a vernos! ¡Cuatro, diría yo!

—¡O cinco!

—Deja de exagerarlo todo siempre —sermoneó su hermana.

James sonrió, pero fue un gesto muy poco alegre, pesaroso.

—Estaba ocupado, ya sabéis…

—¡A nosotras no nos engañas! ¡La señorita Shaye se fue hace mucho tiempo!

Al oír su nombre, a James se le encogió el corazón.

—Es una lástima, la verdad. Me gustaba la señorita Shaye…

—¡A mí también!

Y a mí…

James musitó aquellas palabras en su cabeza. Tenía un nudo en la garganta.

—En fin, el caso es que no tienes excusa. Han pasado tres meses desde que se fue…

Ochenta y siete días —corrigió James mentalmente.

—… ¡así que hace tres meses que deberías habernos visitado! ¡Como hacías antes!

—Bueno, pues ya estoy aquí.

—Considérate secuestrado. Ven, quédate a merendar con nosotras.

En realidad, el término «merienda» era, en general, mucho más adecuado que «té», teniendo en cuenta los pantagruélicos tentempiés que les servían a sus hermanas.

James se adentró en la estancia con desgana y se fijó en la pila de novelas negras que descansaban —con descuido— sobre el reposabrazos de una poltrona: *Los misterios de Udolfo*, que Cassie ya había leído al menos seis veces, y *El romance del bosque*, ambas de Ann Radcliff; *La campana de medianoche*, de Francis Lathom… Y luego, por supuesto, unas cuantas novelas románticas, la mayoría epistolares: *Clarissa Harlowe*, *Pamela o la virtud recompensada*[1]…

El aristócrata miró con burla a sus hermanas.

—¿Y qué me decís de la poesía? ¿Blake, Wordsworth, Cowper, Coleridge…?

Lydie se dejó caer en un sillón y dio un mordisco a una *religieuse*[2]. La tercera que se comía, según había contado James.

—¡A la hoguera con la poesía! A partir de ahora, solo leeremos cosas intelectuales.

James torció el cuello para descubrir el título de la novela que su hermana aún sostenía en la mano.

—¿Ahora *Frankenstein* es intelectual?

—Exacto —graznó ella—. Es de Mary Shelley.

—Sé que es de Mary Shelley. ¿Y qué si lo es?

—Ay, mi querido hermano… Mary Shelley es la hija de Mary Wollstonecraft. La filósofa, ¿recuerdas? ¿A que te he dejado boquiabierto? En fin, el caso es que, obviamente, tiene que ser intelectual.

—Además, leí en alguna parte que su madre murió mientras daba a luz —comentó Lydie con

la boca llena—. Ah, la ironía del destino, ¡qué cosas! Una mujer que luchó toda su vida por mejorar la condición de sus iguales y que murió estúpidamente en el…

—¡Cassie, basta ya de sermones! —tronó la voz de la viuda desde la puerta.

James suspiró. Esperaba disfrutar de más tiempo con sus hermanas antes de que volviera su madre. No estaba de humor para otra monserga sobre el matrimonio… y ahora, menos que nunca. Por desgracia, la viuda, como si estuviera dotada de ese sexto sentido (claramente maternal) destinado a asfixiarlo durante el resto de su vida, había elegido precisamente ese día para regresar antes de tiempo de casa de la condesa de Bedford.

—Es más, ¿de qué hablabais para usar términos tan descarnados? —añadió secamente mientras se quitaba los guantes.

—De Mary Woll…

Lydie la interrumpió con un codazo en las costillas. Pero era demasiado tarde: la viuda se quedó inmóvil, tensó el cuello y levantó la barbilla con aire amenazador.

—Creía haberos prohibido pronunciar ese nombre…

James enarcó una ceja, sorprendido por tanta animosidad ante la mera mención de una mujer de letras, cuya existencia y trabajo desconocía unos meses atrás. Se le volvió a encoger el corazón, como si una mano con garfios en lugar de dedos se entretuviera estrujándoselo continuamente.

Aylana había sido la primera en hablarles de ella. El día en que…

—Me alegro de que sigas con nosotros, James —dijo su madre en un tono arisco, que acompañó con una mirada sombría—. ¿Ya está? ¿Se acabó la reclusión? ¿Estás dispuesto a salir de nuevo de tu cueva? Lady Suzan se sentirá aliviada al oírlo. ¿Sabes lo que he tenido que inventar para que siguiera pendiente de ti?

James suspiró, cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

—Madre, por favor… Acabo de llegar.

—Pues ya era hora de que aparecieras. Estoy harta de cubrirte las espaldas, James. Primero, con ese incordio, la señorita Shaye, luego con lady Suzan, y después con la hija de…

James, que se había desplomado en un sillón porque preveía una interminable parrafada sobre el matrimonio por parte de su madre, levantó de pronto la cabeza.

—¿Con la señorita Shaye? ¿A qué te refieres con eso, madre?

La viuda se encogió de hombros y frunció los labios con amargura.

—En realidad, podrías empezar por darme las gracias. Te liberé de ella para que no hicieras más el ridículo. Y además, deberías agradecer que haya hecho esperar a lady Suz…

James se puso en pie de un salto. El corazón le latía tan deprisa que temió que se le fuera a salir del pecho antes de terminar la conversación.

—¿Qué le dijiste?

La viuda, altiva, le sostuvo la mirada. Los ojos verdes de su hijo se orlaron con cristales de ira, vivaces y anaranjados, algo que ella no había visto antes.

—Animé a la señorita Shaye a que desapareciese de nuestra vista. Sí, lo admito. Era evidente que necesitabas ayuda, pues te mostraste incapaz de solucionarlo por ti mismo.

—¡No te atreverías a hacer algo así…!

—Oh, no te preocupes. No necesitó mucha ayuda para decidirse.

James apretó los puños y añadió:

—Supongo que, dada tu célebre deferencia, le pagarías por ello. Déjame adivinar… ¿le ofreciste una miseria?

—Le ofrecí un pagaré, pero tristemente, ella lo rechazó.

—¿Cómo dices?

—Se negó. Cinco mil libras. ¡Si eso no es orgullo, no sé qué lo será…!

Cinco mil libras. La cantidad suficiente para una chica de su condición. Suficiente para toda una vida, con ciertas comodidades, además. Y ella se había negado. Sí, se había negado, pero aun así, se había marchado…

Señor, ¿qué era todo aquello? ¿Qué había hecho?

—Es más, ahí tienes la prueba de que no le importabas —añadió la viuda—. Para el caso, se fue de todos modos…

Al contrario. ¡Nada más lejos de la realidad!

James estaba furioso. Bastaron tres zancadas para acercarse a su madre, agarrarla por los hombros y zarandearla con violencia.

—Madre, ¿qué le dijiste? ¿Qué hiciste para que se fuera? ¿Qué se le ocurrió a una cabeza pérfida y demoníaca como la tuya? ¡Dímelo!

Asustada, la viuda se apartó de un tirón, intentando mantener una apariencia de dignidad. Miró furiosa a sus hijas, que ni siquiera fingían leer. En su lugar, los observaban sin un ápice de discreción.

—Le dije que estabas prometido.

—¿QUÉ?

—James, tus modales.

—¿Le dijiste que…?

—Que ya te habías prometido con otra mujer, sí. Con lady Hitchbird.

—¡Eres una desequilibrada!

—¡Te prohíbo que me hables así!

—Madre, ¿te das cuenta de lo que has hecho?

—Sí. Y deberías darme las gracias.

—¡Hiciste que se fuera! Por ti se…

—Te salvé de las garras de una aprovechada. Eso es lo que hice.

James puso los ojos en blanco y miró al cielo como si buscara aprobación divina. Estaba furioso con ella. Furioso consigo mismo. Furioso con Aylana. Furioso con el mundo entero.

—Rechazó mi dinero y el tuyo. ¿Cómo puedes pensar…?

—¡Sí, bueno…! Las jóvenes como ella solo aspiran a una cosa: una mejor posición en sociedad. Las mujeres así no tienen límites ni escrúpulos, James. Rechazó tu dinero para hacerse desear, nada más.

—¿Y el tuyo?

La viuda se encogió de hombros.

—¡Ni siquiera eres capaz de agradecer el apoyo de tu madre, que no quiere que te malcases!

—Bueno, madre, ¡tampoco es que le hubiera pedido la mano…!

—Y desde luego no iba a esperar a que de repente decidieras hacerlo. ¿Qué habrías hecho si la hubieras dejado encinta?

James, escandalizado, la miró con desprecio. Con desdén. Casi con odio.

—En ese caso, me habría casado con ella. ¡No por honor, no porque tuviera que hacerlo, sino porque la amo, madre!

La viuda lo miró horrorizada.

—¿Cómo? ¿A esa mocosa ridícula? James, céntrate. Te has pasado años danzando entre las mujeres que asisten a los bailes de temporada y jamás le has declarado tus intenciones a ninguna. ¿Y ahora me dices que te casarías con ella? Con una facilona, una muchacha de…

—¡Su madre era de la *gentry*[3]! ¡Y su padre era suboficial! ¡Aylana tiene más atributos dignos de una mujer bien nacida que cualquiera de tus hijas!

Ante el asombro de su madre, Lydie y Cassie, cada una con un pastel en la mano, asintieron en silencio. Lady Eastlake, furiosa, se cruzó de brazos.

—Nunca te casarás con ella —declaró en un tono inapelable.

—Haré lo que me plazca.

Entonces su madre se acercó a él y le dio un toquecito en el pecho con el índice.

—Mientras yo viva, la estirpe de los Eastlake jamás envilecerá.

James le apartó la mano con un gesto furibundo.

—Eso ya no depende de ti, madre.

Y ante los ojos atónitos de sus hermanas, se fue dando un portazo.

***

James pasó toda la noche en el carruaje, y luego todo el día. Y una noche más… seguida de un segundo día. Apenas pegó ojo y tuvieron que cambiar de caballo seis veces. Finalmente, cuando llegó a Somerset Park, dejó a Clerk a cargo del coche y ensilló uno de los purasangres de su hermano, un alazán repleto de energía al que espoleó para que avanzara al galope.

Aylana no había dejado ninguna nota. Tampoco una dirección ni un rastro que seguir. Sin embargo, James supuso que los Shaye habrían regresado a Somerset, a su lugar de nacimiento, Sherryton o, en su defecto, a la ciudad más cercana: Taunton. Era lo más sencillo, lo más prudente y lo más lógico que podía hacer la gente de su clase. Lo normal era quedarse en la región y relacionarse con los de siempre, ayudar a aquellos que te ayudaban. No había mejor lugar que Somerset para volver al trabajo, para confiar en la solidaridad local, en los amigos y conocidos o retomar la vida donde se había dejado, primero con la detención de John, y poco después, con la marcha de Aylana.

Y si no estaba allí, bueno… La buscaría. No sabía cómo ni dónde, pero la buscaría. Acudiría a todas las diligencias de Londres. Investigaría por su cuenta. Pagaría a detectives. Todo sería en vano, seguramente, pero nunca se daría por vencido.

Cuando llegó a Sherryton, se bajó del caballo. Los primeros rayos de sol asomaban por el horizonte y perforaban el cielo gris con su resplandor amarillo claro. Hacía fresco y había mucha humedad. La plaza principal y las calles estaban casi desiertas. Solo unos pocos comerciantes, fuertes y trabajadores, abrían las contraventanas, abrillantaban los escaparates y limpiaban el pavimento que lindaba con sus puestos. Con el corazón palpitante, James se acercó a ellos con la intención de preguntar si los Shaye vivían cerca. El primero no supo decirle; el segundo, tampoco, pero el tercero asintió y señaló en dirección al otro extremo de la calzada.

Una casa de campo en Two Souls Road, pasando el molino, detrás del puente, a la derecha.

James, con las mejillas ardientes, la garganta seca y el corazón agonizante, volvió a subir a la silla de montar y espoleó al alazán. A su paso, una casita de piedra rodeada de vegetación enrojecida. Un entorno bucólico y cubierto de musgo junto a un río. Un ligero velo de neblina sobre las tranquilas aguas. Aromas otoñales de maleza, boletus y paja húmeda. Y silencio.

James desmontó y ató su caballo. Luego dio un paso, dos… La hojarasca crujió bajo sus pies, como si pretendiera avisar de su presencia, alertar de que había alguien, advertir a los anfitriones de la casa y permitirles que huyeran de él.

¿Tenía derecho a estar allí? ¿A perturbar su paz? ¿A ir en busca de Aylana después de haberla condenado? ¿De haberla dejado marchar? ¿De haberla tratado tan mal?

A James se le encogió el corazón. Tenía un nudo en la garganta. Por un instante, se quedó

inmóvil. Él era el único responsable de todo aquello. Aylana se había ido porque él había sido un cobarde.

Porque nunca le había confesado su amor.

Porque no le había pedido que se uniera a él en matrimonio.

Porque había tenido miedo: miedo de comprometerse, miedo de admitir lo que sentía, miedo de atarse para siempre.

Miedo de arruinar lo que tenían.

Y miedo de perderlo todo, también.

No le había dicho nada, no le había dado esperanzas.

Ni siquiera le había concedido una oportunidad.

¿Sería demasiado tarde? ¿Podría reclamar su corazón? ¿Implorarle perdón? ¿Pedirle que lo amase?

James respiró hondo y llamó a la puerta. Tenía calor y frío a la vez. Estaba agotado y el sudor frío le caía por la espalda. No se había lavado en dos días. Debía oler a caballo, a cuero, a varios días de camino, pero no podía esperar más. El corazón le golpeaba el pulmón izquierdo con cada latido. Respiraba con dificultad y tenía la boca entreabierta.

Nada.

Dios santísimo, ¿y si no estaban allí? ¿Y si era otra Shaye? ¿Y si…?

De repente, la puerta se abrió. Al otro lado, apareció la alta figura de John. Su rostro demacrado se tiñó de asombro. Si hubiera creído en fantasmas, sin duda John Shaye habría pensado que estaba teniendo un cara a cara con uno en aquel preciso instante. Pero el que estaba ante él era el mismísimo James: con el pelo enmarañado, una mirada ojerosa y las mejillas marcadas. Sí, James Eastlake, pero desaliñado. Andrajoso. Sin aliento. Con la mandíbula azulada por la barba incipiente. A la fría luz del alba.

—Hola, Shaye… —se esforzó por articular James, con la voz temblorosa por la emoción.

—Pero por todos los… ¡Eastlake! ¿Qué hace aquí?

James extendió los brazos, y como si se sintiera impotente, los dejó caer.

—No puedo vivir sin ella.

John no sabía qué decir. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza.

—¿Y… Lady Hitchford?

—¿Quién?

—No, em… Caray, ¿cómo era? Ah, sí. ¿Lady Hitchbird?

James sacudió la cabeza. Al recordar las artimañas de su madre, la rabia volvió a apoderarse de su corazón.

—Ella no significa nada para mí.

—¿No está prometido con ella?

—Nunca lo estuve.

John meditó sobre sus palabras. Después de todo, aquella mentira había repercutido en sus vidas. Su vista se perdió en el horizonte.

La visita de la duquesa… Su repentina partida… Las lágrimas de Aylana… Su propio papel en la historia, dado que él la había animado a…

James le dejó unos instantes para que pensara, luego dijo:

—Señor Shaye, me gustaría pedirle algo.

John levantó la vista, confuso.

Era todo tan complejo, tan… Tres meses después de lo que había sucedido… Por el amor de Dios, ¿habían vivido engañados todo ese tiempo?

—Me gustaría pedirle la mano de su hermana —añadió.

No podía creerlo. *James Eastlake amaba a su hermana. Estaba allí, en persona, pidiéndole la m.…* John resopló, se frotó los ojos, se rascó la nuca y volvió a resoplar. Más tarde, miró de arriba abajo al hombre que estaba en su puerta. Seguía siendo James Eastlake. Un noble. El hermano de un duque. Y esperaba su respuesta.

—Si por mí fuera, ya estarían unidos ante Dios, señor. Pero después de lo que ha pasado, me temo que depende de ella…

—Me imaginaba que sería el caso. ¿Está en casa?

Un poco más de excitación y su corazón se rendiría para siempre.

—No, ella… —A James se le cayó el alma a los pies—. Ha salido a dar un paseo.

Como todas las mañanas al alba. Siempre se iba muy temprano. John sospechaba que quería estar a solas para llorar a su amor perdido.

—Suele ir por las tierras de los Hardwicke —añadió—. Se pasea a lo largo de los muros bajos. Siga el arroyo y luego gire a la izquierda en el cruce de caminos.

Las tierras de los Hardwicke… Claro.

James inclinó la cabeza ligeramente para despedirse de John y corrió hacia el arroyo.

***

Un haz de luz dorado que atravesaba el manto ceniza. Un cielo encapotado, gris perla, entreverado de nubes bajas; y de repente, un claro brillante, luego otro. Un polvo celestial que acariciaba la landa y salpicaba, como por milagro, el brezo con reflejos irisados.

Hacía viento. Mucho viento, como era frecuente en aquella época del año. Azotaba su pálido rostro y le enredaba el pelo. A Aylana le encanta el viento: ahuyentaba los pensamientos funestos, adormecía los sentidos, se llevaba las penas. Y despejaba la niebla. Lentamente, pero lo hacía. Aquella mañana, le estaba costando. La noche había sido fría y el sol, intruso, calentaba poco a poco los prados. La bruma se aferraba —algodonosa, vaporosa, con sus dedos etéreos— a los arbustos y las vallas.

Las vacas y las ovejas, abandonadas a su suerte, parecían dormitar. La campiña yacía silente, rojiza y brumosa. Las ramas crujían bajo sus pies, las hojas plañían, la tierra helada estridulaba. Era lo único que oía. Eso y el viento, que aullaba entre los árboles y sacudía las colinas. Aylana pensaba en James, en el niño que llevaba en su vientre. En aquel amor que la consumía. En aquello que debería haber dicho, en lo que debería haberle preguntado. En la vida que deseaba vivir con él: en la campiña, en Londres, en cualquier parte.

La joven se acarició el vientre. Dibujó una sonrisa apagada y triste que ni siquiera le llegó a los ojos. El viento la mecía y le secaba las lágrimas como bien hacía cada mañana, a la misma hora, antes de ir a Taunton. Una auténtica cura, mano de santo. Cada mañana, al alba, la animaba a seguir adelante, a levantar la cabeza, a avanzar. No por ella, sino por la vida que llevaba dentro.

Aylana pasó los dedos por encima del musgo que había en un muro bajo. Rozó el sombrero de una seta. Cogió una hoja marrón que se enroscaba sobre sí misma. A su alrededor, el silencio de la landa. La joven se detuvo, respiró hondo y dejó que el viento la llevara de vuelta a la realidad.

Allí se estaba bien.

De repente, un sonido de pasos detrás de ella. Ramas que crujían, hojas que plañían, la tierra helada en su estridor. Era extraño. Nunca pasaba nadie por allí, cerca del redil de los Stoll. Ella iba todos los días. Era el lugar en el que James le había robado un beso años atrás. Su refugio.

Aylana aguzó el oído.

Aquel paso. Aquella cadencia…

Enderezó la cabeza y, lentamente, se dio la vuelta… y casi se desplomó.

Estaba allí.

En el camino, en la niebla. Su largo abrigo negro se arremolinaba con el viento de la mañana. Llevaba la cabeza descubierta y botas de montar. En su rostro se percibía la sombra de una barba incipiente e iba más despeinado que nunca.

La cabeza le daba vueltas. Aylana alargó la mano y se agarró al muro. James avanzaba con largas zancadas, con su paso ágil y leonino, alto y esbelto. Sus ojos verdes, atormentados y torturados, se clavaron en los de ella. Ralentizó el paso, vacilante. Luego, tras un largo suspiro, se acercó a ella. Se negaba a tenerla lejos.

Aylana le miró. No se atrevió a moverse ni a respirar. En cuanto cogiera aire, en cuanto articulara palabra o gesticulase, rompería a llorar. El viento levantaba su cabello despeinado a intervalos regulares: se lo llevaba a las pestañas y hacía que sus mechones serpentearan junto a su rostro.

Las pupilas de James la devoraron. Pasaron de sus ojos a su frente, de la frente al pelo, del pelo a las orejas, luego a la curva de sus mejillas, a la boca, la barbilla, el cuello… Bajaron por los hombros, los brazos, los senos, y se posaron en su vientre… del que nunca se apartaron. El viento jugueteaba con su vestido: lo azotaba, lo golpeaba, se lo ceñía al cuerpo. Presionaba sus muslos ahusados, su esbelto cuerpecito… y la redondez de su vientre. Notable. Innegable. Visible.

James se cayó de rodillas. Levantó la cabeza, suplicante. Aylana, entre sonrisas y lágrimas, alegría y emoción, asintió suavemente. Entonces él levantó las manos y, con infinito cuidado, las posó sobre su vientre. Luego, derrotado, apoyó la frente sobre él y rompió a llorar. En voz baja, casi en silencio. Su rostro era imperturbable, pero las lágrimas fluían. Finalmente, James se levantó y cogió las manos de Aylana. Ella le dejó hacer. Esperaba un hijo suyo. Estaba embarazada de él… y no se lo había dicho. Ni siquiera le había pedido dinero. Por respeto a él y a su condición. Por su futuro, o lo que ella creía que era su futuro. Para no arruinar su vida, para que no faltase a sus deberes. James tragó saliva y se secó las últimas lágrimas. Se humedeció los labios, y luego, con una sonrisa pesarosa y un desinterés claramente fingido, señaló el paisaje que les rodeaba. El muro bajo. El redil.

—Aquí es donde… —Aylana, conmovida y a punto de llorar, no dijo nada. Solo sonrió y asintió—. Tengo… muchas ganas de besarte. ¿Me permites?

Aylana se rio; una risa nerviosa, cargada de emoción y sacudida por un aluvión de sentimientos contradictorios. En cualquier caso, se había reído.

—Creo recordar que la primera vez que intentó besarme aquí… —La joven hizo una pausa para reprimir una nueva avalancha de emociones—… lo hizo sin permiso, señor Eastlake.

Él le llevó una mano al rostro y le acarició la mejilla.

—Sí, pero he cambiado —Sus ojos verdes brillaron con la chispa más intensa que ella había visto jamás—. Te amo, Aylana.

Su corazón se detuvo. Luego volvió a latir. Su pulso volvió con brío y sintió que, en cualquier momento, alzaría el vuelo. Aylana pestañeó y apretó los dientes.

No iba a llorar. Todavía, no. No…

—Quiero casarme contigo —añadió James—. La semana que viene.

La joven rompió a llorar. Intentó mantenerse erguida, mirarle a los ojos, pero fue demasiado. La sangre le latía en las venas y había dado rienda suelta a las lágrimas. Eran irreprimibles. Un torrente.

—¿Quieres… quieres casarte conmigo, Aylana? —insistió.

La joven fue incapaz de hablar, así que asintió febrilmente. Luego, tras recuperar el aliento, echó la cabeza hacia atrás y levantó la vista al cielo. Intentó mantener un poco más la dignidad, hasta que finalmente, dijo:

—No hay nada que desee más que casarme contigo, James…

Ambos se sonrieron, ebrios de felicidad. Incluso se rieron en voz alta. Aliviados, enamorados, abrumados.

—¿Entonces…?

Aylana acercó el rostro al del aristócrata, dispuesta a entregarse a él.

—Sí, también quiero que me beses.

---

[1] *N. de la T.* Ambas novelas epistolares de Samuel Richardson.

[2] *N. de la T.* Pastel originario de Francia que se prepara a base de pasta *choux* y crema pastelera de chocolate o café.

[3] *N. de la T.* La *landed gentry* era la pequeña nobleza terrateniente.

Epílogo

—¡Tu turno, Aylana!

—Oh, no, por favor, yo…

—¡Aylana! ¡Aylana! ¡Aylana!

—¡Muy bien, de acuerdo!

La joven se rio a carcajadas y ocupó el lugar de Amanda. Se sentó con la espalda recta y las manos sobre las rodillas. Tenía los ojos vendados y los caballeros, tan disciplinados como siempre, se habían alineado frente a ella.

James se había casado con ella. Había pedido una dispensa y, diez días después, desafiando los convencionalismos, los rumores, la desaprobación materna y el qué dirán, había convertido a Aylana Shaye en su esposa. Ante los hombres… y ante Dios.

Lo había hecho ante Alexander y Jay. Y ante sus respectivas esposas, por supuesto. También ante John y unas cuantas decenas de invitados más: los amigos de James —aunque la presencia de varios de ellos en una boda era, cuando menos, incongruente, casi tanto como la del propio novio—; el mismísimo duque de Somerset, que a diferencia de su madre, les había dado su bendición; y los hermanos Eastlake al completo, Cassie y Lydie incluidas, dado que la duquesa viuda no había podido evitar que asistieran a la boda. Había tenido que soportar los continuos: «¡Louisa y Harriet estarán allí! ¡Y Willy y Millicent, también! ¡Y Danny y Henry! ¡No es justo!».

Como era de esperar, también había asistido Clémentine, la hermana gemela de Alexander —una invitada experta en los matrimonios entre clases, dado el entorno en el que se movía su hermano—; Elisa, la hermanastra menor de Jay, y su marido, el conde de Sussex. Y un par de camaradas de John de sus años en la Marina, junto con otros tres que trabajaban con él en los muelles, en el *Pool*[1], ya que, a pesar de la pensión que James se había empeñado en pagarle, John había perseverado en su búsqueda de empleo. Sin ir más lejos, Jay le había ofrecido un puesto en Londres, en una de sus muchas empresas. Se había convertido en controlador oficial. Con el expediente bajo el brazo, John supervisaba la carga y descarga de los barcos de la flota mercante *Stenson & Co*. Firmaba papeles, cotejaba las mercancías, comprobaba las cuentas, las cantidades, la calidad y, sobre todo… se pasaba la vida en un barco. A pie del muelle, sí: pero en el agua, al fin y al cabo. Por primera vez en diez años, estaba radiante.

Asimismo, habían asistido a la ceremonia algunas personalidades importantes de Taunton, uno o dos amigos de la infancia de Aylana… Y, por supuesto, Su Graciosa Majestad, que había honrado la unión con su augusta presencia. Y en última instancia, la madre del novio, que había cedido ante la presión. Al fin y al cabo, no se podía permitir repudiar lo que el propio rey aprobaba, ni mucho menos dejar pasar una oportunidad como aquella de codearse con el monarca.

Había sido una boda alegre, una boda sorprendente, una boda que había causado un gran revuelo.

Y dos semanas más tarde, con la llegada del invierno, el conde y la condesa de Ashford habían celebrado una fiesta en el jardín en Kent. Ese año les había sido imposible viajar: Jade acababa de dar a luz a su segundo hijo, esta vez una niña. Después de un varón que había nacido en junio del año anterior, el conde de Ashford no había perdido el tiempo. Había hecho las cosas

bien, como de costumbre: primero un heredero; luego una hija, para futuras alianzas. Una jugada espléndida. Para el caso, Alexander siempre había sido perfecto, o casi.

En cuanto a la otra pareja, Amanda le había dado a Jay el primer heredero de su imperio industrial. Y su marido —tan insaciable en la cama como en todo lo demás— quería al menos tres varones más para que se hicieran cargo de sus negocios algún día. Amanda deseaba tener una hija (¡al menos una!), pero Jay defendía que su mujer ya había jugado bastante con muñequitas al haber sido tutora de Elisa. No obstante, la condesa de Sussex había emprendido el vuelo y Amanda se moría por tener otra dama a la que educar. Jay, que era todo un caballero, le había prometido una, y conociéndolo, probablemente trabajase duro cada noche para dársela, ahora que su esposa estaba disponible de nuevo.

En cuanto al vientre de Aylana, que estaba sorprendentemente redondo el día de la boda —o al menos esa habría sido la impresión de cualquiera que no conociera a James, o sea, de ninguno de los presentes—, seguía creciendo a buen ritmo. Sin duda, el embarazo prematuro había sido la comidilla de la sociedad londinense, pero James contaba con el apoyo del rey, tenía muchos contactos y, en cualquier caso, el asunto estaba zanjado: se había casado con ella.

El invierno, sin embargo, había llegado pronto. Ese año no habría cróquet tardío, ni tampoco críquet, ni pícnics junto al lago o té en el césped. En su lugar, hubo torneos de *backgammon*[2], ajedrez y juegos de salón. Pero sobre todo, se entretuvieron con un juego en concreto, invención de la resplandeciente condesa de Ashford: una gallinita ciega de lo más galante.

Aylana, con la nariz al descubierto y los ojos vendados, sintió que el primer caballero le cogía la mano. Una mano cálida y elegante, un besamanos perfecto. Comedido. Lleno de clase y de garbo. Justo lo que se requería.

—¿Lord Hemsworth?

Aplausos entusiastas.

—Ashford, eres demasiado predecible. ¡Siguiente! —ordenó una voz alegre.

Una mano grande, tosca y caliente. Ligeramente callosa. Un movimiento enérgico pero eficiente, casi brusco.

—¿Señor Stenson?

Más risas.

—Tu elegancia te ha traicionado, viejo amigo… —rio Alexander.

Pero ya habían avanzado bastante. Solo quedaban el conde de Sussex, James y John.

La siguiente fue una mano áspera y seca, pero el gesto rebosaba ternura. Un besamanos casto, suave y respetuoso.

—John…

Otra ronda de aplausos.

—¡Eres muy buena! —exclamó Jade, que también había conseguido una racha (casi) impecable.

En cuanto notó el roce de la siguiente mano, Aylana quedó electrizada. Unos dedos sensuales la cogieron lentamente y la condujeron hasta unos labios cálidos que la besaron sin pudor. Aquellos labios prolongaron el momento, hicieron oídos sordos a los modales y se afincaron en su bajo vientre, movidos por un deseo inconfesable.

—Es… es James —dijo en un suspiro con las mejillas enrojecidas.

—¡No hagas trampas, Eastlake! —le reprendió Jay con una sonrisa galante—. ¡No puedes manosear a tu mujer en público!

—No recuerdo que se mencionara eso en el reglamento… —replicó James con voz melosa.

—¡Estás descalificado!

—¡Ni por asomo! Amor mío, ¡juraría que has ganado!

—¡OH! —gritó Aylana.

Todos se volvieron hacia la joven. Con una mano en el vientre, esbozó una sonrisa radiante.

—¡Dios mío, James!

—¿Qué pasa, amor mío?

—James… ¡se ha movido!

Era la primera vez. Todos exclamaron y las damas se acercaron. James le quitó la venda de los ojos y se arrodilló frente a ella. Ella le cogió la mano —la mano de aquel hombre al que tanto amaba, al que había dibujado y que no hace tanto, la desconcertaba— y se la llevó al vientre, justo donde su bebé había dado una patada.

—Espera, espera… Seguro que nuestra niña volverá a hacerlo.

—¿Nuestra niña? —James sonrió, conmovido, y le acarició la mejilla con la mano libre—. ¿Cómo estás tan segura de que será una niña?

Ella lo miró con toda la ternura del mundo y le acarició la mejilla a su vez.

—Eres un donjuán, James… —Aylana se miró el vientre—. Por supuesto que será una niña.

---

[1] *N. de la A.* La traducción literal sería «estanque». Es como se conoce al puerto de Londres.

[2] *N. de la T.* Un juego de mesa para dos jugadores que en España a veces se conoce como «tablas reales» o «chaquete».

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@aurelie.depraz.auteur
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Keti Matakov